

MUERTE EN EL LEVIATAN BORIS AKUNIN



Lectulandia

París, marzo de 1878. Tras la aparición de una serie de cadáveres en la villa de lord Littleby, un coleccionista de arte indio, se hace cargo del caso el comisario Gauche, viejo sabueso de la policía francesa. Las pistas lo conducen hasta el Leviatán, un lujoso transatlántico que realiza la ruta entre Southampton y Calcuta. A medio camino, en Port Said, se une al pasaje un apuesto, culto y sagaz diplomático ruso llamado Erast Fandorin, que viaja a Japón en misión profesional. Ante su presencia en uno de los salones del buque, donde Gauche reúne todos los días a un grupo de confiados pasajeros entre los que se encuentra el asesino, las mujeres caen rendidas a sus pies y los hombres recelan. Poco después, cuando todos empiezan a sospechar de todos y el ambiente se enrarece, un nuevo crimen pone a prueba la sapiencia y astucia del experto comisario, que deberá discernir si la impresionante intuición del joven ruso es digna de su confianza o si, por el contrario, es preferible atenerse a sus propias lucubraciones.

Lectulandia

Boris Akunin

Muerte en el Leviatán

Erast Fandorin - 03

ePub r1.0

Titivillus 19.06.18

Título original: *ЛЕВИАФАН*
Boris Akunin, 1998
Traducción: Rafael Cañete Fuillerat

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

De la carpeta negra del comisario Gauche

Protocolo de la visita al lugar del crimen acaecido la noche del 15 de marzo de 1878 en la villa de lord Littleby en la rue de Grenelle (séptimo distrito de la ciudad de París)

(Fragmento)

... Por alguna causa que desconocemos, todo el personal de servicio se encontraba en el comedor, situado en la planta baja de la villa, a la izquierda del vestíbulo (habitación 3 en el esquema 1). La situación exacta de los cadáveres se muestra en el esquema 4, de esta manera:

Nº 1 - Cadáver de Étienne Delarue, mayordomo, 48 años.

Nº 2 - Cadáver de Laura Bernard, gobernanta, 54 años.

Nº 3 - Cadáver de Marcel Proux, lacayo personal del señor de la casa, 28 años.

Nº 4 - Cadáver de Luc Delarue, hijo del mayordomo, 11 años.

Nº 5 - Cadáver de Arlette Fauch, sirvienta, 19 años.

Nº 6 - Cadáver de Anne-Marie Bernard, nieta de la gobernanta, 6 años.

Nº 7 - Cuerpo de Jean Lessage, guardián, 42 años. Murió en el hospital de Saint-Lazare la mañana del 16 de marzo sin recobrar el conocimiento.

Nº 8 - Cadáver de Patric Troi-Bras, guardián, 29 años.

Nº 9 - Cadáver de Jean Carpentier, portero, 40 años.

Los cadáveres señalados con los números del 1 al 6 estaban sentados alrededor de la gran mesa de la cocina. Los números 1 a 3 se quedaron rígidos con la cabeza caída sobre los brazos cruzados; el número 4, con la mejilla apoyada en la palma de la mano; el número 5, recostado contra el respaldo de la silla, y el 6, sentado en las rodillas del 2. Los rostros de los sujetos enumerados del 1 al 6 mostraban tranquilidad, sin el menor indicio de miedo o sufrimiento. Por su parte, los enumerados del 7 al 9, como se ve en el esquema, están tendidos lejos de la mesa. El número 7 sostiene en una mano un silbato, aunque ninguno de los vecinos escuchó esa noche pitido alguno. En los rostros de los números 8 y 9 quedó reflejada una expresión de terror o, al menos, de extrema sorpresa (las fotografías serán presentadas mañana por la mañana). No se observan señales de violencia. Tampoco se han descubierto lesiones en los cuerpos tras una inspección superficial. Sin las conclusiones de las autopsias, resulta imposible determinar las causas de las muertes. Gracias a la rigidez *post mortem*, Bernehm, médico-jefe de medicina forense, ha deducido que los fallecimientos se produjeron a horas distintas, entre las diez de la noche (nº 6) y las seis de la mañana. El número 7, como ya se ha dicho, murió más tarde, en el hospital. Sin contar con los resultados de los expertos médicos, me atrevo

a aventurar que a todas las víctimas se les administró un poderoso veneno de rápido efecto somnífero, y el momento de la parada cardíaca dependería ya tanto de la dosis de veneno suministrada como de la fortaleza física de los envenenados.

La puerta de entrada de la villa estaba entornada. Sin embargo, en la ventana del invernadero (punto 8 del esquema 1) se pueden observar claras huellas de destrozos: el cristal está roto; bajo la ventana, en una estrecha franja de tierra mullida, resulta perfectamente visible la huella dejada por un botín masculino con una planta de 26 centímetros de longitud, de punta fina y tacón en forma de herradura (se presentarán fotografías ilustrativas). Al parecer, el criminal penetró en la casa por el jardín, y, a juzgar por las apariencias, después de que los sirvientes hubieran sido envenenados y se encontraran ya en estado somnoliento, ya que de otra forma habrían escuchado sin duda el ruido de cristales rotos. Por otra parte, resulta incomprensible por qué el malhechor, después de que los sirvientes fueran neutralizados, entró por el jardín cuando podía haber penetrado tranquilamente por la cocina. De un modo u otro, el delincuente subió del invernadero al primer piso, donde están situadas las habitaciones privadas de lord Littleby (véase esquema 2). Tal como refleja el esquema, en el lado derecho del primer piso sólo hay dos habitaciones: una sala, donde se encuentra una colección de originales objetos indios, e, inmediatamente contiguo a ella, el dormitorio del dueño de la casa. El cuerpo de lord Littleby aparece señalado en el esquema 2 con el número 10 (véase también el dibujo de contorno). Lord Littleby vestía batín y pantalones de paño y tenía la planta del pie derecho recubierta por un grueso vendaje. Si nos atenemos al examen inicial practicado, el fallecimiento se produjo como consecuencia de un golpe muy fuerte, asestado con un objeto oblongo y pesado en la región parietal. El golpe fue propinado de frente. La alfombra estaba salpicada de sangre y de restos de masa encefálica que cubrían un radio de varios metros alrededor del cadáver. También estaba manchada una vitrina de cristal, roto donde antes, según la placa informativa, se guardaba una estatua del dios indio Shiva (la inscripción de la placa dice: «Bangalore, segunda mitad del siglo XVII, oro»). Unos pañuelos indios multicolores, uno de los cuales también falta, servían de fondo a la escultura desaparecida.

Del informe del doctor Bernehm sobre los resultados del análisis patológico-anatómico practicado a los cadáveres procedentes de la rue de Grenelle

... No obstante, si la causa de la muerte de lord Littleby (cadáver nº 10) está clara y lo único insólito que aquí se puede apreciar es la potencia del golpe, que le destrozó el cráneo en siete pedazos, en el caso de los individuos enumerados del 1 al 9 la conclusión es mucho menos evidente y exige no sólo autopsia, sino un análisis químico de laboratorio. Esta tarea se puede simplificar hasta cierto punto por el hecho de que J. Lessage (nº 7) en el momento del examen inicial aún estaba vivo, y, a tenor

de ciertos indicios característicos (pupilas del tamaño de una cabeza de alfiler, respiración pausada, piel pegajosa y fría, labios y lóbulos de las orejas encarnados), se puede establecer que la muerte se produjo por envenenamiento con morfina. Por desgracia, cuando practicamos este examen inicial en el lugar del crimen, partimos de la hipótesis que nos parecía más axiomática, esto es, la ingestión de veneno por vía bucal, y por eso sólo observamos detenidamente la cavidad bucal y la garganta de los finados. Al no descubrir ningún elemento patológico, la peritación se encontró en un atolladero. Sólo tras el análisis de los nueve cadáveres en la morgue se advirtió la huella casi imperceptible de una inyección en el pliegue interno del codo derecho de cada uno de ellos. Pese a que este hecho rebasa mis competencias, me permito colegir con suficiente grado de certeza que las inyecciones fueron aplicadas por alguien con bastante experiencia en procedimientos de este tipo. Dos circunstancias me llevan a esta conclusión: 1) las inyecciones se pusieron con un cuidado extremo: ninguno de los cadáveres presentaba ningún hematoma a simple vista; 2) el lapso de caída en un estado de inconsciencia narcótica es de tres minutos, lo que significa que los nueve pinchazos fueron practicados precisamente en ese intervalo. O fueron varios los que los practicaron (algo poco factible) o bien fue sólo uno, pero poseedor en verdad de una extraordinaria habilidad en este menester, incluso dando por supuesto que dispusiera de jeringuillas ya cargadas para cada uno de ellos y que las hubiera preparado anteriormente. En realidad, resulta difícil imaginar que un individuo en su sano juicio ofrezca su brazo para una inyección cuando ante sus ojos algún otro ha perdido ya el conocimiento a causa de esa misma operación. Mi asistente, *maître* Joly, cree ciertamente que todas estas personas se podrían encontrar en pleno trance hipnótico, pero debo manifestar que en mi larga carrera profesional nunca me había topado con un caso parecido. Quiero también hacer notar al señor comisario que los cadáveres enumerados del 7 al 9 se encontraban tendidos en el suelo con expresiones que manifestaban una tremenda ansiedad. Supongo que estas tres personas serían las últimas en ser inyectadas (o las que poseían una mayor capacidad de resistencia) y que, antes de perder el conocimiento, comprendieron que a sus compañeros les estaba ocurriendo algo sospechoso. El análisis del laboratorio demuestra que todas las víctimas recibieron una dosis de morfina tres veces mayor de la que se considera letal. A juzgar por el estado del cadáver de la niña (nº 6), que debió de ser la primera en morir, las inyecciones fueron aplicadas entre las 9 y las 10 de la noche del día 15 de marzo.

¡DIEZ VIDAS POR UN ÍDOLO DE ORO!

Horrible crimen en un barrio de postín

Hoy, 16 de marzo, París sólo habla de ese crimen que ha helado la sangre y ha logrado destruir la decorosa tranquilidad de la aristocrática rue de Grenelle. El corresponsal de la Revue Parisienne acudió a toda prisa al lugar de la tragedia y está dispuesto a satisfacer la lógica curiosidad de nuestros lectores.

Esta mañana a las siete, como todos los días, el cartero Jacques Le-Chien llamó a la puerta de una elegante villa de dos pisos propiedad del conocido coleccionista británico lord Littleby. Cuando el portero Carpentier, que siempre recogía personalmente el correo para su excelencia, no abrió la puerta, el señor Le-Chien se extrañó y, al advertir que la de entrada estaba entornada, penetró en el recibidor. Un minuto después, este veterano setentón del departamento de Correos salió corriendo a la calle dando gritos. Reclamada en el lugar de los hechos, la policía se encontró en la casa con un auténtico reino de Hades: siete criados y dos niños (el hijo del mayordomo, de 11 años, y la nieta de la gobernanta, de 6) dormían el sueño eterno. La policía subió al primer piso y encontró allí al dueño de la casa, lord Littleby. Su cadáver estaba bañado en sangre: había sido asesinado en la misma cámara donde guardaba su célebre colección de rarezas orientales. El ciudadano británico, de 55 años, era muy conocido entre la alta sociedad de nuestra capital. Tenía fama de ser un hombre excéntrico y solitario, aunque los arqueólogos y orientistas lo consideraban un auténtico especialista en historia india. Los repetidos intentos de la dirección del Louvre de comprar algunas piezas aisladas de su abigarrada colección siempre fueron rechazados con aspavientos. El finado apreciaba especialmente una estatuilla original de oro de Shiva que, según los expertos en la materia, está valorada como mínimo en medio millón de francos. Hombre aprensivo y desconfiado, lord Littleby tenía pavor a los ladrones y por eso dos guardias armados vigilaban la cámara día y noche.

Resulta incomprensible por qué los guardias abandonaron sus puestos y bajaron al primer piso. Tampoco se conoce a qué ignota fuerza recurrió el asesino para imponer su voluntad a todos los moradores de la casa sin encontrar oposición (la policía sospecha que utilizó un veneno de efecto rápido). Sin embargo, parece claro que el malhechor no esperaba encontrar en la casa al propietario: sus diabólicos cálculos se demostraron completamente equivocados en ese sentido. Sólo esta circunstancia puede explicar la bestial brutalidad con la que fue asesinado el respetado coleccionista. Por lo visto, el asesino abandonó el lugar del crimen dominado por el pánico. En cualquier caso, se llevó sólo la estatuilla y uno de los multicolores pañuelos indios que se exponían en la misma vitrina. El pañuelo, es de suponer, lo

utilizaría para envolver el shiva de oro y así evitar que a algún transeúnte demorado le llamara la atención el resplandor de la escultura. Los demás objetos de valor (y la colección cuenta con muchos) no se tocaron.

Este corresponsal averiguó que ayer lord Littleby estaba en su domicilio por casualidad, por una fatal coincidencia. Había planeado partir ayer tarde a un balneario, pero a causa de un repentino acceso de gota se quedó en casa para allí encontrar la muerte.

La sacrilega desmesura y el cinismo de este crimen múltiple en la rue de Grenelle trastornan la imaginación. ¡Qué desprecio tan grande a las vidas humanas! ¿Y a cambio de qué? ¡A cambio de un ídolo de oro que además no se puede vender por el momento! Si se fundiera, el shiva se convertiría en un vulgar lingote de oro de dos kilos de peso. Doscientos gramos de metal dorado: ese es el precio con que el malhechor valoró a cada una de las diez almas destruidas. «*O tempora!, o mores!*», exclamamos con las palabras de Cicerón.

Sin embargo, hay razones para suponer que este crimen inaudito no quedará sin condena. El más experto detective de la prefectura de París, Gustave Gauche, a quien se le ha encargado la investigación, comentó en confianza a este corresponsal que la policía trabaja sobre una pista muy importante. El comisario está completamente seguro de que el castigo llegará pronto. A nuestra pregunta de si el homicidio habría sido cometido por un ladrón profesional, el señor Gauche sonrió maliciosamente con sus bigotes canos y respondió con mucho misterio: «No, hijo mío, el hilo conduce a la alta sociedad». Este corresponsal de ustedes no pudo sacarle de la boca una palabra más.

J. du Roi

¡BUENA PESCA!

*¡Encontrado el shiva de oro!
¡«El crimen del siglo» de la rue de Grenelle fue obra de un loco!*

Ayer, 17 de marzo, a las seis de la tarde, al niño de trece años Pierre B., que se encontraba pescando en el puente des Invalides, se le atascó tan férreamente el anzuelo en el fondo que tuvo que meterse en las frías aguas del río («¿Qué idiota iba a desperdiciar de esa manera un auténtico anzuelo inglés?», declaró el joven a nuestro corresponsal). La valentía de Pierre resultó recompensada: el anzuelo no se había enganchado en ninguna rama sumergida, sino en un objeto pesado, semihundido en el limo del lecho. Al sacarlo del agua, el objeto resplandeció con un destello de otro mundo que cegó al sorprendido pescador.

¿Qué sentido tiene todo esto? ¡Un criminal, capaz de asesinar con destreza y a sangre fría a tanta gente, decide luego, por alguna razón desconocida, que no desea disfrutar del trofeo de su horrible espíritu emprendedor! Los investigadores del caso y el público no acaban de comprenderlo. Al parecer, el público prefiere creer que el asesino sintió *a posteriori* remordimientos de conciencia y, horrorizado por el delito que acababa de cometer, arrojó el ídolo de oro al río. Hay incluso quienes suponen que el propio malhechor se tiró a la corriente no lejos de allí. Menos romántica, la policía considera esa inconsecuente acción del asesino como un claro síntoma de locura.

¿Conoceremos algún día la verdadera razón oculta de esta horrible e inconcebible historia?

ÁLBUM DE BELLEZAS PARISINAS

La colección de 20 fotografías se envía contra reembolso de 3 francos y 99 céntimos, incluyendo los gastos de envío. ¡Una oferta excepcional! ¡Apresúrese, tirada reducida! Rue de la Coupole, tipografía «Patou e hijo».

Primera Parte

PORT SAID - ADÉN

El comisario Gauche

En Port Said un nuevo pasajero subió a bordo del *Leviatán* y ocupó el camarote número dieciocho, el último libre de primera clase, momento en que el humor de Gustave Gauche mejoró inmediatamente. El recién llegado ofrecía un aspecto prometedor: movimientos contenidos y pausados y una expresión impenetrable en el agraciado rostro. A primera vista parecía muy joven, pero cuando el sujeto se quitó el sombrero hongo, aparecieron inesperadamente unas sienes plateadas. «Un ejemplar interesante», concluyó el comisario. Con carácter, eso se veía en el acto, y, como se suele decir, con un pasado a sus espaldas. En suma, un cliente indudable de papaíto Gauche.

El pasajero subió por la pasarela balanceando un portamantas, mientras unos sudorosos mozos arrastraban su voluminoso equipaje: chirriantes maletas que debían de costar mucho dinero, bolsos de viaje de piel de cerdo de buena calidad, abultados hatillos de libros e incluso una bicicleta plegable (una rueda grande, dos pequeñas y un haz de tubos metálicos). Cerraban el cortejo dos vagabundos que portaban unas pesas gimnásticas de considerable tamaño.

El corazón de Gauche, un viejo sabueso (así es como el comisario gustaba de llamarse a sí mismo), comenzó a trepidar por el frenesí de la caza en ciernes al advertir que el recién llegado no llevaba ninguna insignia de oro: ni en la solapa de seda de su elegante abrigo de verano, ni en la chaqueta, ni en la cadena del reloj. «Caliente, muy caliente», pensó el comisario mientras vigilaba con atención al pisaverde por debajo de sus pobladas cejas y echaba humo por su pipa de arcilla preferida. Y, vamos a ver, ¿por qué razón había deducido él, vieja alpargata, que el homicida no subiría al barco necesariamente en Southampton? El crimen se había cometido el 15 de marzo y aquel día era ya 1 de abril. ¡Qué fácil resultaba llegar por tierra a Port Said, mientras el *Leviatán* rodeaba el contorno occidental de Europa! Pues mira, ahí lo tienes, todo concuerda: por su aspecto, un indudable cliente de la justicia. Con billete de primera clase. Y además, y eso sí que era verdaderamente importante, sin ballena de oro.

De un tiempo a esa parte, Gauche soñaba todas las noches con aquel maldito emblema que lucía las abreviaturas de la compañía naviera Jasper-Artaud Partnership, y eran unos sueños abominables en extremo. Como el último, por ejemplo.

El comisario remaba en barca acompañado por *madame* Gauche en el bosque de Boulogne. Había un sol radiante, los pajaritos piaban. De pronto, por encima de las copas de los árboles, asomaba un gigantesco morro de oro con unos inexpresivos ojos redondos, que abría desmesuradamente sus fauces —allí podría caber perfectamente el mismo Arco de Triunfo— y comenzaba a sorber el estanque. Gauche, bañado en sudor, comenzaba a remar con todas sus fuerzas, pero de pronto resultaba que la acción no tenía lugar en el parque, sino en medio de un inconmensurable océano. Los

remos se combaban como si fueran pajas, *madame* Gauche le clavaba dolorosamente la sombrilla en la espalda y el enorme y brillante cuerpo cubría todo el horizonte. Cuando la bestia expulsaba un surtidor de agua contra el cielo, el comisario se despertó y con mano temblorosa se puso a palpar la mesilla. ¿Dónde estarían los fósforos y esa maldita pipa?

La primera vez que Gauche vio la ballena de oro fue en la rue de Grenelle, cuando examinaba los restos mortales de lord Littleby. El inglés estaba tirado en el suelo, con la boca abierta en un grito abortado —la mitad de la prótesis dental sobresalía de ella— y la cabeza convertida en un suflé sanguinolento de la frente hacia arriba. Gauche se puso en cuclillas, pues le había parecido distinguir una chispa dorada entre los dedos del cadáver, y luego, al mirar con más detenimiento, las tripas le rugieron de placer. Parecía uno de esos golpes de suerte que, de tan infrecuentes, sólo se dan en las novelas policíacas. El muerto, un tipo listo, le estaba ofreciendo a la investigación la más importante de las pruebas: y no en bandeja, sino en la misma palma de la mano. «Anda, Gustave, cógela. Y si se te ocurre dejar escapar a ese que me ha despachurrado la crisma, seré yo quien te la parta a ti para que sufras mi oprobio, viejo perro».

Aquel emblema de oro (cierto que al principio Gauche no pensó que fuese un emblema, sino quizá un dije de reloj o un alfiler con las iniciales de su dueño) sólo podía ser del asesino. En cualquier caso, obviamente, el comisario le mostró la ballena al joven lacayo (ese sí que había tenido suerte: el muchacho había librado el 15 de marzo, lo que le salvó la vida), pero el criado nunca había visto a su lord llevando aquel adornito. ¡Y gracias a Dios que así era!

Luego comenzaron a girar las ruedas y los piñones metálicos del enorme engranaje policial: para algo el ministro y el prefecto habían destinado a la investigación del «crimen del siglo» a sus mejores agentes. La tarde del 16, Gauche sabía ya que las tres letras grabadas en la ballena de oro no eran las iniciales de ningún crápula cargado de deudas, sino las abreviaturas de un consorcio naviero francobritánico que se acaba de constituir. La ballena era la insignia del *Leviatán*, una preciosidad de barco que acababa de deslizarse por las rampas del astillero de Bristol y se preparaba para realizar su primer viaje a la India.

Los periódicos llevaban más de un mes escribiendo maravillas de aquel buque gigantesco. También se averiguó que, en vísperas de ese primer crucero, la Casa de la Moneda de Londres había acuñado unos emblemas conmemorativos en oro y plata: los de oro para los pasajeros de primera clase y los altos oficiales del barco; los de plata para los pasajeros de segunda clase y la tripulación subalterna. En aquel lujoso buque, donde los avances de la técnica moderna se unían a un confort hasta entonces desconocido, no había sitio para tercera clase alguna. La compañía ofrecía a sus viajeros un servicio completo, de manera que no había necesidad de llevarse al barco ningún sirviente. «¡Los atentos lacayos y las discretas doncellas de la naviera harán todo lo que esté en su mano para que usted se sienta como en casa a bordo del

Leviatán!», rezaban los anuncios publicitarios que habían aparecido en periódicos de toda Europa. A los dichos seres que reservaran un camarote en el primer crucero Southampton-Calcuta, además del billete se les entregaría una ballena de oro o de plata, según la clase elegida. Los pasajes estaban a la venta en todos los grandes puertos europeos, desde Londres hasta Constantinopla.

¡Qué se le iba a hacer! No era lo mismo tener el emblema del *Leviatán* que las iniciales del dueño de la insignia, pero tampoco significaba eso que la tarea se complicara en demasía, reflexionó el comisario. Los emblemas de oro estaban contados. Bastaba con esperar al 19 de marzo —cuando el buque se haría a la mar rodeado de pompa—, ir a Southampton y subir al barco. Una vez allí, sólo tendría que comprobar a qué pasajero de primera clase le faltaba su ballena de oro, o (lo que era más probable) quién de entre los que habían comprado un billete de barco tan caro al final no embarcaba. Ese sería precisamente el cliente de papáito Gauche. Más sencillo que un puré de patatas.

Y a pesar de que el comisario odiaba viajar, en esa ocasión no puso ningún reparo. Deseaba a toda costa resolver personalmente «el crimen del siglo». Seguro que por fin lo ascenderían a jefe de división. Le quedaban sólo tres años para jubilarse. Y una cosa era recibir una pensión de tercera categoría, y otra muy distinta, una de segunda. La diferencia era de mil quinientos francos al año, y mil quinientos francos no te los encuentras tirados en medio de la calle.

Así que solicitó insistentemente que le encargaran el caso. «Bueno, me daré un paseo hasta Southampton o, en el peor de los casos, navegaré hasta El Havre, la primera escala, pero allí seguro que me encuentro el muelle repleto de policías y de periodistas», pensó. Ya se imaginaba los titulares de la *Revue Parisienne*: «Resuelto “el crimen del siglo”: Nuestra policía, a la altura de las circunstancias». O quizá mejor: «El viejo sabueso Gauche no falló».

Por pedir que no quedara, pero el comisario se llevó la primera sorpresa en Southampton, en la oficina de la naviera. Resultaba que el maldito buque tenía nada más y nada menos que cien camarotes de primera clase y diez altos oficiales en la tripulación. Se habían vendido todos los pasajes: ciento treinta y dos billetes. Y con cada uno de ellos se había entregado el correspondiente emblema de oro. En total, ciento cuarenta y dos sospechosos si se sumaba a la tripulación. ¿No estaba mal, no? De todas formas, se tranquilizó Gauche, sólo a uno le faltaría la insignia.

El 19 de marzo por la mañana, con el pelo erizado por culpa del aire húmedo y envuelto en una buena bufanda de abrigo, el comisario esperaba a pie de pasarela en compañía del capitán, mister Josiah Cliff, y el primer oficial, *monsieur* Charles Régnier. Recibían a los pasajeros. Una orquesta de viento interpretaba alternativamente marchas inglesas y francesas, y en el muelle una multitud gritaba entusiasmada, mientras Gauche, cada vez más enfurecido, echaba humo sin dejar de morder su pipa, que, desde luego, no tenía culpa de nada de lo que ocurría. Y es que, ¡ay!, como hacía frío, todos los pasajeros iban con capas, abrigos, capotes y

sobretodos. ¡Y así cualquiera averiguaba quién llevaba su insignia y quién no! Esa fue la segunda sorpresa.

Todos los que tenían que embarcar en Southampton lo hicieron, y eso significaba que el asesino, pese a haber perdido la insignia, había decidido subir al barco. ¿Tenía a todos los policías por unos idiotas de remate? ¿Acaso confiaba en escabullirse entre tanta gente? ¿O es que tal vez no tenía otra salida?

De todos modos una cuestión estaba clara: debía navegar hasta El Havre. A Gauche le asignaron un camarote de reserva destinado a los huéspedes de honor de la naviera.

Después de zarpar se celebró un banquete en el *grand-salon* de primera clase. El comisario había depositado muchas esperanzas en el ágape, porque en las invitaciones se señalaba expresamente: «A la entrada deberán mostrar el emblema de oro o el billete de primera clase». ¿Y quién iba a preferir llevar el billete en la mano, con lo práctico que resultaba prenderse aquel precioso leviatancito de oro?

Sin embargo, en el banquete respiró tranquilo: todos los pasajeros estaban a merced de su mirada. A algunas damas tuvo que meterles la nariz en el mismo escote. Allí, justo en el canal, entre los senos, colgaba algo de una cadenita de oro, y podía ser una ballena o simplemente una piedra preciosa. ¿O es que acaso no tenía el deber de comprobarlo?

Todos bebían champaña, se servían las *delicatessen* que les ofrecían en bandejas de plata y bailaban. Mientras tanto, Gauche trabajaba. Veía a alguien con la insignia en su sitio y lo borraba de la lista. Con los hombres tenía más problemas. Muchos de ellos, los muy infames, se habían prendido la ballena en la cadena del reloj que, naturalmente, tenían guardada en el bolsillo del chaleco. Así que el comisario tuvo que preguntar la hora once veces.

Sorpresa número tres: todos los oficiales llevaban la insignia, ¡pero entre los pasajeros descubrió a cuatro sin emblema, y dos eran mujeres! Por un lado, parecía evidente que aquel golpe tan potente que había destrozado el cráneo de lord Littleby como una cáscara de nuez, sólo podía asestarlo un hombre, y no un hombre cualquiera, sino un fortachón en toda regla. Pero por otra parte, el comisario, como experto que era en asuntos criminales, sabía a la perfección que en un acceso de furor o en un ataque de histeria la dama más enclenque era capaz de hacer auténticos milagros. Por ejemplo, para no ir más lejos, el año anterior una modista de Neuilly, no más voluminosa que un avefría, había arrojado a su infiel amante por la ventana de un tercer piso. Y eso que el amante era un rollizo rentista dos veces más grueso y vez y media más alto que ella. De manera que no procedía excluir a la ligera a las mujeres de la lista de sospechosos. Aunque, por otro lado, ¡dónde se había visto que una mujer, y mucho menos una dama de la alta sociedad, fuera capaz de poner tantas inyecciones en tan poco tiempo y con esa habilidad!...

Fuera como fuese, la investigación a bordo del *Leviatán* amenazaba con ir para largo, así que el comisario comenzó a hacer gala de su habitual meticulosidad. El

capitán, Josiah Cliff, era el único oficial del barco que había sido puesto en antecedentes de la investigación en curso. Además, tenía orden de la dirección de la compañía de prestar al defensor de la ley francés toda la colaboración que necesitara. Así que Gauche utilizó ese privilegio con la mayor desfachatez: exigió que a todas las personas sospechosas les fuese asignado el mismo salón-comedor.

Llegados a este punto hay que aclarar que, por especiales razones de privacidad y comodidad (en la publicidad del barco se anunciaba: «Usted se sentirá inmerso en el ambiente de una noble y vieja villa inglesa»), a los viajeros de primera clase les habían reservado unos confortables «salones» para las comidas. Así se evitaban tener que compartir el enorme salón-comedor junto con los otros seiscientos portadores de las democráticas ballenas de plata. Cada uno de esos reservados tenía un nombre específico y todo el aspecto de un salón aristocrático: candelabros de cristal, muebles de roble y madera roja, sillas de terciopelo, cegadores cubiertos de plata, camareros empolvados y diligentes mozos. El comisario escogió como campo de pruebas el salón «Windsor», situado en la cubierta superior, justo en la proa. Tres paredes con ventanales corridos, una vista soberbia y tanta luz que ni en los días nublados era necesario encender las velas. El terciopelo era de color castaño dorado y las servilletas de lino tenían bordado el escudo de los Windsor.

Alrededor de aquella mesa ovalada y con las patas atornilladas al suelo (muy útil en los días de mar gruesa) había nueve sillas de altos espaldares grabados y adornados con todo tipo de motivos barrocos. El comisario estaba muy satisfecho de que todos sus sospechosos se sentaran a la misma mesa, y le ordenó al mozo que no colocara las placas con los nombres de los comensales de cualquier manera, sino con un criterio estratégico. Previsoramente situó a los cuatro viajeros sin emblema frente a él, pues así no perdería de vista a aquellos pichoncitos en ningún momento. Lo que no consiguió Gauche fue que el propio capitán del barco presidiera la mesa, como era su propósito. Mister Josiah Cliff se negó rotundamente a «participar en semejante comedia» (esas fueron las palabras que utilizó), y prefirió asentar sus reales en el salón «York», donde también tenían mesa el nuevo virrey de la India, su esposa y dos generales del ejército colonial. El York se encontraba en la prestigiosa parte de popa, a la máxima distancia posible del atestado salón Windsor, cuya mesa presidiría a partir de entonces Charles Régnier, el primer oficial. Al comisario le cayó mal desde un principio. Con su rostro moreno y quemado por el viento, su meloso tono de voz, sus negros cabellos refulgentes por la brillantina y su teñido bigotito con las puntas rematadas en dos espirales, antes parecía un bragazas que un auténtico marino.

En los doce días que llevaban de navegación, el comisario había tenido tiempo de estudiar cuidadosamente a sus vecinos de salón, de aprender algunos modales de mesa (por ejemplo, que no se debe fumar durante la comida ni apurar las salsas con pan), de asimilar más o menos la compleja geografía de aquella ciudad flotante e incluso de habituarse a los balanceos de la mar. Pero no se había acercado un ápice a su verdadero objetivo.

La situación era la siguiente:

El primero en su lista de sospechosos era *sir* Reginald Milford-Stockes. Delgado, pelirrojo y con patillas descuidadas, a primera vista podía tener veintiocho, quizá treinta años. Se comportaba de una manera extraña: tan pronto se quedaba mirando allá a lo lejos con sus ojitos verdes desmesuradamente abiertos sin responder a las preguntas que se le formulaban, como de pronto se animaba y comenzaba a parlotear sin venir a cuento de la isla de Tahití, con sus arrecifes de corales, sus lagunas color esmeralda y sus cabañas techadas con hojas de palmera. A todas luces parecía un psicópata. Además, ¿qué necesidad tenía aquel *baronet*, vástago de una rica familia, de viajar a la otra punta del mundo, a una tal Oceanía? ¿Qué se le habría perdido allí? Cuando se le inquirió —en dos ocasiones, por cierto— por qué no llevaba el emblema, el aristócrata de los demonios se fingió sordo. Clavaba la vista al frente, haciendo caso omiso del comisario, y si lo miraba, lo observaba como si fuera una mosca o algo así. ¡Esnob asqueroso! Cuando atracaron en El Havre (permanecieron allí sólo cuatro horas), Gauche corrió al telégrafo y pidió informes a Scotland Yard. Quería averiguar quién era en verdad ese Milford-Stockes de las narices, si alguna vez había estado envuelto en algún escándalo y si como entretenimiento no le habría dado por estudiar medicina. La respuesta le llegó justo antes de zarpar. No le dijeron nada interesante, aunque sí la razón de su extraño comportamiento. Pero, como no tenía la ballena de oro, aún resultaba demasiado prematuro borrarlo de su lista de clientes.

El segundo sospechoso era *monsieur* Gintaro Aono, «noble japonés» (así figuraba en el registro de pasajeros). Un asiático como tantos: pequeño, delgadito, de edad indescifrable, ralos bigotes y unos ojos rasgados y mordaces. En la mesa solía permanecer en silencio. A la pregunta de «cuál es su profesión», barbotó confuso: «oficial del ejército imperial». A la pregunta de «dónde tiene la insignia», se turbó aún más, abrasó al comisario con una mirada de odio y, excusándose, se perdió tras la puerta. Incluso se dejó la sopa a medias. ¿Sospechoso? ¡Y tanto! Un salvaje entre los salvajes. En el comedor se daba aire con un abanico de papel de colores vivos, como un pederasta de esos antros de diversión de la rue Rivoli. Solía pasearse por cubierta con unas chanquetas de madera y una bata de algodón, sin pantalón alguno. Gustave Gauche estaba naturalmente a favor de la libertad, la igualdad y la fraternidad, pero no creía que estuviese bien que a un macaco de esa calaña le permitieran viajar en primera clase.

Y ahora las mujeres.

Madame Renata Kleber. Muy jovencita. Poco más de veinte años, quizá. Casada con el empleado de un banco suizo. Viajaba a Calcuta para reunirse con su marido. No se podía decir que fuera una belleza, pues tenía la nariz demasiado afilada. Al minuto de conocerla, aquella mujer inquieta y parlanchina declaró que estaba embarazada. Y a esa circunstancia supeditaba todos sus pensamientos y sensaciones. Era amable y espontánea, pero absolutamente insoportable. Le bastaron doce días

para hastiar mortalmente al comisario con su continuo parloteo sobre su estado de salud, cómo bordar los gorritos de bebé y otras estupideces por el estilo. Una barriga con dos piernas, eso es lo que era, a pesar de que estaba embarazada de pocos meses y el vientre, lo que se dice el vientre, apenas comenzaba a marcársele. Como es natural, Gauche escogió el momento oportuno para preguntarle dónde tenía el emblema. La suiza de ojitos claros hizo un aleteo de pestañas y se quejó de que siempre andaba perdiendo cosas. Una explicación aceptable, cierto. Con Renata Kleber el comisario mantenía una actitud compleja, una mezcla de irritación y de sentimiento protector. Pero no la consideraba en serio una posible cliente suya.

Sin embargo, el experimentado comisario observaba a la segunda dama, *miss* Clarissa Stamp, con mucho más interés. Parecía que algo en ella no estaba del todo claro. A simple vista era una inglesa como cualquier otra: tristes cabellos pajizos, mediana edad, maneras reposadas y decorosas... Pero a veces por sus ojos acuosos cruzaba rápidamente un destello demoníaco. Ciertamente que eso no resultaba tan raro. «¡Cuídate de las aguas mansas!», aconseja el refrán. Pero había otros detalles especiales. Quizá pareciesen tonterías, de hecho cualquier otra persona no les prestaría la más mínima atención. Mas Gauche tenía el ojo muy fino. Los vestidos y trajes que lucía *miss* Stamp eran caros, modernos, confeccionados a la última moda de París; el bolso, por su parte, era de piel de tortuga (él había visto uno así en una vitrina de los Campos Elíseos: trescientos cincuenta francos). Pero luego sacó su bloc de notas y era viejo, barato, de esos que se compran en cualquier papelería de barrio. En otra ocasión la vio sentada en cubierta con un chal (hacía viento) idéntico a uno de pelo de perro que tenía *madame* Gauche. Ciertamente, abrigan mucho, pero no son propios de una *lady* inglesa. Y ahí precisamente estaba lo curioso: todas las cosas nuevas de esa tal Clarissa Stamp eran muy caras; sin embargo, las viejas, malas y de la peor calidad. ¿Una simple falta de coordinación?... Una vez, poco antes del té de las cinco, Gauche le preguntó: «¿Y qué le pasa a usted, señora, que no se ha prendido nunca la ballena de oro? ¿Acaso no le gusta? ¡En mi opinión es un adorno muy chic!». ¿Y qué piensan ustedes que pasó? Pues que se puso roja como la grana, de un rojo mucho más vivo que el que mostrara anteriormente nuestro «noble japonés». Y luego le respondió que ya se lo había puesto, sólo que él, el comisario, no había reparado en ello. Pero mentía. Si hubiera dicho la verdad, Gauche lo habría advertido. Al comisario le rondaba en la cabeza una idea muy interesante en relación con ella, pero para aplicarla tenía que esperar el momento psicológico adecuado. Ya veríamos entonces cómo reaccionaba esa Clarissa...

Como eran diez las sillas de la mesa y sólo había cuatro pasajeros sin emblema, Gauche decidió completar el cupo con otros sujetos que, a pesar de tener sus insignias en orden, por algún motivo le habían parecido dignos de atención. Lo hacía para ampliar su campo de investigación. En todo caso, esas sillas siempre estarían disponibles para lo que fuese.

En primer lugar, exigió al capitán que agregara al salón Windsor a *monsieur*

Truffo, el jefe médico del barco. Josiah Cliff gruñó un poco pero terminó cediendo. Estaba claro para qué necesitaba Gauche tener cerca al galeno: era el único médico, el único maestro del arte de la jeringa en el *Leviatán*, que lucía, gracias a su estatus, el emblema de oro. El doctor resultó ser un italiano bajo y gordito con la piel olivácea, la frente prominente y una cabeza casi calva, coronada por unos escasos cabellos cuidadosamente peinados. No existía fantasía suficiente en el mundo para imaginar a aquel cómico sujeto en el papel de asesino despiadado. Junto al médico hubo que hacer sitio también a su esposa. Hacía sólo dos semanas que la pareja se había casado y habían decidido unir lo útil a lo placentero, esto es, el trabajo a la luna de miel. Pero la silla que ocupaba la flamante señora Truffo, la elegida del corazón de nuestro Esculapio marítimo, resultaba completamente desperdiciada. Aquella inglesa sería con cara de acelga no parecía tener la edad que señalaban sus veinticinco años oficiales, sino más bien el doble, y provocaba en Gauche un aburrimiento tan mortal como casi todos sus compatriotas. La bautizó inmediatamente con el mote de «la Cabra», por sus pestañas blanquecinas y porque parecía balar cuando abría la boca. Aunque la abría raramente, porque no sabía francés y las conversaciones del comedor solían desarrollarse en esta noble lengua. *Madame* Truffo no tenía emblema, lo cual era comprensible puesto que, al fin y al cabo, no era ni oficial ni pasajero.

El comisario también encontró en el registro a un cierto Anthony F. Sweetchilde, arqueólogo y especialista en cultura india, y decidió que un especialista en cultura india le resultaría muy útil. Al fin y al cabo, el fallecido Littleby también era especialista en la misma materia. Mister Anthony Sweetchilde, una vara oblonga con gafas redondas y barbita de chivo, comenzó a conversar sobre la India durante la primera cena. Al acabar, Gauche hizo un aparte con él en un rincón y sacó discretamente el tema de la colección de lord Littleby. El arqueólogo calificó desdeñosamente al muerto de diletante y opinó que sus piezas eran curiosidades reunidas sin ningún método científico. Añadió inmediatamente que la única valiosa era precisamente el shiva de oro robado y que había sido una suerte que hubiera aparecido fortuitamente, porque la policía francesa, como todo el mundo sabía, sólo era buena para dejarse sobornar. Al escuchar aquella injusta e indignante observación, Gauche no pudo menos que toser con gesto severo, pero lo único que consiguió fue que Sweetchilde le aconsejara fumar menos. A continuación, el científico admitió condescendentemente que Littleby quizá sí hubiese reunido una buena colección de pañuelos y telas estampadas, algunos de los cuales constituían ejemplares verdaderamente únicos, pero eran objetos ya de artes aplicadas, ya de artesanía local. Tampoco estaba mal el cofrecito de sándalo de Lahore del siglo XVI grabado con escenas del *Mahabharata*, y en ese punto empezó a soltar una verborrea pseudocientífica de tal calibre que el comisario comenzó a dar cabezadas.

Gauche escogió al último contertulio a ojo, en el sentido literal del término. Resulta que poco tiempo atrás Gauche había tenido la fortuna de leer un interesante librito, traducido del italiano, escrito por un tal Cesare Lombroso, profesor de

medicina legal en la ciudad italiana de Turín. El profesor había desarrollado una completa teoría criminalista, según la cual existen delincuentes innatos y estos no tienen la culpa de su conducta antisocial. Según la teoría evolucionista del doctor Darwin, la humanidad atraviesa cierto número de etapas en su camino hacia la perfección, y en esa evolución el criminal viene a ser como un material defectuoso, un retroceso imprevisto a la etapa precedente de desarrollo. En consecuencia, identificar a un posible asesino o ladrón resultaría bien fácil: su aspecto físico sería similar al del mono, del que procedemos todos. El comisario reflexionó mucho sobre lo que había leído. Por una parte, recordaba la abigarrada colección de asesinos y ladrones que había encarcelado en sus treinta y cinco años de trabajo policial, y no todos recordaban a los gorilas; muchas veces se había topado con seres de rostro tan angelical que el corazón derramaba lágrimas al verlos. Pero, por otra parte, sí era verdad que había encontrado bastantes ejemplares simiescos. Y además Gauche, anticlerical convencido, tampoco creía en la leyenda de Adán y Eva. La teoría de Darwin parecía estar científicamente mejor fundada.

En fin, el hecho es que Gauche se encontró de bruces, entre los pasajeros de primera clase, con un ejemplar que se le antojó directamente extraído de aquella ilustración del libro llamada «Tipos característicos de asesinos»: frente huidiza, prominentes arcos supraorbitarios, ojos pequeños, nariz aplastada y mentón sesgado. De modo que el comisario pidió también que incluyeran en el Windsor al comerciante de té Étienne Boileau, quien después resultó ser de lo más agradable: una persona de buen humor, padre de once hijos y filántropo convencido.

Estaba claro que el crucero de papaíto Gauche tampoco iba a terminar en Port Said, la escala posterior a El Havre. La investigación se alargaba más de lo previsto. Por otra parte, su intuición le decía que estaba en un atolladero, que entre su público no se hallaba el protagonista principal de la historia. Se le presentaba, pues, una perspectiva verdaderamente terrorífica: hacer el crucero entero, Port Said-Adén-Bombay-Calcuta, y en esta última ciudad ahorcarse en la primera palmera que encontrara. ¡Todo menos regresar a París con el rabo entre las piernas! Los colegas se reirían en su cara y sus jefes le reprocharían siempre su excursión en primera clase a costa del erario público. Eso si no lo jubilaban antes de tiempo...

En Port Said, Gauche puso buena cara al mal tiempo, se gastó buena parte de su dinero en camisas —el viaje se presentaba largo—, se aprovisionó de tabaco egipcio y, para matar el rato, se dio un paseo por el famoso puerto en coche de caballos por el precio de dos francos. El puerto no era nada especial, exceptuando el enorme faro y aquellos dos interminables muelles. La pequeña ciudad le produjo una impresión extraña: aquello no era ni Europa ni Asia. Delante de la residencia del director de la Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez, uno parecía estar en Europa. En las calles del centro sólo se veían rostros europeos: las damas, paseando de aquí para allá con sus blancos parasoles, y los opulentos señores, con sus tripas prominentes, sus panamás y sus *canotiers* de paja. Pero bastó que el carruaje se metiera en el barrio

indígena para que aparecieran el hedor, las moscas, los desperdicios putrefactos y una mugrienta multitud árabe que le pedía limosna. ¿Por qué los ricos ociosos se pasarían la vida viajando de un lado a otro? Si en todas partes se veía lo mismo: unos con barriga de tragar mucho y otros con la barriga hinchada de pasar hambre.

Agotado por el calor y sus pesimistas observaciones, el comisario regresó al buque con aire abatido. Y, de pronto, tuvo un golpe de suerte: ¡un nuevo cliente! ¡Y con trazas de prometer mucho!

El comisario fue a ver al capitán y se informó sobre el recién llegado. Nombre: Erast P. Fandorin, súbdito ruso; el súbdito ruso no mencionaba la edad por alguna razón. Profesión: diplomático. Había llegado de Constantinopla y viajaba hasta Calcuta, desde donde seguiría hasta Japón, su destino profesional. ¿De Constantinopla? Vaya, entonces seguramente habría participado en las conversaciones de paz que acababan de poner fin allí a la reciente guerra ruso-turca. Gauche copió cuidadosamente los datos en una hoja y la guardó en la carpeta secreta de percalina donde recogía todo el material sobre el caso. Nunca se separaba de su carpeta: la hojeaba continuamente, releía los protocolos y los recortes de periódico, y cuando se quedaba pensativo dibujaba pececitos y casitas en los bordes. Esos dibujos simbolizaban la ilusión más íntima de su ser, atesorada en el fondo de su corazón. En cuanto le hicieran jefe de división y se hubiera garantizado una buena pensión, compraría con *madame* Gauche una preciosa casita en algún lugar de Normandía. Y allí el policía retirado se dedicaría a pescar y a destilar su propia sidra. No estaba mal, ¿eh? Con la jubilación sería un verdadero capitalista, veinte mil francos como mínimo...

Tuvo que bajar otra vez al puerto. El barco esperaba su turno para entrar en el canal de Suez y el comisario aprovechó para mandar un telegrama a la prefectura: quería saber si en París tenían datos del diplomático ruso E. P. Fandorin y si este había cruzado recientemente las fronteras de la república francesa.

La respuesta llegó pronto, a las dos horas y media. Resultaba que sí, que nuestro amigo había estado en Francia, y no una sino dos veces. La primera en el verano de 1876 (bueno, esa no interesaba) y la segunda en diciembre de 1877, es decir, hacía algo más de tres meses. Procedía de Londres y había sido registrado por el control aduanero de pasaportes de Calais. Se desconocía cuánto tiempo había estado en Francia. Era bastante probable que el 15 de marzo aún se hallara en París. Y si eso era cierto, muy bien podía haberse dado un paseo por la rue de Grenelle con la jeringuilla en la mano...

Por tanto, había que dejar un sitio libre en la mesa. Naturalmente, lo ideal habría sido librarse de la esposa del doctor, pero no se podía atentar contra el sagrado sacramento del matrimonio. Tras reflexionar un poco, Gauche decidió enviar al comerciante de té a otro salón: por no corroborar las hipótesis científicas y por ser el comensal con menos futuro. El mozo se encargaría de trasladarlo; podía sugerirle que

quedaba un huequecito libre en otro salón con caballeros más importantes o damas más atractivas... Para eso estaban los mozos, para solventar casos así.

La aparición de un nuevo personaje fue todo un acontecimiento. En lo que llevaban de crucero todos habían tenido tiempo de aburrirse de los demás y, de pronto, surgía un nuevo contertulio, y con aquel aspecto tan imponente... Nadie se interesó por la suerte del pobre *monsieur* Boileau, aquel representante del peldaño intermedio de la evolución de la especie. El comisario advirtió que *miss* Clarissa Stamp, la solterona, era la que más se animaba con el cambio, pues se puso a hablar sin parar de artistas, teatro y literatura rusa. También a Gauche le gustaba sentarse en un sillón con un buen libro entre las manos en sus ratos de ocio. De entre todos los escritores prefería a Victor Hugo por dos motivos: porque tanto si hablaba de lo humano como si se refería a lo sublime alcanzaba siempre el corazón, y porque con él se dormía como un bendito. Pero de los escritores rusos, con esos nombres tan susurrantes, no sabía ni una palabra, de manera que no pudo intervenir en la conversación. De todas formas, los intentos de la inglesa parecida a un arenque se le antojaban vanos, pues *monsieur* Fandorin era demasiado joven para ella.

Renata Kleber tampoco se quedó de brazos cruzados y al momento procuró incluir al recién llegado en su red de servidores personales, a quienes enviaba sin piedad a por el chal, a por el parasol, a por un vaso de agua o a por lo que fuese. A los cinco minutos de comenzar la cena, *madame* ya estaba poniendo al ruso al corriente de todos los entresijos de su delicado estado, quejándose de una jaqueca y rogándole que fuera en busca del doctor Truffo, que aquel día por alguna razón se retrasaba un poco a la mesa. Pero, por lo visto, el diplomático comprendió al instante con quién estaba tratando, pues se disculpó cortésmente con la excusa de no conocer al doctor en persona. Entonces fue el servicial teniente Régnier, el más rendido de los ayos de la banquera embarazada, quien se apresuró a cumplir el encargo.

La primera impresión que tuvo de Erast Petrovich fue la siguiente: era un hombre de pocas palabras, discreto y amable. Quizá demasiado refinado para el gusto de Gauche. Su cuello almidonado estaba tan enhiesto que se asemejaba al alabastro; en la corbata de seda lucía un alfiler de perlas, y en la solapa (¡vaya con el petimetre!), un clavel rojo sangre. Tenía la raya del peinado trazada cabello a cabello, las uñas, bien cuidadas, y un fino bigotito oscuro que parecía dibujado con carbón.

Del bigote de un hombre se puede sacar bastante información. Uno como el de Gauche, de morsa, que cae por las comisuras de la boca, habla de un hombre firme, que conoce su propio valor, nada veleta e imposible de encandilar con el brillo de los oropeles. Si el bigote está retorcido hacia arriba y además tiene las puntas aguzadas, su propietario es un mujeriego y un *bon vivant*. Si está unido a las patillas, se trata de un ambicioso que sueña con ser general, senador o banquero. Y un bigote como el que lucía *monsieur* Fandorin es el resultado de la imagen romántica que tiene de sí su propietario.

¿Qué más se podía decir del ruso? Hablaba francés a la perfección. Un detalle

característico: tartamudeaba ligeramente. La insignia del diplomático, como antes, seguía sin aparecer. Mostró por el japonés más interés que por nadie y le hizo un montón de preguntas aburridas sobre Japón, que el samurái respondía con cautela, como si temiera una jugarreta. Y es que el recién llegado no había informado a sus contertulios de adónde viajaba ni por qué lo hacía: se había limitado a decir su nombre y que era ruso. Pero el comisario sí que comprendía las curiosas preguntas del diplomático, pues iba a residir durante un tiempo en Japón. Gauche imaginaba aquel país como un lugar donde todos sin excepción tenían el aspecto de *monsieur* Aono y vivían en unas casas de muñecas de tejados curvos, y donde la mayor parte se abrían las tripas con un puñal. Desde luego, por nada del mundo querría estar en el pellejo del ruso.

Al terminar la cena, cuando Fandorin hizo un aparte para fumarse un puro, el comisario se instaló en el sillón de al lado y encendió la pipa. Gauche se había presentado poco antes como un rentista parisino que viajaba a Oriente por curiosidad (esa era su tapadera). Pronto empezó a dirigir la conversación hacia el asunto que le interesaba, pero desde lejos, con mucha precaución. Volvió hacia el diplomático la ballena de oro que llevaba en la solapa (la que había encontrado en la rue de Grenelle) y comentó como de paso, para entablar el diálogo:

—Una preciosidad, ¿no cree? —El ruso miró la solapa pero no dijo nada—. Oro puro. ¡Muy elegante! —alabó Gauche.

De nuevo aquel silencio expectante, aunque del todo cortés. El silencio de la persona que está a la espera de ver lo que sigue. Los ojos azules del diplomático lo miraban con atención. La piel del diplomático era magnífica, como de melocotón, y tenía las mejillas ruborizadas, como una muchacha. Mas no se trataba de un niño de papá, eso se intuía inmediatamente.

Entonces el comisario decidió cambiar de táctica.

—¿Viaja usted mucho? —Un inexpresivo movimiento de hombros—. Al parecer se dedica usted a la diplomacia, ¿no es así?

Fandorin asintió cortésmente con la cabeza, sacó un largo puro del bolsillo y le cortó la punta con un cuchillito de plata.

—¿Ha estado usted alguna vez en Francia?

Otra inclinación afirmativa de la cabeza. El ruso estaba resultando un conversador bastante mezquino, pensó Gauche, dispuesto a no ceder de ningún modo.

—A mí me gusta París sobre todo en primavera, en marzo —continuó el policía con tono soñador—. ¡El mejor mes del año!

Luego estudió a su interlocutor, aguardando su respuesta.

Fandorin asintió dos veces con la cabeza, pero no quedó claro si se daba simplemente por enterado o realmente participaba de la opinión. Gauche, que empezaba ya a enfadarse, arrugó el entrecejo:

—Entonces, qué, ¿no le gusta la insignia?

La pipa crepitó y se apagó.

Entonces el ruso emitió un breve suspiro, metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó la ballena de oro y, por fin, se dignó abrir la boca:

—Por lo que veo, está usted interesado en mi i-insignia. Aquí la tiene, obsérvela, por favor. Si no me la pongo es porque no quiero parecer un conserje con su chapa, aunque sea de o-oro. Punto uno. Usted, *monsieur* Gauche, no se parece nada a un rentista, mueve demasiado los ojos; además, ¿qué hace un rentista parisino con una carpeta de oficina? Punto dos. Si está al tanto de mi profesión, quiere decir que ha tenido a-acceso a los documentos de a bordo; así que creo que es usted policía. Punto tres. Y por último, punto cuatro: si desea usted saber algo de mí, no se ande por las ramas y pregúntemelo abiertamente.

¡Como para conversar tranquilamente con aquel individuo!

Para salir del apuro, Gauche confesó al perspicaz diplomático que, en efecto, era un policía de servicio en el buque y que su misión consistía en velar por la seguridad de los pasajeros, siempre manteniendo la mayor reserva y delicadeza para no ofender la sensibilidad de clientela tan selecta. No quedó claro si Fandorin lo creía o no, pero no formuló ninguna pregunta más en aquel sentido.

Con todo, ya lo dice la gente, no hay mal que por bien no venga. El comisario se había encontrado, si no con un correligionario, sí al menos con un contertulio con extraordinarias dotes de observación y excepcionalmente versado en criminología.

A partir de entonces acostumbraron a sentarse a solas en cubierta. Contemplaban las orillas en pendiente del canal, fumaban (Gauche en pipa; el ruso, puros) y hablaban de los más curiosos y variopintos temas. Por ejemplo, de los últimos métodos para la identificación de los criminales y su desenmascaramiento.

—La policía de París basa su trabajo en los más recientes descubrimientos científicos —alardeó Gauche en cierta ocasión—. En la prefectura tenemos un servicio especial de identificación, dirigido por un joven genio, Alphonse Bertillon, que ha diseñado un nuevo sistema de registro de los delincuentes.

—Sí, me entrevisté con el doctor Bertillon durante mi última visita a Pa-París —repuso Fandorin, para su sorpresa— y me habló de su método antropométrico. Cierto, el bertillonaje es una teoría ingeniosa, muy ingeniosa. ¿Han comenzado a po-ponerla en práctica? ¿Qué resultados han obtenido?

—Por el momento, ninguno. —El comisario se encogió de hombros—. Antes tenemos que someter al bertillonaje a todos los criminales reincidentes, y eso nos llevará años. Por ahora el departamento de Alphonse es un auténtico caos: conducen allí a los detenidos, cargados de grilletes, los miden por todas partes, como a los caballos en una feria de ganado, y anotan sus datos en unas fichas. Pero pronto todo ese trabajo le irá de perlas a la policía. Supongamos que en el lugar donde se ha cometido un robo se encuentran las huellas de la mano izquierda del delincuente. Las mides y buscas en el fichero. Así que el dedo corazón mide ochenta y nueve milímetros; pues nada, a buscar en la sección número tres. Allí hay diecisiete desvalijadores con esa misma medida. Lo que sigue después es coser y cantar: basta

comprobar dónde estuvieron el día del delito y arrestar al que no tenga coartada.

—Entonces, ¿quiere usted decir que los delincuentes están clasificados en secciones según la longitud de su dedo corazón? —preguntó el ruso con vivo interés.

Gauche sonrió con condescendencia sacudiendo todo el mostacho.

—Estamos hablando de un sistema total, mi joven amigo. Bertillon ha clasificado a todos los humanos en tres grupos tomando como parámetro la longitud del cráneo. Luego, por la anchura craneal, cada grupo se divide a su vez en tres subgrupos, de lo que resultan nueve subgrupos en total. Cada subgrupo se escinde a su vez en tres secciones: para ello utiliza como baremo la longitud del dedo corazón de la mano izquierda; por tanto, tenemos veintisiete secciones. Pero la cosa no acaba ahí. Tomando como referencia las dimensiones de la oreja derecha, cada sección se subdivide a su vez en tres subsecciones. ¿Y cuántas subsecciones tenemos en total? Exacto, noventa y una. Luego se hacen otras clasificaciones sucesivas teniendo en cuenta la estatura del individuo, la longitud de la mano, su altura en situación sedente, el tamaño de la planta del pie y la longitud de la articulación cubital. ¡Y así hay en total diecinueve mil seiscientos ochenta y tres categorías diferentes, nada más y nada menos! Un criminal que sea sometido a un exhaustivo bertillonaje y quede registrado en nuestro fichero, nunca más escapará de las manos de la justicia. Se acabó ese antiguo descaro, cuando daban un nombre falso al ser detenidos y quedaban impunes todos los delitos que habían cometido.

—¡Extraordinario! —exclamó el diplomático, pero se quedó pensativo—. Lo que ocurre es que el bertillonaje sirve de poco en el caso de un delito aislado, sobre todo si el que lo cometió carece de antecedentes.

Gauche abrió los brazos.

—Tiene usted razón, pero ese es un problema que la ciencia no podrá resolver nunca. Mientras haya delincuentes seguirán necesitándonos a nosotros, a los sabuesos profesionales.

—¿Ha oído usted ha-hablar alguna vez de las huellas dactilares? —le preguntó Fandorin al comisario, mostrándole una mano delgada aunque robusta, con las uñas bien pulidas y una sortija de brillantes en el dedo anular.

Gauche contempló la sortija con envidia (el sueldo anual de un comisario, como mínimo) y sonrió burlescamente:

—Y eso qué es, ¿otra manera gitana de leer la mano?

—Nada de eso. Los egipcios sabían ya desde tiempos inmemoriales que el relieve formado por las líneas de las yemas de los dedos es único en cada individuo. En China los jornaleros culi refrendan sus contratos de trabajo con la huella del dedo pulgar mojado en tinta.

—Bueno, si los asesinos fueran tan amables de entintarse el dedo para la ocasión y dejar sus huellas en el lugar del crimen... —Y el comisario se echó a reír benévola.

Pero, al parecer, el diplomático no estaba para bromas.

—*Monsieur* detective de a bordo, quiero que sepa que la ciencia moderna ha establecido fehacientemente que las huellas dactilares quedan impresas al mínimo contacto de un dedo sobre cualquier superficie seca y consistente. De manera que si un delincuente toca una puerta, por ejemplo, el arma del crimen o el cristal de una ventana, aunque sea de la manera más leve, deja allí su huella, y esta nos ayuda a descubrir al ma-malhechor.

A Gauche le entraron ganas de ironizar. Si en Francia, donde existían unos veinte mil delincuentes, lo cual sumaba doscientos mil dedos, se miraran con lupa uno a uno todos aquellos apéndices, la policía acabaría cegata, quiso decir, pero se contuvo. De pronto recordó la vitrina hecha añicos de la rue de Grenelle. Entre los cristales rotos se habían encontrado un montón de huellas dactilares, pero a nadie se le había pasado por la cabeza guardar una copia de ellas y se tiraron los trozos a la basura.

«¡Qué barbaridad, hasta dónde ha llegado la ciencia! Porque, en ese caso, ¿qué tendríamos?; todos los delitos se cometen con las manos, ¿no es cierto? ¡Ay, si los dedos fueran capaces de soplar información como los mejores confidentes de pago de la policía! ¡Pero si se tomaban las huellas dactilares de todos los malhechores y ladrones, ninguno se atrevería a poner sus sucias pezuñas en un asunto turbio! ¡Y eso supondría el final de la delincuencia!».

De pensar en esas perspectivas al comisario se le iba la cabeza.

Reginald Milford-Stockes

2 de abril de 1878

18 horas y 34 minutos y medio

respetando el meridiano de Greenwich

Mi querida Emily,

Hoy hemos entrado en el canal de Suez. En mi carta de ayer le describí detalladamente la historia y topografía de la ciudad de Port Said, y ahora no puedo abstenerme de contarle algunos datos curiosos e instructivos sobre el Gran Canal, la obra más grandiosa hecha nunca por manos humanas, que el próximo año cumplirá su décimo aniversario. ¿Sabía usted, mi adorada esposa, que el actual canal es ya el cuarto que se construye en este mismo lugar y que el primero fue excavado nada más y nada menos que en el siglo XIV antes del nacimiento de Jesucristo, durante el reinado del gran faraón Ramsés? Cuando Egipto cayó en decadencia, los vientos del desierto cubrieron el cauce de arena. Pero con Darío, el emperador de Persia, 500 años antes de Jesucristo, los esclavos abrieron un nuevo canal que se cobró 120.000 vidas humanas. Herodoto escribió que atravesarlo costaba cuatro días y que dos tirremes podían cruzarse libremente en dirección contraria sin rozarse los remos. Varios bajeles de la destrozada flota de Cleopatra pudieron escapar al mar Rojo por esta vía, salvándose así de la furia del terrible Octaviano.

Tras la caída del Imperio Romano, el tiempo y el polvo volvieron a separar el océano Atlántico del Indico con un muro de cien millas de arenas movedizas, pero bastó que en estas tierras estériles se constituyera el poderoso estado de los sucesores del profeta Mahoma para que los hombres echaran mano otra vez del pico y la azada. Navego ahora a lo largo de estos terrenos de sal e ilimitadas dunas, y no dejo de admirarme de ese coraje torpe y esa prolijidad de hormiga del género humano en su lucha constante contra el todopoderoso Cronos, lucha condenada de antemano al fracaso. Durante dos siglos transitaban los navíos cargados de trigo por este canal árabe, pero después la tierra arqueó de nuevo su frente con una triste arruga y el desierto volvió a sumergirse en un sueño de mil años.

Por desgracia, el padre del nuevo Suez no fue un británico, sino el francés Lesseps, un representante de esa nación hacia la que siento, querida Emily, un profundísimo y absolutamente justificado desprecio. Ese astuto diplomático convenció al gobernador de Egipto de que otorgase la concesión para la creación del canal a la Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez. ¡La compañía recibió el derecho de arriendo de la futura vía marítima durante 99 años, mientras el gobierno egipcio sólo se reservaba un 15% del beneficio neto! ¡Y que esos viles franceses osen llamarnos todavía a nosotros, los británicos, explotadores de los pueblos atrasados!...

Al menos nosotros conquistamos nuestros privilegios a punta de espada y no firmando sucios contratos con los codiciosos burócratas nativos.

Todos los días 1.600 camellos abastecían de agua potable a los obreros que excavaban el canal, pero los pobres seguían muriendo a miles a causa de la sed, el calor y las enfermedades infecciosas. Nuestro *Leviatán* navega literalmente sobre un mar de cadáveres: es como si debajo de la arena viera con mis propios ojos esos cráneos pulidos, con las cuencas oculares vacías y los dientes amarillentos. Fueron necesarios diez años de trabajo y quince millones de libras esterlinas para concluir esta grandiosa obra. Pero ahora los barcos hacen la travesía de Inglaterra a la India en la mitad de tiempo que antes. Veinticinco días tan sólo y estás en Bombay. ¡Increíble! ¡Y qué grandeza! La profundidad del canal supera los cien pies, de manera que hasta nuestra gigantesca arca de Noé navega sin temor ni riesgo de encallar en la arena.

Hoy, después del almuerzo, me ha dominado una risa irrefrenable, me he atragantado con una corteza de pan, he comenzado a toser y he tardado mucho en tranquilizarme. Cuando el pobre fatuo de Régnier (ya le he escrito a usted sobre él, el primer oficial del *Leviatán*) me ha preguntado con fingida amabilidad la razón de mi alegría, mi risa ha adquirido más ímpetu si cabe. Pero de ningún modo podía revelarles el pensamiento que me alborozaba de esa manera, y que era este: cierto que el canal lo construyeron los franceses, pero sus frutos los estamos aprovechando nosotros, los ingleses. Hace tres años que el gobierno de su majestad le compró al jedive de Egipto su paquete de acciones y ahora los verdaderos propietarios del Canal somos nosotros, los ingleses. ¡Por cierto, que una acción del canal, que hasta entonces nunca había superado las 15 libras esterlinas, se cotiza hoy a 3.000! ¿Qué me dice? ¿Acaso no es para reírse?

Pero seguro que la estoy aburriendo con estos tediosos detalles. Sea usted indulgente, mi querida Emily: no tengo otro asueto que escribir estas largas cartas. Cuando apoyo la pluma en el papel vitela, me parece que está usted a mi lado y que conversamos tranquilamente. ¿Sabe?, este clima tan tórrido hace que me sienta mucho mejor. Ahora ya no recuerdo las pesadillas que me asaltan en sueños todas las noches. Aunque no están muy lejos: por la mañana, cuando me despierto, veo la almohada empapada de lágrimas y, a veces, hasta mordida por mis dientes.

Pero eso son tonterías. Cada nuevo día, cada milla recorrida me acerca a una nueva vida. Allí, bajo el acariciador sol ecuatorial, esta terrible separación que trastoca mi alma entera por fin terminará. ¡Ah, que sea cuanto antes! ¡Siento tantos deseos de contemplar de nuevo su radiante y tierna mirada, mi querida amiga!

¿Con qué más puedo entretenerla a usted? ¡Ah, sí!, con la descripción de nuestro *Leviatán*: un tema más que digno. Ya he escrito demasiado en mis anteriores cartas sobre mis sentimientos y mis sueños, y todavía no le he explicado con detalle cómo es este triunfo de la ingeniería británica.

El *Leviatán* es el barco de pasajeros de mayores dimensiones que ha existido nunca, a excepción del enorme *Great Eastern*, que ya lleva veinte años surcando las

aguas del Atlántico. Julio Verne, que describió el *Great Eastern* en su libro *Una ciudad flotante*, no llegó a ver nuestro *Leviatán*; de otra manera habría llamado al viejo *G. E.* con otro nombre: «Una aldea flotante». Si lo único que aquel sabía hacer era tender cables telegráficos sobre el fondo del océano, el *Leviatán* en cambio puede transportar mil personas, además de 10.000 toneladas de carga. La eslora de este monstruo que espira fuego supera los 600 pies y su manga alcanza los 80. ¿Sabe usted, querida Emily, cómo se construye un barco? Primero lo «construyen sobre el terreno», es decir, trazan su estructura a tamaño natural, en un material especial, directamente sobre un suelo bien pulido. Pues bien, ¡el plano del *Leviatán* tenía tales dimensiones que hubo que construir una estructura del tamaño del palacio de Buckingham!

Esta maravilla de barco tiene dos máquinas de vapor, dos poderosas ruedas giratorias a estribor y babor, además de una hélice gigante a popa.

Los seis mástiles, que se elevan hasta el mismo cielo, están pertrechados con los equipos de velamen más completos, de manera que, con viento de popa y a toda máquina, ¡la nave puede desarrollar una velocidad de 16 nudos! En el barco se han aplicado los avances más modernos de la industria naval. Entre ellos el doble casco de acero, que salva al barco de cualquier choque contra escollos; unas quillas laterales especiales para disminuir el balanceo; un completo sistema eléctrico de alumbrado; compartimentos estancos; enormes cámaras refrigeradoras para el vapor de escape... Y me olvido de algunos detalles. Porque toda la experiencia secular y el esfuerzo del creativo e inquieto intelecto humano están concentrados en este orgulloso barco, que hiende sin temor las olas oceánicas.

Ayer, siguiendo esa costumbre mía de tantos años, abrí las Sagradas Escrituras al azar y me quedé anonadado: ante mi vista aparecieron las líneas que hablan de *Leviatán*, el terrible monstruo marino del libro de Job. Me puse a temblar, porque de pronto comprendí que de lo que allí se habla no es de una serpiente marina, como pensaban los antiguos, ni de un cachalote, como afirman los racionalistas de hoy en día. No, en la Biblia se habla claramente de este mismo *Leviatán*, que se ha impuesto sacarme de las tinieblas y el horror para llevarme a la luz y a la felicidad. Juzgue usted misma: «Él hace hervir los abismos del mar como una caldera y convierte el océano en un unguento efervescente; deja tras de sí un sendero luminoso y las profundidades parecen cabellos canosos. No hay nada en la tierra que se le parezca, fue creado intrépido, mira todo lo elevado con osadía y reina sobre todos los hijos del orgullo». Una caldera de vapor, un unguento hirviente —es decir, el mazut, el residuo del fueloil—, un sendero luminoso —la estela de detrás de la popa—. ¡Resultaba todo tan evidente!

Y entonces sentí miedo, querida Emily. Porque esas líneas contienen la advertencia de una amenaza, sea dirigida a mí personalmente, a los pasajeros del *Leviatán* o a la humanidad entera. ¿No es acaso el orgullo algo nefasto desde el punto de vista de la Biblia? Si el hombre con sus juguetes mecánicos «mira todo lo elevado

con osadía», ¿no estará provocando con eso consecuencias catastróficas? ¿No nos estaremos enorgulleciendo en exceso de nuestro vivo intelecto y nuestras ágiles manos? ¿Adónde nos conduce este ingenio de metal, coronado rey del orgullo? ¿Qué nos espera en el camino?

A continuación, abrí el breviario para rezar: por primera vez después de mucho mucho tiempo. De pronto leí: «Y piensan que sus casas son eternas y que transmitirán su hacienda de generación en generación, y llaman a sus tierras con los nombres que ellos les dan. Pero el hombre no se mantendrá en su honra; él se asemeja a los animales, que son mortales. Ese camino es su locura, a pesar de que los que lo siguen aprueban sus juicios».

Cuando, dominado por ese sentimiento místico, abrí de nuevo las Sagradas Escrituras con mano temblorosa, mi excitada mirada se clavó en ese pasaje aburrido de los Números donde se enumeran los sacrificios de las generaciones israelitas con exactitud propia de un contable. Entonces me tranquilicé, toqué la campanilla de plata y ordené al camarero que me trajera un chocolate caliente.

El confort que reina en esta parte del barco destinada a la clientela de rango sorprende a la imaginación. En este sentido, en verdad que el *Leviatán* no tiene parangón. Se acabó para siempre que los viajeros hacia la India o China se amontonan en cuartos reducidos y oscuros, con la cabeza de uno pegada a la del vecino. Usted ya sabe, mi querida esposa, cuán desarrollada tengo yo la sensación de claustrofobia; pues en el *Leviatán* me siento como en los anchos malecones que hay a lo largo del Támesis. Aquí hay todo lo necesario para vencer el aburrimiento: una sala de baile, un auditorio para conciertos de música clásica y una biblioteca bastante buena. Un camarote de primera clase no tiene nada que envidiar en mobiliario a la habitación del mejor hotel de Londres. En el barco hay hasta 100 camarotes de ese tipo, además de otros 250 de segunda clase para 600 pasajeros (esos no los he visto aún; odio la miseria), y dicen también que las bodegas de carga son muy espaciosas. Sólo entre el personal de servicio, sin contar a la oficialidad ni a la marinería, en el *Leviatán* hay más de doscientas personas: camareros, cocineros, lacayos, músicos, doncellas...

Imagínese que no lamento en absoluto no haber traído a Jeremy. Ese holgazán siempre anda metiendo las narices en asuntos ajenos, cuando aquí, a las once en punto de la mañana, llega una camarera, hace la limpieza y cumple mis encargos. Todo de lo más cómodo y razonable. Si lo deseas, puedes tocar la campanita y llamar al lacayo para que te vista, y eso que considero ese servicio de lo más innecesario porque yo me visto y me desvisto personalmente. Durante mi ausencia el servicio tiene prohibido entrar en mi camarote, pero a pesar de eso siempre coloco unos cabellos en el vano de la puerta cuando salgo. Tengo miedo de los espías. Créame, querida Emily, esto no es un barco, sino una auténtica ciudad donde no falta el más mínimo detalle.

La información sobre el buque la he extraído fundamentalmente de las

explicaciones del teniente Régnier, un gran admirador de su barco y, por lo demás, una persona antipática de quien recelo seriamente. Intenta simular con todas sus fuerzas que es un auténtico *gentleman*, pero a mí no me engaña: huelo el mal género a distancia. Deseando causarme una impresión agradable, este sujeto me invitó a su camarote particular. Yo acepté, no tanto por curiosidad como por el deseo de valorar el grado de amenaza que puede representar ese pobre hombre (para su apariencia física, lea mi carta del 20 de marzo). El mobiliario era de lo más mísero, y saltaba aún más a la vista a causa de sus insípidas pretensiones de buen tono (jarrones chinos, pebeteros indios, una horrible marina en la pared, etcétera). En la mesa, entre cartas marinas e instrumentos de navegación, una gran fotografía de una mujer vestida de negro. Una dedicatoria en francés: «¡Navega con buen viento! Françoise B.». Le pregunté si era su esposa, pero no, resultó ser su madre. Muy tierno, pero no despeja mis sospechas. Como antes, seguiré haciendo mis propias mediciones de rumbo cada tres horas, aunque tenga que levantarme dos veces a lo largo de la noche. Naturalmente, ahora que navegamos por el canal de Suez resulta superfluo, pero no quiero perder mis conocimientos prácticos sobre el uso del sextante.

Tiempo tengo más que suficiente, y en mis ratos de ocio me dedico, aparte de a escribir cartas, a la observación de esta feria de vanidades que me rodea por completo. Entre esta galería de tipos humanos se encuentran algunos verdaderamente interesantes. En mis anteriores cartas ya le escribí sobre algunos de ellos, pero ayer una nueva cara hizo acto de presencia en nuestro salón. Imagínese, es ruso. Nombre: Erast Fandorin. Usted, Emily, conoce muy bien qué opinión tengo de Rusia, esa fea excrecencia que ocupa la mitad de Europa y un tercio de Asia. Rusia intenta difundir por todo el mundo sus bárbaras costumbres y esa parodia de religión cristiana que profesa, y Albión es la única barrera que se puede interponer en el camino de esos nuevos hunos. Si no hubiera sido por la actitud tan decidida que ha adoptado el gobierno de su majestad en la actual crisis de Oriente, las zarpas de oso del zar Alejandro se habrían apoderado de todos los Balcanes y de...

Pero ya le he escrito a usted sobre esta cuestión y no quiero repetirme. Además, pensar en asuntos de política me ataca los nervios. Ahora son las ocho menos cuatro minutos. Como ya le dije, el *Leviatán* se guiará por el horario inglés hasta llegar a Adén, por eso aquí a las ocho ya es de noche. Mediré de nuevo las coordenadas de longitud y latitud, iré a cenar y después continuaré la carta.

Las diez y dieciséis minutos

Veo que no he terminado de hablarle de mister Fandorin. Es posible que incluso me caiga bien a pesar de su nacionalidad. Tiene buenas maneras, es callado y sabe escuchar. Seguramente debe de pertenecer a ese grupo social que en Rusia denominan con el vocablo italiano *intelligenza*, es decir, la clase culta y europeizada. Estará de

acuerdo conmigo, querida Emily, en que una sociedad en la que la clase europeizada constituye un sector muy especial de la población, que además se designa con una palabra extranjera, difícilmente puede considerarse una sociedad civilizada. Imagino el abismo que debe de separar a un hombre culto como mister Fandorin de uno de esos cosacos barbudos o de cualquier mujik, grupos sociales que suman el 90% de la población total de ese imperio tártaro-bizantino. Por otra parte, una distancia social como esa deberá elevar y ennoblecer extraordinariamente a un hombre culto e intelectual. Pero ya reflexionaremos sobre esa cuestión en otro momento más apropiado.

Me gustó mucho la elegancia con la que mister Fandorin (por cierto, es diplomático de profesión, y eso explica muchas cosas) le bajó los humos a ese insoportable y zafio Gauche, un tipo que, pese a presentarse como rentista, está, a mi juicio, mezclado en asuntos turbios. No me sorprendería que viaje a Oriente para comprar opio o danzarinas exóticas para los antros parisinos. [La última frase aparece tachada]. Sé, querida Emily, que siendo usted una auténtica *lady* no intentará leer lo que está tachado. Me he ensimismado un segundo y he escrito algo indigno de vuestros castos ojos.

Bien, ahora le hablaré de la cena de hoy. Ese burgués francés, que en los últimos tiempos se ha animado en demasía y está muy parlanchín, se ha puesto a disertar con aires de suficiencia sobre las ventajas de la vejez sobre la juventud. «Como verán, soy el más viejo de los presentes —nos ha dicho con indulgencia, como si fuera el mismo Sócrates—. Estoy canoso, hinchado y de mal ver, pero no crean, señoras y señores, que papaíto Gauche cambiaría su sitio por el de ustedes. Créanme que no me inspira la más mínima envidia esa presuntuosa juventud que se jacta ante sus mayores de su fuerza, su hermosura y su salud. Porque pienso que eso no es nada extraordinario: también lo tuve yo hace años. En cambio ustedes, jovencitos míos, no saben todavía si vivirán hasta los sesenta y dos, como lo he hecho yo. Soy el doble de feliz que ustedes con sus treinta años, porque llevo viviendo en este mundo el doble de lo que han vivido ustedes». Y dicho esto le ha dado un tiento al vino, muy orgulloso de la originalidad de su razonamiento y de su lógica aparentemente indiscutible. Entonces mister Fandorin, que hasta aquel momento no había abierto la boca, ha dicho de pronto con cara muy seria: «Sin duda es como usted dice, señor Gauche, si se mira la vida a la manera de Oriente, como si uno se encontrara en un solo punto de la existencia y viviendo un “ahora” eterno. Pero hay otra concepción diferente que valora la vida del hombre como una obra única y total que sólo se puede evaluar cuando se ha leído su última página. Esa obra puede ser larga como una tetralogía o corta como un relato. ¿Y quién se atreverá a afirmar que una novela voluminosa y trivial sea infaliblemente más valiosa que una poesía corta y hermosa?». Lo más ridículo de todo ha sido que nuestro rentista, que también es gordo y trivial, no ha comprendido que Fandorin se estaba refiriendo a él. Y a pesar de que a *miss Stamp* (una inteligente pero extraña mujer) se le ha escapado una risita

ahogada y a mí una carcajada estruendosa, el francés ha seguido sin comprenderlo: todo lo contrario, se ha mantenido en sus trece a mayor honor y encomio de su persona.

Cierto que en una conversación posterior, ya en los postres, *monsieur* Gauche ha mostrado una sensatez que me ha dejado sorprendido. A veces la falta de una educación general tiene sus ventajas: también la razón que no está forjada por las sentencias de los pensadores ilustres es capaz de hacer observaciones interesantes y sensatas.

Si no, juzgue usted misma. *Mistress* Truffo, la esposa de nuestro estúpido doctor, que más que mujer parece una ameba, se ha puesto de nuevo a hablar con ese ceceo suyo de la «criaturita» y del «angelito» con el que *madame* Kleber obsequiará muy pronto a su maridito banquero. Como *mistress* Truffo no habla francés, ha sido el marido el que se ha encargado de traducir sus empalagosas sentencias sobre la felicidad familiar, imposible de imaginar sin «balbuceos infantiles», como dice ella. Gauche resoplaba y resoplaba hasta que de pronto no ha logrado contenerse más: «No puedo estar de acuerdo con usted, *madame*. Una pareja verdaderamente feliz no necesita ningún hijo, porque tanto el marido como la mujer se dan por satisfechos el uno con el otro. El hombre y la mujer son como dos superficies irregulares, con sus montículos y sus depresiones. Si las dos superficies no se ajustan la una a la otra, hace falta engrudo; sin él el edificio, es decir, la familia, no se sostendrá. Y ese engrudo son precisamente los hijos. Pero si las superficies encajan a la perfección, los montículos en las depresiones, entonces no hace falta ningún pegamento. Tómennos como ejemplo a mí y a mi Blanche. Treinta y tres años llevamos casados, alma sobre alma, como un botón en su ojal. ¿Qué falta nos hacen los niños a nosotros? Sin ellos ya somos felices». Te podrás imaginar, querida Emily, la oleada de honrada indignación que ha caído sobre la cabeza de ese subversivo de los valores eternos. Y ha sido sobre todo *madame* Kleber la que más celo ha mostrado en ello, quizá por llevar como lleva en su seno a ese infante suizo suyo. Cuando veo ese vientre tan grande, tan voluntariosamente expuesto a la vista de todos, se me crispa el alma. Me parece distinguir allí dentro al minibanquero, encogido como un ovillo, con sus bigotitos retorcidos y sus mejillas hinchadas. Con tiempo, la pareja Kleber traerá sin duda a este mundo un batallón entero de la guardia suiza.

Debo confesarle, mi tiernamente adorada Emily, que la visión de una mujer embarazada me provoca náuseas. ¡Son tan repugnantes!... ¡Siempre con esa estúpida sonrisa ventral, siempre con esa abyecta expresión de estar en constante escucha de sus propias entrañas! Por eso procuro mantenerme bien lejos de *madame* Kleber. Júreme, querida, que nunca tendremos hijos. ¡Ese gordito burgués tiene mil veces razón! ¿Qué necesidad tenemos de niños si así nos sentimos inmensamente felices? Sólo nos falta esperar a que esta forzada separación llegue a su fin.

¡Caray, las once menos dos minutos! Hora de realizar la medición.

¡Maldita sea! He puesto patas arriba todo el camarote. Mi sextante ha desaparecido. ¡No deliro! Estaba en mi cofrecito, junto con el cronómetro y el compás. ¡Y ahora no está ahí! ¡Tengo miedo, Emily! ¡Oh, lo presentía! ¡Mis peores sospechas se han confirmado!

Pero ¿por qué? ¿Para qué? ¡Son capaces de cualquier infamia con tal de impedir nuestro encuentro! ¿Cómo podré comprobar ahora si el barco sigue el rumbo adecuado? ¡Ha sido Régnier, estoy seguro! ¡Con qué ojos me miró cuando la noche pasada me vio en cubierta con el sextante! ¡El muy canalla!

Podría acudir al capitán y exigir castigo. Mas ¿y si están compinchados? Dios mío, Dios mío, apiádate de mí.

He tenido que hacer una pausa. Me siento tan agitado que no me ha quedado más remedio que tomar las gotas que me recetó el doctor Jenkinson. Y, como me ordenó, me he puesto a pensar en cosas agradables. Por ejemplo, en cómo nos sentaremos los dos en el porche blanco y miraremos allá a lo lejos, intentando divisar dónde acaba el mar y comienza el cielo. Usted sonreirá y dirá: «Querido Reggie, aquí estamos otra vez, los dos juntos». Luego subiremos al cabriolé y pasearemos por la orilla...

¡Dios mío, pero qué digo! ¡Qué cabriolé!

Soy un monstruo. No tengo perdón de Dios.

Renata Kleber

Se despertó de un humor inmejorable. Saludó con una sonrisa al deslumbrante rayo de sol que había trepado a su redonda mejilla, aún marcada con las huellas de la almohada, y acercó el oído a su vientre. El feto estaba tranquilo, pero ella tenía un hambre terrible. Faltaban aún cincuenta minutos para el desayuno, pero Renata no conocía la paciencia y tampoco sabía aburrirse. El sueño la abandonaba tan rápidamente por la mañana como la asaltaba por la noche: le bastaba apoyar la cabeza en las manos dobladas para estar soñando ya un segundo después con algo bonito y agradable.

Mientras tarareaba la frívola cancioncilla de la pobre Georgette, enamorada de un deshollinador, Renata cumplió su aseo matutino. Se lavó el lozano rostro con una infusión de lavanda y luego se peinó ágil y rápidamente: se ahuecó un mechón sobre la frente y se ciñó con un lazo liso sus espesos cabellos castaños, dejando dos rizos libres sobre las sienes. El resultado fue el que buscaba: un peinado agradable y sencillo. Miró por el ojo de buey del barco. Fuera todo seguía igual: el borde uniforme del canal, la arena dorada, las casitas blancas de adobe de una miserable aldea... El día iba a ser caluroso. Así que elegiría el vestido blanco de encaje y el sombrero de paja con la cinta roja. Y no debía olvidar la sombrilla, porque después del desayuno daría su paseo habitual. Pero eso de llevar la sombrilla de aquí para allá le daba pereza. Bah, no tenía importancia, ya se la llevaría alguien.

Renata se volvió con visible placer delante del espejo, se puso de perfil y se estiró el vestido a la altura del vientre. Lo cierto era que, por el momento, el embarazo se le notaba bien poco.

Con su derecho de mujer embarazada llegó al desayuno antes de lo establecido. Los camareros aún preparaban la mesa. Renata ordenó inmediatamente que le sirvieran zumo de naranja, té, *croissants* con mantequilla y todo lo demás. Cuando apareció su primer compañero de mesa —el gordo *monsieur* Gauche, otro pajarillo madrugador—, la futura mamá ya había dado buena cuenta de tres *croissants* y encaraba resueltamente la tortilla de setas. El desayuno del *Leviatán* no era el frugal ágape del continente, sino un auténtico desayuno inglés: *roastbeef* huevos pasados por agua, *pudding* y gachas. La parte francesa del consorcio sólo aportaba los *croissants*. Sin embargo, en el almuerzo y la cena dominaba sin reserva la cocina francesa. ¿Acaso servirían en el Windsor riñones con habas?

El primer oficial apareció, como siempre, a las nueve en punto. Enseguida se interesó muy atentamente por el estado de salud de *madame* Kleber. Renata mintió, dijo que había dormido mal y que se sentía destrozada porque el ojo de buey de su camarote se abría con dificultad y había hecho calor. El teniente Régnier puso cara de preocupación y prometió que se acercaría personalmente a arreglar el desperfecto; luego, como realizaba una compleja dieta, dejó a un lado los huevos y el *roastbeef* y se comió sólo las verduras y la fruta. Renata sintió pena por él.

Poco a poco fueron llegando los demás. La conversación del desayuno siempre resultaba algo indolente: los más viejos aún no se habían recuperado de la terrible noche pasada y los más jóvenes no se habían despertado del todo. Resultaba divertido observar cómo la infame Clarissa Stamp intentaba ganarse la voluntad del diplomático tartaja. Renata movió la cabeza con reprobación: ¡había que ser tonta de remate! ¡Querida!, ¿no ves que a pesar de sus imponentes patillas canosas podría ser tu hijo? ¿Acaso crees que una vieja remilgada como tú puede hincarle el diente a un guapetón como ese?

El último en llegar fue el pelirrojo «Chiflado» (así llamaba Renata al *baronet* inglés). Desgreñado, con los ojos enrojecidos y un tic en la comisura de los labios, daba angustia y horror verle. Pero *madame* Kleber no lo temía lo más mínimo e incluso aprovechaba cualquier posibilidad para tomarle el pelo. Como en ese momento, por ejemplo, cuando le ofrecía al Chiflado la jarrita de la leche con esa sonrisa inocente y cariñosa suya. Milford-Stockes (¡vaya nombrecito!), como era de esperar, apartó su taza con repugnancia. Renata sabía por experiencia que el inglés ya no tocaría la jarrita en todo el día y que se bebería el café solo.

—Caballero, ¿por qué se asusta usted de esa manera? —murmuró con voz nerviosa—. No tema, que los embarazos no se contagian. —Y concluyó, ya sin ningún temblor—: A los hombres, al menos.

El Chiflado le lanzó una mirada abrasadora que se estrelló contra la suya, radiante y apacible. El teniente Régnier ahogó la risa con una mano y el rentista soltó un gruñido. Incluso el japonés pareció sonreír ante la salida de Renata, aunque *monsieur* Aono siempre sonreía, hasta sin motivo. Quizá para aquella gente, los japoneses, la sonrisa no estuviera asociada con la alegría, sino con algo completamente distinto. Con el aburrimiento, por ejemplo, o con el disgusto.

Cuando dejó de sonreír, *monsieur* Aono hizo aquella guarrada suya que siempre revolvió las tripas a sus compañeros de mesa: sacó del bolsillo una servilleta de papel, se sonó ruidosamente la nariz y, arrugándola, depositó después la bola empapada en el borde de su plato sucio. ¡A ver quien era el guapo que admiraba ese *ikebana*! Lo del *ikebana* lo había leído Renata en una novela de Pierre Loti, y la palabra, tan sonora, se le había quedado grabada en la memoria. Qué idea tan interesante esa de componer los ramos de flores con un sentido filosófico y no así, a la ligera. Tendría que intentarlo algún día.

—¿Cuáles son sus flores preferidas? —le preguntó al doctor Truffo.

El doctor le tradujo la pregunta a su yegua antes de responder y luego informó:

—Los pensamientos. —También tradujo esa respuesta a su esposa—: *Pansies*.

—¡Adoro las flores! —exclamó *miss* Stamp (otra que también sabía hacerse la ingenua)—. Pero sólo las vivas. ¡Me encanta pasear por los prados floridos! ¡Se me rompe el corazón cuando veo marchitarse esas pobres flores cortadas, cuando caen sus pétalos! Por eso no permito que nadie me regale ningún ramo. —Y lanzó una lánguida mirada hacia el guapetón ruso.

«¡Qué lástima! ¡Si no fuera por eso, seguro que te lloverían los ramos!», pensó Renata. Pero en voz alta dijo esto otro:

—Yo creo que las flores son como las diademas de la creación divina. Y considero un delito pisotear un prado florido.

—De hecho, en los parques de París se considera un delito —apuntó *monsieur* Gauche—. La multa es de diez francos. Y si las damas le permitieran a este viejo grosero encender su pipa, les contaría una divertida historia sobre este asunto.

—¡Oh, señoras, sean indulgentes! —exclamó el gafudo especialista indio Sweetchilde, atusándose su barbita a lo Disraeli—. ¡*Monsieur* Gauche es un narrador maravilloso!

Todos se volvieron hacia la embarazada Renata, y esta, sabiéndose con la última palabra en el asunto, se frotó significativamente la sien. No, no le dolía la cabeza lo más mínimo, era que Renata trataba simplemente de alargar aquel agradable instante cuanto fuera posible. Por lo demás, también ella tenía curiosidad por escuchar aquella «historieta», y por eso asintió con cara de sacrificio:

—Está bien, fume. Sólo pido que alguien me abanique mientras tanto.

Como la infame Clarissa, propietaria de un elegante abanico de plumas de avestruz, fingiera que lo dicho no iba con ella, al final fue el japonés quien realizó el encargo. Así que Gintaro Aono se sentó al lado de Renata y se puso a agitar con tanto fervor el abanico de vivos colores ante las mismas narices de la paciente, que la mujer, pasado un minuto, se mareó de veras con aquel caleidoscopio. El nipón se ganó una reprimenda por exceso de celo.

El rentista dio una placentera chupada a la pipa, arrojó una nubecita de aromático humo y comenzó su relato:

—Quieran creerlo o no, esta historia ocurrió realmente. En los Jardines de Luxemburgo trabajaba un jardinero, el abuelo Picard. Hacía ya cuarenta años que regaba y recortaba las flores, y sólo le quedaban otros tres para jubilarse. Una mañana salió el abuelo Picard con su regadera y vio a un elegante señor vestido de frac tumbado en un parterre de tulipanes. Estaba tendido cuan largo era, gozando de aquel solecito tempranero. Tenía todas las trazas de ser un juerguista nocturno que había estado de parranda hasta el amanecer y había decidido echar un sueñecito antes de llegar a casa. —Gauche entornó los ojos y lanzó una mirada pícara a los presentes—. Por supuesto, Picard se enfadó, pues los tulipanes estaban aplastados, y le dijo: «¡Levántese, *monsieur*, en nuestro parque está prohibido tumbarse en los parterres! ¡La multa es de diez francos!». El calavera entreabrió un ojo y sacó una moneda de oro: «Toma, viejo —dijo—, y ahora déjame en paz. Hacía tiempo que no descansaba tan bien». El jardinero cogió la moneda, mas no se fue. «Usted ha pagado la multa, pero yo no tengo ningún derecho a dejarlo aquí tumbado. Así que haga el favor de levantarse». El caballero del frac alzó entonces los dos párpados, aunque no tenía ninguna prisa por ponerse de pie. «¿Cuánto tengo que pagarte para que no me quites el sol? Te daré la suma que pidas con tal de que te vayas y me permitas dormir aquí

una hora». El abuelo Picard se rascó la nuca y se puso a calcular moviendo los labios. «Está bien —dijo—, si el señor quiere permanecer tumbado una hora en este parterre de los Jardines de Luxemburgo, deberá pagar ochenta y cuatro mil francos y ni un céntimo menos».

El francés de bigotes canos sonrió y agitó la cabeza, admirándose de la chulería del jardinero.

—«Ni un céntimo menos», eso fue lo que respondió, como lo oyen. Y debo decirles que ese juerguista no era un cualquiera, no, sino el banquero Laffitte en persona, el hombre más rico de París. No era una persona que acostumbrara a hablar en vano. Había dicho «la suma que pidas» y ya no se podía echar atrás. Le avergonzaba retractarse de su empeñada palabra de banquero, pero tampoco tenía malditas ganas de regalarle una fortuna así al primero que le diera los buenos días por la calle. ¿Qué podía hacer? —Gauche se encogió de hombros, indicando que aquel atolladero no tenía ninguna salida posible—. Entonces va Laffitte y le dice: «Ah, viejo truhán, recibirás tus ochenta y cuatro mil, pero con una condición: que me demuestres que estar tumbado una hora en tu asqueroso parterre cuesta verdaderamente ese dinero. Y si no consigues probármelo, me levantaré de un salto, te pegaré bastonazos en las costillas y por esa pequeña gamberrada pagaré la multa estipulada de cuarenta francos».

El chalado Milford-Stockes soltó una risotada y sacudió con satisfacción su melena pelirroja, pero Gauche levantó un dedo, amarillo de tanto fumar, como pidiéndole que aguardara porque todavía no había acabado.

—¿Qué piensan que ocurrió, señoras y señores? Pues que, ni corto ni perezoso, el abuelo Picard comenzó a echar sus cuentas: «Dentro de media hora, a las ocho en punto, llegará el director del jardín, y cuando lo vea a usted tumbado en el parterre, se pondrá a gritarme que lo eche de aquí. Y no podré hacer eso porque usted habrá pagado esa suma por una hora y no por media. Por consiguiente, deberé discutir con el señor director, y al final este decidirá despedirme del trabajo sin jubilación ni pensión alguna. Y a mí sólo me quedan tres años para jubilarme. La pensión que me quedaría sería de mil doscientos francos al año. Como de pensionista pienso vivir otros veinte años, eso suma ya veinticuatro mil francos. Después está el asunto de la vivienda. Naturalmente, a mí y a mi viejecita nos expulsarán del piso de protección oficial en que vivimos. Y vivir hay que vivir en algún sitio, ¿no? Por tanto, tendremos que comprar una casa. Y una pequeña casa con jardín en cualquier lugar del Loira se pone como mínimo en otros veinte mil francos. Y, ahora, señor mío, piense en mi reputación. He pasado cuarenta años doblando el lomo en este parque con dedicación y pundonor, y todo el mundo le dirá que el abuelo Picard es un hombre honrado. ¡Y de pronto este baldón en mi cabeza llena de canas!... ¡Porque esto se llama soborno, cohecho! Pienso que mil francos por cada año de irreprochable servicio no sería un precio excesivo como compensación moral. Y ahí los tiene; si lo suma todo, verá que salen los ochenta y cuatro mil francos». Laffitte se echó a reír, se tumbó en el parterre

y cerró de nuevo los ojos. «Vuelve dentro de una hora —dijo— y te prometo, viejo mono, que tendrás tu dinero». Bien, esta era, señoras y señores, la pequeña historia que les quería contar.

—¿Así que cada año de honradez salió por mil fra-francos? —El diplomático ruso sonrió—. Barato, a fin de cuentas. Seguro que le hizo una re-rebaja por vender al por mayor.

Todos los presentes comenzaron a discutir acaloradamente sobre la moraleja del relato expresándose en los términos más opuestos, pero Renata Kleber siguió mirando con curiosidad a *monsieur* Gauche, que en ese instante, con aire satisfecho, abría su carpeta negra y buscaba entre los papeles dando pequeños sorbos a su ya frío chocolate. Curioso ejemplar aquel abuelo, había que reconocerlo. ¿Cuáles serán los secretos que se trae entre manos? ¿Por qué se tapa con el codo?

Hacía tiempo que Renata le daba vueltas a esa cuestión. Con el privilegio que para algunas cosas le otorgaba su embarazo, había intentado husmear un par de veces por encima del hombro de Gauche cuando este revolvía en su queridísima carpeta. Pero el esquivo bigotudo le había cerrado el dossier sin ceremonias ante sus propias narices e incluso en una ocasión llegó a levantar el dedo ¡como reprochándole su acción!

Pero ese día ocurrió algo extraordinario. Justo en el momento en que *monsieur* Gauche se levantaba de la mesa, antes que nadie, como en él era habitual, una hoja resbaló silenciosamente de su misteriosa carpeta y, planeando, aterrizó en el suelo. Enfrascado como estaba en sus tristes pensamientos, el rentista no lo advirtió y salió del comedor. En cuanto la puerta se cerró tras él, Renata saltó de su silla con tanta agilidad que no pareció que nada le pesara en el talle. Pero no había sido la única en percatarse de aquella circunstancia. La educada *miss* Stamp, qué agilidad la suya, fue la primera en alcanzar la hoja.

—¡Ay, al señor Gauche se le ha caído algo! —exclamó, agarrando con prontitud el papel y clavando en él sus agudos ojos—. Voy a correr a entregárselo.

Pero *madame* Kleber había cogido el papel por una punta con sus dedos de lapa y no se la veía muy dispuesta a soltarlo.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¡Un recorte de periódico! ¡Qué interesante!

Al punto las dos damas se vieron rodeadas por los presentes. Por todos menos por el zopenco japonés, que seguía removiendo el aire con su abanico, y por *mistress* Truffo, que observaba con aire de reproche aquella escandalosa intromisión en la *privacy*.

El recorte rezaba lo siguiente:

EL CRIMEN DEL SIGLO

¿Un nuevo viraje?

El diabólico asesinato de diez personas, ocurrido hace tres días en la rue de Grenelle, sigue atormentando la mente de los parisinos. Hasta ahora prevalecían dos versiones: la del médico maníaco y la de una secta sanguinaria de fanáticos hindúes, adoradores del dios Shiva. Sin embargo, nuestro *Soir*, que prosigue su investigación particular, ha puesto en evidencia una nueva circunstancia que puede darle al caso un rumbo completamente distinto. Resulta que en las últimas semanas el difunto lord Littleby fue visto al menos dos veces en compañía de la aventurera internacional Marie Sansfond, muy conocida por la policía de distintos países. El barón de M., amigo íntimo de la víctima, informó de que milord estaba cautivado por la dama y de que la tarde del 15 de marzo, al parecer, se disponía a viajar a Spa, donde había concertado una entrevista romántica. ¿No sería con la señora Sansfond esa cita a la que el infortunado coleccionista no pudo acudir finalmente por culpa de un acceso de gota que contrajo de forma muy inoportuna? Esta redacción no se atreve a ofrecer una versión de los hechos, pero considera su deber llamar la atención del comisario Gauche sobre esta interesante circunstancia. Manténganse a la espera de nuestras futuras informaciones sobre este asunto.

Remite la epidemia de cólera

La dirección municipal de Sanidad informa de que los focos del brote de cólera que se combate desde el verano pasado han sido definitivamente localizados. Las enérgicas medidas profilácticas adoptadas por los médicos parisinos han producido resultados positivos y se espera que la epidemia de esta peligrosa enfermedad, que comenzó el pasado julio, sea

—¿Qué significa esto? —Renata arrugó la frente, perpleja—. Un asesinato, el cólera...

—Bueno, está claro que el cólera es lo de menos —dijo el profesor Sweetchilde—. Es que cortaron la página por ahí. Lo importante, por supuesto, es el asesinato múltiple de la rue de Grenelle. ¿Es posible que no haya oído usted hablar de él? Todos los periódicos han escrito sobre ese escabroso asunto.

—Yo no leo los periódicos —repuso con dignidad *madame* Kleber—. En mi estado, me ataca demasiado los nervios. Además, ¿qué necesidad tengo de enterarme

de todos esos horrores?

—¿El comisario Gauche? —El teniente Régnier entornó los ojos y repasó otra vez la noticia—. ¿No será nuestro *monsieur* Gauche?

Miss Stamp exclamó:

—¡Imposible!

En ese momento hasta la esposa del doctor se unió al grupo. La confusión era absoluta y todos hablaban a porfía:

—¡La policía, aquí se cita a la policía francesa! —gritó excitado *sir* Reginald.

Régnier rezongó:

—Ahora comprendo por qué el capitán siempre me está preguntando por el salón Windsor...

Mister Truffo, como siempre, traducía a su esposa. El ruso, mientras tanto, se hizo con el recorte y comenzó a leerlo con atención.

—Eso de los fanáticos hindúes es una completa estupidez —apuntó *Sweetchilde*—. Yo lo dije desde el principio. En primer lugar, porque no existe ninguna secta sanguinaria adepta a Shiva. Y en segundo lugar porque, como todo el mundo sabe, la estatuilla se encontró sin contratiempos. ¿Se imaginan a un fanático religioso arrojándola al Sena?

—Cierto, lo del shiva de oro es un auténtico enigma —asintió *miss Stamp*—. Aseguran que es la joya de la colección Littleby. ¿Es eso cierto, señor profesor?

El erudito se encogió condescendentemente de hombros.

—¿Cómo podría explicárselo, señora? La colección de lord Littleby es muy reciente, tiene apenas veinte años. En tan corto período de tiempo es difícil conseguir algo verdaderamente excepcional. Dicen los rumores que el difunto sacó mucho provecho del aplastamiento de la rebelión de los cipayos en mil ochocientos cincuenta y siete. El shiva del que hablamos, por ejemplo, se lo «regaló» al lord un marajá que debía enfrentarse a un tribunal de guerra por sus simpatías hacia los rebeldes. Porque ignoro si sabe que Littleby sirvió durante muchos años en la procuraduría militar de la India. Por tanto, no hay duda de que en su colección hay bastantes objetos valiosos, pero la selección se hizo de manera considerablemente caótica.

—Bueno, ¿pueden decirme de una vez por qué mataron a ese lord suyo? —exigió *Renata*—. *Monsieur Aono* tampoco sabe nada del asunto, ¿verdad? —Y se volvió en busca de complicidad hacia el japonés, que estaba algo retirado del grupo.

Este sonrió con cara de circunstancias e hizo una inclinación, pero, antes de que hablara, el ruso saludó la pregunta con un aplauso:

—Bravo, *madame* Kleber. Ha formulado usted la pre-pregunta clave. ¿Saben?, he seguido el caso por la prensa y, en mi opinión, el móvil del delito es lo más importante de todo. Ahí está la clave de su esclarecimiento. ¡Exactamente en el porqué! ¿Con qué fin mataron a diez personas?

—¡Ah, eso es la mar de sencillo! —dijo *miss Stamp* alzándose de hombros—. El

objetivo era robar los objetos más valiosos de la colección, pero el asesino perdió la sangre fría cuando se encontró inesperadamente con el dueño de la casa. Suponía que el lord no estaría allí. Creo que una cosa debe de ser poner una inyección, y otra muy distinta, romperle la cabeza a una persona. En realidad no lo sé, nunca he probado a hacerlo. —Y se contrajo como si le hubiera dado un escalofrío—. Entonces al criminal le fallaron los nervios y llevó el asunto hasta sus últimas consecuencias. En cuanto al shiva que arrojaron al río... —Miss Stamp se quedó pensativa—. Quizá fuera ese el objeto pesado con el que le destrozaron el cráneo al pobre Littleby. Es probable que el asesino no fuera completamente ajeno a los habituales sentimientos humanos y le resultara repugnante y horrible llevar en la mano el arma ensangrentada del crimen. De modo que cuando llegó al río, la arrojó.

—Lo que dice del arma homicida es bastante verosímil —aprobó el diplomático—. Soy de su mi-misma opinión.

La solterona se ruborizó, halagada, pero también se turbó de manera visible al advertir la burlona mirada de Renata.

—*You are saying outrageous things* —reprochó a Clarissa Stamp la esposa del doctor cuando le tradujeron lo que había dicho—. *Shouldn't we find a more suitable subject for table talk?*

Pero la propuesta de la insulsa mujer cayó en saco roto.

—¡Para mí, sin embargo, lo más enigmático de este asunto es la muerte de los criados! —repuso el larguirucho especialista en cultura india, entrando también él en la polémica criminalista—. ¿Cómo es posible que se dejaran inyectar cualquier porquería? No creo que estuvieran apuntándolos con una pistola porque entre ellos había dos guardias y ambos tenían las armas enfundadas. ¡Eso sí que es un misterio!

—A ese respecto yo he elaborado mi propia hipótesis —dijo Régnier con aires de importancia—, y estoy dispuesto a mantenerla a ultranza. El crimen de la rue de Grenelle fue cometido por un individuo con unas prodigiosas facultades mesméricas. ¡Los criados debían de encontrarse en trance mesmérico, esa es la única explicación posible! El magnetismo animal es una fuerza terrible. Un manipulador experto puede hacer con ustedes lo que se le antoje. Sí, sí, señora —se dirigió el teniente a *mistress* Truffo, que había torcido la boca en un gesto de incredulidad—, absolutamente todo.

—*Not if he is dealing with a lady* —repuso ella con severidad.

Cansado de su labor de traductor, mister Truffo se secó la frente, que le brillaba de sudor, y se lanzó a la defensa del mundo científico.

—Permítame que disienta de usted —comenzó atropelladamente en un francés con pronunciadísimo acento italiano—. La teoría del señor Mesmer hace tiempo que se considera científicamente infundada. La fuerza del mesmerismo, o del hipnotismo, como ahora lo llaman, ha sido exagerada en exceso. El honorable mister James Braid ha demostrado de modo convincente que la fuerza hipnótica sólo doblega a las personas sugestionables, y eso siempre que confíen plenamente en su hipnotizador y se sometan de manera voluntaria a la sesión hipnótica.

—¡Resulta obvio, querido doctor, que no ha viajado usted por Oriente! —sonrió Régnier mostrando sus blancos dientes—. Cualquiera faquir hindú de bazar le enseñaría tales portentos de la ciencia mesmérica que hasta el más redomado escéptico se rendiría boquiabierto ante la evidencia de sus capacidades. ¡Y qué trucos! Una vez presencié en Kandahar un ajusticiamiento público. La ley musulmana castiga el robo con la amputación de la mano derecha, pero el procedimiento es tan doloroso que el condenado suele morir. En aquella ocasión, el acusado del robo era un niño. Como resultó ser reincidente, el juez no tuvo otra salida que castigarlo con la pena establecida por la *sharia*. Pero el juez era un hombre misericordioso y ordenó llamar a un derviche famoso por sus portentosos poderes. El derviche apoyó los dedos en las sienes del condenado y, mirándolo fijamente a los ojos, le susurró algo que lo tranquilizó inmediatamente. El niño dejó de temblar. ¡Y la extraña sonrisa que se dibujó en su rostro no se borró ni en el instante en que el hacha del verdugo le segó el brazo por el codo! Eso lo he visto yo con mis propios ojos, se lo juro.

Renata se enfureció:

—¡Uf, qué horror! ¡Charles, usted siempre con su Oriente! ¡Está consiguiendo que me sienta mal!

—Perdone, *madame* Kleber —se inquietó el teniente—. Intentaba demostrar que esas inyecciones son minucias en comparación con lo que acabo de contar.

—De nuevo me voy a permitir disentir de usted... —Y el tozudo doctor se preparaba ya para defender su punto de vista, cuando de pronto la puerta se abrió y en el comedor irrumpió el rentista, o sería mejor decir el policía: en una palabra, *monsieur* Gauche.

Todos se volvieron hacia él con cierto embarazo, como si hubieran sido sorprendidos en una ocupación poco decorosa. Gauche repasó los rostros de los presentes con una penetrante mirada, luego advirtió el malhadado recorte de periódico en las manos del diplomático y su rostro se ensombreció.

—Miren dónde está... ¡Lo que me temía!

Renata se acercó a aquel abuelito de bigotes canos, observó con desconfianza de la cabeza a los pies su corpulento cuerpo, y le preguntó de sopetón:

—¿De verdad es usted policía, *monsieur* Gauche?

—¿Ese comisario Gauche que lle-lleva la investigación del «crimen del siglo»? —precisó la pregunta Fandorin (¡Ah, cierto!, así se apellidaba el diplomático ruso, recordó Renata)—. ¿Cómo justifica usted esta mascarada suya y, en general, su presencia a bordo?

Gauche resopló ligeramente, arqueó las cejas y metió la mano en el bolsillo en busca de su pipa. Se advertía que su cerebro trabajaba a toda velocidad, decidiendo qué actitud adoptar.

—Tomen asiento, señoras y caballeros —invitó Gauche en un tono extraordinariamente grave e imponente, y, girando la llave, cerró la puerta—. Ya que

el asunto ha derivado por estos derroteros, pondremos las cartas sobre la mesa. Siéntense, siéntense les digo, que a alguno de ustedes le pueden fallar las piernas.

—¿Qué bromas son estas, *monsieur* Gauche? —inquirió, enfadado, el teniente—. ¿Con qué derecho se atreve a darnos órdenes? ¡Además, en presencia del primer oficial de a bordo!

—Joven, eso que se lo aclare el capitán en persona —se le encaró Gauche con hostilidad—. Él está al tanto de la situación.

Régnier calló, resignado, y siguiendo el ejemplo de los demás se sentó a la mesa.

Aquel gruñón apacible y locuaz que Renata había visto hasta entonces comenzó a conducirse de manera muy diferente. En la curva de sus hombros apareció cierta prestancia, sus gestos empezaron a resultar autoritarios y en sus ojos principió a brillar un fulgor dominador. La tranquilidad y la confianza que mostró durante aquella larga pausa eran ya de por sí muy significativas. La penetrante mirada del extraño rentista se detuvo por turnos en cada uno de ellos, y Renata notó cómo algunos de los presentes se encogían bajo aquella contemplación tan severa. A decir verdad también Renata se acobardó, pero, avergonzándose de sí misma, sacudió la cabeza con despreocupación: comisario de policía, bien, ¿y qué? No por eso dejaba de ser un viejo como otro cualquiera, gordo y jadeante.

—Bien, déjese ya de intrigas, *monsieur* Gauche —dijo burlona—. Los sobresaltos resultan perjudiciales en mi estado.

—En realidad, sólo uno de ustedes tiene motivos para inquietarse —repuso él enigmáticamente—, pero de eso hablaremos más tarde. Antes permítanme presentarme de nuevo ante este público tan respetable. Ciertamente, me llamo Gustave Gauche y no soy ningún rentista: de hecho, no poseo nada que pueda darme renta alguna. Yo, señoras y caballeros, soy comisario de la policía criminal de París y trabajo en el departamento que se ocupa de los delitos más graves y complicados. «Comisario para asuntos de máxima importancia», así se llama mi cargo —recalcó significativamente.

En el salón se hizo un silencio sepulcral, tan sólo turbado por el precipitado cuchicheo del doctor Truffo.

—*What a scandal!* —pio su mujer.

—Me he visto obligado a hacer este cruceo, y además de incógnito, porque... —Gauche infló las mejillas intentando avivar su pipa casi apagada—, porque la policía parisina tiene fundadas razones para creer que en el *Leviatán* se encuentra la persona que cometió el crimen de la rue de Grenelle. —Un «¡Oh!» unánime recorrió el salón como un susurro apagado—. Supongo que ustedes ya habrán tenido tiempo de polemizar sobre un asunto tan enigmático en varios aspectos. —Y el comisario hizo un movimiento con la papada en dirección al recorte de periódico que, como antes, seguían sosteniendo las manos de Fandorin—. Y eso no es todo, señoras y caballeros. También sé a ciencia cierta que el asesino viaja en primera clase... —otro suspiro general— y, para más señas, que se encuentra ahora en este comedor —concluyó

Gauche enérgicamente, sentándose en un sillón de terciopelo junto a la ventana y cruzando con expectación los brazos justo debajo de la cadena de plata de su reloj.

—¡Eso no es posible! —gritó Renata, llevándose involuntariamente las manos al vientre.

El teniente Régnier se puso en pie de un salto.

El *baronet* pelirrojo rompió a reír y a aplaudir teatralmente.

El profesor Sweetchilde tragó saliva convulsivamente y se quitó las gafas.

Clarissa Stamp se quedó de piedra y apretó los dedos sobre el broche de ágata que llevaba al cuello.

El japonés no movió un músculo de la cara, pero su amable y perenne sonrisa desapareció al instante.

El doctor agarró por el codo a su esposa, olvidándose de traducirle lo más importante, pero *mistress* Truffo, a juzgar por unos ojos desmesuradamente abiertos por el miedo, parecía haberlo adivinado por su cuenta.

En cuanto al diplomático, preguntó en voz baja:

—¿Qué argumentos sostienen esa afirmación?

—Que estoy aquí —repuso el comisario, imperturbable—. Esa razón es de por sí más que suficiente. Existen otras consideraciones, pero usted no tiene por qué saberlas... Y bien —en la voz del policía sonó una clara nota de decepción—, no veo que a nadie de ustedes le haya dado un patatús ni se haya puesto a gritar: «¡Arrésteme! ¡Soy el asesino!». Como podrán comprender, tampoco confiaba en ello, así que escúchenme —y levantó el índice con gesto amenazador—: les prohíbo contar a otros pasajeros lo que acaban de oír, aunque tampoco creo que a ustedes les interese hacerlo. El rumor se difundiría al momento y todo el mundo los miraría como si estuvieran apestados. Tampoco intenten cambiarse a otro comedor, eso sólo reforzaría mis sospechas y, además, dudo de que lo consiguieran: cuento con el acuerdo del capitán.

Renata balbuceó con voz temblorosa:

—*Monsieur* Gauche, sea bueno, ¿no podría librarme al menos a mí de esta pesadilla? Tengo miedo de sentarme a la misma mesa que un asesino. ¿Y si de pronto decide envenenarme? A partir de ahora, ya no seré capaz ni de meterme un trozo de pan en la boca. Las preocupaciones son peligrosas en mi estado. ¡Le juro que no le diré a nadie una sola palabra!

—Lo siento, *madame* Kleber —respondió secamente el policía—, pero no haré ninguna excepción. Tengo razones para sospechar de todos por igual y usted no es la última en la lista.

Renata dejó escapar un débil gemido y se apoyó en el respaldo de la silla. Entonces el teniente Régnier, enfadado, dio un zapatazo en el suelo.

—¿Qué libertades se está permitiendo usted, *monsieur*... comisario para asuntos especialmente importantes? ¡Ahora mismo iré a informar al capitán Cliff!

—Como guste —repuso Gauche con indiferencia—, pero no ahora, un poco más

tarde; aún no he terminado mi pequeño discurso. Les diré que por el momento no sé exactamente quién de ustedes es mi cliente, pero estoy muy cerca del objetivo.

Renata esperaba que esas palabras fueran seguidas de una significativa mirada dirigida a alguno de los presentes, pero no, el policía se quedó con los ojos clavados en su estúpida pipa. Lo más probable era que mintiera y no tuviese a nadie en la diana.

—¡Usted sospecha de una mujer, está claro! —exclamó *miss* Stamp, que juntó nerviosamente las manos—. Si no fuera así, ¿por qué iba a llevar consigo ese recorte de prensa sobre Marie Sansfond? ¿Y quién es esa Marie Sansfond? ¡Pero sea quien sea, qué importa!... ¡Qué estupidez sospechar de una mujer! ¿Cómo podría una mujer cometer tamaña barbaridad?

Mistress Truffo se levantó impetuosamente, al parecer dispuesta a alzar el pendón de la solidaridad femenina.

—Sobre *mademoiselle* Sansfond ya hablaremos en otra ocasión —respondió el policía mientras sopesaba a Clarissa Stamp con una extraña mirada—. Por lo que se refiere a los comentarios de la prensa, tengo muchos y cada uno con una versión diferente. —Abrió la carpeta negra y los recortes de periódico que había dentro crujieron. En realidad no había más de una decena—. ¡Pero basta, señoras y caballeros, les ruego que no vuelvan a interrumpirme! —La voz del policía adquirió un timbre metálico—. Sí, es cierto, entre nosotros hay un peligroso criminal. Tal vez se trate de un psicópata. —Renata advirtió que el profesor separaba con disimulo su silla de la de *sir* Reginald—. Por eso les pido que tengan cuidado. Si notan algo raro, por insignificante que sea, acudan a mí inmediatamente, aunque lo mejor sería que el asesino confesara abiertamente su crimen. Al fin y al cabo, no tiene escapatoria. Bien, pues eso es todo por mi parte.

Mistress Truffo levantó la mano como una estudiante:

—*In fact, I have seen something extraordinary only yesterday! A charcoal-black face, definitely inhuman, looked at me from the outside while I was in our cabin! I was so scared!* —Se volvió hacia su esposo y le propinó un codazo—. *I told you, but you paid no attention!*

—¡Ay! —se animó Renata—. Pues ayer desapareció un espejo con marco de carey de entre mis útiles de baño.

Al parecer, también *monsieur* Chalado quería dar cuenta de una pérdida, pero no tuvo tiempo. El comisario cerró su carpeta con un gesto de enfado:

—¡No me tomen por idiota! ¡Soy un sabueso con mucha experiencia! ¡A Gustave Gauche no se le aparta fácilmente de la pista! ¡Si es necesario, haré bajar a tierra a todo el grupo y me ocuparé de cada uno de ustedes por separado! ¡Han muerto diez personas, esto no se puede considerar una broma! ¡Reflexionen, señoras y caballeros, recapaciten!

Y salió del comedor con un portazo.

—Señores, no me encuentro bien —anunció Renata con voz débil—. Me marchó

a mi camarote.

—La acompaño, *madame* Kleber —dijo Charles Régnier echando a andar tras ella—. ¡Esto es inaudito! ¡Qué desfachatez!

Pero Renata rechazó su ofrecimiento:

—Gracias, pero no es necesario que me acompañe. Iré sola.

Con paso inseguro cruzó la sala y, ya en la puerta, se apoyó un instante en la pared. Cuando se vio en el pasillo, completamente desierto, aceleró el paso. Renata abrió su camarote, extrajo un saco de viaje de debajo del diván e introdujo su mano temblorosa por una costura de seda que estaba abierta. Tenía el rostro pálido, pero en él había un gesto decidido. En un abrir y cerrar de ojos sus dedos palparon una cajita metálica. En ella, con un frío brillo de cristal y acero, apareció una jeringa.

Clarissa Stamp

Los disgustos empezaron a primera hora de la mañana. Clarissa había identificado claramente dos nuevas patas de gallo en el espejo, apenas dos rayitos imperceptibles que iban deslíc el vértice de los ojos a las sienes. Por culpa del sol. Brillaba allí con tanta fuerza que ni la sombrilla ni el sombrero servían para nada. Clarissa se estiró la piel con los dedos y contempló largo rato aquel rostro despiadadamente terso, confiando en que todo fuera un sueño y al final la piel se alisara con su gesto. Pero la inspección aún no había terminado: giró el cuello y divisó una cana detrás de la oreja. De pronto se sintió muy triste. ¿También por culpa del sol? ¿También marchitaba el sol el cabello? No, *miss Stamp*, no se mienta a sí misma. Como dijo el poeta:

*Y el blanco aliento de noviembre
la cubrió de tristeza, plateándole las trenzas.*

Se acicaló con más esmero del habitual. La cana fue arrancada sin piedad. Una tontería, sin duda. Le parecía que era John Donne quien dijo que el secreto de la felicidad femenina consistía en la destreza de saber pasar de una edad a otra a su debido momento. Y las edades de la mujer son tres: hija, esposa y madre. Pero ¿cómo podía pasar a la tercera si nunca había estado en la segunda?

El mejor remedio para evitar ese tipo de pensamientos era dar un paseo al aire libre, y Clarissa salió a caminar por cubierta. Había medido hacía tiempo el inmenso *Leviatán* con sus pasos tranquilos y uniformes, al menos la cubierta superior, que estaba reservada a los pasajeros de primera clase. Trescientos cincuenta y cinco pasos de perímetro. Siete minutos y medio si no se entretenía contemplando el mar o conversando con conocidos.

Pero a esa hora tan temprana no encontró a nadie conocido, así que Clarissa paseó sin impedimentos hasta la misma popa por el lado de estribor. El barco hendía armoniosamente la parda superficie del mar Rojo, y desde la poderosa hélice hasta el horizonte se estiraba un indolente surco gris. ¡Ah, qué calor!

Clarissa contempló con envidia a unos marineros que limpiaban las chapas de cobre de la barandilla de cubierta un piso más abajo. ¡Qué bien se sentirían en sus pantalones de lienzo! Sin corpiños, *culottes*, medias, ligas ni vestidos largos. Qué envidia le daba el salvaje mister Aono, siempre paseándose de un lado a otro sólo con su bata japonesa, sin que nadie se escandalizara: a fin de cuentas, qué se podía esperar de un asiático...

Entonces se imaginó tumbada en una otomana de lienzo completamente desnuda. No, con una túnica ligera, como una griega de la Antigüedad. ¡Qué, una cosa de lo más normal! En cien años, cuando la humanidad se liberase definitivamente de sus prejuicios, eso resultaría habitual.

Entonces vio a mister Fandorin, que llegaba pedaleando en dirección contraria sobre un triciclo americano haciendo rechinar las cubiertas de caucho de las ruedas. Aseguraban que ese ejercicio era ideal para desarrollar la elasticidad de los músculos y fortalecer el corazón. El diplomático vestía un ligero traje deportivo: pantalones a cuadros, zapatillas de gutapercha con polainas, chaqueta corta y una camisa blanca con el cuello desabrochado. En su rostro dorado por el sol brilló una sonrisa de bienvenida. Mister Fandorin levantó cortésmente su casco deportivo de corcho y pasó a su lado como un susurro. Sin detenerse.

A Clarissa se le escapó un suspiro. La idea de dar un paro había resultado poco afortunada, pues la ropa interior se le había empapado en sudor. Debía regresar a su camarote para cambiarse.

Luego a Clarissa le estropeó el desayuno aquella remilgada de *madame* Kleber. ¡Qué habilidad tan sorprendente para hacer de la fragilidad femenina un arma de explotación! Justo cuando el café de Clarissa se había enfriado en la raza hasta adquirir la temperatura deseada, la insoportable suiza comenzó a quejarse de que tenía dificultades para respirar y pidió que le aflojara el cordón del corsé. Normalmente Clarissa fingía no escuchar las quejas de Renata Kleber y, al final, siempre aparecía inevitablemente algún voluntario para atenderlas. Pero un asunto tan delicado como aquel no era para hombres y, para su fastidio, *mistress* Truffo estaba ausente en aquel momento, pues había ido a atender con su marido a una dama enferma. Al parecer, aquella aburrida mujer había trabajado antes como enfermera. ¡Qué ascensión social la suya, caramba! En ese momento era la esposa del jefe médico del barco y viajaba en primera clase. Se hacía pasar por una auténtica *lady* inglesa, pero exageraba un poco.

En definitiva, que le tocó a ella ocuparse del cordoncito de *madame* Kleber, y mientras tanto su café se enfrió del todo. Una tontería sin importancia, de acuerdo, pero un contratiempo más.

Después del desayuno salió a pasear. Dio diez vueltas a cubierta y terminó agotada. En una de ellas, aprovechándose de que no había nadie por allí cerca, echó un cauto vistazo por la ventanita del camarote número dieciocho. Mister Fandorin estaba sentado a su escritorio, con una camisa blanca ceñida por unos tirantes a rayas blancas, azules y rojas, y, con un puro en la comisura de los labios, tecleaba ruidosamente un extraño aparato negro de hierro con una infinidad de botoncitos dispuestos en forma de anfiteatro. Intrigada, Clarissa bajó la guardia y fue descubierta en su falta. El diplomático se levantó de un salto y la saludó con una inclinación. Se puso la chaqueta y se acercó a la ventana abierta.

—Es una má-máquina de escribir Remington —la informó—. El último modelo, recién salido al mercado. Un aparato comodísimo, *miss* Stamp, y muy ligero. Dos hombres se valen para cargar con ella sin dificultad. Un utensilio imprescindible cuando se vi-viaja. Estaba practicando con la letra cursiva mientras copiaba un texto de Hobbes.

Clarissa, completamente ruborizada por la turbación, asintió ligeramente y se alejó.

No lejos de allí, bajo un toldo a rayas, se sentó a la sombra. Soplaban una brisa fresca. Abrió *La cartuja de Parma* y se puso a leer el amor no correspondido de la hermosa pero madura duquesa Sanseverina hacia el joven Fabrizio del Dongo. Se emocionó y, justo cuando se secaba rápidamente una lágrima con el pañuelo, apareció mister Fandorin, casi como si lo hubiera hecho a propósito. Salía de su camarote con un traje blanco, un panamá de ala ancha y un bastón ligero: más guapo que nunca.

Clarissa lo llamó. Él se acercó, hizo una inclinación y se sentó a su lado. Luego contempló la tapa del libro y dijo:

—Apuesto a que ha pasado por alto la descripción de la batalla de Waterloo. Y ha obrado mal, porque es el mejor pasaje de Stendhal. Nunca he leído una descripción tan exacta de una batalla.

Y, efectivamente, qué casualidad, era la segunda vez que Clarissa leía *La cartuja de Parma* y en las dos ocasiones había omitido el fragmento de la batalla.

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó llena de curiosidad—. ¿Acaso es usted vidente?

—Las mujeres siempre pasan por alto los episodios bé-bélicos —contestó Fandorin encogiéndose de hombros—. Al menos, las mujeres de su carácter.

—¿Sí?, ¿y qué carácter es el mío? —preguntó Clarissa en tono insinuante, consciente de que su coquetería era de poco alcance.

—Escéptica consigo misma y romántica hacia el mundo que la rodea. —Y la miró con una leve inclinación de cabeza—. También puedo añadir que en su vida se ha producido recientemente un ca-cambio brusco, para mejor, y que acaba de sufrir una experiencia muy fuerte. —Clarissa sintió un escalofrío y miró a su interlocutor con espanto—. No tema —la tranquilizó el sorprendente diplomático—. No sé de u-usted absolutamente nada. Es que he logrado desarrollar mis dotes de observación y análisis con la práctica de determinados ejercicios, de modo que a veces, con unos pocos detalles, soy capaz de reconstruir el cu-cuadro entero. Muéstreme usted esa moneda con dos pequeños agujeros —Fandorin señaló con delicadeza el pequeño botón rosado que adornaba la chaqueta de ella—, y le diré inmediatamente a quién pertenece.

Clarissa sonrió e inquirió:

—¿Eso quiere decir que puede usted leer el interior de cualquier persona?

—Bueno, no exactamente todo su interior, pero sí logro adivinar bastantes cosas. Por ejemplo, ¿qué puede usted decirme de ese caballero?

Y Fandorin señaló a un robusto señor de grandes bigotes que estaba observando la costa desierta con su binóculo.

—Es mister Bubble, él...

—¡No siga! —la interrumpió Fandorin—. Déjeme adivinar.

Estudió durante medio minuto a mister Bubble y luego dijo:

—Viaja a Oriente por primera vez. Se ha casado hace poco. Es un industrial. Los ne-negocios le van muy mal; de hecho, ese señor huele a bancarrota inminente. Se pasa el tiempo en la sala de billar, pero juega mal.

Clarissa, que siempre se había sentido muy orgullosa de su capacidad de observación, miró a mister Bubble, aquel industrial de Manchester, con más atención.

¿Industrial? Bueno, sí, quizá eso se podía deducir, que viajara en primera clase significaba que era rico. Desde luego no era un aristócrata, eso lo llevaba en la cara, y tampoco parecía un comerciante: su levita no era elegante y no había viveza en su rostro. En aquel punto estaba de acuerdo.

¿Recién casado? Aquel dato sí que era sencillo. El anillo de su dedo anular resplandecía, indicando claramente que era nuevo.

¿Jugaba mucho al billar? ¿Eso por qué? Ah, claro, tenía la chaqueta manchada de tiza.

—¿Y de dónde ha sacado que mister Bubble viaja a Oriente por primera vez? —preguntó finalmente—. ¿Por qué huele a bancarrota? ¿Y qué le ha hecho suponer que juega mal al billar? ¿Acaso ha estado en la sala de billar y lo ha visto jugar?

—No, nunca he estado en la sala de billar, no aguanto los juegos de azar. Es la primera vez que veo a ese *gentleman* —repuso Fandorin—. Que viaja por primera vez por esta ruta lo demuestra claramente esa terca obstinación suya de observar la costa desierta. Si lo hubiera hecho antes, mister Bubble sabría que hasta el estrecho de Bab el-Mandeb no verá nada interesante en esa orilla. Punto uno. Punto dos: los negocios de ese señor van rematadamente mal, ya que si no fuera así, no se embarcaría en una travesía tan larga como esta, y mucho menos justo después de su boda. ¿Dónde ha visto usted que un te-tejón abandone su madriguera? Sólo el día del fin del mundo, nunca antes.

—¿Y si viaja de luna de miel con su mujer? —preguntó Clarissa, aunque sabía que mister Bubble realizaba la travesía solo.

—No mataría el tiempo aquí, en cubierta, ni se pasaría el día en la sala de billar. Y juega tan mal que tiene la parte delantera de la chaqueta manchada de tiza. Sólo los malos jugadores arrastran el vientre por los bordes de la mesa de billar. Punto tres.

—De acuerdo, ¿y qué me dice usted de esa dama? Entregada ya al juego, Clarissa señaló a *mistress* Blackpool, que en aquel momento paseaba majestuosamente del brazo de una amiga.

Fandorin examinó con indiferencia a la respetable dama.

—Su cara es un libro abierto. Regresa de Inglaterra para reunirse con su esposo. Fue a visitar a sus hijos mayores. Su marido es militar. Coronel.

¡Cierto! Mister Blackpool era coronel y mandaba una guarnición en una ciudad del norte de la India. ¡Aquello era ya demasiado!

—¡Explíqueme! —le exigió Clarissa.

—Las señoras de su clase no viajan por capricho a la India, sino para reunirse con su marido en su lugar de trabajo. Por otra parte, es demasiado mayor para hacer un

vi-viaje como este por primera vez, y eso quiere decir que está de regreso. ¿Y para qué fue a Inglaterra? Pues para visitar a sus hijos, no existe otra posibilidad. Es de suponer que sus padres ya pasaron a mejor vida. Por la expresión decidida y autoritaria de su rostro, está claro que se trata de una mujer acostumbrada a mandar. Tiene la expresión exacta de cualquier esposa de un alto mando de una guarnición o de un regimiento. De hecho, suelen dar más miedo que sus propios maridos. ¿Y quiere saber por qué es esposa de un coronel? Pues porque si fuera la esposa de un general viajaría en primera clase, y ya ve que su emblema es de plata. Pero ¡bah!, no perdamos el tiempo con menudencias. —Fandorin se inclinó hacia ella y le susurró —: Hablemos mejor de ese orangután. Un sujeto interesante.

Junto a mister Bubble acababa de detenerse el simiesco *monsieur* Boileau, aquel antiguo comensal del Windsor que, descartado a tiempo del desdichado comedor, había escapado a la red tendida por el comisario Gauche.

El diplomático murmuró al oído de Clarissa:

—Ese hombre que ve usted es un malhechor y un criminal. Posiblemente, un comerciante de opio. Vive en Hong Kong y está casado con una china.

Clarissa se echó a reír.

—¡Esta vez se ha equivocado usted de medio a medio! Ese señor es *monsieur* Boileau, de Lyon, filántropo y padre de once hijos, todos franceses hasta la médula. Y no comercia con opio, sino con té.

—¿Cómo que no? —repuso Fandorin sin alterarse lo más mínimo—. Mire, se le ha levantado el puño de la camisa y ha dejado al descubierto un tatuaje ci-circular de color azul en la muñeca. He visto un tatuaje idéntico a ese en un libro sobre China. Es la marca de una de las tri-tríadas de Hong Kong, unas organizaciones criminales secretas. Para que un europeo consiga ser miembro de una tríada tiene que ser un delincuente de categoría. Y tenga por seguro que está casado con una china. O-observe bien la pinta de ese filántropo suyo y lo tendrá claro. —Clarissa dudaba si creerle o no, pero Fandorin añadió con cara seria—: Y eso no es todo, *miss* Stamp. Hasta con los ojos ve-vendados puedo detallarle a cualquier persona: por el ruido que hace y por el olor que despide. Si lo desea, puede comprobarlo.

Acto seguido desanudó su blanca corbata de satén y se la tendió a Clarissa.

Ella palpó la tela tupida, ningún viso de transparencia, y después vendó los ojos al diplomático con fuerza. Al hacerlo, como por descuido rozó su mejilla: estaba tersa, caliente.

Al momento, por el lado de popa, apareció una candidata ideal: *lady* Campbell, una famosa sufragista que viajaba a la India a recoger firmas para su campaña de concesión del derecho al voto a las mujeres casadas. Masculina, de cuerpo macizo y con el cabello corto, se paseaba dando zapatazos por cubierta con el aspecto de un caballo percherón. ¡Iba a resultar difícil adivinar que se trataba de una dama y no del contra maestre!

—Bien, ¿quién viene por aquí? —le preguntó Clarissa al diplomático mientras se

disponía a contener la risa a continuación.

Pero ¡ay!, la diversión duró poco.

Fandorin arrugó la frente y espetó a ráfagas:

—Oigo el crujido de un vestido. Una mujer. El paso es plúmbeo, tiene un carácter fuerte. Ya está entrada en años. Fea. Fuma tabaco. Tiene el pelo corto.

—¿Por qué tiene el pelo corto? —se sorprendió Clarissa, y, tapándose los ojos con una mano, prestó oído al paso de elefante de la sufragista. ¿Cómo lograba adivinarlo?

—Que una mujer fume quiere decir que lleva el pelo corto y es progresista — escuchó la voz regular de Fandorin—. Por tanto, despreciará la moda e irá vestida con una especie de sobretodo de color verde chillón, pero con un cinturón encarnado.

Clarissa se quedó helada. ¡Era increíble! Dominada por un pavor supersticioso, apartó las manos del rostro y vio que Fandorin ya había tenido tiempo de quitarse la corbata de los ojos y hasta de hacerse un elegante nudo con ella. Los ojos azules del diplomático desprendían chispas de alegría.

Sí, todo resultaba muy amable, pero la conversación terminó mal. Cuando Clarissa dejó de reír, llevó sutilmente la conversación hacia la guerra de Crimea. Opinó que aquella guerra había sido una enorme tragedia para Europa y para Rusia, y mencionó con cautela algunos de sus recuerdos de aquellos años, dibujándolos más infantiles de lo que eran. Con aquella conversación esperaba respuestas igual de íntimas que le permitieran averiguar la edad que tenía Fandorin realmente. Y sus peores temores se confirmaron:

—Yo a-aún no había nacido —reconoció el diplomático ingenuamente, y eso bastó para cortarle las alas a Clarissa.

A partir de aquel momento, todo transcurrió en un sin sentido. Clarissa intentó cambiar la conversación y llevarla al terreno de la pintura, pero se armó un lío y no consiguió explicar como era debido por qué los prerrafaelistas se llamaban a sí mismos con ese nombre. Sin duda, él tuvo que pensar que era tonta de remate, ¡pero qué importaba ya eso!

Regresaba desolada a su camarote cuando ocurrió algo terrible.

En un recodo mal iluminado del pasillo, una gigantesca sombra negra osciló de súbito. Clarissa emitió un grito perdiendo todas las formas, se llevó una mano al pecho y se lanzó a correr hacia su puerta. Ya en el camarote, tardó mucho tiempo en tranquilizar su palpitante corazón. ¿Qué había sido aquello? No era ni un hombre ni un animal, sino una especie de coágulo de maldad, de energía destructiva. Remordimientos de conciencia. El fantasma de la pesadilla de París.

Inmediatamente se reprendió a sí misma: ¡basta, borrón y cuenta nueva! No pasaba nada, todo había sido un espejismo, una alucinación. Se juró a sí misma no atormentarse más. Comenzaba una vida nueva, luminosa y alegre. A partir de ese

momento una luz de felicidad iluminaría su palacio interior.

Para tranquilizarse se puso su vestido matinal preferido, que aún tenía sin estrenar (una seda china blanca con un lazo verde claro a la espalda, a la altura del talle), y un collar de esmeraldas en el cuello. Se quedó embobada contemplando el brillo de las gemas.

De acuerdo, no era joven. Ni tampoco hermosa. Pero no era ninguna tonta y, además, tenía mucho dinero. Y eso era mucho mejor que ser una mujer insulsa, fea y entrada en años sin un maldito penique en el bolsillo.

Clarissa ingresó en el comedor a las dos en punto, cuando el grupo estaba ya reunido. Resultaba curioso, pero la terrible noticia que el comisario les había transmitido la víspera no había separado sino, por el contrario, unido estrechamente a los comensales del Windsor. Un secreto común, que no se puede compartir con nadie, une con más fuerza que un trabajo o un interés común. Clarissa advirtió que sus compañeros de mesa no sólo acudían al comedor antes de la hora establecida para el desayuno, almuerzo, té o cena, sino que además procuraban alargar la sobremesa, lo que antes apenas ocurría. Hasta el primer oficial, cuya relación con esa historia era más bien tangencial, no se apresuraba por regresar a sus obligaciones laborales y permanecía largo tiempo sentado con los demás (aunque no quedaba excluida la posibilidad de que el teniente actuara así por encargo del capitán). Era como si los «windsorianos» se hubieran convertido en miembros de un club elitista, inaccesible para los profanos. En más de una ocasión, Clarissa sorprendió unas rápidas miradas furtivas dirigidas hacia ella. Y aquellas miradas sólo podían significar dos preguntas: o «¿Es usted la asesina?» o «¿No ha adivinado usted que el asesino soy yo?». Ante aquella situación, desde algún lugar de su interior, desde sus mismas entrañas, trepaba una aguda sensación, una convulsión ardiente que era una mezcla de excitación y de miedo. Frente a sus ojos surgía nítidamente la rue de Grenelle tal como era por las tardes: engañosamente tranquila y solitaria, aureolada por los negros castaños que balanceaban sus ramas desnudas. Lo único que faltaba era que el comisario averiguase, de la forma que fuera, lo del Ambassador. Clarissa sentía pavor al pensarlo, y entonces miraba con temor al comisario.

Gauche presidía la mesa como si fuera el maestro supremo de aquella secta secreta. Todos eran permanentemente conscientes de su presencia y atendían por el rabillo del ojo a la expresión de su rostro, pero Gauche no parecía advertir esa circunstancia. Se fingía un teórico moralista y narraba sin hacerse rogar sus «pequeñas historias», que todos escuchaban con tensa atención.

Por acuerdo tácito, de «aquello» sólo se hablaba en el comedor y siempre delante del comisario. Si dos «windsorianos» se encontraban por casualidad en algún espacio neutral —en la sala de música, en cubierta o en la biblioteca—, «aquello» no salía nunca a colación. Pero tampoco era que en el comedor se sacara constantemente la conversación de aquel tema tan sugestivo. Al contrario, casi siempre surgía involuntariamente y por algún comentario que se realizaba sobre un asunto ajeno a la

cuestión.

Aquella mañana, por ejemplo, durante el desayuno, no había habido manera de dar con un tema de conversación general, pero en ese instante, cuando Clarissa tomaba asiento, la charla estaba ya en su apogeo. La mujer se puso a leer el menú con gesto aburrido, como si hubiera olvidado lo que había encargado para el almuerzo, pero la conocida excitación la asaltó de inmediato.

—Lo que más me intranquiliza —decía el doctor Truffo— es la escandalosa absurdidad de este crimen. Han perdido la vida muchas personas, y al parecer para nada. El shiva de oro acabó en el Sena y el asesino se fue con las manos vacías.

Fandorin, que raramente intervenía en la conversación general y las más de las veces permanecía en silencio, estimó necesario manifestar su opinión:

—Con las manos vacías, no del todo... El asesino tiene el pañuelo.

—¿Qué pañuelo? —El doctor no comprendió al pronto.

—El pañuelo indio, la tela pintada. Si creemos a los periódicos, con él se envolvió el shiva robado.

La broma fue celebrada con unas risas nerviosas.

El doctor abrió los brazos teatralmente:

—¡Ah, claro, el pañuelo, lo olvidaba!...

De pronto, el profesor Sweetchilde se removió en la silla y se quitó los anteojos de la nariz: un gesto que en él significaba un gran desasosiego.

—¡Pues no hay ningún motivo para reírse! Me he tomado la molestia de averiguar cuál fue el pañuelo robado. Y, ¡ah, señores!, puedo asegurarles que se trata de un trozo de tela muy especial, relacionado con una curiosa historia. ¿Han oído hablar alguna vez del Rajá de las Esmeraldas?

—¿No era un legendario nabab indio? —preguntó Clarissa.

—Legendario no, es un personaje absolutamente histórico, *madame*. Llamaban así al rajá Bagdassar, gobernante del principado de Brahmapur. El principado ocupa un gran valle fértil rodeado completamente por montañas. Los antepasados del rajá se remontaban hasta el gran Babur y todos habían profesado la religión del islam, lo que no les impidió regir durante trescientos años un pequeño país como el suyo, poblado mayoritariamente por hindúes. Pese a las distintas creencias de la casta dirigente y sus súbditos, en el principado nunca hubo ni rebeliones ni contiendas. Los rajás se fueron enriqueciendo y, en los tiempos de Bagdassar, la familia principesca era considerada la más rica de toda la India, después, claro está, de la del nizam de Hyderabad, que, como ustedes saben, eclipsa con su fortuna a todos los monarcas del mundo, incluyendo a la reina Victoria y al zar Alejandro.

—La grandeza de nuestra reina no reside en su fortuna personal, sino en la riqueza de sus súbditos —repuso Clarissa severamente, algo ofendida por la observación.

—Sin duda —se mostró de acuerdo Sweetchilde, que ya estaba desbocado y no admitía interrupciones—. Pero la riqueza de los rajás de Brahmapur era de un tipo

muy especial. Ellos ni atesoraban oro, ni llenaban los baúles de plata, ni construían palacios con mármol rosa. Nada de eso; durante trescientos años esos soberanos sólo conocieron una única pasión: las piedras preciosas. ¿Han oído hablar del «estándar de Brahmapur»?

—¿No es una técnica de talla de diamantes? —conjeturó el doctor Truffo.

—El «estándar de Brahmapur» es un término de joyería que designa el diamante, el zafiro, el rubí o la esmeralda tallados de una manera especial y con el tamaño de una nuez, lo que equivale a ciento sesenta tandules, es decir, a ochenta quilates de peso.

—¡Qué dimensiones! —se extrañó Régner—. Piedras como esas se ven pocas. Si la memoria no me traiciona, el mismísimo diamante *Regente*, el orgullo del tesoro estatal francés, es tan sólo un poco más grande.

—No, teniente, el diamante *Pitt*, también llamado *Regente*, es dos veces mayor —lo corrigió con voz doctoral el profesor—. Pero ochenta quilates, especialmente en piedras de gran claridad, es algo extraordinario. Pues, bien, Bagdassar tenía quinientas doce piedras de ese tamaño y de una calidad irreprochable. ¿Se hacen una idea, señoras y caballeros?

—¡No es posible! —exclamó *sir* Reginald.

Fandorin, en cambio, preguntó:

—¿Por qué exactamente quinientas doce?

—Porque el número ocho es sagrado —explicó Sweetchilde de buen grado—. Quinientos doce es tres veces ocho por ocho, es decir, el ocho en tres dimensiones, al cubo, lo que ellos llaman «la cifra ideal». En esto, sin duda, influye el budismo, que venera especialmente el número ocho. En la zona nororiental de la India, donde se encuentra Brahmapur, las religiones se entrelazan de manera caprichosa. Pero lo más interesante es dónde y cómo se guardaba ese tesoro.

—¿Dónde se guardaba? —inquirió Renata Kleber con gran curiosidad.

—En un pequeño cofre de barro muy sencillo, sin decoración alguna. En mil ochocientos cincuenta y dos, cuando yo era sólo un joven arqueólogo, estuve en Brahmapur y vi al rajá Bagdassar. En el territorio del principado, en la jungla, se habían descubierto las minas de un templo ancestral y su alteza me invitó para que le diera mi opinión sobre el yacimiento. Hice las investigaciones oportunas, ¿y qué creen ustedes? Pues que el templo había sido construido en tiempos del rey Chandragupta, cuando...

—¡Alto, alto, alto! —interrumpió el comisario al profesor—. Ya nos hablará en otra ocasión de arqueología. Volvamos al rajá.

—¡Ah, bueno! —El profesor pestañeó nerviosamente—. Sí, quizá sea mejor así. Pues, bien, el rajá quedó muy satisfecho de mi trabajo y, como muestra de su especial predisposición hacia mí, me mostró su legendario cofrecillo. ¡Ah, nunca olvidaré aquella visión! —Sweetchilde entornó los ojos—. Imagínense ustedes un subterráneo oscuro, iluminado únicamente por una antorcha metida en una abrazadera de bronce

junto a la puerta. Allí estábamos los dos solos, el rajá y yo. El séquito se había quedado detrás de la puerta, custodiada por una docena de guardianes. No distinguí con claridad la estructura de la cámara del tesoro: mis ojos no llegaron a acostumbrarse a la penumbra; sólo oí cómo su alteza manipulaba ruidosamente unas cerraduras. Luego Bagdassar se volvió hacia mí y en sus manos vi un cubo de color terroso, al parecer muy pesado. Su tamaño era... —Sweetchilde abrió los ojos y miró a su alrededor. Todos escuchaban embelesados, y Renata Kleber hasta tenía la boca abierta, como los niños—. Pues no sé cómo decirles. Sí, quizá del volumen del sombrero de *miss Stamp*, si metieran ese adorno en una caja cuadrada.

Como si obedecieran una orden, todos volvieron la vista hacia aquel diminuto sombrerito tirolés adornado con una pluma de faisán. Clarissa sostuvo el *public scrutiny* con una sonrisa muy digna, como le habían enseñado en su infancia.

—El cubo parecía uno de los habituales ladrillos de adobe que se utilizan en esos lugares para la construcción. Luego su alteza me explicó que la superficie basta y uniforme de la arcilla hace resaltar la grandiosidad del color y el centelleo de las piedras preciosas mucho mejor que una superficie de oro o de marfil. Y pude comprobarlo con mis propios ojos. Bagdassar acercó lentamente su mano llena de sortijas a la tapa del cofrecillo, luego la echó hacia atrás con un movimiento repentino y... ¡me quedé deslumbrado, señores! —La voz del profesor tembló—. ¡Eso, eso no puede describirse con palabras! ¡Imagínense un fulgor misterioso, titilante y multicolor derramándose de aquel cubo oscuro y jugando con sus reflejos irisados en las tenebrosas bóvedas del subterráneo! Las redondeadas piedras preciosas estaban colocadas en ocho capas, ¡cada una de ellas con sesenta y cuatro focos tallados que despedían aquel deslumbrante resplandor! Sin duda, intensificaba el efecto la oscilante llama de aquella solitaria antorcha. Si cierro los ojos, todavía veo ante mí el rostro del rajá Bagdassar, bañado desde abajo por aquella luz mágica...

El científico cerró de nuevo los ojos y permaneció en silencio.

—¿Cuánto podrían valer, aproximadamente, esos cristallitos de colores? —Se oyó la voz chirriante del comisario.

—Sí, eso, ¿cuánto? —insistió *madame Kleber* con viveza—. En sus libras inglesas, por ejemplo.

Clarissa oyó cómo *mistress Truffo* susurraba a su marido en un tono excesivamente alto:

—*She's so vulgar!* —Pero, pese a su frase, se apartó los descoloridos bucles de cabello que le caían sobre la oreja para no perder palabra.

—¿Sabe usted? —Sweetchilde sonrió beatíficamente—, yo ya me he hecho esa pregunta. Y responderla no es tarea fácil porque el valor de las piedras preciosas oscila en relación con el mercado, pero a precios de hoy...

—Sí, sí, por favor, a los precios de hoy, no nos interesa lo que podían valer en los tiempos del rey Chandragupta —farfulló *Gauche*.

—Humm... No sé exactamente la proporción de brillantes, zafiros y rubíes que

tenía el rajá. Sólo sé que apreciaba especialmente las esmeraldas, y por eso lo apodaron con ese sobrenombre. Durante su reinado compró siete esmeraldas brasileñas y cuatro de los Urales. A cambio, por cada una de ellas entregó un brillante, y hasta tuvo que poner dinero. ¿Sabe?, cada uno de sus predecesores tenía una gema preferida. A ella le daban preeminencia e intentaban conseguirla antes que las demás. La cifra mágica de quinientos doce se alcanzó en tiempos del abuelo de Bagdassar, y desde entonces el objetivo principal de los rajás ya no era aumentar la cantidad de piedras preciosas, sino su calidad. Las gemas que no estaban talladas a la perfección, o que por algún motivo no eran apreciadas por el monarca reinante, se vendían. De ahí la fama del «estándar», que se difundió poco a poco por todo el mundo. Y en el cofrecito el lugar de esas piedras era ocupado por otras mucho más valiosas. ¡Los antepasados de Bagdassar llevaron esa obsesión por el «estándar de Brahmapur» hasta la insensatez! En cierta ocasión, uno de ellos compró un zafiro amarillo de trescientos tandules a Abbas el Grande, el sah de Persia, pagando por esa maravilla diez caravanas de marfil. Pero la piedra era más grande de lo establecido. ¡Así que los joyeros del rajá tuvieron que cortar lo que sobraba!

—Una barbaridad, ciertamente —opinó el comisario—, pero volvamos a la cuestión del precio.

Sin embargo, en esa ocasión no resultó tan fácil hacer volver al arqueólogo al cauce adecuado.

—¡Tenga un poco de paciencia con lo del precio! —le respondió al comisario con cierta descortesía—. ¿Acaso es eso lo más importante? Cuando se habla de una piedra preciosa de ese tamaño y esa calidad, no se piensa en el dinero, sino en las maravillosas propiedades que se le atribuyen desde tiempos inmemoriales. El diamante, por ejemplo, está considerado el símbolo de la pureza. Nuestros antepasados comprobaban la fidelidad de sus esposas de esta manera: colocaban un diamante debajo de la almohada de la mujer mientras esta dormía. Si ella era fiel, se volvía inmediatamente hacia su marido y lo abrazaba sin llegar a despertarlo. Si lo estaba traicionando, entonces se daba la vuelta e intentaba tirar la piedra al suelo. El diamante también es considerado una garantía de invencibilidad. Los antiguos árabes creían que el general que poseyera el diamante más grande sería el vencedor en la batalla.

—Los antiguos árabes estaban en un «eror» —interrumpió inesperadamente Gintaro Aono al inspirado orador.

Todos se volvieron con sorpresa hacia el japonés, que raramente intervenía en la conversación general y que hasta entonces nunca había interrumpido a nadie. El asiático terminó lo que tenía que decir con aquel ridículo acento suyo:

—En la «Escuera Miritar» de Saint-Cyr nos dijeron que el duque de Borgoña Carlos el Temerario llevó a propósito el diamante *Sancy* en una batalla contra los «hervéticos», pero que eso no lo «sarvó» de la «derota».

Clarissa sintió pena por el pobre hombre. ¡Aquel era un momento muy

inapropiado para lucir sus conocimientos!

La réplica del japonés fue recibida con un silencio sepulcral y el hombre enrojeció de modo lastimoso.

—Sí, es cierto, Carlos el Temerario —asintió molesto el profesor. Luego retomó su disertación, aunque sin el ardor de antes—. El zafiro simboliza la abnegación y la perseverancia. La esmeralda desarrolla la agudeza de visión y la perspicacia. El rubí protege de las enfermedades y de los maleficios... Ustedes me preguntaban por el precio del tesoro de Bagdassar, ¿verdad?

—Comprendemos que ha de tratarse de una suma fabulosamente grande, pero ¿no podría usted calcular de manera aproximada cuántos ceros tendría esa cifra? —pidió *madame* Kleber de manera muy precisa, como si se dirigiera a un alumno torpe, demostrando una vez más que la esposa de un banquero, esté donde esté, siempre es la misma.

Clarissa, en cambio, habría preferido seguir escuchando plácidamente las mágicas cualidades de las piedras preciosas y dejar de lado los detalles dinerarios. Ese asunto, como otras cosas, le parecía bastante vulgar.

—Bien, calculemos. —Sweetchilde sacó del bolsillo un lápiz, dispuesto a hacer sus cuentas en una servilleta de papel—. En tiempos, el diamante estaba considerado la más cara de todas las piedras preciosas, pero después del descubrimiento de los yacimientos sudafricanos ha bajado ostensiblemente de precio. Si bien es cierto que los grandes zafiros se encuentran con más frecuencia que otras piedras preciosas, y por eso son cuatro veces más baratos de media que los diamantes, no ocurre así con los zafiros amarillos en forma de estrella, que son precisamente los que conforman la mayoría de la colección de Bagdassar. Las esmeraldas y los rubíes grandes sin impurezas son extremadamente escasos, y su precio, superior al de los diamantes de idéntico peso... En fin, para simplificar, supongamos que las quinientas doce piedras preciosas son diamantes y todas del mismo precio. Como ya les he dicho, el peso es el mismo, ochenta quilates. Según la fórmula Tavernier, que es la utilizada por los joyeros de todo el mundo, el valor de una piedra preciosa se determina del siguiente modo: se toma el precio de mercado de un diamante de un solo quilate y se multiplica por el cuadrado del número de quilates que tiene la piedra en cuestión. Eso supone... un diamante de un quilate se cotiza en la bolsa de Amberes a quince libras, y el cuadrado de ochenta es seis mil cuatrocientos. Si multiplicamos esta cifra por quince... Mmm... Noventa y seis mil libras esterlinas: ese sería el precio de una gema de tipo medio del cofrecillo de Brahmapur... Si esa cantidad se multiplica por quinientos doce..., pues, aproximadamente, resultan unos cincuenta millones de libras esterlinas. Aunque, en realidad, el valor de la colección es mayor porque, como ya les he dicho, las piedras preciosas de colores y gran tamaño se valoran más que los diamantes —concluyó Sweetchilde con solemnidad.

—¿Cincuenta millones de libras? ¿Tanto? —preguntó Régnier con voz ronca—. ¡Eso son mil quinientos millones de francos!

Clarissa se quedó sin respiración. Ya no recordaba las cualidades románticas de las gemas, impresionada por aquella astronómica suma.

—¡Cincuenta millones! ¡Eso es la mitad del presupuesto anual de todo el Imperio británico! —exclamó.

—¡Tres canales de Suez! —farfulló el pelirrojo Milford-Stockes—. ¡Más incluso! El comisario también cogió una servilleta y se puso a hacer números.

—Mi salario durante trescientos mil años —informó, confuso—. ¿No se habrá pasado un poco, profesor? ¿Es posible que un reyezuelo local pueda poseer un tesoro de esas dimensiones?

Sweetchilde respondió orgullosamente, como si todas las riquezas de la India le pertenecieran precisamente a él:

—¡Y eso no es todo! Las joyas del nizam de Hyderabad están valoradas en trescientos millones, aunque esas sí que resulta imposible guardarlas en un solo cofrecillo. Ciertamente, el tesoro de Bagdassar es el más compacto que existe.

Respetuosamente, Fandorin tiró al arqueólogo de la manga.

—De todas maneras, supongo que esa suma tiene cierto carácter relativo y abstracto. Nadie podría vender de golpe esa cantidad de joyas, y más con ese tamaño, ¿no es cierto? Destrozaría los precios de mercado.

—Se equivoca usted, señor diplomático —respondió el científico con viveza—. El prestigio del «estándar de Brahmapur» es tal que como mínimo la mitad de las piedras no abandonarían siquiera la India. Los príncipes del país las comprarían inmediatamente y, antes que nadie, ese nizam del que hablamos. Los bancos de Europa y América se pelearían para hacerse con el resto, y tampoco creo que las casas reales europeas perdieran la oportunidad de adornar sus tesoros con esas obras maestras de Brahmapur. ¡Si Bagdassar lo hubiese querido, habría vendido el contenido de su cofrecillo en unas pocas semanas!

—Siempre habla de ese hombre en pa-pasado —advirtió Fandorin—. ¿Ha muerto? ¿Qué fue entonces del cofrecillo?

—¡Ay!, eso no lo sabe nadie. Bagdassar tuvo un fin trágico. Durante el motín de los cipayos, el rajá cometió la imprudencia de establecer ciertas relaciones con los amotinados y el virrey declaró Brahmapur territorio enemigo. Las malas lenguas aseguran que Gran Bretaña sólo deseaba apoderarse del tesoro de Bagdassar, pero eso, naturalmente, no es cierto: nosotros, los ingleses, no utilizamos esos métodos.

—¡Oh, claro! —asintió Régnier con una maliciosa sonrisa, intercambiando una mirada con el comisario.

Clarissa miró a Fandorin con recelo: quería saber si también él estaba infectado por el bacilo de la anglofobia, pero el diplomático ruso seguía sentado mostrando en el rostro la misma expresión imperturbable.

—Entonces enviaron un escuadrón de dragones al palacio de Bagdassar. El rajá intentó salvarse escapando a Afganistán, pero la caballería lo alcanzó en el paso del Ganges. Bagdassar consideró que la prisión sería una afrenta a su dignidad y se

envenenó. No encontraron el cofrecillo entre sus cosas, sólo llevaba un pequeño paquete con una nota escrita en inglés. La carta iba dirigida a los poderes ingleses, y en ella el rajá juraba que era inocente y pedía que el hatillo fuera entregado a su único hijo. El muchacho estudiaba en un colegio privado en algún lugar de Europa, como era habitual entre aquella nueva generación de magnates indios. Aquí tengo que decir que Bagdassar no era ajeno al espíritu de la civilización occidental. Más de una vez viajó a Londres y París e incluso se casó con una ciudadana francesa.

—¡Oh, qué cosa tan extraña! —exclamó Clarissa—. ¡Ser la esposa de un rajá indio! ¿Y qué fue de ella?

—¡Al diablo con la esposa! ¡Mejor háblenos del paquetito! —repuso impaciente el comisario—. ¿Qué contenía?

—Nada interesante. —El profesor se encogió de hombros apesadumbrado—: Un pequeño ejemplar del Corán. El cofrecillo desapareció sin dejar huella, a pesar de que lo buscaron por todas partes.

—¿No tenía nada especial ese ejemplar del Corán? —preguntó Fandorin.

—No, era de lo más ordinario que se puede encontrar. Impreso en una tipografía de Bombay y con unas piadosas reflexiones manuscritas por el difunto en los márgenes de las páginas. El comandante del escuadrón estimó procedente enviar el Corán a su destinatario y sólo se reservó para sí el pañuelo en que estaba envuelto el libro, como un recuerdo de la expedición. Luego el pañuelo fue comprado por lord Littleby y entró a formar parte de su colección de pintura india en seda.

—Entonces, ¿ese es el pañuelo con que el asesino envolvió el shiva? —precisó el comisario.

—El mismo. Es un ejemplar muy raro. La seda es muy fina, muy ligera, y el dibujo es bastante irrelevante: representa un ave del paraíso, el melodioso *kalavinka*. Pero posee dos particularidades que nunca he encontrado en ningún otro pañuelo indio. En primer lugar, que el *kalavinka*, en lugar de un ojo, tiene un agujero, cuyo borde está cosido cuidadosamente con hilo de brocado. En segundo lugar, la forma del pañuelo también resulta muy curiosa: no es rectangular sino triangular; forma una especie de triángulo irregular con dos lados de bordes serpenteantes, mientras que el otro es completamente recto y regular.

—¿Tiene mucho va-valor ese pañuelo? —inquirió Fandorin.

—¡Por Dios! ¡Qué interés puede tener un pañuelo! —exclamó *madame* Kleber, adelantando despreciativamente el labio inferior de un modo infantil—. ¡Mejor hablen de las joyas! Deberían haberlas buscado por todas partes.

Sweetchilde soltó una carcajada.

—¡Ay, *madame*! ¡No se imagina usted con qué minuciosidad las buscó el nuevo rajá! Era uno de los zamindares locales que sirvió lealmente a la Corona durante la guerra contra los cipayos y, como recompensa, recibió el trono de Brahmapur. Al pobre la codicia le sorbió el seso. Un mago le aseguró que Bagdassar había escondido el cofrecillo en la pared de una casa y, como las medidas y el aspecto del cofre eran

tan similares a las de un ladrillo de adobe normal y corriente, el nuevo rajá ordenó demoler todos los edificios contruidos con ese material. Demolieron una casa tras otra y todos los ladrillos se partieron en presencia del soberano. Como el noventa por ciento de todas las construcciones de Brahmapur era de ladrillo de adobe, a los pocos meses la floreciente ciudad se convirtió en un montón de escombros. El trastornado rajá fue envenenado por sus propios allegados, que ya se temían una rebelión de la población aún más cruenta que la de los cipayos.

—¡Lo tenía merecido, por Judas! —repuso Régnier con sentimiento—. No hay nada más repugnante que la traición.

Fandorin repitió pacientemente la pregunta anterior:

—De todas formas, profesor, ¿era de gran valor el pa-pañuelo, sí o no?

—No lo creo. Es más bien una rareza, una curiosidad.

—Entonces, ¿por qué lo envuelven todo con él? El Corán, la estatua de Shiva... ¿No tendrá ese trozo de seda algún significado religioso?

—Nunca he oído algo parecido. Supongo que será una simple coincidencia.

El comisario Gauche se puso de pie con algún esfuerzo y dolor, y enderezó los hombros, completamente entumecidos.

—Pues sí que resulta curiosa la historia, pero ¡ay!, de poco servicio para nuestra investigación. Es escasamente probable que el asesino decida conservar ese trapo como recuerdo sentimental. —Y añadió con aire soñador—: ¡Aunque no estaría nada mal! Imagínense que alguno de ustedes, estimados sospechosos, va y saca un pañuelo de seda con un ave del paraíso, simplemente así, por descuido, y luego se suena con él. ¡El viejo Gauche sabría cómo actuar!

Y el policía se echó a reír, por lo visto convencido de lo ingenioso de su propia observación. Clarissa miró a aquel grosero con reproche. El comisario captó su mirada y entornó los ojos:

—Por cierto, *mademoiselle* Stamp, a propósito de ese admirable sombrero suyo... Verdaderamente una prenda con mucho estilo, al último grito de la moda de París... ¿Hace mucho tiempo que estuvo usted allí?

Clarissa sintió que se le descomponían las entrañas. Reunió valor y respondió con un tono gélido:

—Compré el sombrero en Londres. Nunca he estado en París.

Pero ¿qué miraba mister Fandorin con tanta atención? Clarissa siguió la dirección de sus ojos y palideció.

El diplomático observaba fijamente su abanico de plumas de avestruz, en cuyo mango de hueso se leía en letras doradas: «*Meilleurs souvenirs!* HÔTEL AMBASSADEUR. Rue de Grenelle, Paris».

¡Qué negligencia tan imperdonable!

Gintaro Aono

*Cuarto mes, quinto día
A la vista de la costa de Eritrea*

*Abajo: la verdosa franja del mar.
En el centro: la amarillenta franja de arena.
Arriba: la azulada franja del cielo.
Esos son los colores
de la bandera de África.*

Este vulgar quinteto es fruto de una hora y media de ininterrumpidos esfuerzos por conseguir la armonía espiritual. La maldita armonía no quería recomponerse de ningún modo.

Estaba sentado solo en la popa, mirando la triste costa de África, y sentí más aguda que nunca mi ilimitada soledad. Afortunadamente, durante mi infancia me inculcaron la noble costumbre de llevar un diario. Hace siete años, cuando viajaba para realizar mis estudios en el lejano país de *Furansia*, o Francia, alimentaba el sueño secreto de que algún día mi diario de viaje se convertiría en un libro glorioso para mí y para toda la estirpe Aono. Pero ¡ay!, mis percepciones son demasiado limitadas, y mis sensaciones, de lo más triviales para que estas deplorables octavillas puedan competir con la gran literatura memorialista de nuestros tiempos.

Pese a todo, de no ser por estas notas que escribo diariamente, estoy seguro de que me hubiera vuelto loco hace tiempo.

Incluso aquí, en este barco que navega hacia Asia oriental, sólo somos dos los representantes de nuestra raza amarilla: yo y ese chino eunuco, funcionario de palacio de undécima categoría, que ha viajado a París para comprarle las últimas novedades de perfumería y cosmética a la emperatriz Tsi Si. Para economizar viaja en segunda clase, lo cual lo avergüenza, como demuestra el hecho de que nuestra conversación se interrumpió en el instante en que supo que yo viajaba en primera. ¡Qué deshonra para China! En el lugar del funcionario, yo habría muerto de humillación, porque somos los representantes de las dos grandes potencias asiáticas en este barco europeo. Comprendo el estado de ánimo del burócrata Zang, pero lamento que le avergüence salir de su estrecho camarote: habríamos encontrado temas comunes de conversación. Naturalmente, no me refiero a hablar, sino a comunicarnos con ayuda de papel y pincel. Aunque hablemos lenguas diferentes, los ideogramas son los mismos.

«¡Qué le vamos a hacer! —me digo a mí mismo—. No pierdas el ánimo. Ya queda poco. Dentro de un mes verás las luces de Nagasaki y, desde allí, tu natal Kagoshima está a un paso». Y aunque el regreso me reserve humillación y vergüenza, ¡pues que sea la burla de todos mis amigos, con tal de estar de nuevo en casa! A fin de cuentas nadie se atreverá a despreciarme abiertamente: todos saben que me limité a cumplir la voluntad de mi padre, y, como es sabido, las órdenes paternas no se discuten. Hice lo que estuvo en mi mano para cumplir con mi deber. He malgastado mi vida, pero si eso era necesario para el bien de Japón... Y eso es todo, ¡basta de hablar del asunto!

Sin embargo, ¿quién podía imaginar que el regreso a mi patria, la última etapa de estos siete años de duras pruebas, iba a resultar tan difícil? Al menos en Francia podía comer en soledad, disfrutar de mis paseos y del contacto con la naturaleza, pero aquí, en el barco, me siento como un granito de arroz que ha caído por error en una escudilla de tallarines. Siete años de convivencia con esos bárbaros pelirrojos no me han acostumbrado a algunas de sus repulsivas costumbres. Me da náuseas ver a la refinada Kleber-san cortar un bistec sanguinolento con el cuchillo y luego relamerse los rubicundos labios con esa lengua sonrosada. ¡Y esos lavabos ingleses, en los que hay que cerrar el desagüe con un tapón y lavarse la cara con agua sucia! ¡Y esa vestimenta de pesadilla, inventada por una mente retorcida! Vestido así, uno se siente una carpa envuelta en papel aceitoso y puesta a asar a la brasa. Lo que odio con más intensidad son esos cuellos almidonados que dejan una erupción roja en la barbilla y esos zapatos de piel, auténticos instrumentos de tortura. Aprovechándome de mi condición de salvaje asiático, me tomo la licencia de pasear por cubierta en un ligero *yukata*, mientras mis desdichados compañeros de mesa se cuecen al vapor de la mañana a la noche en el interior de sus vestimentas. Mis sensibles fosas nasales sufren enormemente con el penetrante olor, mantecoso y carnoso, de la transpiración europea. ¡Espantosa también es esa costumbre que tienen los ojos redondos de sonarse en un pañuelo y guardárselo después en el bolsillo, sucio, para luego sacarlo otra vez y volver a limpiarse la nariz! Cuando lo cuente en casa no me creerán y pensarán que todo es invención mía. Aunque siete años es mucho tiempo. Quizá nuestras mujeres también lleven ya esos ridículos miriñaques en el trasero y anden renqueando y tropezando, subidas a esos tacones tan altos. ¡Qué curioso sería ver a Keiko-san ataviada de ese modo! Ya será una mujer hecha y derecha, con sus trece años. Uno más y le buscarán esposo, puede que incluso antes. ¡Ah, he de apresurarme a llegar a casa!

Hoy me ha resultado especialmente difícil alcanzar el equilibrio espiritual porque:

- 1) He descubierto que de mi bolsa de viaje ha desaparecido mi mejor utensilio, ese capaz de cercenar el músculo más grueso. ¿Qué significado tiene ese robo tan extraño?
- 2) Durante la sobremesa he vuelto a verme en una situación humillante, mucho peor que aquella de Carlos el Temerario (ver las notas de ayer). Fandorin-san, que sigue tan interesado como antes por Japón, ha comenzado a preguntarme por el *bushido* y las tradiciones de los samuráis. Después la conversación ha derivado hacia mi familia y mis antepasados. Como yo me había presentado como oficial del ejército, el ruso ha comenzado a preguntarme por el armamento, los uniformes y el reglamento militar del ejército imperial. ¡Ha sido terrible! Cuando ha quedado claro que nunca había oído hablar del fusil Berdan, Fandorin-san me ha mirado de una manera muy extraña. Sin duda, ha debido de pensar que en el ejército japonés sólo hay ignorantes. Avergonzado, he olvidado las normas de cortesía y he salido corriendo del salón, lo cual, naturalmente, sólo ha aumentado la confusión.

He tardado mucho tiempo en tranquilizarme. Lo primero que he hecho ha sido subir a la cubierta de las chalupas, el sitio más soleado del barco y, por tanto, también el más solitario. Allí me he desnudado hasta la cintura y me he ejercitado durante media hora en la técnica del golpe *mawashi-giri*. Cuando he alcanzado la condición debida y el sol ha comenzado a ponerse de color rosa, me he sentado en la posición *zazen* y me he entregado a la meditación durante cuarenta minutos. Hecho esto, me he vestido y he marchado a la popa para componer un *tanka*.

Todos estos ejercicios me han servido de ayuda. Ahora sé cómo mantener las formas. Después de la cena, le diré a Fandorin-san que nos está prohibido hablar del ejército imperial con extranjeros y que he salido corriendo del comedor porque tenía un ataque terrible de diarrea. Creo que sonará convincente y mis compañeros de mesa dejarán de juzgarme un salvaje sin educación.

* * *

El mismo día, por la tarde

Ha ocurrido una catástrofe. Me tiemblan las manos de la vergüenza, pero necesito escribir lo sucedido inmediatamente, con todo detalle; eso me

ayudará a concentrarme y a tomar la decisión más acertada. De momento me limitaré a relatar los hechos y luego sacaré mis conclusiones.

Pues bien. La cena en el comedor Windsor comenzó a las ocho, como es habitual. Aunque por la tarde había pedido ensalada de remolacha (*red beet*), el camarero me trajo una carne de vaca medio cruda bañada en sangre. Al parecer, había entendido *red beef*. Hinqué el tenedor en la carne ensangrentada del animal sacrificado mientras contemplaba con disimulada envidia cómo el primer oficial engullía su apetitoso guiso de legumbres con carne de gallina.

Además de eso, ¿qué otras cosas ocurrían?

Nada especial. Kleber-san, como siempre, se quejaba de jaqueca aunque comía con un apetito feroz. Su aspecto es de lo más saludable; el suyo es un modelo de embarazo bien llevado. Estoy convencido de que, cuando cumpla el plazo, el niño saldrá de su vientre como el tapón de una botella de champaña francés.

Hablábamos del calor, de que mañana llegaremos a Adén y de piedras preciosas. Fandorin-san y yo comparábamos las cualidades de la gimnasia japonesa con la de la inglesa. Podía mostrarme condescendiente, porque la superioridad de Oriente sobre Occidente en este campo es más que obvia. Eso lo explica el hecho de que ellos consideran los ejercicios gimnásticos un deporte o un juego, mientras que para nosotros son el camino a la perfección espiritual. Sí, precisamente espiritual, porque la perfección física no tiene ningún sentido y aparece por sí misma como una consecuencia de aquella, igual que un tren detrás de la locomotora. He de hacer constar que el ruso está muy interesado por el deporte y que, por lo visto, ha oído hablar de las escuelas de lucha de Japón y China. Por la mañana, cuando meditaba en la cubierta de las chalupas a una hora más temprana de lo habitual, vi a Fandorin-san. Nos saludamos con una inclinación, pero no llegamos a hablar porque cada uno estaba ocupado en lo suyo: yo limpiaba mi alma con la luz del nuevo día, mientras él, en cuclillas y vestido con una camiseta de gimnasia de punto, estiraba los brazos por turno levantando lentamente unas pesas que a primera vista parecían muy pesadas.

Nuestro compartido interés por la gimnasia hizo que nuestra conversación de la noche transcurriera de manera desenvuelta, y yo me sentí más cómodo de lo que en mí es habitual. Le hablé al ruso del jiu-jitsu y él me escuchó con mucha atención.

Sobre las ocho y media (no puedo precisar la hora), Kleber-san, que ya se había tomado el té y dos pasteles, se quejó de mareos. Yo le dije que eso suele ocurrirles a las embarazadas cuando comen demasiado. Por alguna razón ella tomó mis palabras con evidente enfado, y entonces caí en la cuenta de que había hablado demasiado. ¡Cuántas veces me he repetido

que no debo abrir la boca! Mis sabios maestros me lo enseñaron en su día: cuando te encuentres entre desconocidos, permanece sentado, escucha atentamente, sonrío con amabilidad y, de cuando en cuando, asiente con la cabeza. Así te tendrán por un hombre educado y, cuando menos, no dirás ninguna tontería, que es lo que hice en ese momento. ¡En ningún sitio se ha visto a un oficial del ejército dando consejos médicos!

Régnier-san se levantó de su silla como un resorte y se ofreció a acompañar a la señora hasta su camarote. En general es un hombre muy atento, pero especialmente con Kleber-san. Es el único que no se ha cansado todavía de sus continuos caprichos; en verdad el muchacho honra su uniforme.

Cuando los dos salieron, los hombres se sentaron en los sillones para fumar. El médico italiano del barco y su esposa inglesa partieron a visitar a una paciente y yo fui a explicar al camarero que no era necesario que mi tortilla del desayuno llevara ni jamón ni panceta. ¡Podrían haberlo aprendido ya, después de tantos días!

Pero no habrían pasado dos minutos cuando, de pronto, escuchamos un agudo grito femenino.

Debo reconocer antes de nada que tardé en caer en la cuenta de que era Kleber-san quien gritaba. Como tampoco comprendí que aquel desgarrador «¡Osaku! ¡Osaku!» era en realidad «*Au secours! Au secours!*». Pero eso no justifica mi reacción. Mi comportamiento fue vergonzoso, de lo más vergonzoso. ¡No hay duda de que no soy digno del título de samurái!

Pero iré por orden.

El primero en lanzarse hacia la puerta fue Fandorin-san. Detrás de él lo hizo el comisario. Luego Milford-Stockes-san y Sweetchilde-san. Pero yo no me moví del sitio. ¡Naturalmente, debieron de pensar que el ejército japonés está compuesto por miserables cobardes!, pero la realidad es que no comprendí inmediatamente lo que ocurría.

Cuando al fin reaccioné, ya era tarde; llegué el último al lugar del incidente, incluso Stamp-san llegó antes que yo.

El camarote de Kleber-san se encuentra muy cerca del comedor: por el pasillo, el quinto a la derecha.

Por entre las espaldas de quienes habían llegado primero logré ver algo increíble. La puerta del camarote estaba abierta de par en par. Kleber-san gemía lastimosamente tirada en el suelo, con el cuerpo aplastado por algo enorme, oscuro, brillante e inmóvil. Tardé en comprender que se trataba de un negro de gran estatura, vestido únicamente con unos pantalones blancos de lienzo. De la nuca del negro sobresalía el mango de una daga marinera. Por la postura del cuerpo comprendí que el negro estaba muerto. Un golpe así, asestado contra la base del cráneo, exige una gran fuerza y precisión,

pero debe de matar en un santiamén, eso es seguro.

Kleber-san forcejeaba inútilmente para librarse de aquel pesado cuerpo que la aplastaba. A su lado, el teniente Régnier intentaba ayudarla, con el rostro más blanco que el cuello de su camisa. La funda de la daga colgaba, vacía, de su costado. El teniente parecía completamente desconcertado: tan pronto se inclinaba sobre la embarazada para liberarla de su desagradable carga, como se volvía hacia nosotros intentando explicarle al comisario cómo había sucedido todo.

El único de los presentes que no perdió la sangre fría fue Fandorin-san. Sin apenas esfuerzo, levantó el pesado cadáver y lo apartó hacia un lado (recordé al momento sus ejercicios de levantamiento de pesas). Luego ayudó a Kleber-san a sentarse en un sillón y le dio un poco de agua. Fue justo entonces cuando yo reaccioné. Me acerqué a la señora y la reconocí a toda prisa: a simple vista no tenía ni heridas ni contusiones. Si sufría alguna lesión interior, tendría que verse más tarde. Estaban todos tan excitados que mi reconocimiento no sorprendió a nadie. Los blancos deben de creer que todos los asiáticos somos algo chamanes y poseemos habilidades médicas. El pulso de Kleber-san estaba en noventa y cinco, lo cual era del todo explicable.

Luego, entre ella y Régnier-san, interrumpiéndose de forma continua, contaron lo siguiente.

El teniente:

Había acompañado a Kleber-san hasta su camarote, le había dado las buenas noches y se había despedido. Pero apenas se había alejado dos pasos cuando escuchó su grito desesperado.

Kleber-san:

Había entrado y encendido la lámpara eléctrica cuando, de pronto, vio a aquel gigante negro al lado del tocador con su collar de coral en la mano (en efecto, yo había visto el collar tirado en el suelo). Sin decir una palabra, el negro se abalanzó sobre ella, la tiró al suelo y le rodeó el cuello con sus enormes manos. Ella gritó.

El teniente:

Irrumpió en el camarote y, al ver aquella terrible («fantástica», dijo él) escena, se quedó en un primer momento absolutamente perplejo. Luego agarró al negro por los hombros, pero no consiguió mover a aquel gigante ni un solo centímetro. Después le dio una patada en la cabeza, pero tampoco logró efecto alguno. Entonces, temiendo ya por la vida de *madame* Kleber y

de su retoño, sacó su daga de la funda y le asestó una única cuchillada.

En aquel momento pensé que la borrascosa juventud del teniente debía de haber transcurrido con seguridad en esos burdeles y tabernas portuarios donde de la habilidad que se tenga con el cuchillo depende quién se despertará al día siguiente con resaca y a quién llevarán al cementerio con los pies por delante.

Luego llegaron corriendo el capitán Cliff y el doctor Truffo. En el camarote no cabía un alfiler. Nadie tenía la menor idea de cómo había embarcado aquel africano en el *Leviatán*. Fandorin-san examinó atentamente el tatuaje que cubría el pecho del muerto y aseguró que había visto otros similares con anterioridad. Al parecer, durante el reciente conflicto de los Balcanes había estado cautivo de los turcos y allí había visto a varios esclavos negros con esas mismas marcas en zigzag que se alejan concéntricamente de los pezones. Según él, es un arabesco ritual de los ndanga, una tribu que había sido descubierta hacía poco tiempo por árabes traficantes de esclavos en el mismo corazón de África ecuatorial. Según parece, los varones ndanga son enormemente apreciados como esclavos en los bazares de todo Oriente.

Me dio la impresión de que Fandorin-san *nos explicaba todo aquello con un gesto de extrañeza*, como si algo lo desconcertara. Pero quizá me equivocara, porque la mímica de los europeos es bastante estrambótica y no tiene nada en común con la nuestra.

El comisario Gauche escuchó al diplomático sin prestarle apenas atención. Dijo que como representante de la ley sólo le interesaban dos cuestiones: cómo se las había arreglado el negro para subir al barco y por qué razón había atacado a *madame* Kleber.

De pronto se desveló que varios de los presentes habían notado la misteriosa desaparición de algunos objetos de sus camarotes en los últimos días. Yo también recordé lo que me faltaba, pero naturalmente me callé. Luego alguien dijo que unos días antes había visto una enorme sombra negra en el pasillo (*miss* Stamp), y otro de los presentes, que un rostro negro lo había acechado por la ventana de su camarote (*mistress* Truffo). En ese instante les quedó claro que no habían sido alucinaciones, y tampoco un fruto de la impresionabilidad femenina.

Entonces todos se volvieron hacia el capitán. Resultaba evidente que en esos últimos días un peligro mortal se había cernido sobre todos los pasajeros sin que las autoridades del barco lo hubieran detectado. Cliff-san enrojeció de vergüenza; lo sucedido suponía un terrible mazazo para su prestigio. Yo me giré discretamente para que aquella embarazosa situación le resultara más leve.

El capitán nos pidió a todos los testigos del incidente que nos

reuniéramos con él en el comedor Windsor y allí nos dirigió un discurso que rezumaba dignidad y firmeza. Antes de nada, pidió excusas por lo ocurrido y después rogó que no contásemos a nadie esa «lamentable desgracia» para evitar que se desatara a bordo una psicosis masiva. Prometió que la tripulación registraría inmediatamente el barco entero: bodegas, fondos, sentinas, almacenes y hasta los sollados para el carbón, y nos garantizó que a partir de ese momento ya no habría más ladrones negros en su nave.

Un buen hombre, el capitán; un auténtico lobo de mar. Habla de manera torpe y con frases cortas, pero se advierte que tiene un espíritu fuerte y que está entregado a su trabajo. Una vez oí a Truffo-sensei contarle al comisario que el capitán era viudo y que amaba con auténtica locura a su única hija, que estaba interna en un colegio de señoritas. En mi opinión, un detalle verdaderamente conmovedor.

Bueno, al parecer me estoy recuperando poco a poco. Los renglones me salen ya más parejos y no me tiembla la mano. Así que puedo pasar a escribir lo más desagradable.

En un reconocimiento superficial observé que *madame* Kleber no tenía ningún cardenal. Esta y otras consideraciones mías debía ponerlas en conocimiento del capitán y del comisario, pero en aquel momento mi máxima preocupación era tranquilizar a la embarazada, que no sólo no conseguía recuperarse de la conmoción sufrida, sino que, por el contrario, hasta parecía empeñada en sufrir un ataque de histeria.

Para calmarla le dije en el tono más cariñoso que me fue posible:

—Quizá el negro no pretendiera matarla, *madame*. Al entrar usted y encender la luz tan de repente, quizá solamente se asustase. Porque él...

Pero ella no me dejó terminar.

—¿Que se asustó, dice? —refunfuñó Kleber-san irritándose inesperadamente—. ¿No habrá sido usted el que en realidad se ha asustado, *monsieur* asiático? ¿Cree que no he visto cómo escondía su amarilla cabeza tras las espaldas de los demás?

Nadie me había ofendido antes de una manera tan procaz, pero lo peor de todo fue que no pude dar a entender que eran palabras de una histérica estúpida, y tampoco contestarle con una sonrisa de desprecio. ¡Kleber-san me había atacado en mi punto más vulnerable!

No tenía nada que responder. Sufrí horrores mientras ella me miraba con aquella mueca humillante que se extendía por su carita llena de lágrimas y de maldad. Si en aquel momento hubiera podido precipitarme en el famoso infierno de los cristianos, yo mismo habría accionado el mecanismo de la trampilla. Pero lo peor era que el rojo velo de la cólera me cegaba los ojos y ese es el estado que más temo de todos. Porque precisamente en ese estado de furor un samurái realiza los actos más perniciosos contra su

karma, y después expiará durante toda su vida el error cometido en un solo segundo de pérdida de control. Puede llegar a cometer una tontería tan descomunal que ni el haraquiri le serviría de nada.

Salí del comedor temiendo no ser capaz de contenerme y hacer algo horrendo contra la embarazada. No sé si sabría dominarme si fuera un hombre quien me dijera algo así.

Me encerré en mi camarote y saqué un saco de calabazas egipcias que había comprado en el bazar de Port Said. Eran pequeñas, del tamaño de una cabeza, y muy duras. Había comprado alrededor de medio centenar.

Entonces, para que cayera de mis ojos aquel manto bermejo de odio, me puse a perfeccionar el golpe directo con el canto de la mano, pero la extrema agitación que me dominaba me hacía fallar los golpes: las calabazas no se partían en dos mitades parejas, sino en siete u ocho trozos.

¡Qué grande era mi sufrimiento!

Segunda Parte

ADÉN - BOMBAY

Gintaro Aono

Cuarto mes, séptimo día
Adén

El diplomático ruso es un hombre profundo, con una mentalidad casi japonesa. Fandorin-san posee esa capacidad no europea de ver cualquier fenómeno en su totalidad, sin ofuscarse en pequeños detalles o pormenores técnicos. Los europeos son expertos insuperables en todo lo que se refiere a la maestría; conocen perfectamente el «cómo». Sin embargo, nosotros, los asiáticos, poseemos la sabiduría porque comprendemos el «porqué». Si para esos hombres velludos el proceso del movimiento es más importante que el fin último, nosotros no apartamos los ojos de la parpadeante trayectoria de las estrellas que se divisan a lo lejos, y por eso a menudo no encontramos tiempo para mirar convenientemente a los lados. Por eso los blancos vencen frecuentemente en las pequeñas escaramuzas mientras la raza amarilla mantiene su imperturbable tranquilidad, pues sabe que aquellas sólo son tráfagos fútiles que no merecen el menor interés. En lo importante, en lo realmente esencial, la victoria será al final nuestra, sin ninguna duda.

Nuestro emperador ha decidido realizar un genial experimento: compaginar la sabiduría oriental con la habilidad occidental. Nosotros, los japoneses, comenzamos a asimilar serenamente la ciencia europea del progreso cotidiano y, al mismo tiempo, seguimos sin perder de vista el fin último de la existencia humana: la muerte y la suprema forma de vida que sigue después. Esa raza de pelirrojos es excesivamente individualista; el valioso yo les ciega los ojos, deformándoles la visión del mundo exterior e impidiéndoles observar el problema desde todos los ángulos posibles. El alma del europeo está pegada a su cuerpo con clavos de hierro, y eso le impide levantar el vuelo.

Si Fandorin-san posee el don de la iluminación, se lo debe a la naturaleza medio asiática de su patria. Rusia se parece mucho a Japón: es el mismo Oriente, que se alarga hasta Occidente. Sólo que, a diferencia de nosotros, los rusos se olvidan de la estrella que marca el rumbo de la nave y se vuelven demasiado hacia los lados. Destacar el yo o disolverlo en el poderoso nosotros: he ahí donde radica la oposición entre Europa y Asia. Y yo creo que Rusia tiene ahora una inmejorable oportunidad para pasar del primer camino al segundo.

Pero estoy filosofando demasiado. Ya es hora de volver a Fandorin-san y a la claridad de ideas que nos ha mostrado. Contaré lo ocurrido por orden.

El *Leviatán* arribó a Adén antes del amanecer. He aquí lo que dice mi

guía de viaje de este puerto:

El puerto de Adén es el Gibraltar de Oriente y sirve a Inglaterra de eslabón con las Indias Occidentales. Aquí los barcos se abastecen de carbón y completan sus reservas de agua dulce. La importancia de Adén ha crecido increíblemente desde la apertura del canal de Suez. Por lo demás, se trata de una ciudad pequeña con unos inmensos almacenes portuarios, astilleros, algunas factorías, oficinas y varios hospitales. La ciudad se distingue por su acertada edificación. La sequedad del suelo se compensa con la existencia de treinta antiguos depósitos que almacenan las aguas de lluvia que bajan de las montañas. Adén cuenta con una población de 34.000 habitantes, en su mayoría indios musulmanes.

Por el momento debíamos contentarnos con esa parca descripción, porque la pasarela no había sido tendida y no se permitía a nadie bajar a tierra.

La explicación oficial hablaba de una inspección sanitaria y de una cuarentena, pero nosotros, los vasallos del principado de Windsor, conocíamos la verdadera razón de ese alboroto: la tripulación y la policía de la costa estaban registrando nuestro gigantesco barco en busca de negros.

Después del desayuno nos quedamos en el comedor esperando los resultados de la redada. Fue entonces cuando el comisario de policía y el diplomático ruso sostuvieron esta importante conversación a la que asistieron todos los nuestros (para mí ya son «los nuestros»).

Se comenzó hablando de la muerte del negro, pero luego la charla derivó hacia los crímenes de París. Yo no intervine en la conversación, pero sí presté mucha atención, a pesar de que al principio parecía que otra vez intentaban cazar al mono verde en la maleza de bambú y al gato negro en una habitación oscura.

Stamp-san dijo: «En fin, enigmas y más enigmas. Ni sabemos cómo entró el negro en la habitación, ni el motivo por el que quería matar a *madame* Kleber. Lo mismo que en el caso de la rue de Grenelle. Más misterio todavía».

A lo que Fandorin-san repuso inesperadamente: «Ahí no hay ningún misterio. Es cierto que lo del negro no está del todo claro, pero en lo que respecta al caso de la rue de Grenelle, el asunto, en mi opinión, resulta más o menos comprensible».

Todos lo miramos absolutamente perplejos, pero el comisario sonrió con malicia: «¿De veras? ¡Vamos, adelante, estamos deseando escucharlo!».

Fandorin-san: «Creo que la situación pudo desarrollarse de esta manera.

Ya de noche, alguien llegó a la puerta de la rue de Grenelle...».

El comisario (interrumpiéndolo con exagerado entusiasmo): «¡Bravo! ¡Qué perspicacia tan genial la suya!».

Alguien se echó a reír, aunque la mayoría seguimos escuchando con la misma atención porque sabemos que el diplomático no es de los que dan manotazos al aire para nada.

Fandorin-san (prosiguiendo imperturbable): «... alguien que no levantó la más mínima sospecha entre los criados. Un médico, posiblemente enfundado en una bata blanca y, por supuesto, con su maletín de doctor. El inesperado visitante les dijo que todos los moradores de la casa debían reunirse inmediatamente en una sala ya que una disposición municipal había ordenado que todos los parisinos fueran vacunados».

El comisario (comenzando a enfadarse): «Pero ¿qué fantasía es esa? ¿De qué vacuna habla? ¿Por qué la servidumbre tendría que creer al primero que llamara a la puerta?».

Fandorin (con brusquedad): «¿Y por qué no lo han degradado a usted todavía del cargo de “comisario para asuntos de máxima importancia” al de “inspector para asuntos triviales”, *monsieur* Gauche? Usted no presta atención al material de que dispone, y eso resulta imperdonable. Hojee otra vez ese artículo de *Le Soir* que relaciona a lord Littleby con la aventurera internacional Marie Sansfond».

El policía trasteó en su carpeta negra, sacó el recorte en cuestión y lo leyó de nuevo.

El comisario (encogiéndose de hombros): «Bueno, ¿qué?».

Fandorin-san (señalando con el dedo): «Ahí abajo. ¿No ve el comienzo del artículo siguiente?: “REMITE LA EPIDEMIA DE CÓLERA”. A continuación sigue hablando de las “enérgicas medidas profilácticas adoptadas por los médicos parisinos”».

Truffo-sensei: «Y así ocurrió en verdad, señores. En París se ha estado luchando contra los brotes de cólera todo el invierno. En Dover se estableció un control sanitario para los barcos que llegaban de Calais».

Fandorin-san: «Ahí tiene el motivo de que la aparición del médico no levantara sospecha alguna entre los criados. El visitante debió de presentarse con mucho aplomo, hablando con convicción. Quizá añadiera que se le hacía tarde y que aún le quedaban por visitar varias casas más, o algo por el estilo. Al parecer los sirvientes decidieron no alarmar al dueño de la casa, pues sabían que sufría un ataque de gota, pero sí llamaron a los guardianes, que estaban en el primer piso. Al fin y al cabo, la inyección sólo sería cosa de un minuto».

Me admiré de la perspicacia del diplomático, que había aclarado con tanta facilidad un enigma tan complicado. Incluso el mismo comisario

Gauche se quedó pensativo.

«Bien, supongamos que fuera así —aceptó, a regañadientes—. ¿Cómo explica usted la extraña circunstancia de que el médico, tras envenenar a los criados, no subiera al segundo piso por la escalera sino que decidiera salir a la calle, escalar la tapia del jardín y romper el cristal del invernadero?».

Fandorin-san: «También yo he meditado sobre esa cuestión. ¿No ha llegado a pensar que quizá fueran dos los delincuentes y mientras uno eliminaba a los criados el otro penetraba en la casa por la ventana?».

El comisario (con aire solemne): «Claro que lo he pensado, y tanto que lo he pensado, señor sabiondo. Pero esa es precisamente la conclusión que el asesino quiere que saquemos. Su intención es simple, quiere despistarnos, ¡es evidente! Después de envenenar a los criados, el criminal subió al piso de arriba desde el comedor y allí se dio de bruces con el dueño de la casa. Lo más probable es que el criminal rompiera la vitrina pensando que no había nadie más en la villa; el ruido alarmaría al lord, que se asomó desde su dormitorio y fue asesinado. Después de este incidente, que no había previsto, el asesino huyó de manera precipitada, pero no por la puerta, sino por la ventana del invernadero. ¿Por qué razón? Pues para despistarnos y presentar el crimen como si los autores hubieran sido dos. Y usted ha picado el anzuelo. Pero a papaíto Gauche no se la pegan tan fácilmente».

«¡Señores, basta de discusiones! —exclamó caprichosamente la odiosa *madame* Kleber—. Alguien ha estado a punto de matarme y ustedes otra vez erre que erre con lo mismo. ¡Comisario, mientras usted seguía dándole vueltas a su antiguo crimen, ha faltado muy poco para que ocurriera otro más delante de sus propios ojos!».

Es evidente que esa mujer no soporta dejar de ser el centro de atención. Después de lo de ayer intento mirarla lo menos posible. Es demasiado fuerte este deseo mío de clavar el dedo corazón en la vena azul que late en su blanco cuello. Bastaría un simple golpe para mandar a ese reptil al otro mundo. Pero eso pertenece, naturalmente, al mundo de los malos pensamientos que un hombre de buena voluntad debe apartar de su mente. Sólo con verterlos en mi diario mi odio ha disminuido de forma considerable.

El comisario puso a *madame* Kleber en su sitio. «¿Por qué no se calla un momento, señora? —le espetó con severidad—. Escuchemos qué más cosas ha imaginado el señor diplomático».

Fandorin-san: «Esta historia sólo tendría sentido si el pañuelo robado resultara especialmente valioso por algo: punto uno. Punto dos: si el profesor asegura que el valor material del pañuelo no es elevado, eso quiere decir que la cuestión no está en ese trozo de seda, sino en algo asociado con él. Punto tres: como ya sabemos, el pañuelo está relacionado con un deseo que el rajá Bagdassar, el último propietario del tesoro de Brahmapur, expresó

antes de morir... Profesor, ¿era el rajá un ferviente servidor del Profeta?».

Sweetchilde-sensei (pensativo): «No puedo responderle con seguridad... Lo que es cierto es que no construyó ninguna mezquita, y tampoco mencionó a Alá en mi presencia. Al rajá le gustaba vestirse a la europea, fumaba habanos, leía novelas francesas... ¡Ah, y después del almuerzo bebía coñac! Por lo tanto, no creo que se tomara los preceptos religiosos excesivamente en serio».

Las palabras del comisario fueron recibidas con aprobación. Régnier-san añadió incluso: «¡Demonios, comisario, a usted es mejor no meterle el dedo en la boca!». (Una expresión pintoresca que se utiliza en varias lenguas europeas. No hay que entenderla en su sentido literal. El teniente quiso decir que Gauche-san era un detective muy listo y experimentado).

Fandorin-san esperó un instante y luego preguntó: «Es decir, que ustedes han analizado cuidadosamente las huellas de suelas que habrá debajo de la ventana y han llegado a la conclusión de que el hombre saltó hacia abajo en lugar de trepar al antepecho, ¿es eso?».

El comisario no respondió a la observación y se limitó a mirar al ruso con despecho.

Llegados a ese punto, Stamp-san hizo una observación que imprimió a la conversación un nuevo rumbo, más peliagudo si cabe.

«Fueran uno o dos los delincuentes, lo que sigo sin comprender es la cuestión principal: ¿qué necesidad tenían de hacer todo eso? —preguntó—. Está claro que no fue por el shiva. Entonces, ¿por qué? ¡Tampoco por el pañuelo, naturalmente, por muy extraordinario y legendario que sea!».

Fandorin-san le respondió en un tono muy prosaico y hasta aburrido, como si todo se sobreentendiera: «Pues claro, *mademoiselle*, fue precisamente por el pañuelo. El shiva lo cogieron para despistar, ya que poco después, al pasar por el primer puente, lo tiraron al Sena como un trasto inútil».

El comisario intervino: «Para un boyardo ruso —(he olvidado qué significa esta palabra, tendré que buscarla en el diccionario)— quizá medio millón de francos resulte una bagatela, pero la mayor parte de la gente piensa de otra manera. ¡Dos kilogramos de oro puro, un “trasto inútil”! Se está dando usted mucho postín, señor diplomático».

Fandorin-san: «No se exalte, comisario, ¿qué es medio millón de francos en comparación con el tesoro de Bagdassar?».

Fandorin-san: «Entonces, ahí tienen el punto cuatro: un Bagdassar que no es nada devoto entrega a su hijo como último regalo no cualquier cosa, sino precisamente un ejemplar del Corán, y además, vayan ustedes a saber por qué, envuelto en un pañuelo. Por lo que deduzco que el pañuelo era precisamente la parte fundamental de su misiva, y que si adjuntó el Corán lo

hizo sólo para guardar las apariencias... O quizá esas anotaciones manuscritas en los márgenes encerrarán las indicaciones necesarias para encontrar el tesoro con ayuda del pañuelo».

Sweetchilde-sensei: «¿Y por qué precisamente con la ayuda del pañuelo? ¡El rajá podía haber comunicado perfectamente su secreto en las anotaciones de los márgenes de manera directa!».

Fandorin-san: «Sí, pudo, pero no lo hizo. ¿Por qué? Le remito a mi conclusión número uno. Si el pañuelo no tuviese ningún valor especial, dudo que por su causa se hubiese matado a diez personas. El pañuelo es la clave para llegar a esos quinientos millones de rublos, o, si lo prefieren, a esos cincuenta millones de libras esterlinas, que para la cuestión es aproximadamente lo mismo. Que yo sepa, en la historia de la humanidad no ha existido nunca un tesoro de esas proporciones. ¡Ah, por cierto, comisario! Debo advertirle que, si usted no se equivoca y el asesino se encuentra efectivamente en el *Leviatán*, es muy posible que se produzcan más muertes. Y cuanto más se acerque usted a su objetivo, mayor será la probabilidad. La apuesta es excesivamente grande y demasiado caro el precio que ya se ha pagado por la llave que conduce a su secreto».

Tras aquellas palabras se produjo un silencio mortal. La lógica de Fandorin-san parecía irrefutable y estoy seguro de que a más de uno se nos erizó la piel. A todos excepto a una sola persona.

El primero en reaccionar fue el comisario. Y lo hizo para constatar con una sonrisita nerviosa: «¡Qué imaginación tiene usted, *monsieur* Fandorin! Aunque en lo que se refiere al peligro, tiene usted toda la razón. Pero ustedes, señores, no deben temer nada. Sólo el viejo Gauche está en peligro, y eso ya lo sabe él. ¡Gajes del oficio! ¡Pero no crean que me va a coger desprevenido!».

Y nos repasó uno a uno con una mirada amenazadora, como si nos estuviera retando a un duelo.

¡Qué cómico es ese viejo gordo! De entre todos los presentes, quizá sólo pudiera vencer en pelea singular a la embarazada *madame* Kleber. Al pensarlo, me asaltó una imagen divertida. En ella veía al comisario, rojo por el esfuerzo, sujetando a aquella joven bruja contra el suelo y ahogándola con sus peludos dedos de salchicha, mientras ella exhalaba su último suspiro con los ojos desorbitados y la lengua fuera.

«*Darling, I am scared!*», le susurró la mujer del doctor a su marido con voz trémula. Él le acarició los hombros para tranquilizarla.

También resultó interesante la pregunta que planteó el feo y pelirrojo M. S.-san (su apellido resulta demasiado largo para escribirlo aquí al completo): «Profesor, descríbanos ese pañuelo con más detalle. Ha dicho usted que representa a un pájaro con un agujero en el lugar del ojo y que es de forma

triangular, pero ¿tiene la tela algún otro detalle especial?».

He de aclarar que ese extraño señor suele participar en la conversación general tan raramente como yo, y cuando de pronto dice algo, lo hace —al igual que el autor de estas líneas— sin venir a cuento. De ahí que esa pregunta, dada su inesperada oportunidad, resultara tan sorprendente.

Sweetchilde-sensei: «Por lo que recuerdo, aparte del agujero y de esa forma tan singular, el pañuelo no tenía nada de especial. Eso sí, aunque sus dimensiones sean más o menos como las de un gran abanico, se puede ocultar incluso en un dedal. Pero ese tipo de tela tan fina es bastante frecuente en Brahmapur».

«Entonces, la clave debe de estar en el ojo del pájaro y en su forma triangular», concluyó con maravillosa seguridad Fandorin-san.

En verdad que estuvo admirable.

Cuanto más pienso en el triunfo del ruso y, en general, en toda esta historia, tanto más siento la indigna necesidad de demostrarles a todos que también Gintaro Aono tiene su valor; que también yo tengo con qué sorprenderles. Por ejemplo, podría contar al comisario Gauche algo verdaderamente curioso en relación con el incidente del negro salvaje de ayer. Hasta el sabio Fandorin-san reconoce que no tiene nada claro ese asunto, así que imagínense: él no lo tiene claro y de pronto salta este «salvaje japonés», da una palmada y aclara el secreto. La impresión sería mayúscula, ¿no es cierto?

Ayer, fuera de mis casillas por la ofensa recibida, perdí la sensatez durante un buen rato, pero luego, cuando me tranquilicé, comencé a confrontar y a sopesar los datos y llegué a recomponer en mi cabeza un guión de los hechos bastante lógico y completo, que estoy dispuesto a revelar al policía. Y luego que él lo interprete como quiera. Lo que le voy a contar al comisario es lo siguiente:

Le recordaré, en primer lugar, la grosería que me dedicó *madame* Kleber. Fue un reproche extremadamente ofensivo, hecho, además, en público y justo en el momento en que yo quería exponer mis observaciones. ¿No pretendería acaso *madame* Kleber cerrarme la boca? ¿No le parece bastante sospechoso, señor comisario?

Y seguiría. ¿Por qué esa mujer siempre simula sentirse débil cuando está tan sana como un luchador de sumo? Usted me dirá que eso es una tontería, que carece de importancia, pero yo le respondo, señor comisario, que si una persona finge continuamente es porque sin duda oculta algo. ¡Si no, tómeme como ejemplo! (¡ja, ja! Naturalmente, esto último no pienso decirlo).

Luego le pediré que preste atención a un detalle: las mujeres europeas tienen una piel muy blanca y suave. Entonces, ¿cómo es que los fuertes dedos del negro no le dejaron ninguna señal? ¿No se le antoja extraño?

Y, por último, cuando el comisario piense ya que lo que le estoy ofreciendo son sólo las superficiales conjeturas propias de una mente asiática vengativa, soltaré de sopetón lo más trascendental y entonces el señor inspector se echará a temblar.

«*Monsieur* Gauche —le diré con una amable sonrisa—, como no tengo una mente tan brillante como la suya, no trataré de inmiscuirme en sus pesquisas (¿cómo podría, un ignorante como yo?), pero considero mi deber llamarle la atención sobre otra circunstancia más. Usted asegura que el asesino de la rue de Grenelle está entre nosotros. Y *monsieur* Fandorin ha expuesto muy convincentemente su versión de cómo fueron asesinados los criados de lord Littleby. Una artimaña excelente, esa de la vacuna contra el cólera. El asesino, pues, sabe muy bien cómo manejar una jeringa. ¿Y si en la villa de la rue de Grenelle no se hubiera presentado un médico varón, sino una mujer enfermera? Habría provocado aún menos recelo que un hombre, ¿no es cierto? Está de acuerdo conmigo, ¿no? Entonces le aconsejo que cuando *madame* Kleber esté sentada, tenga su cabeza de reptil apoyada en la mano con aire pensativo y la ancha manga del vestido le resbale hasta el codo, le eche un vistazo a su brazo, así, con disimulo. En el pliegue interno verá unos puntitos apenas perceptibles, los mismos que vi yo. Son marcas de pinchazos, señor comisario. Si va y le pregunta al doctor Truffo si ha inyectado alguna vez a *madame* Kleber, el honorable médico le responderá lo mismo que me respondió hoy a mí. Que no y que en general no suele hacerlo, porque es radicalmente contrario a la inoculación de medicinas. Y a continuación sume dos más dos, ¡oh, sabio Gauche-sensei!, y tendrá a qué darle vueltas durante un buen rato». Eso le diré al comisario, y ya se encargará él de apretarle las cuerdas a *madame* Kleber.

Un caballero europeo diría que me comporto vilmente, pero con eso mostraría sus limitaciones. Esa es la razón que explica que los caballeros medievales hayan desaparecido en Europa mientras los samuráis seguimos vivos. Ciertamente, el emperador ha igualado las clases sociales y nos ha prohibido llevar dos espadas a la cintura, pero eso no quiere decir que haya abolido la casta samurái. Al contrario, en realidad ha elevado a todo el pueblo japonés a la clase samurái, para que no presumamos de nuestro abolengo los unos ante los otros. Ahora todos estamos unidos en la misma causa frente al resto del mundo. ¡Oh, noble caballero europeo (que ya ciertamente sólo existe en las novelas)! Cuando luches contra otros hombres utiliza armas masculinas, pero cuando lo hagas contra las mujeres utiliza armas femeninas. Eso es lo que dice el código samurái, y no tiene nada de infame porque las mujeres saben luchar tan bien como los hombres. Lo que sí contradice el honor de un hombre samurái es emplear armas masculinas contra las mujeres y armas femeninas contra otros hombres. Yo nunca me rebajaría hasta ese punto.

Aún dudo de si merece la pena aplicar este plan. Mi estado de ánimo es hoy mucho mejor que el de ayer. Tanto es así, que casi sin esfuerzo me ha venido a la cabeza este más que aceptable haiku:

*Con una chispa helada
incendió la luna
la hoja acerada.*

Clarissa Stamp

Clarissa se volvió con gesto aburrido para comprobar si alguien la veía y sólo entonces se asomó con cautela por la esquina del cuarto de derrota.

El japonés estaba sentado solo en la toldilla con las piernas recogidas como un ovillo y la cabeza echada hacia atrás, y el blanco de sus ojos asomaba pavorosamente por entre los párpados semicerrados. Su rostro tenía una expresión ajena, inhumanamente impasible.

¡Brrr! Clarissa sintió un escalofrío. ¡Aquel mister Aono era un extraño ejemplar! Por allí, por la cubierta de chalupas, situada en el piso superior de la cubierta de primera clase, no paseaba nadie, tan sólo un grupo de niñas saltaba a la cuerda y dos institutrices asfixiadas de calor se resguardaban a la sombra de una blanca lancha de salvamento. ¿Quién, además de los niños y aquel asiático retrasado, sería capaz de exponerse a un sol como aquel? Más arriba de esa cubierta sólo se alzaban ya el cuarto de derrota, el puente de mando y, naturalmente, las chimeneas, los mástiles y las velas. Las blancas telas se inflaban con el empuje del viento de popa y el *Leviatán*, soltando humo, corría velozmente hacia la banda plateada del horizonte, mientras a su alrededor chispeaban los reflejos del sol y el tapete verde botella del mar Índico hacía tornasoles ligeramente agitado. Desde allá arriba, uno se percataba de que la Tierra, efectivamente, era esférica: la cenefa del horizonte quedaba claramente por debajo del *Leviatán*, y la nave se deslizaba hacia ella como por una pendiente.

Pero si Clarissa se había dejado empapar en sudor no era porque le gustara contemplar paisajes marinos. Quería ver qué hacía mister Aono allá arriba; adónde se retiraba cada día con aquella envidiosa perseverancia después del desayuno.

Y había hecho bien tomándose tanto interés, pues tenía ante sí el auténtico semblante de ese asiático normalmente sonriente. Un hombre con un rostro tan hierático y despiadado era capaz de cualquier cosa. A fin de cuentas, los representantes de la raza amarilla no son como los europeos, y la culpa no la tienen sus ojos rasgados. Su fisonomía exterior es bastante similar a la del resto de los humanos, pero su especie es muy diferente. Un lobo también se parece a un perro, mas su naturaleza es completamente distinta. Por supuesto, los pieles amarillas tenían también su credo moral, pero era tan ajeno al molde cristiano que resultaba incomprendible para cualquier persona normal. Sería más fácil entender su diferencia si no vistieran ropas europeas ni manejaran el cuchillo y el tenedor en la mesa. Eso les otorgaba una peligrosa ilusión de urbanidad, cuando realmente bajo sus lisos cabellos morenos y sus tersas frentes amarillas siempre se cocía algo casi imposible de imaginar.

El japonés movió las pestañas, hizo un movimiento ligero y casi imperceptible, y Clarissa se escondió a toda prisa. ¡Sabía que se estaba comportando como una tonta de remate, pero debía actuar! Aquella pesadilla no podía durar eternamente. Había

que darle un empujón al comisario en la dirección correcta porque, de lo contrario, aquella historia podía terminar de cualquier manera. A pesar del calor, un escalofrío le recorrió la espalda.

Tras la fisonomía y la conducta de mister Aono se escondía inequívocamente un secreto, un secreto tan indescifrable como el crimen de la rue de Grenelle. Y resultaba extraño que Gauche no comprendiese a aquellas alturas que todos los indicios señalaban al japonés como primer sospechoso.

Pero ¿qué oficial ni qué cadete licenciado en Saint-Cyr podía ser él, si no tenía ni idea de caballos? Una vez Clarissa, por pura buena voluntad, había querido incorporar al silencioso asiático a la conversación general y con ese fin sacó varios temas que debían interesar a cualquier militar: la doma de caballos, las carreras y las virtudes y los defectos de los trotones de Norfolk. Pero ¡vaya oficial del ejército! A una pregunta tan cándida como: «¿Ha participado usted alguna vez en una *steeplechase*?», el japonés respondió que los oficiales del ejército imperial tenían estrictamente prohibido participar en política. ¡Estaba clarísimo que no sabía qué era una *steeplechase*! Ciertamente, ella desconocía por completo cómo eran los militares de Japón y a lo mejor no cabalgaban sobre otra cosa que una caña de bambú. Pero ¿cómo un oficial recién salido de Saint-Cyr podía mostrar una ignorancia tan supina? Era absolutamente imposible.

Debía poner a Gauche al tanto de todo aquello. ¿O sería mejor esperar a que surgiese alguna otra cosa verdaderamente sospechosa?

Pero ¿acaso no le bastaba con el suceso del día anterior? Clarissa, intrigada por unos ruidos extraños, se había puesto a merodear por el pasillo delante del camarote de mister Aono. Se oían unos chasquidos secos procedentes de allá dentro, como si alguien estuviese destrozando el mobiliario con una saña tan metódica como poco habitual. Por fin, haciendo acopio de valor, Clarissa llamó a la puerta.

Esta se abrió de un tirón y en el vano apareció el japonés. ¡Iba completamente desnudo excepto por un pequeño taparrabos atado a la cintura! Su bronceado cuerpo brillaba de sudor y tenía los ojos inyectados en sangre.

Al ver a Clarissa, masculló entre dientes, como en un silbido:

—*Chikushoo!*

La pregunta que había preparado con antelación («*Monsieur Aono*, ¿no tendrá usted, por casualidad, alguno de esos grabados japoneses de los que he oído hablar tanto?») se le olvidó por completo y Clarissa sintió que se le helaba la sangre. «¡Ahora me empujará dentro del camarote y se abalanzará sobre mí! —pensó—. Después me cortará en pedacitos y me arrojará al mar. ¡Le resultará muy fácil! Y *miss Clarissa Stamp*, esa educada *lady* inglesa que, aunque infeliz, tanto espera aún de la vida, desaparecerá del mapa».

Clarissa balbuceó que se había equivocado de puerta. Aono la miró fijamente en silencio, respirando con dificultad. Un olor acre emanaba de su cuerpo.

Sí, quizá fuera mejor hablar con el comisario.

Abordó al policía junto a la puerta del Windsor, poco antes de la hora del té, y comenzó a confiarle sus sospechas, pero el muy grosero la escuchó de un modo bastante extraño, lanzándole una miradas lacerantes y burlonas, como si estuviese oyendo de Clarissa la confesión de algo deshonesto.

En un momento dado, le espetó en voz baja:

—¡Ah, qué frenesí por murmurar de los demás tienen ustedes! —Y cuando terminó de escucharla, le preguntó sin venir a cuento—: ¿Papá y mamá están bien?

—¿Cuáles, los del señor Aono? —se sorprendió Clarissa.

—No, *mademoiselle*, los suyos.

—Soy huérfana desde la infancia —contestó ella mirando al policía con verdadero espanto. ¡Dios mío, aquello no era un barco, sino un manicomio flotante!

—Sólo quería confirmar el dato —asintió Gauche, satisfecho, y tarareando una tonadilla del todo desconocida para Clarissa entró en el comedor sin cederle siquiera el paso, lo que era ya una auténtica grosería.

La conversación le había dejado una sensación desagradable. Sí, no cabía duda de que los franceses, a pesar de su tan cacareada galantería, no eran unos verdaderos *gentlemen*. Eran muy diestros en embrollar las cosas y en hacerte perder la cabeza: lo mismo organizaban una escena de lo más romántica que te enviaban cien rosas rojas a la habitación del hotel (aquí, Clarissa arrugó dolorosamente el ceño)..., pero era mejor no confiar en ellos. Quizá un *gentleman* inglés fuera algo soso, pero los conceptos de la honradez o del deber no le resultaban desconocidos. En cambio, cuando un francés trata a toda costa de ganarse la confianza, es para traicionar acto seguido.

Esas generalizaciones, por supuesto, no tenían nada que ver con el comisario Gauche. Además, la causa de su extraño comportamiento se aclaró después del almuerzo, aunque de un modo bastante inquietante.

A los postres el policía, que hasta entonces había guardado un silencio poco habitual en él y que había puesto nerviosos a todos los presentes, clavó de pronto la mirada en Clarissa y dijo:

—¡A propósito! —aunque más a despropósito no podía ser—. Creo que usted, *mademoiselle* Stamp, me preguntó hace poco por Marie Sansfond. Sí, ya sabe, esa dama que al parecer vieron con lord Littleby poco antes de su muerte.

Clarissa se estremeció por la sorpresa. Los demás guardaron silencio y contemplaron con expectación al comisario, pues conocían ya el tono especial con que solía comenzar sus interminables «historias».

—Les había prometido hablarles de esa señora; pues bien, ha llegado el momento de hacerlo —prosiguió Gauche todavía encarado hacia Clarissa, a quien su mirada cada vez le agradaba menos—. Es una historia un poco larga, pero estoy seguro de que no se aburrirán, porque se trata de una señora fuera de lo común. Y, además, ¿qué prisa tenemos? Estamos sentados cómodamente, comemos queso, bebemos zumo de

naranja... Aunque si alguno de ustedes tiene algo que hacer, puede marcharse cuando quiera porque papaíto Gauche no se ofenderá por eso. —Nadie se movió de su sitio—. Entonces, ¿les apetece que les hable de Marie Sansfond? —insistió el comisario con fingida amabilidad.

—¡Claro, claro! ¡Cuéntenos! —respondieron todos.

La única que calló fue Clarissa. Sabía que la conversación no se había iniciado al azar y que ella era su exclusiva destinataria. Tampoco Gauche trataba de ocultarlo.

El policía chasqueó la lengua con satisfacción y sacó su pipa sin pedir permiso a las damas.

—Comenzaré por el principio. Érase una vez una niña que se llamaba Marie y vivía en la ciudad belga de Brujas. Sus padres, unos ciudadanos respetables que acudían regularmente a la iglesia, amaban con pasión a aquella hermosa niña de rizos dorados. Cuando Marie tenía seis años, nació un hermanito, el futuro heredero de la fábrica de cerveza Sansfond & Sansfond. Durante algún tiempo, aquella feliz familia siguió viviendo aún más felizmente si cabe, pero pronto llegó la desgracia. Un día el recién nacido, que apenas había cumplido un mes, cayó desde una ventana y murió a consecuencia del golpe. Los hechos sucedieron cuando no había ningún adulto en la casa: estaban los niños solos, pues la niñera había salido media hora para reunirse con su novio, que era bombero. Justo en esa breve ausencia, un desconocido vestido con una capa negra y un sombrero del mismo color entró en la casa. La pequeña Marie tuvo tiempo de esconderse debajo de la cama, pero el hombre cogió al angelito de su hermano de la cuna y lo tiró por la ventana. Acto seguido huyó de la casa.

—¡Dios mío! ¡Qué horrores está usted contando! —exclamó lastimeramente *madame* Kleber, que se llevó una mano a la barriga.

—No es nada comparado con lo que sigue —repuso Gauche haciendo un ademán con su pipa—. Lo peor viene ahora. Fue Marie, salvada de una manera tan milagrosa, quien contó a sus padres lo de aquel terrible «señor vestido de negro». El distrito entero se registró de arriba abajo en busca del malvado y, con el caos reinante, la policía arrestó al rabino por equivocación. Pero había en lo ocurrido un extraño detalle que perturbaba al viejo Sansfond: ¿por qué razón el criminal había acercado un taburete a la ventana?

—¡Oh, Señor! —profirió Clarissa, llevándose la mano al corazón—. ¿Acaso...?

—Es usted increíblemente perspicaz, *mademoiselle* Stamp —sonrió el comisario—. Sí, había sido la pequeña Marie quien había arrojado a su hermanito por la ventana.

—*How terrible!* —estimó oportuno escandalizarse *mistress* Truffo—. *But why?*

—A la niña no le había sentado nada bien que todos se volcaran de pronto en el bebé y la olvidaran a ella. Y pensó, sencillamente, que si se libraba de su hermanito, volvería a ser la preferida de su papá y su mamá —explicó imperturbable el comisario—. Esa fue la primera y la última vez que Marie Sansfond dejó huellas de su delito y fue descubierta. La pobre criatura aún no había aprendido a borrar las

pruebas.

—¿Y qué hicieron con la pequeña criminal? —preguntó el teniente Régnier, claramente afectado por lo que había oído—. Supongo que no la procesarían...

—No, no la entregaron a los tribunales. —El comisario sonrió maliciosamente a Clarissa—. Pero la madre, que no pudo soportar el golpe, perdió la razón y fue internada en un manicomio. Y *monsieur* Sansfond, que ya no podía ver a aquella hija, a la que culpaba de todas las desgracias que habían caído sobre la familia, decidió que estudiase en el monasterio de las severas hermanas de san Vicente de Paúl. Y allí se educó la niña. Era la primera en todo: en el estudio y en las obras piadosas, pero, según dicen, lo que más le gustaba era leer libros. La novicia tenía diecisiete años cuando en el monasterio se produjo un desagradable escándalo. —Gauche echó una mirada a su carpeta y asintió con la cabeza—. Sí, aquí lo tengo anotado. Fue el diecisiete de julio de mil ochocientos sesenta y seis. Ese día, el arzobispo de Bruselas en persona se hospedó en el convento de las monjas de hábito gris y, miren por dónde, ocurrió que del dormitorio del honorable prelado desapareció la antigua sortija arzobispal, una gran amatista que, según la leyenda, habría pertenecido a Ludovico el Piadoso, nada más y nada menos. Como quiera que en la víspera monseñor había llamado a su celda a las dos mejores novicias del convento, nuestra Marie y una chica de Arlés, para conversar con ellas, la madre superiora ordenó un registro de sus celdas y el estuche de terciopelo de la sortija fue hallado debajo del colchón de la arlesiana. La ladrona perdió el habla y, como no podía responder a las preguntas, fue encerrada mientras tanto en una celda de castigo. Cuando horas después llegó la policía, ya no pudo interrogarla: se había ahorcado con el cinturón de su hábito.

—¡Sospecho que todo fue una maquinación de esa malvada Marie Sansfond! —estalló Milford-Stockes—. ¡Qué despreciable historia, qué despreciable!

—Eso nadie lo sabrá exactamente, pero lo cierto es que la sortija no se encontró. —El comisario abrió los brazos y se encogió de hombros—. Dos días después, Marie fue a ver a la superiora bañada en lágrimas, quejándose de que todos la miraban mal, y pidió permiso para abandonar el convento. La madre superiora, cuya actitud hacia su antigua preferida también se había enfriado de manera inexplicable, no hizo nada por retenerla.

—¡Deberían haber registrado a esa palomita en la puerta de salida! —apuntó con disgusto mister Truffo—. Si lo hubieran hecho, seguro que habrían encontrado la amatista debajo de las enaguas.

Cuando tradujo esas palabras, su consorte le dio un golpe con uno de sus puntiagudos codos, pues la observación le pareció bastante indecente.

—No sé si la registraron ni si encontraron algo. Pero lo cierto es que cuando salió de allí, Marie no se fue a vivir a una ciudad cualquiera, sino a la misma Amberes, que, como todos saben, está considerada la capital mundial de las piedras preciosas. Allí, la antigua novicia se enriqueció en un santiamén y desde entonces ha vivido con todos los lujos. Algunas veces se quedó sin un céntimo, pero siempre fue por poco

tiempo: su acerada inteligencia, sus brillantes dotes teatrales y su carencia absoluta de principios morales —aquí el comisario elevó la voz en tono aleccionador; incluso hizo una leve pausa— la ayudaron siempre a conseguir los medios necesarios para llevar una existencia de lo más fastuosa. La policía de Bélgica, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Brasil, Italia y diez países más arrestó repetidas veces a Marie Sansfond por ser sospechosa de los delitos más diversos, pero nunca llegaron a acusarla formalmente: en unas ocasiones porque no tenían pruebas, en otras porque estas eran insuficientes. Si lo desean, puedo narrarles un par de episodios de su brillante historial. ¿Se aburre usted, *mademoiselle* Stamp?

Clarissa no respondió; lo consideró poco digno, pero en su interior se sentía inquieta.

—Estamos en el año mil ochocientos setenta —continuó Gauche, tras consultar de nuevo su carpeta—. En la pequeña pero rica ciudad de Fettburg, en la Suiza alemana. Industria del chocolate y del jamón. Ocho mil quinientos cerdos para tan sólo cuatro mil habitantes. El país de los «idiotas gordinflones». Perdón, *madame* Kleber —reparó tardíamente el policía—. No quería ofender a su patria.

—No tiene importancia. —*Madame* Kleber se encogió de hombros con indiferencia—. Yo soy de la Suiza francesa y tiene razón, en esa comarca de Fettburg no hay más que tontos. Creo que la historia que usted va a contar ya la he oído antes. Es verdaderamente divertida, pero no me haga caso, siga usted.

—Sí, en efecto, puede que a alguno de ustedes le resulte graciosa. —Gauche resopló con expresión de reproche y guiñó inesperadamente un ojo a Clarissa, lo cual parecía exceder ya todos los límites—. Un día, los honrados burgueses de esa pequeña ciudad sintieron un indescriptible desasosiego. Un campesino apellidado Moebius, que en Fettburg tenía fama de holgazán y zoquete, se había jactado el día anterior de haber vendido su finca, un erial angosto y pedregoso, a una importante dama que se hacía llamar condesa de Sansfond y de que, por treinta acres de terreno yermo donde no crecían ni los cardos, aquella tonta condesa había soltado tres mil francos. Pero en el ayuntamiento de la ciudad había personas más inteligentes que Moebius, y a estas la historia les resultó de lo más sospechosa. ¿Para qué querría una condesa treinta acres de piedras y arena? Allí debía de haber gato encerrado. Así que, para curarse en salud, enviaron a Zúrich al vecino más avisado. Este averiguó que la condesa de Sansfond era una señora muy conocida en la ciudad, que vivía alegremente y por todo lo alto y, lo más importante, que a menudo se la veía acompañada por el señor Goldsilver, director general de la Compañía Estatal de Ferrocarriles. Incluso se rumoreaba que el director general y la aristócrata mantenían una aventura amorosa. Entonces los burgueses repararon en dónde podía radicar el quid de la cuestión. Tenemos que señalar previamente que la pequeña ciudad de Fettburg soñaba desde hacía tiempo con disponer de su propia línea de ferrocarril para abaratar sus exportaciones de chocolate y jamón. Y que aquel erial que había comprado la alegre condesa se extendía precisamente entre la estación de ferrocarril

más próxima y el bosque donde comenzaban las tierras del pueblo. Para los padres de la ciudad todo estaba tan claro como el agua: la condesa, después de enterarse por su amante de la inminente construcción de la línea férrea, había comprado aquel terreno clave con vistas a hacer posteriormente un buen negocio con él. Entonces las molleras de aquellos burgueses se pusieron a trabajar y urdieron este sorprendente y temerario plan. Enviaron una delegación a la condesa para que intentara convencer a su excelencia de vender su parcela a la gloriosa ciudad de Fettburg. En un primer momento, la bella mujer negó obstinadamente que tuviera noticia alguna de la construcción de aquella línea de ferrocarril, pero cuando el burgomaestre le insinuó sutilmente que aquello olía a un arreglo entre el señor director general y su excelencia, y que el asunto podía llevarse a los tribunales, la débil mujer se echó a llorar y aceptó la propuesta. El erial se dividió en treinta parcelas de un acre cada una y se vendió a los vecinos en subasta pública. Poco faltó para que los habitantes de Fettburg se pelearan entre sí. El precio que se pagó por cada parcela rozó los quince mil francos. En total, pues, la condesa ganó... —el comisario recorrió un renglón del papel con el dedo—: casi doscientos ochenta mil francos.

A *madame* Kleber se le escapó una carcajada, pero inmediatamente se contuvo e hizo un ademán a Gauche instándolo a seguir.

—Pasaron semanas y luego meses, y la obra no empezaba. Los vecinos preguntaron por fin al gobierno y este les respondió que en los próximos quince años no se planeaba construir ninguna línea de ferrocarril hasta Fettburg... En vista de ello, decidieron acudir a la policía y allí lo contaron todo: que si tal, que si cual, en fin, que les habían robado de forma descarada. La policía escuchó comprensivamente a los damnificados, pero dijo que no podía ayudarlos de ninguna manera. Al fin y al cabo, la señora Sansfond había reconocido que no sabía nada del ferrocarril y, en un principio, hasta se había negado a venderles el terreno. Por tanto, todo resultaba completamente legal y no había nada más que decir. Era cierto que aquella mujer utilizaba el título de condesa sin serlo, y eso, había que reconocerlo, no estaba bien, pero tampoco estaba penado por la ley.

—¡Qué astucia! —se echó a reír Régnier—. Verdaderamente, no dejó ningún cabo suelto.

—Pero eso no es todo —repuso el comisario a la vez que repasaba sus papeles—. Hay otras historias absolutamente fantásticas. Esta, por ejemplo. Lugar de la acción: el salvaje oeste americano, año mil ochocientos setenta y tres. A las explotaciones auríferas de California llega la mundialmente famosa *miss* Cleopatra Frankenstein, nigromante y Gran Dragona de la Logia Masónica de Malta, aunque su pasaporte figura en realidad a nombre de nuestra ya conocida Marie Sansfond. Esta, una vez allí, convenció a los buscadores de oro de que había sido la voz de Zaratustra la que la había llevado a aquellos salvajes parajes, al ordenarle a ella, su fiel servidora, acudir al pueblo de Golden Nugget y realizar allí un grandioso experimento. Según ella, en aquellas precisas coordenadas de latitud y longitud, la energía del cosmos se

concentraba de modo tan especial que, en una noche estrellada y con la ayuda de algunas fórmulas cabalísticas, era posible resucitar a todos los que ya habían traspasado la «gran frontera» entre el reino de los vivos y el reino de los muertos. Cleopatra iba a ejecutar el portento aquella misma noche, en presencia de un público que podría asistir completamente gratis, pues ella no era una artistucha de circo de poca monta, sino la médium de las «altas esferas». Bien, ¿qué imaginan ustedes que ocurrió? —preguntó Gauche, haciendo una pausa significativa—. Pues que la Dragona, ante los ojos de quinientos espectadores barbudos, se puso a convocar sobre aquella colina nada más y nada menos que a Coyote Rojo, un legendario jefe indio muerto cien años antes. Entonces la tierra se estremeció de pronto, se puede decir que hasta se desgajó, y de sus profundidades emergió la figura de aquel guerrero indio con sus plumas, su *tomahawk* y el cuerpo completamente embadurnado con pintura de guerra. Los espectadores se echaron a temblar, pero Cleopatra no se detuvo allí. Sumida por completo en un profundo trance místico, comenzó a gritar: «¡Siento en mí la fuerza del cosmos! ¿Dónde está el cementerio del pueblo? ¡Voy a resucitar en un instante a todos los que yacen allí!». El artículo del periódico aclara, al llegar a este pasaje, que el cementerio de Golden Nugget estaba muy poblado —apuntó el policía—, porque raro era el día en que, en aquellos parajes auríferos, alguien no pasaba a mejor vida a manos de sus convecinos. Al parecer, el cementerio tenía más tumbas que habitantes la ciudad. Cuando los mineros vislumbraron lo que podía ocurrir si todos los camorristas, borrachos y ahorcados se levantaban de pronto de sus tumbas, cundió el pánico. Tuvo que ser el juez de paz quien salvara la situación. El juez dio un paso adelante y preguntó muy amablemente a la Dragona si estaría dispuesta a poner fin a su gran experimento si los habitantes de la ciudad le ofrecían una fuerte suma en polvo de oro como modesto donativo para cubrir las necesidades de las ciencias ocultas.

—¿Y ella consintió? —estalló el teniente en carcajadas.

—Sí. A cambio de dos bolsas de oro.

—¿Qué pasó con el jefe indio? —preguntó Fandorin entre risas.

Una sonrisa magnífica la suya, quizá algo infantil, pero magnífica, pensó Clarissa. Mas ¡ay, querida mía!, quítatelo de la cabeza. Como dicen en Suffolk, el pastel es sabroso, pero no está hecho para tu boca.

—El jefe indio se lo llevó Cleopatra Frankenstein —respondió Gauche con gesto adusto—. Para sus investigaciones científicas. Luego se rumoreó que lo habían apuñalado en un burdel de Denver, durante una borrachera.

—Re-realmente una mujer muy interesante esa Marie Sansfond —convino, pensativo, Fandorin—. Sin embargo, cuéntenos algo más sobre ella, porque de unos timos ingeniosos a un asesinato masivo a sangre fría hay un trecho considerable.

—*Oh, please, it's more than enough!* —protestó *mistress* Truffo, y añadió, dirigiéndose hacia su marido—: *My darling, it must be awfully tiresome for you to translate all this nonsense.*

—Nadie la obliga a seguir aquí sentada —se ofendió el comisario al captar la palabra *nonsense*.

Mistress Truffo movió las pestañas indignada, pero ni se le pasó por la cabeza salir de allí.

—Sí, *monsieur* Cosaco tiene razón —reconoció *Gauche*—, así que voy a buscar una historia más malvada.

Madame Kleber miró a *Fandorin* y se le escapó la risa. Tampoco *miss Stamp*, pese a su nerviosismo, pudo evitar sonreír: ¡se parecía tan poco el diplomático a aquellas salvajes criaturas de las estepas!...

—Bien, escuchen entonces el caso del negrito. Este sí que tuvo un desenlace mortal. Es una historia reciente, ocurrió hace apenas dos años. —El policía repasó varias hojas que estaban unidas entre sí, por lo visto intentando refrescarse la memoria. En su rostro se dibujó una sonrisa burlona—. En cierto sentido es una auténtica obra de arte. ¡Ay, señoras y señores, en mi carpeta tengo de todo! —Y palmeó cariñosamente la negra superficie de percalina con aquella manaza suya, tosca y regordeta—. *Papaíto Gauche* se documentó muy bien antes de salir de viaje y no olvidó ningún papelito que le pudiera hacer falta después. El escándalo que ahora les voy a contar no saltó a los periódicos; lo que tengo aquí es un resumen policial. Bien, veamos. En un gran ducado alemán, no les diré exactamente cuál, porque se trata de un asunto delicado, todo el mundo aguardaba con ansiedad el inminente incremento de la augusta familia reinante. El parto estaba resultando difícil. Asistía a él el honorable doctor *Vogel*, médico de la corte. Finalmente, en el dormitorio real estalló un llanto infantil. Cuando la gran duquesa, que llevaba inconsciente varios minutos a causa del esfuerzo y el dolor, pidió con voz débil: «¡Oh, señor doctor, muéstreme a mi niño!», el doctor *Vogel*, extremadamente turbado, depositó en los brazos de su alteza a un llorón encantador con la piel de color café claro. Cuando la gran duquesa perdió de nuevo el conocimiento, el doctor se asomó a la puerta y, con ademán temeroso, llamó al gran duque con un dedo, violando flagrantemente la etiqueta de palacio.

Resultaba obvio que el comisario disfrutaba mucho contando aquella historia a sus impávidos «windsorianos». Era muy dudoso que un informe policial hiciera referencia a detalles de aquel tipo: por tanto, *Gauche* le estaba poniendo mucha fantasía. El comisario ceceaba cuando era la gran duquesa la que hablaba y escogía también, a propósito, palabras muy altisonantes porque creía que así resultaba más gracioso. A pesar de que no se tenía por aristócrata, *Clarissa* arrugaba el ceño, considerando de mal gusto el tono de mofa que *Gauche* empleaba con personas de tanta alcurnia. Pero aquellas reacciones sólo aumentaban el entusiasmo del comisario.

—Pero su alteza no se ofendió con el médico de la corte en unos instantes tan emotivos como aquellos, y, emocionado por los sentimientos paternos y conyugales que lo embargaban, se precipitó al dormitorio... Bien, ustedes mismos pueden imaginar la escena que siguió inmediatamente después. El augusto soberano soltaba

maldiciones a diestro y siniestro como un carretero: a la gran duquesa, que ora sollozaba, ora intentaba demostrar su inocencia, ora perdía de nuevo el conocimiento; al bebé negrito, que seguía desgañitándose a pleno pulmón, y también al honorable médico de la corte que, pasmado, estaba bloqueado por una especie de espanto reverente. Cuando por fin su alteza logró controlarse, decidió aplazar el interrogatorio de su consorte para mejor ocasión. Lo que urgía en ese momento era borrar las huellas del delito. Pero ¿cómo? ¿Tirando al bebé a escondidas por el excusado? — Gauche se llevó cómicamente la mano a los labios simulando reprimirse—. ¡Uy, señoras!, les pido perdón, se me ha escapado... Pero ya no había manera de librarse del infante porque todo el gran ducado esperaba el nacimiento con el alma en vilo. Y además, quiérase o no, aquello era pecado. Celebrar una reunión con sus consejeros tampoco se antojaba una buena idea: ¡Dios mío!, ¿y si alguno se iba de la lengua? Entonces, ¡Dios santo!, ¿qué podía hacer? Mas he aquí que de pronto el doctor Vogel, después de toser respetuosamente para llamar su atención, acude en su ayuda. Dice que tiene una amiga, *fraulein* Von Sansfond, que obra prodigios y es capaz de bajar del cielo, no ya a un recién nacido de piel blanca, sino hasta a la misma ave fénix. La *fraulein* sabe también mantener la boca cerrada, y aunque no deseará ningún dinero por su servicio, siendo como es una muchacha de buena familia, es verdad que siente un especial apego por las joyas antiguas... En fin, resumiendo, que al cabo de dos horas un hermoso bebé con la piel más blanca que un lechón, y hasta con el pelo albino, se apropió de aquella cuna de terciopelo, mientras el pobre negrito era sacado de palacio en dirección desconocida. A su alteza, dicho sea de paso, le aseguraron que el inocente infante sería enviado a latitudes más meridionales y, una vez allí, entregado a una buena familia para su crianza. En fin, que el arreglo que se encontró parecía el mejor posible. El satisfecho gran duque le dio al doctor una maravillosa tabaquera de diamantes con monograma para que se la hiciera llegar a *fraulein* Von Sansfond junto con una nota personal de agradecimiento y su deseo verbal de que abandonara cuanto antes, y para siempre, los confines de su territorio. Deseo que aquella delicada señorita se apresuró a cumplir. —Aquí Gauche, sin poder aguantarse, soltó la risa—. A la mañana siguiente, tras la gresca conyugal, que se prolongó durante toda la noche, el gran duque decidió examinar por fin a su futuro sucesor con más detenimiento. Sacó al niño de la cuna con un gesto de aversión, lo volvió de un lado y de otro, y súbitamente reparó en un lunar de nacimiento, en forma de corazón, que el neonato tenía en su sonrosado, pido perdón, culito. Un lunar idéntico al que su alteza lucía en las nalgas, idéntico a su vez al que tenía el difunto *father* de su alteza, y también su abuelo, y así hasta siete generaciones precedentes. Completamente desconcertado, el duque ordenó llamar al médico de la corte, pero entonces se supo que el doctor Vogel había partido en dirección desconocida, abandonando a su mujer y a sus ocho hijos.

A Gauche se le escapó una risita ronca, tosió y abrió los brazos. Alguien soltó una carcajada nerviosa. *Madame* Kleber se llevó recatadamente la mano a los labios.

—La investigación que se abrió inmediatamente constató que el médico de la corte había estado comportándose en los últimos tiempos de una manera harto extraña, y que incluso había sido visto en las casas de juego de Baden en compañía de cierta jovencita de vida alegre que, por la descripción que se hizo, guardaba bastante parecido con *fraulein* Von Sansfond. —En ese momento el policía adoptó un semblante más grave—. El doctor fue encontrado dos días después en un hotel de Estrasburgo. Muerto. Había tomado una dosis mortal de láudano. Dejó una nota: «El culpable de todo soy yo». Un suicidio claro, aunque el verdadero culpable ya saben ustedes quién era. Pero ¡como para demostrarlo! Se logró recuperar la nota que acompañaba el soberano regalo, la tabaquera, pero un proceso judicial habría resultado un escándalo terrible para sus altezas y no se celebró. Lo más enigmático, naturalmente, era cómo habrían conseguido cambiar al príncipe neonato por el niño negrito y de dónde habría surgido ese bebé de color chocolate en un país de súbditos rubios y con ojos azules. Cierto que, según algunas informaciones, poco antes de la historia que acabo de narrarles, Marie Sansfond había tenido a su servicio a una doncella senegalesa...

—Y, dígame usted, señor comisario —intervino Fandorin cuando las carcajadas cesaron; rieron cuatro personas: el teniente Régnier, el doctor Truffo, el profesor Sweetchilde y *madame* Kleber—, ¿tan atractiva es Marie Sansfond como para que cualquier hombre pierda la cabeza por ella?

—Bueno, creo que en realidad no tiene nada especial. Los documentos la describen con una apariencia de lo más normal, aunque sin especificar ningún detalle en particular. —Gauche lanzó una mirada turbia hacia Clarissa—. Por lo que se ve, puede cambiar fácilmente el color de sus cabellos, sus modales y pautas de conducta, el acento y su estilo de vestir. Pero, sin duda, esa mujer ha de poseer algo muy especial. Por razones laborales he visto de todo y he podido comprobar que las mayores rompecorazones raramente son hermosas. Las ves en fotografía y nunca detienes la mirada en ellas, pero cuando te las encuentras delante en carne y hueso, se te eriza la piel como si tuvieras cosquillas. Los hombres no pican el anzuelo por una nariz más o menos recta o unas largas pestañas. Tienen que olfatear un olor especial.

—¡Por favor, comisario! —exclamó Clarissa para llamar al orden al grosero policía—. ¡Está usted en presencia de señoras!

—Estoy en presencia de sospechosas —la rebatió Gauche la mar de tranquilo—, y usted es una de ellas ¿Quién me dice a mí que Marie Sansfond no está sentada alrededor de esta mesa?

Y clavó la vista en el rostro de Clarissa, a quien todo aquello cada vez más se le antojaba un mal sueño. Empezaba a resultarle difícil respirar.

—Si no he calculado mal, esa señora debe de tener ahora ¿veintinueve años?

La tranquila, incluso indolente, voz de Fandorin ayudó a Clarissa a apaciguarse. Armándose de coraje, y no precisamente por razones de vanidad femenina, exclamó:

—¡Deje de mirarme de esa manera, señor policía! Está usted haciéndome un

cumplido inmerecido. ¡Tengo... casi diez años más que su aventurera! Y tampoco las demás señoras presentes encajan en el papel de su *mademoiselle* Sansfond. ¡La señora Kleber es demasiado joven y la señora Truffo, como usted ya sabe, no habla francés!

—Para una mujer tan hábil como Marie Sansfond quitarse o ponerse una decena de años es una minucia sin importancia —replicó Gauche lentamente, mirando a Clarissa con la misma intencionalidad de antes—. Sobre todo si está en juego una apuesta tan considerable y el fallo se paga con la guillotina. ¿Es cierto, *mademoiselle* Stamp, que no ha estado usted nunca en París? ¿Digamos que en algún lugar cercano a la zona de la rue de Grenelle?

Clarissa palideció mortalmente.

—Ya está bien, señores. Como representante de la naviera Jasper-Artaud Partnership, me veo obligado a intervenir, dada la situación —interrumpió Régnier al policía, muy enojado—. Puedo asegurarles, damas y caballeros, que ningún sablista de fama internacional ha tenido acceso a este crucero. Nuestra compañía les garantiza que en el *Leviatán* no hay tahúres, ni *cocottes*, ni, mucho menos, aventureros fichados por la policía. Comprenderán ustedes que en el primer crucero siempre se tiene una especial responsabilidad. El capitán Cliff y yo mismo comprobamos personalmente una y otra vez la lista de pasajeros, y, siempre que fue necesario, pedimos informes a donde hizo falta. Incluida la policía francesa, señor comisario. Tanto yo como el capitán estamos dispuestos a salir fiadores de cualquiera de los presentes. No queremos obstaculizar sus deberes profesionales, *monsieur* Gauche, pero creo que está perdiendo usted el tiempo. Y también el dinero de los contribuyentes franceses.

—¡Vaya, vaya! —masculló Gauche—. Eso está por demostrar.

Tras esas palabras, *mistress* Truffo, para alivio de todos, comenzó a hablar del tiempo.

Reginald Milford-Stockes

10 de abril de 1878

22 horas 31 minutos

En el mar de Arabia

17° 06' 28" latitud norte, 59° 48' 14" longitud este

Mi querida y fervorosamente amada Emily,

Esta arca de Noé infernal está en poder de las fuerzas del Mal. Lo siento con toda mi alma atormentada. Aunque es imposible saber si un criminal como yo tiene o no alma. He escrito estas palabras y me he quedado pensativo. Sé que he cometido un delito, un terrible delito para el que no hay ni debe haber perdón posible, pero, cosa extraña, he olvidado completamente de qué crimen se trata. Y por nada del mundo quiero recordarlo.

Sin embargo, por las noches, mientras duermo, debo de recordarlo muy bien. De otro modo, ¿cómo puede explicarse ese horroroso estado de ánimo con el que me despierto cada mañana? Nuestra separación ha de terminar cuanto antes. Tengo la sensación de que un poco más y me volveré loco, lo que sería un despropósito...

Los días se alargan con penosa lentitud. Estoy sentado en mi camarote y observo el minuterio del cronómetro. No se mueve. Al otro lado de la ventana, en cubierta, alguien acaba de decir: «Hoy es diez de abril», y yo no puedo comprender qué abril es este y por qué estamos precisamente a día diez. Abro mi pequeño cofre y veo que la carta que le escribí ayer tiene la fecha de nueve de abril, y la de anteayer, de ocho de abril, lo que quiere decir que todo es correcto. Abril. Diez.

Hace ya varios días que no aparto la vista del profesor Sweetchilde (si es que verdaderamente se trata de un profesor). Este señor es muy popular en nuestro Windsor. Es un apasionado charlatán que se pavonea continuamente de sus conocimientos de historia y cultura oriental. Un día sí y otro también anda contando sus nuevas historias, a cuál más inverosímil. Con esos desagradables ojillos suyos de lechón, tan huidizos, que a veces le brillan con unas chiribitas propias de demente. Si usted oyera con qué voz tan voluptuosa se pone a hablar ese hombre de las piedras preciosas... Se nota que está loco de remate por culpa de todos esos diamantes y esmeraldas.

Hoy, durante el almuerzo, el doctor Truffo se levantó repentinamente, dio unas fuertes palmadas y, con voz solemne, anunció que era el cumpleaños de *mistress* Truffo. Todos se pusieron a exclamar «¡ahs!» y «¡ohs!» y comenzaron a felicitar a la homenajeadada, mientras el doctor entregaba un regalo en público a su insignificante esposa: unos pendientes de topacio de un

gusto de lo más vulgar. ¡Qué ordinariéz montar todo ese espectáculo para hacerle un regalo a la esposa de uno! Pero, evidentemente, *mistress* Truffo no fue de la misma opinión. Aquello la avivó extraordinariamente y pareció embargarla de felicidad: incluso su habitual cara de acelga adquirió como un tono de zanahoria rallada. El teniente dijo: «¡Oh, *madame!*, si hubiéramos conocido este dichoso acontecimiento con la suficiente antelación, le habríamos preparado una sorpresa. Su modestia es la culpable de todo». La homenajeadá, tonta de remate, se ruborizó más aún y balbuceó tímidamente: «¿De veras tenían ustedes la intención de agasajarme?». La respuesta general fue una especie de mugido perezoso y benevolente. «Entonces juguemos a la lotería, mi juego preferido. En casa de mis padres, todos los domingos y fiestas de guardar sacábamos sin falta los cartones y el saquito con los números. ¡Oh, es un juego tan entretenido!... ¡Señores, me darían ustedes una alegría muy grande!». Era la primera vez que *mistress* Truffo soltaba un discurso tan extenso. Al principio pensé que la esposa del doctor nos estaba tomando el pelo, pero no: hablaba completamente en serio. No teníamos escapatoria; sólo Régnier pudo escabullirse argumentando que ya era la hora del relevo en el puente. El grosero del comisario quiso pretextar algunos asuntos inaplazables, mas todos lo miramos con tal reprobación que al final, soltando un resoplido, decidió quedarse.

Mistress Truffo salió a buscar los útiles de ese juego tan estúpido y el martirio comenzó. Todos extendimos melancólicamente nuestros cartones, mirando con tristeza la cubierta, a aquellas horas tan radiantemente iluminada por el sol. Las ventanas del salón estaban abiertas de par en par, una suave brisa cruzaba el cuarto y allí estábamos nosotros, sentados y representando aquella escena tan pueril. «Para mayor interés», esa fue la expresión que utilizó nuestra animada homenajeadá, decidimos constituir un fondo de premio para el ganador, aportando todos una guinea. Era ella la que tenía más posibilidades de ganar porque cantaba el juego y era la única que vigilaba los números que salían. También el comisario parecía poner empeño en llevarse el fondo, pero tenía el problema de que apenas comprendía las penosas pistas infantiles que *mistress* Truffo lanzaba al aire: porque durante el juego, en su honor, se hablaba en inglés.

Aquellos lamentables pendientes de topacio, que no valdrían más de diez libras esterlinas, despertaron en Sweetchilde un deseo irrefrenable de sacar a colación su tema favorito. «¡Un regalo excelente, *sir!*!», le dijo al doctor, y a este comenzaron a brillarle los ojos de satisfacción, pero la siguiente frase de Sweetchilde lo estropeó todo: «Aunque los topacios están ahora muy baratos, quién sabe si su precio subirá, digamos dentro de cien años, más o menos. ¡Las piedras preciosas son imprevisibles! Unos auténticos prodigios de la naturaleza, no como esos aburridos metales, el oro y la plata. El metal no tiene

ni alma ni forma y hasta se puede fundir cuando usted quiera, mientras que cada piedra preciosa es una individualidad irrepetible. El único problema es que no se encuentra al alcance de todos. Sólo las consiguen esas personas que no se detienen ante nada y están dispuestas a ir hasta el fin del mundo, o más lejos si es necesario, para atrapar con las manos ese brillo tan mágico». Esas sentencias tan grandilocuentes se intercalaban con los grititos de *mistress* Truffo cuando anunciaba los números de la lotería. De manera que Sweetchilde, por ejemplo, decía por su lado: «Voy a contarles la leyenda del célebre y poderoso conquistador Mahmud de Gazni, quien, seducido por el brillo de los diamantes y en su irrefrenable deseo de encontrar esas mágicas piedras allá donde fuera, no dudó en poner a toda la India a sangre y fuego». Mientras que por el suyo, *mistress* Truffo piaba de esta guisa: «El once, señores. ¡Los palitos del tambor!». Y así todo el tiempo.

Sin embargo, creo que estará bien que le cuente esa leyenda de Mahmud de Gazni; la ayudará a comprender el carácter del narrador. También me esforzaré por reproducir el peculiar estilo de su lenguaje.

«En el verano del año (no recuerdo cuál) de nuestra era, y del año (que, con más motivo, tampoco recuerdo) de la cronología musulmana, al poderoso Mahmud le llegaron noticias de que en la península de Gujarat (así creo que se llamaba) había un templo, el de Sunnat, donde se custodiaba un enorme ídolo que era adorado por cientos de miles de personas. El ídolo protegía las fronteras del país de las invasiones extranjeras, por lo que se decía que todo aquel que osaba cruzar los límites de Gujarat con la espada en la mano moría irremediablemente. El templo pertenecía a una poderosa comunidad de brahmanes que era la más rica de la India, y estos poseían además una cantidad incalculable de piedras preciosas. Pero el intrépido jefe militar no se arredró por los poderes del ídolo, de manera que reunió a su ejército y se puso en marcha. Tras decapitar a cincuenta mil hombres y destruir cincuenta fortalezas, Mahmud de Gazni y los suyos penetraron por fin en el templo de Sunnat. El santuario fue profanado por las tropas de Mahmud, pero a pesar de registrarlo de cabo a rabo no lograron encontrar el tesoro. Entonces Mahmud, furioso, se acercó al ídolo y en un arrebato golpeó con su maza de combate la peana de cobre sobre la que este se asentaba. Al ver aquello, los brahmanes se arrodillaron ante el vencedor y le ofrecieron un millón de monedas de plata si dejaba en paz el ídolo. Pero Mahmud se rio de ellos y golpeó de nuevo. El ídolo comenzó a agrietarse. Entonces los brahmanes se lamentaron más fuerte y le prometieron al temible reyezuelo diez millones de monedas de oro. Fue inútil, la pesada maza se elevó de nuevo en el aire y golpeó por tercera vez. Entonces, de pronto, el ídolo se partió por la mitad y un brillante torrente de diamantes y piedras preciosas que estaban ocultos en su interior empezó a correr por el suelo del templo. El valor de aquel tesoro era incalculable».

En aquel momento, Fandorin anunció con gesto azorado que tenía bingo. Todos nos alegramos enormemente, a excepción de *mistress* Truffo, claro está, y ya nos disponíamos a salir en desbandada cuando la anfitriona comenzó a suplicar con insistencia que jugáramos otra partida. Tuvimos que quedarnos. Y de nuevo volvimos a escuchar: «*Thirty nine: pig and swine! Twenty seven: I'm in heaven!*» y otras tonterías por el estilo.

Mientras jugábamos fue Fandorin quien tomó la palabra y con su peculiar estilo, suave y ligeramente burlón, empezó a contarnos otro cuento, árabe esta vez, que, según dijo, había leído en un libro antiguo. Le transcribo la parábola tal y como la recuerdo:

Un día, tres mercaderes del Magreb decidieron adentrarse en el Gran Desierto porque habían oído decir que lejos, muy lejos, en el interior de aquellas arenas, donde ni las caravanas osaban penetrar, existía un gran tesoro que no tenía comparación con ningún otro que hombre alguno hubiera visto jamás. Los mercaderes cabalgaron cuarenta días flagelados por el calor y el cansancio, hasta que sólo les quedó un único camello a cada uno, pues el resto se había ido muriendo a causa del esfuerzo. De pronto divisaron una gran montaña. Cuando se acercaron a ella, no dieron crédito a sus ojos: la montaña entera estaba formada por pepitas de plata. Los mercaderes alabaron al Altísimo y uno de ellos, después de llenar varios sacos del precioso metal, inició el camino de regreso mientras los otros decidieron: «Nosotros seguiremos adelante». Así que los dos mercaderes cabalgaron cuarenta días más hasta que sus rostros ennegrecieron y sus ojos enrojecieron de tanto calor. De repente apareció ante ellos una nueva montaña, y esa vez resultó de oro. Uno de los mercaderes exclamó: «¡No hemos sufrido en vano tantas penalidades! ¡Demos gracias a Alá!». Y, dicho esto, comenzó a llenar varios sacos de pepitas mientras le preguntaba a su compañero: «¿Qué haces ahí parado?». El tercer mercader le respondió: «¿Crees que podrás llevar mucho oro en un solo camello?». A lo que su compañero repuso: «El suficiente para convertirme en el hombre más rico de nuestra ciudad». «Eso me parece muy poco —dijo el otro—. Yo seguiré adelante y encontraré una montaña de diamantes. Así, cuando regrese a casa, seré el hombre más rico de la Tierra». Y continuó cabalgando y su viaje duró otros cuarenta días. Llegó un momento en que su camello se desplomó en el suelo y ya no pudo levantarse, pero el mercader no se detuvo porque era terco y creía a pies juntillas en la existencia de la montaña de diamantes. Y, como todo el mundo sabe, un solo puñado de diamantes vale más que toda una montaña de plata y una colina entera de oro. Pero, de pronto, una escena macabra se desarrolló ante el mercader: allí, en medio del desierto, vio a un hombre completamente encorvado por el peso de un trono de diamantes que cargaba a las espaldas y en el que iba sentado un terrible monstruo de hocico oscuro cuyos ojos despedían fuego. «¡Qué

contento estoy de verte, oh, venerable viajero! —le dijo el encorvado con voz ronca—. Aquí te presento a Marduf, el demonio de la codicia. A partir de ahora serás tú quien lo soporte hasta que venga a relevarte otro codicioso como tú y como yo».

Justo en este punto se interrumpió el relato. Fandorin había logrado un nuevo bingo, con lo que la homenajeadada perdió también la segunda banca. Cinco segundos después sólo quedó a la mesa *mistress* Truffo; todos los demás desaparecieron como llevados por el viento.

Yo aún sigo pensando en ese relato de mister Fandorin. Su mensaje no es tan simple como parece.

Sweetchilde es como el tercer mercader. ¡Nada más escuchar la historia caí en la cuenta! Sí, es cierto, es un loco peligroso. Su alma está dominada por una furiosa e indomable pasión. ¡Lo sabré yo, que desde Adén vigilo todos sus pasos como una sombra invisible!

Ya le escribí a usted, mi muy apreciada Emily, que empleé la escala en ese puerto con mucho provecho. Naturalmente, usted creerá que le estoy hablando sólo de la compra de un nuevo instrumento de navegación para sustituir al que me fue robado. Cierto, ahora poseo un nuevo sextante y otra vez vuelvo a comprobar con regularidad la ruta del barco, pero me refería a algo completamente distinto. Hasta ahora no me había atrevido a confiar mi secreto al papel; temía que alguien pudiese leerlo, estando como estoy rodeado de enemigos por todas partes, pero como tengo una cabeza de lo más ingeniosa, he inventado una treta brillante. Desde hoy escribo con leche, de manera que si una persona que no conoce el truco coge esta hoja, verá un papel vacío sin nada de particular. Pero mi Emily, que es tan sagaz, calentará enseguida el papel en la pantalla de la lámpara y los renglones aparecerán de inmediato. ¿Verdad que está bien pensado?

Bien, ahora le narro lo que pasó en Adén. Estando aún a bordo, antes de que nos permitieran bajar a tierra, noté a Sweetchilde bastante nervioso; más que nervioso: podría decirse que daba saltos de preocupación. Ese estado de ánimo lo dominó justo después de que Fandorin asegurara que el pañuelo robado a lord Littleby era la clave que conducía al mítico tesoro del Rajá de las Esmeraldas. Esas palabras excitaron al profesor terriblemente. Al oírlas farfulló algo ininteligible y después no dejó de repetir, una y otra vez: «¡Ay, si llegáramos pronto a puerto!». ¿Para qué?, me preguntaba yo. Y decidí averiguarlo.

Me calé un sombrero negro hasta los ojos y me fui tras los pasos de Sweetchilde. Al principio todo iba a las mil maravillas. No miró atrás ni una sola vez y pude seguirlo sin problemas hasta la plaza donde se encuentra el edificio de la Aduana. Pero allí me esperaba una desagradable sorpresa. Sweetchilde llamó a gritos a un cochero indígena y partió en dirección

desconocida. Aunque la calesa iba muy despacio, yo no podía ponerme a correr tras ella, pues habría sido algo impropio de mi alcurnia. Naturalmente, en la plaza había más coches de punto y pude haber cogido cualquiera de ellos, pero ya sabe usted, Emily, de mi insuperable aversión a los carruajes descubiertos. Son inventos del diablo, y los que suben a ellos, unos locos temerarios. Algunas personas —he podido comprobarlo más de una vez con mis propios ojos— incluso montan con sus esposas y sus inocentes hijos. ¿Acaso no se dan cuenta de que están tentando a la desgracia? Especialmente peligrosos son los coches de dos ruedas, tan populares en nuestra Gran Bretaña. Alguien (ahora no recuerdo quién) me contó una vez que un joven de familia ilustre y excelente posición social tomó la imprudente decisión de llevar a pasear en calesa a su joven esposa, que a la sazón estaba embarazada de ocho meses. Como era de suponer, la excursión terminó mal. El malhadado no sabía manejar los caballos, y estos se desbocaron y el coche volcó. El joven resultó ileso, pero su mujer sufrió un parto prematuro del que no escaparon con vida ni ella ni el bebé. ¿Y todo por qué? Por una tontería. Podían haber dado un paseo a pie o en barca; incluso, en el peor de los casos, haber tomado un compartimento reservado en cualquier tren. En Venecia, por ejemplo, la gente pasea en góndola ¿Recuerda usted cuando estuvimos allí los dos juntos? ¿Recuerda cómo el agua lamía los escalones del hotel?

Me resulta muy difícil mantenerme concentrado, cualquier cosa me despista. Bien, como le decía, Sweetchilde se alejó en su coche de punto y yo me quedé allí, al lado de la Aduana. ¿Cree usted que aquello me desconcertó mucho? Pues no, ni tanto así. Se me ocurrió una idea de inmediato y me tranquilicé al instante. Mientras esperaba a Sweetchilde entré en una tienda de artículos marinos y me compré un nuevo sextante, mejor que el anterior, y una magnífica guía marítima con una serie completa de fórmulas astronómicas. Ahora puedo calcular la posición del barco con mucha más rapidez y precisión que antes, así que ya no me cogerán desprevenido.

Esperé seis horas y treinta y ocho minutos. Me senté en un banco y estuve contemplando el mar. Pensé en usted.

Cuando Sweetchilde regresó, fingí que dormitaba. Él pasó por delante de mí con disimulo, convencido de que no lo había visto.

Pero apenas volvió la esquina de la Aduana, me encaminé hacia el cochero que lo había llevado. Por seis peniques, el bengalí me reveló los sitios a los que había ido nuestro querido profesor. Convendrá conmigo, querida Emily, en que he empleado mucha habilidad en esta historia.

La información que recibí reforzó aún más mis sospechas iniciales. Sweetchilde le había ordenado que lo llevara desde el puerto a la oficina de Telégrafos. Estuvo allí media hora y después entró cuatro veces en el edificio de Correos. El cochero me dijo: «*Sahib*, muy preocupado. Siempre aquí y

allá. De pronto dice “llévame Bazar”, como después golpea espalda y dice “vamos, Correos, venga, venga”». Quedaba claro, pues, que Sweetchilde había enviado un telegrama y después había estado aguardando la respuesta con impaciencia. Según el bengalí, la última vez que salió de Correos «estaba fuera de sí y agitaba papel», y le ordenó que lo llevara de vuelta al barco. Por tanto, había recibido la respuesta.

Ignoro lo que leyó en el papel, pero resulta evidente que el profesor, o lo que sea en realidad, tiene un cómplice.

Eso ocurrió hace tres días. Desde entonces Sweetchilde parece otro. Como ya le he contado, siempre estaba hablando de piedras preciosas y ahora, en cambio, se sienta de pronto en cubierta y comienza a dibujar sin parar en el primer sitio que encuentra a mano, en el puño de la camisa o en un pañuelo.

Ayer por la tarde se celebró un baile en el Gran Salón. Ya le he descrito a usted esa majestuosa sala que se me antoja traída directamente de Versalles o del palacio de Buckingham. Dorados por todas partes, las paredes cubiertas por entero con espejos y arañas eléctricas de cristal tintineando melodiosamente al ritmo del suave balanceo del barco. La orquesta (que, por cierto, es bastante buena) interpretaba vales vieneses casi todo el rato. Usted sabe que encuentro ese baile absolutamente indecoroso, así que me quedé de pie en un rincón vigilando a Sweetchilde. Él se divertía a más no poder; invitaba a bailar a una dama y luego a otra y brincaba como un macho cabrío, pisoteando los pies de sus compañeras sin turbarse lo más mínimo. Hubo un momento en que me distraje ligeramente recordando cómo solíamos bailar también nosotros, con qué gracia vuestro brazo, ceñido con un guante blanco, reposaba sobre mis hombros. Luego vi de pronto que Sweetchilde daba un traspíe y casi tiraba al suelo a su pareja. Entonces, sin excusarse siquiera, se dirigió rápidamente hacia la mesa de los entremeses. La dama se quedó inmóvil, sola y de una pieza en el centro de la sala. Como a ella, también a mí me pareció extraño aquel repentino acceso de apetito.

Pero Sweetchilde ni siquiera miró las bandejas con pastelillos, quesos y frutas. Cogió una servilleta de papel del servilletero de plata, se inclinó y empezó a garabatear algo en ella con violencia. ¡Hacía lo primero que se le pasaba por la cabeza! ¡Sin preocuparse lo más mínimo por disimular sus impulsos en público! Ardiendo de curiosidad, me encaminé hacia él con paso indiferente, pero Sweetchilde se enderezó de repente y dobló la servilleta en cuatro, dispuesto a guardársela en el bolsillo. No llegué a tiempo de fisgar por encima de su hombro. Di un zapatazo en el suelo, furioso, y ya me disponía a regresar a mi sitio cuando vi que Fandorin se acercaba a la mesa con dos copas de champaña. Le ofreció una a Sweetchilde y se reservó la otra para él. Oí que el ruso le decía: «¡Ah, querido profesor, lo veo a usted tan distraído!... ¡Acaba de meterse una servilleta sucia en el bolsillo!»». Sweetchilde se quedó

desconcertado, sacó la servilleta, la estrujó y la tiró debajo de la mesa. Yo inmediatamente me uní a ellos y comencé a hablar de moda, sabiendo de antemano que el arqueólogo no tardaría en aburrirse y marcharse. Y eso fue lo que ocurrió.

Apenas se había alejado y nos había dejado solos, después de excusarse, cuando Fandorin susurró con voz conspiradora: «Y bien, *sir* Reginald, ¿cuál de los dos se agacha?». Comprendí entonces que no sólo yo había juzgado sospechosa la conducta del profesor, sino también el diplomático. Al instante se estableció entre nosotros una comprensión absoluta. «Cierto, no resulta muy cómodo que digamos», coincidí con él. Tras mirar a todos lados, mister Fandorin me propuso: «Bien, juguemos limpio: uno se inventa un buen pretexto y el otro se agacha». Asentí con la cabeza y me puse a pensar, pero no se me ocurría nada oportuno. «¡Eureka!», oí entonces cuchichear a mi cómplice, y, con un movimiento rápido y casi imperceptible, desabrochó uno de mis gemelos de oro. Este cayó al suelo y el diplomático lo empujó con la punta de su zapato debajo de la mesa. «*Sir* Reginald —dijo a continuación en voz alta, para que lo oyeran los que se encontraban cerca—, creo que se le ha caído un gemelo».

Un trato es un trato, así que me puse en cuclillas y miré bajo la mesa. La servilleta estaba allí al lado, pero el maldito gemelo había rodado hasta la pared y la mesa era bastante ancha. Imagínese la escena: su marido metido debajo de la mesa, a cuatro patas y con su parte anatómica menos noble vuelta hacia la sala. Pero en la maniobra de regreso ocurrió el escándalo. Cuando salía de debajo de la mesa vi delante de mí a dos jóvenes damas conversando animadamente con mister Fandorin. Las damas se asustaron al ver asomar mi cabeza pelirroja a la altura de sus rodillas y se pusieron a gritar, mientras mi malvado cómplice les decía, impasible: «¡Señoras, permítanme presentarles al *baronet* Milford-Stockes!». Las damas me miraron de arriba abajo con frialdad y se alejaron sin decir palabra. Me levanté de un salto, terriblemente enfadado, y le espeté: «¡*Sir*, las ha llamado usted a propósito para reírse de mí!». Pero Fandorin, poniendo cara de inocente, respondió: «Sí que he llamado su atención a propósito, *sir*, pero no para reírme de usted. Sencillamente he pensado que las anchas faldas de las damas ocultarían su arriesgada incursión al resto de la sala. Pero, dígame, ¿dónde tiene el trofeo?».

Desarrugué la servilleta y la alisé con manos temblorosas de impaciencia, y entonces vimos algo verdaderamente extraño. Se lo reproduzco de memoria:



¿Qué significaría aquella figura geométrica? ¿Qué quería decir ese zigzag? ¿A qué palacio se referiría? ¿Y por qué tres signos de exclamación?

Miré furtivamente a Fandorin. Se tironeaba el lóbulo de la oreja y masculló algo ininteligible, supongo que en ruso.

«¿Qué piensa usted de esto?», le pregunté.

«Aún hay que esperar —respondió enigmáticamente el diplomático—, pero ya está muy cerca del objetivo».

¿Quién estaba cerca? ¿Sweetchilde? ¿De qué objetivo hablaba? ¿Era bueno que ya estuviera cerca de él?

Mas no tuve tiempo de formularle todas esas preguntas porque los presentes comenzaron a hacer ruido y a aplaudir, y *monsieur* Drieux, el ayudante del capitán para las relaciones con los pasajeros, se puso a gritar con voz de trueno por un megáfono: «*Monsieurs y mesdames*, ¡el gran premio de nuestra lotería ha recaído en el camarote número dieciocho!». Había estado tan intrigado hasta aquel momento con las operaciones relacionadas con la misteriosa servilleta que no había prestado atención a lo que ocurría en la sala. La gente, al parecer, había dejado de bailar para participar en un sorteo de lotería benéfica con el lema «Salvemos a las mujeres de la mala vida» (ya le hablé en mi carta del tres de abril de ese estúpido propósito). Ya conoce usted mi opinión sobre la beneficencia y las mujeres de la calle, así que me abstengo de hacer más comentarios.

Aquella solemne declaración causó en mi contertulio un extraño efecto: con gesto de dolor, el diplomático frunció el entrecejo y encogió la cabeza entre los hombros. Al principio me sorprendí, pero luego recordé que mister Fandorin ocupaba precisamente el camarote número dieciocho. ¡Imagínese, le había tocado el premio del sorteo!

«E-esto empieza a resultar in-insoportable —rezongó el elegido de la Fortuna, tartamudeando más de lo normal—. Será me-mejor que salga a dar un paseo». Y ya retrocedía en dirección a la puerta cuando Renata Kleber soltó a voz en grito: «¡Pero si es *monsieur* Fandorin, nuestro compañero de comedor! ¡Señores, ahí lo tienen! ¡El del esmoquin blanco y el clavel rojo! Pero ¿adónde va, *monsieur* Fandorin? ¡Ha ganado usted el gran premio!».

Todos los presentes se volvieron hacia el diplomático y se pusieron a aplaudir con más fuerza, mientras cuatro camareros entraban en el salón

llevando el gran premio: un reloj de pared, que representaba el Big Ben, de lo más horrible. Era en verdad un trasto pavoroso tallado en roble, doblaba vez y media la altura de un hombre, y como mínimo debía de pesar casi un quintal. En los ojos de mister Fandorin creí ver algo muy parecido a un brillo de espanto. Y con motivo.

Ya no había manera de proseguir la conversación, así que regresé a mi camarote para escribirle a usted esta carta.

Intuyo que están a punto de ocurrir terribles acontecimientos y que la cuerda se ciñe sobre mi garganta. ¡Pero no crean, señores perseguidores, que me encontrarán de manos cruzadas!

Ya es tarde. Es hora de que mida las coordenadas. Adiós, mi querida, tierna, para siempre adorada Emily.

La quiere ardientemente,

Reginald Milford-Stockes

Renata Kleber

Renata Kleber abordó a «Chucho» (así había apodado a papaíto Gauche desde que se había descubierto que era un sabueso policial) cerca de su camarote. A juzgar por su cara arrugada y sus canas despeinadas, acababa de despertarse. Seguramente se habría acostado después del almuerzo y habría estado durmiendo hasta el anochecer.

Renata lo cogió de la manga, se puso de puntillas y le soltó de sopetón al oído:

—¡Quisiera contarle algo!

Chucho la escrutó con la mirada, cruzó los brazos sobre el pecho y repuso maliciosamente:

—La escucho con todo el interés del mundo. Ya hacía tiempo que quería charlar con usted, *madame*.

Aquel tono puso en guardia a Renata, pero pensó que no tenía por qué alarmarse, probablemente el Chucho sufriría una indigestión o habría visto una rata muerta en sueños.

—He hecho todo el trabajo por usted —se ufanó Renata, y miró a su alrededor, por si alguien los escuchaba—. Entremos en su camarote, ahí no nos molestará nadie.

La morada de Chucho estaba perfectamente ordenada: en el centro de la mesa se encontraba la famosa carpeta negra, a su lado se alzaba un montón de papeles muy bien apilados y había además unos lápices con la punta cuidadosamente afilada. Renata curioseó con la mirada a un lado y a otro y no se le escaparon ni el cepillo de los zapatos junto a la caja de betún ni los cuellos de camisa puestos a secar en un cordel. ¡Sí que era ahorrador el bigotes! ¡Se lavaba la ropa y se limpiaba las botas él mismo! Seguramente para evitar las propinas a la criada.

—Bueno, suelte lo que tenga que decir —masculló Chucho con aire de disgusto, molesto por la curiosidad de Renata.

—He descubierto quién es el asesino —lo informó ella con orgullo.

Pero la noticia no provocó el efecto que esperaba. El policía soltó un suspiro y preguntó:

—¿Sí? ¿Y quién es?

—¿Qué le ocurre, acaso está usted ciego? ¡Está más claro que el agua! —Renata levantó las manos con gesto de asombro y se sentó en un sillón—. Todos los periódicos han dicho que el que cometió el asesinato estaba loco. Un hombre en sus cabales no hace una cosa así, ¿no le parece? Pues ahora repase a todos los que comemos en la misma mesa. ¡La verdad es que menudo ramillete de flores nos hemos juntado! Un capullo idéntico a otro, todos unos pesados y unos retorcidos. Pero loco, lo que se dice loco, sólo hay uno.

—¿Se refiere al *baronet*? —le preguntó Chucho.

—¡Bueno, por fin ha caído usted en la cuenta! —Renata hizo un gesto de conmiseración con la cabeza—. Está más claro que el agua. ¡Si viera con qué ojos me mira! ¡Es un animal, un monstruo! Me da miedo andar sola por los pasillos. Ayer me

crucé con él en la escalera y como no había nadie cerca, ¡se me estremecieron las entrañas! —Y se llevó una mano al vientre—. Lo vengo observando desde hace tiempo. De noche se ve luz en su ventana, aunque corre completamente las cortinas. Pero ayer quedó una rendija muy pequeña y eché un vistazo desde cubierta. Estaba de pie en medio del camarote dando manotazos al aire, hacía unas muecas horribles y amenazaba con el dedo vaya usted a saber a quién. ¡Qué horror! Más tarde, ya de madrugada, comenzó a dolerme la cabeza y salí del camarote para respirar un poco de aire fresco. De repente, vi al loco ese de pie en el castillo de popa, alzando la cabeza al cielo y estudiando la luna con un tubo de hierro. ¡Y de pronto lo comprendí! —Renata inclinó el cuerpo hacia delante y bajó la voz hasta el susurro—. La luna llena, redonda del todo. Así es como se vuelve loco de remate. Es uno de esos maníacos a los que la luna llena les despierta los instintos sanguinarios. ¡He leído cosas sobre ellos! ¿Por qué me mira así, como si fuera una idiota? ¿Ha visto el calendario? —Renata sacó un pequeño calendario de su bolso con aire triunfal—. Aquí tiene, eche un vistazo, yo ya lo he comprobado. El quince de marzo, la noche del asesinato de diez personas en la rue de Grenelle, había luna llena. ¿Lo ve?, está ahí escrito, negro sobre blanco: *pleine lune*. —Chucho miró con bastante desgana lo que le enseñaba—. ¿Por qué pone los ojos como platos? ¡Parece un búho! —se enfadó Renata—. ¡Podría darse cuenta de que también hoy hay luna llena! Mientras usted esta aquí sentado, se le irá otra vez la cabeza y matará a alguien más. Y yo sé a quién: a mí. Me odia. —Le tembló la voz de pura histeria—. ¡En este barco miserable todos quieren asesinarme! ¡Cuando no se tira sobre mí un africano, ese asiático se queda mirándome como un poseso y aprieta las mandíbulas con aire amenazador! ¡Y ahora también ese cobarde *baronet*! —Chucho la miró gravemente sin parpadear y Renata agitó una mano delante de su cara—: ¡Eh, *monsieur* Gauche! ¿Se ha quedado usted dormido?

Pero el viejo la cogió por la muñeca, le apartó el brazo y le dijo con rudeza:

—Escuche, querida. No se haga más la tonta conmigo. Yo sé muy bien lo que tengo que hacer con el *baronet* pelirrojo, y a usted más le valdría hablarme de la jeringa que utiliza. ¡Sin andarse por las ramas, dígame la verdad!

Y elevó tanto la voz que Renata encogió instintivamente la cabeza entre los hombros.

* * *

Durante la cena, Renata permaneció sentada sin hablar, observando obstinadamente el plato. Apenas había tocado su anguila salteada, y eso que siempre comía con apetito. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y de vez en cuando le temblaban los labios levemente.

Por el contrario, Chucho estaba de buen humor, incluso alegre. Miraba a Renata con frecuencia, con gesto severo, pero su mirada parecía más paternal que hostil. No, el comisario Gauche no era tan terrible como pretendía.

—¡Qué trasto tan imponente! —dijo contemplando con envidia la réplica del Big Ben, que estaba de pie en una esquina del salón—. Desde luego, hay gente con suerte.

El monumental premio no había encontrado acomodo en el camarote de Fandorin y había quedado instalado temporalmente en el Windsor. Aquella torre de madera de roble hacía un tictac ensordecedor, aullaba, gruñía y tocaba las horas en punto con tanta saña, que todos los presentes, aún no acostumbrados a su presencia, se llevaban las manos al corazón. Durante el desayuno, cuando el big ben dio las nueve con diez minutos de retraso, la esposa del doctor estuvo a punto de tragarse la cucharilla del té. Por si fuera poco, la base de la torre era más estrecha de lo deseable, y cuando una ola golpeaba el barco con más ímpetu del habitual, el reloj comenzaba a balancearse peligrosamente. Por ejemplo entonces, cuando el viento se había levantado con más fuerza y las blancas cortinas de las ventanas, abiertas de par en par, se agitaban de un lado a otro como pidiendo capitulación, el big ben había comenzado a crujir de forma temible.

Sin embargo, el ruso interpretó la admiración sincera del comisario como una ironía y quiso justificarse:

—Intenté co-convencerles de que también regalaran el reloj a las mujeres de la calle, pero el señor Drieux fue inflexible. Juro por Cristo, Alá y Buda que cu-cuando lleguemos a Calcuta, abandonaré este espantoso trasto en el barco. ¡Que no se atreva nadie a endosarme este basilisco!

Miró de reojo al teniente Régnier, pero este calló diplomáticamente.

Entonces se volvió hacia Renata en busca de compasión, pero ella le respondió con una mirada de reojo cargada de reproche. Primero, porque tenía un humor de perros, y segundo, porque de un tiempo a esa parte sus relaciones con Fandorin no eran muy buenas.

Y es que entre ellos había ocurrido un percance.

Todo empezó cuando Renata notó que la marchita *mistress* Truffo revivía a ojos vista cuando el atractivo diplomático se encontraba en sus proximidades. Además, *monsieur* Fandorin parecía pertenecer a esa raza de incorregibles guapetones que descubren algún atractivo en cualquier tonta del bote y no saben desdeñar a ninguna. Renata respetaba a ese grupo de la tipología masculina e incluso se mostraba un poco atraída por sus integrantes; por otra parte, sentía una curiosidad terrible por saber qué gracia habría desenterrado el morenazo de ojos azules en la melancólica esposa del doctor. Porque no había ninguna duda de que tenía cierto interés en ella.

Días atrás Renata había sido testigo de una divertida escena representada únicamente por un dúo de actores: *mistress* Truffo (en el papel de vampiresa) y *monsieur* Fandorin (en el papel de pérfido seductor). El público fue una joven dama (una extraordinariamente atractiva, aunque estuviera embarazada) que se hallaba sola y se ocultaba tras el alto respaldo de una *chaise longue* mientras seguía la representación a través de un espejo de mano. El lugar de la acción: la popa del barco. La atmósfera: una romántica puesta de sol. La obra se representaba en inglés.

La mujer del doctor se deslizó hacia el diplomático siguiendo al pie de la letra todos los principios de la ciencia inglesa de la seducción (los dos actores estaban de pie junto a la barandilla, de perfil a la *chaise longue* ya mencionada). Como marcaban los cánones, *mistress* Truffo había comenzado hablando del tiempo:

—¡Cuánto brilla el sol en estas latitudes meridionales! —baló ella con pasión.

—¡Oh, sí! —respondió Fandorin—. En Rusia la nieve aún no se ha derretido a estas alturas del año, y aquí el termómetro alcanza ya los treinta y cinco grados Celsius, y eso en la sombra, que al sol hace aún más calor.

Después de un preludio ejecutado tan felizmente, *mistress* Hocico de Cabra se sintió ya con el derecho de abordar un tema más íntimo:

—¡La verdad es que no sé qué hacer! —informó con el tono más tímido y decoroso—. ¡Tengo una piel tan blanca!... Este inaguantable sol no sólo me estropea el color de la cara, sino que además me inunda de pecas.

—El asunto de las pecas ta-también me preocupaba a mí —respondió el ruso con afectada seriedad—, pero he tomado mis precauciones y he traído una loción de extracto de margaritas turcas. Compruébelo usted misma: tengo un bronceado uniforme y sin una sola peca.

Y aquel áspid venenoso aproximó su hermoso rostro a aquella dama tan respetable.

La voz de *mistress* Truffo tembló traicioneramente.

—Es verdad, ni una sola peca... Sólo se le han quemado un poco las cejas y las pestañas. ¡Tiene usted un epitelio magnífico, mister Fandorin, sencillamente magnífico!

Ahora la besaré, supuso Renata, al ver que el magnífico epitelio del diplomático estaba separado del sonrojado rostro de la esposa del doctor sólo por cinco centímetros.

Pero equivocó su pronóstico.

Fandorin marcó distancias y dijo:

—¿Epitelio? ¿Entiende usted de fisiología?

—Apenas un poco —repuso *mistress* Truffo con modestia—. Tuve cierta relación con la medicina antes de casarme.

—¿De verdad? ¡Qué interesante! ¡Cuéntemelo, cuéntemelo, por favor!

Pero por desgracia la espectadora no pudo contemplar el espectáculo hasta el final. Una pasajera conocida se sentó a su lado y aquella no tuvo más remedio que abandonar la vigilancia.

Sin embargo, el torpe ataque de la idiota doctora azuzó la vanidad de Renata. ¿Por qué no ponía ella también a prueba sus encantos con aquel osito ruso tan apetitoso? Sólo *out of sporting interest*, por supuesto, y también para no perder la práctica adquirida, de la que ninguna mujer que se respete puede prescindir. La verdad es que los entusiasmos amorosos no tenían para Renata ningún atractivo, y, además, en su situación los hombres sólo le producían náuseas.

Para ahorrar tiempo (Renata llamaba a eso «acelerar la navegación») urdió un plan muy sencillo: unas fáciles maniobras marineras conocidas con el código «la caza del oso», aunque los hombres ciertamente se parecen más a la familia de los cánidos. Como todo el mundo sabe, esos seres primitivos, los hombres, pueden clasificarse en tres tipos básicos diferenciados: el de los chacales, el de los pastores alemanes y el de los perros de cría. Y con cada uno de esos tipos hay que desarrollar una estrategia particular.

El chacal se alimenta de carroña, es decir, prefiere la presa fácil. Los hombres de este tipo aspiran a lo accesible. Por eso en la primera conversación que mantuvo a solas con Fandorin, Renata comenzó a quejarse de *monsieur* Kleber, un banquero aburrido y pesado, que sólo pensaba en sus números y no prestaba a su joven esposa la más mínima atención. El mensaje era comprensible hasta para un tonto de remate: la mujer estaba harta de tanto tedio e inactividad. Incluso se podía decir que estaría dispuesta a tragarse el anzuelo vacío, sin necesidad de poner ningún cebo.

Pero no tuvo éxito, sino más bien al contrario. Durante un buen rato hubo de defenderse de las meticulosas preguntas que él le hacía sobre el banco en que trabajaba su marido.

Vistas así las cosas, decidió tender la trampa del pastor alemán. Este tipo de hombres adora a las mujeres débiles e indefensas. Son hombres que no se consiguen con pan: hay que permitir que te salven y te protejan. Constituyen una variedad muy buena y muy útil, de fácil trato. Pero aquí resulta clave no excederse en la descripción de la fingida mala salud, pues los hombres huyen de las mujeres enfermizas.

Por lo tanto, Renata simuló un par de veces desvanecerse de calor, dejándose caer contra el férreo pecho de su paladín y defensor. En otra ocasión simuló que no podía abrir la puerta de su camarote, como si la llave se hubiese atascado, y en una velada de baile le pidió a Fandorin que la defendiera de un mayor de dragones algo bebido (aunque, por lo demás, completamente inofensivo).

El ruso puso el pecho, abrió la puerta y rechazó al dragón de forma adecuada, pero el bribón no mostró el menor asomo de enamoramiento.

«¡Entonces, un perro de cría!», se extrañó Renata. ¡Nadie lo hubiera dicho, con aquella cara suya!

Este tercer tipo de hombres es el más simple de todos, pues carece por completo de imaginación. Con ellos sólo funciona algún tipo de demostración burdo-sensitiva como, por ejemplo, un tobillo femenino expuesto de manera casual. Si consideramos que muchos personajes ilustres y santones de la cultura pertenecen precisamente a esta categoría, a Renata le merecía la pena probar.

Con los perros de cría la maniobra ha de ser de lo más elemental, así que Renata le pidió al diplomático que acudiera a su camarote a las doce en punto del mediodía: quería enseñarle sus acuarelas (que en realidad no existían). A las doce menos un minuto, la cazadora ya estaba mirándose al espejo, vestida sólo con un corpiño y unos *culottes*.

Cuando golpearon a la puerta, gritó:

—¡Vamos, deprisa, entra, estaba esperando!

Fandorin entró y se quedó pasmado en la puerta. Sin volverse, Renata sacudió el trasero en sus narices, mostrándole la espalda de la manera más apetitosa. Fueron las hermosas y sabias mujeres del siglo XVIII las primeras en descubrir que lo que más atrae a los hombres no es un escote hasta el ombligo, sino un cuello y una espalda desnudos. Al parecer, la visión de una espina dorsal indefensa despierta en los machos humanos su instinto más felino.

Y por lo que parecía también causaba efecto sobre el diplomático: se quedó allí, de pie, con los ojos clavados en ella, sin girarse. Satisfecha por la impresión lograda, Renata dijo a continuación, de espaldas, con voz antojadiza:

—Pero ¿qué te pasa, Jenny? ¡Vamos, entra y ayúdame a ponerme el vestido! Está a punto de llegar una visita muy importante.

¿Qué habría hecho un hombre normal en aquella situación? El más insolente se habría acercado en silencio y habría besado los suaves rizos de su nuca. Un hombre que no fuera ni bueno ni malo le habría ofrecido el vestido y se habría echado a reír tímidamente.

Y, tanto de una manera como de la otra, Renata habría llegado a la conclusión de que la caza había resultado exitosa. Habría simulado sentirse confusa, habría mandado al pasillo al muy fresco y habría perdido todo interés por él. Pero Fandorin reaccionó de una manera muy original.

—No soy Jenny —dijo con una voz repugnantemente tranquila—. Soy yo, Erast Fandorin. E-esperaré detrás de la puerta mientras usted se viste.

En suma, o era el representante de alguna rara especie de incommovibles seductores o era un perverso disimulado. Si se trataba del segundo caso, la inglesita se habría esforzado inútilmente, pero los expertos ojos de Renata no habían advertido en él ningún indicio característico de perversión. Salvo, quizá, aquella extraña pasión suya por reunirse a solas con Chucho.

Pero eso sólo eran tonterías. Había razones más serias para sentirse apesadumbrada.

En el preciso momento en que, por fin, Renata se había decidido a escarbar el frío *soufflé* con el tenedor, las puertas se abrieron estrepitosamente de par en par y nuestro profesor de gafas irrumpió en la sala. Siempre iba algo desaliñado, con la chaqueta mal abotonada o los cordones de los zapatos desabrochados, pero en ese momento estaba hecho un auténtico espantapájaros: tenía la barbita desordenada, la corbata ladeada y los ojos hinchados, y los tirantes le colgaban por encima del faldón. Era evidente que le había ocurrido algo extraordinario, así que Renata se olvidó transitoriamente de sus contrariedades y fijó su atención en aquel adefesio científico.

Sweetchilde abrió los brazos nada más entrar, como si bailara *ballet*, y gritó:

—¡Eureka, señores! ¡El secreto del Rajá de las Esmeraldas ha sido descifrado!

—*Oh, no!* —gimió *mistress* Truffo—. *Not again!*

—¡Ahora encaja todo! —comenzó a explicar el profesor confusamente—. ¡Cómo no se me ocurriría antes, habiendo estado ya en el palacio! Le daba vueltas y más vueltas sin acertar en el clavo. ¡No había manera de ajustar las cosas! Aunque en Adén recibí el telegrama de un amigo mío del Ministerio del Interior, que confirmó mis suposiciones, seguía sin comprender qué pintaba allí el ojo y, lo más importante, quién podía ser él. Mejor dicho, en líneas generales, ya sabía quién era. Pero ¿cómo? ¿De qué manera? ¡Y de pronto lo he entendido! —Se acercó rápidamente a la ventana. La cortina, inflada por el viento, lo cubrió como una sábana blanca y el profesor se la quitó de encima a manotazos con impaciencia—. Estaba haciéndome el nudo de la corbata en mi camarote, de pie, junto a la ventana, cuando he mirado hacia fuera y he visto las olas. Una cresta sobre la otra, y así hasta el horizonte. ¡Y de pronto se me ha ocurrido! ¡Ahora sí que encaja todo! ¡Lo del pañuelo y lo del hijo! Una simple cuestión de papeleo. ¡Basta mirar en las listas de la *École Maritime* para encontrarlo!

—No comprendo una sola palabra —farfulló Chucho—. Está delirando. Ha dicho «marítimo» o algo así...

—¡Oh, no! ¡Me parece que dice algo muy, pero que muy interesante! —exclamó Renata—. Me encanta jugar a las adivinanzas, aunque así, querido profesor, resulta del todo imposible. Siéntese a la mesa, tome un trago de vino y recobre el aliento. Luego comience a hablar con orden, tranquila y sensatamente. Y, lo más importante, empiece por el principio y no por el final. ¡Es usted tan buen narrador!... Pero antes, que alguien me traiga un chal. Lo único que me falta es resfriarme con esta corriente de aire.

—Cerraré las ventanas de barlovento y verá cómo no habrá más corriente —propuso Sweetchilde—. Tiene usted toda la razón, señora, será mejor que lo cuente todo desde el principio.

—¡No! ¡Cerrar de ningún modo, hará calor! —La voz de Renata vibró caprichosamente—. Señores, ¿quién de ustedes querría traerme un chal de mi camarote? Aquí está la llave. ¿*Monsieur baronet?*

Como era de esperar, el loco pelirrojo no se movió del sitio. Entonces Régnier pegó un salto:

—¡Se lo ruego, profesor, no empiece sin mí! —le pidió—. Regreso en un momento.

—*And I'll go get my knitting* —suspiró la esposa del doctor.

Esta volvió antes que el teniente y se puso a manejar sus agujas de punto con verdadera destreza. Hizo un gesto con la mano a su marido, indicándole que no era necesario que le tradujera.

Mientras tanto, Sweetchilde se preparaba a conciencia para obtener las palmas del triunfo. Había decidido seguir el consejo de Renata y se disponía a exponer su

descubrimiento con el mayor efecto posible.

Alrededor de la mesa reinaba un silencio absoluto. Los presentes no apartaban la vista del orador y reparaban en cada uno de sus gestos.

Sweetchilde bebió un poco de vino tinto y comenzó a pasearse de un lado a otro del comedor. Al cabo de un minuto, se detuvo con un gesto teatral y comenzó su relato, de perfil a los oyentes:

—Ya les conté lo que pasó aquel día inolvidable en que el rajá Bagdassar me invitó a visitar su palacio de Brahmapur. Ocurrió hace un cuarto de siglo, pero aún lo recuerdo con todo detalle. Lo primero que me impresionó fue el aspecto exterior del palacio. Sabiendo como sabía que Bagdassar era uno de los hombres más ricos del mundo, esperaba encontrar un edificio que exhibiera el dispendio y la filigrana típicos de Oriente, pero ¡nada de eso! Las dependencias palaciegas eran modestísimas, sin ningún ornamento aparatoso. Entonces comprendí que aquella pasión por las piedras preciosas, transmitida de padres a hijos, había sustituido a todas las aspiraciones de presunción. ¿Qué sentido tenía gastar dinero en muros de mármol si con él se podía comprar otro zafiro o un nuevo diamante? El palacio de Brahmapur, feo y achaparrado, era en realidad otro cofrecillo de arcilla, como el que guardaba aquella mágica acumulación de brillo indescriptible. Ningún mármol, ningún alabastro puede competir con la cegadora luz de las piedras preciosas. —El profesor tomó otro sorbo de vino e hizo como que meditaba.

En aquel momento, Régnier entró en el comedor resoplando. Colocó el chal en los hombros de Renata con reverencia y se quedó de pie a su lado.

—¿Qué mármol y qué alabastro son esos? —preguntó en un susurro.

—Está hablando del palacio de Brahmapur. ¡Y ahora no moleste, déjeme escuchar! —le respondió bruscamente Renata levantando el mentón.

—La decoración interior del palacio también era de lo más sencilla —continuó Sweetchilde su relato—. Las salas y las habitaciones habían cambiado de aspecto más de una vez durante todos aquellos siglos, y, desde el punto de vista histórico, lo único que me pareció interesante fue el piso superior, compuesto por cuatro salas, cada una de las cuales estaba orientada a uno de los cuatro puntos cardinales del universo. Antiguamente las salas habían sido galerías descubiertas, pero en el siglo pasado las acristalaron. Entonces pintaron también los muros con unos frescos bastante notables, que representaban las montañas que circundan el valle por todos lados. Los murales estaban hechos con un realismo sorprendente: daba la impresión de que las montañas se reflejaban en un espejo. Desde el punto de vista filosófico, esa transparencia debía de simbolizar la dualidad de todo el universo y...

De pronto, muy cerca de allí, una campana del barco comenzó a tocar a rebato. Se oyeron unos gritos y el chillido desesperado de una mujer.

—¡Señores, alarma de incendio! —gritó el teniente, que se lanzó hacia la puerta. Todos salieron en tromba tras él.

—*What's happening?* —preguntó inútilmente la asustada *mistress* Truffo—. *Are*

we boarded by pirates?

Renata se quedó sentada con la boca abierta y emitió un chillido desgarrador. Luego se agarró férreamente a la levita del comisario y le impidió que corriera tras los demás.

—¡*Monsieur Gauche*, no me abandone! —le rogó—. ¡Sé lo que es un incendio en un barco! ¡Lo he leído muchas veces! ¡Todos se tirarán a las chalupas, empujándose unos a otros, y dejarán de lado a una embarazada como yo! ¡Prométame que cuidará de mí!

—Pero ¿qué chalupas ni qué chalupas? —bramó el viejo de lo más agitado—. ¿Qué disparates está usted diciendo? El *Leviatán* posee un sistema contra incendios de lo más perfecto, hasta tiene jefe de bomberos. ¡No se asuste! ¡Todo irá bien! —E intentó liberarse, pero Renata se agarraba a su levita con las garras de la muerte. Estaba tan asustada que le castañeteaban los dientes—. ¡Déjeme, jovencita! —le pidió Chucho cariñosamente—. No voy a ningún sitio, sólo quiero mirar a cubierta desde la ventana.

No había manera. Los dedos de Renata no soltaban su presa.

Pero el comisario tenía razón. A los dos o tres minutos se oyeron en el pasillo pasos tranquilos y voces, y los «windsorianos» fueron regresando uno tras otro.

Todavía llevaban el miedo metido en el cuerpo y por eso reían a carcajadas y hablaban más alto de lo habitual. Los primeros en entrar fueron Clarissa Stamp, el matrimonio Truffo y el azorado Régnier.

—Una auténtica estupidez —informó el teniente—. Alguien ha tirado un puro encendido a una papelera donde había un periódico viejo. El fuego ha prendido en una cortina, pero los marineros estaban atentos y lo han apagado en un minuto... Sin embargo, por lo que veo, ustedes se temían un naufragio en toda regla. —Y se echó a reír, mirando atentamente a Clarissa.

Esta tenía en la mano un bolso y una botella de naranjada.

—¡Naranjada! Buena idea, para no morir de sed entre las olas —observó Régnier—, pero ¿para qué el bolso? No creo que en la chalupa le hiciera ninguna falta.

Renata se echó a reír históricamente y *miss Solterona*, confusa, dejó la botella sobre la mesa.

El doctor y su esposa también iban bien pertrechados. Mister Truffo había tenido tiempo de coger una bolsa con su instrumental médico y la mujer aplastaba una manta contra el pecho.

—Esto es el océano Índico, señora, no creo que aquí llegaran ustedes a congelarse —dijo Régnier con rostro serio, aunque la Cabra cabeceó de un lado para otro sin comprender.

Entonces apareció el japonés con un patético y abigarrado envoltorio en la mano. Sería interesante saber qué podría llevar allí. ¿Acaso un conjunto de cuchillos de viaje para hacerse el haraquiri?

El loco entró despeinado y con un pequeño cofre bajo el brazo, de los que sirven

para guardar los utensilios de escritura.

—¿Y usted a quién pensaba escribir, *monsieur* Milford-Stockes? ¡Ah, ahora comprendo! Cuando *miss* Stamp terminara de beber su naranjada, usted metería su mensaje en la botella vacía y lo echaría a navegar sobre las olas —sugirió el teniente sin ningún recato; al parecer, lo hacía para rebajar la tensión.

Y ya estaban otra vez todos reunidos. Todos a excepción del profesor y del diplomático.

—*Monsieur* Sweetchilde debe de estar empaquetando sus trabajos científicos, y *monsieur* Ruso habrá calentado el samovar para beber su último té —dijo Renata, que se había contagiado de la vivacidad del teniente.

Entonces, justo en aquel instante (hablando del rey de Roma...), llegó el ruso, pero no entró sino que se quedó en la puerta, de pie. Su hermoso rostro estaba más nublado que un cielo de tormenta.

—Bueno, *monsieur* Fandorin, ¿se lleva usted o no el big ben a la chalupa de salvamento? —se interesó Renata burlonamente.

Todos se echaron a reír, excepto el ruso, que no pareció apreciar la broma (muy aguda, por cierto).

—Comisario Gauche —dijo en voz baja—, si no tiene inconveniente, salga un momento al pasillo. Dese prisa.

Extrañamente, el diplomático no tartamudeó una sola vez al pronunciar esas palabras. ¿Lo habría curado la conmoción nerviosa? A veces ocurre. A Renata le habría gustado bromear sobre eso, mas se mordió la lengua; quizá resultara excesivo.

—¿Para qué tanta prisa? —preguntó Chucho, contrariado—. Así que es usted otro soplón. Pues déjelo para después, joven, para después. Antes quiero terminar de escuchar al profesor. Pero ¿dónde demonios se habrá metido ese hombre?

El ruso miraba al comisario mientras aguardaba. Cuando comprendió que el viejo se mostraba testarudo y no estaba dispuesto a salir al pasillo, se encogió de hombros y respondió concisamente:

—El profesor no va a volver.

Gauche arrugó el entrecejo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que no va a volver? —Renata se levantó como impelida por un resorte—. ¡Si se había quedado justo en el pasaje más interesante! ¡Eso no está bien!

—Acaban de asesinar a mister Sweetchilde —informó secamente el diplomático.

—¿Cómo dice? —rugió Chucho—. ¿Que lo han matado? ¿Cómo lo han matado?

—Creo que con un escalpelo quirúrgico —respondió el ruso con sorprendente sangre fría—. Le han rebanado la garganta con una destreza extraordinaria.

El comisario Gauche

—¿Cuándo nos dejarán bajar a tierra de una vez? —preguntó *madame* Kleber en tono quejumbroso—. Todos están paseando ya por Bombay, y nosotros seguimos aquí sentados todavía...

Las cortinas de las ventanas estaban corridas, porque el sol, encaramado en su cenit, calentaba la cubierta y fundía el aire. Hacía mucho calor en el Windsor, un calor asfixiante, pero todos seguían pacientemente sentados a la espera de acontecimientos.

Gauche sacó de su bolsillo del chaleco un reloj con la efigie de Napoleón III —un premio por los servicios prestados en la policía— y respondió con vaguedad:

—Pronto, señores, pronto les dejaré marchar. Aunque no a todos.

Él sí sabía a qué esperaban: el inspector Jackson y sus hombres estaban practicando un registro. Con toda seguridad el arma del crimen estaría en el fondo del mar, pero podía haber quedado alguna huella en el barco. Debía haber quedado por fuerza. Bastarían algunas pruebas indirectas, pero con indicios directos sería mucho mejor. Ya era hora de que apareciera Jackson...

El *Leviatán* había atracado en Bombay al amanecer. Los comensales del Windsor estaban reclusos desde el día anterior en sus respectivos camarotes bajo arresto domiciliario. Al llegar a puerto, Gauche se había entrevistado con los representantes de las autoridades locales y les había pedido ayuda, tras ponerles al tanto de sus conclusiones. Entonces las autoridades enviaron a Jackson con un equipo de policías. «Vamos, Jackson, espabila», le metió mentalmente prisa Gauche al lento inspector. Después de una noche sin dormir tenía la cabeza como una olla y el hígado no dejaba de fastidiarlo, pero el comisario estaba de buen humor: por fin había aparecido el hilo. Ahora, tirando de él llegarían al ovillo.

A las ocho y media, después de arreglar sus asuntos con la policía local y de hacer una escapada a Telégrafos, Gauche ordenó que todos los arrestados se reunieran en el Windsor para que el registro resultara más cómodo. Por no tener, no había tenido consideración ni con la embarazada Renata, pese a que ella estaba a su lado cuando ocurrió el asesinato y era imposible que hubiera matado al profesor. El comisario llevaba cuatro horas vigilando a sus prisioneros. Se había situado en un punto estratégico, sentado delante de todos en un hondo sillón, y detrás de la puerta, ocultos a la vista de los presentes en el salón, otros dos policías armados hacían guardia.

En el comedor la conversación era poco fluida, los prisioneros estaban nerviosos y sudaban. De cuando en cuando Régnier hacía acto de presencia, saludaba compasivamente con la cabeza a Renata y volvía de nuevo a su trabajo. También el capitán se acercó en dos ocasiones, pero no dijo una palabra. Se limitó a lanzar una mirada fulminante y feroz al comisario. ¡A su entender, papaíto Gauche era el culpable de todo!

La silla sin dueño del profesor Sweetchilde saltaba a la vista como el hueco

dejado en la boca por un diente recién caído. El cadáver del arqueólogo especialista en cultura india reposaba ya en tierra firme, en el fúnebre frescor del depósito municipal de cadáveres de Bombay. Al pensar en los bloques de hielo y en la penumbra que debía de reinar allí, Gauche hasta envidió al muerto. Lo veía allá, tumbado, libre de cualquier preocupación y sin que el sudado cuello de la camisa lo molestase lo más mínimo...

El comisario miró al doctor Truffo, que también parecía soportar mal aquello. Por el tostado rostro del médico resbalaba el sudor a chorros, mientras aquella Furia inglesa suya no dejaba de refunfuñarle a la oreja.

—¿Por qué me mira usted de esa manera, *monsieur*? —estalló Truffo repentinamente cuando captó la mirada del policía—. ¿Por qué no me quita la vista de encima? ¡De veras que resulta indignante! ¿Qué derecho tiene usted? Llevo quince años sirviendo fiel y honestamente a mi... —estuvo a punto de sollozar—. ¿Y qué, si se utilizó un escalpelo? ¡Cualquiera pudo hacerlo!

—Entonces, ¿ha sido realmente con un escalpelo? —preguntó *mademoiselle* Stamp con temor.

Era la primera vez que en el comedor se hablaba abiertamente de lo ocurrido.

—Sí, un corte tan limpio sólo puede hacerlo un buen escalpelo —repuso Truffo con despecho—. Examiné ayer el cadáver. Alguien debió de atenazar a Sweetchilde por la espalda, le cerró la boca con una mano y le segó la garganta con la otra. La sangre salpicó la pared del pasillo un poco más arriba de lo que correspondía a su estatura y eso significa que le echaron la cabeza hacia atrás...

—¿Cree usted necesaria una fuerza especial para hacer una cosa así? —preguntó el ruso (otro más con pruritos de criminalista)—. ¿O basta con el factor sorpresa?

El doctor se encogió de hombros con tristeza.

—Eso no lo sé, *monsieur*. Nunca lo he intentado.

¡Vaya, por fin! La puerta se abrió ligeramente y en el vano apareció la figura huesuda del inspector. Le hizo a Gauche una señal con un dedo, pero este se levantaba ya del sillón bufando por el esfuerzo.

Una agradable sorpresa esperaba al comisario en el pasillo. ¡Ah, todo marchaba sobre ruedas! ¡Con qué limpieza, con qué hermosura, con qué eficacia! Ya se podía llevar a juicio: ni el mejor de los abogados sería capaz de desbaratar unas pruebas como las encontradas. ¡Ay, viejo Gauche, era cierto que cualquier joven le daba a uno cien vueltas! ¡Qué buen profesional era aquel Jackson, cuánto celo!

Regresaron al comedor los cuatro juntos: el capitán, Régnier, Jackson y, el último en entrar, Gauche. Se sentía de tan buen humor, que hasta se puso a canturrear una cancioncilla. Incluso el hígado dejó de punzarle.

—¡Se acabó todo, damas y caballeros! —anunció alegremente Gauche, colocándose en el centro mismo del salón.

Escondió los brazos tras la espalda y se balanceó ligeramente sobre los talones. A pesar de todo resultaba halagador sentirse una persona importante, el gran cumplidor

de la ley. El camino había sido largo y difícil, pero lo había superado; ahora sólo quedaba lo más agradable.

—Papá Gauche ha tenido que romperse la canosa sesera, pero un viejo sabueso siempre termina por olfatear la madriguera del zorro, por mucho que se intente confundir el rastro. El criminal se ha delatado con el asesinato del profesor Sweetchilde, definitivamente un acto desesperado. Ya aclarará el asesino en el interrogatorio el asunto del pañuelo indio y otros muchos detalles. Quiero dar las gracias de paso al señor diplomático ruso que, sin ser consciente de ello, me ha ayudado a encontrar la pista correcta, con sus observaciones y sus preguntas.

En aquellos momentos de gloria, Gauche se podía permitir ser magnánimo, y saludó condescendentemente con un movimiento de cabeza a Fandorin, que lo correspondió en silencio. ¡Qué desagradables eran aquellos aristócratas, a pesar de todo, con sus melindres y sus altiveces, incapaces de musitar una palabra de agradecimiento!

—Ya no los acompañaré más en su crucero. Como suele decirse, les agradezco su compañía, pero lo bueno, si breve, dos veces bueno. También aquí bajará a tierra el asesino, a quien ahora mismo y aquí, en el barco, entregaré a la custodia del inspector Jackson.

Desde sus asientos todos los presentes miraron con temor a aquel hombre delgado y sombrío que llevaba las dos manos metidas en los bolsillos.

—Me alegro de que esta pesadilla haya terminado —dijo el capitán Cliff—. Sé que han tenido que soportar muchos disgustos, pero al fin se ha arreglado todo. Si lo desean, el mayordomo jefe les asignará otros comedores. Espero que lo que les reste de crucero a bordo de nuestro *Leviatán* les haga olvidar este contratiempo.

—Lo dudo mucho —respondió por todos *madame* Kleber—. ¡No se puede usted imaginar cuánto se nos ha agriado aquí la sangre! Y, por favor, no nos tenga más en ascuas, *monsieur* comisario, díganos de una vez quién es el asesino.

El capitán quiso decir algo, pero Gauche lo contuvo levantando la mano: su discurso tenía un único solista, y él se merecía serlo con creces.

—Reconozco que al principio sospeché de todos ustedes. La criba fue larga y penosa. Ahora sí puedo confesarles la pista más importante con la que contábamos: junto al cadáver de lord Littleby encontramos un emblema de oro del *Leviatán*, este que ven aquí. —Golpeó con el dedo la insignia que llevaba en la solapa—. Este pequeño objeto pertenece al asesino. Como ustedes bien saben, este emblema de oro sólo lo tienen los oficiales superiores del barco y los pasajeros de primera clase. Los oficiales fueron inmediatamente descartados como sospechosos porque todos tenían su insignia y ninguno se dirigió a la naviera pidiendo que le dieran otra en sustitución de la perdida. Sin embargo, cuatro de los pasajeros carecían de ella: *mademoiselle* Stamp, *madame* Kleber, *monsieur* Milford-Stockes y *monsieur* Aono. Sobre este cuarteto mantuve una vigilancia especial. El doctor Truffo sólo fue incluido en el grupo por ser médico; *mistress* Truffo, porque un marido y una esposa son un solo

demonio, y el señor diplomático ruso por su esnob rechazo a parecer un conserje.

El comisario prendió la pipa y comenzó a pasearse por el salón.

—Confieso mi error. Al principio mis sospechas recayeron sobre el señor *baronet*, pero luego recibí un informe sobre sus... circunstancias y escogí otro blanco. Usted, señora. —Gauche se volvió hacia *mademoiselle* Stamp.

—Ya me di cuenta —repuso ella con altanería—, aunque no entendía qué motivo me convertía en sospechosa.

—¿Lo dice en serio? —se sorprendió Gauche—. En primer lugar, estaba tan claro como el agua que usted se había enriquecido recientemente, y eso de por sí ya es bastante sospechoso. En segundo lugar, nos mintió cuando afirmó que nunca había estado en París, y en su abanico aparecía escrito en letras doradas «Hôtel Ambassador». Aunque usted no volvió a llevar consigo el abanico, papá Gauche tiene un ojo muy perspicaz; capté el detalle al vuelo. Los hoteles caros suelen agasajar a sus clientes con regalos de ese tipo. El Ambassador se ubica precisamente en la rue de Grenelle, a cinco minutos a pie del lugar del crimen; es un hotel lujoso y enorme, muy concurrido. Y me pregunté qué razón podía tener *mademoiselle* Stamp para querer ocultarlo. Algo no encajaba y, por si fuera poco, estaba esa Marie Sansfond, que no se me iba de la mollera... —El comisario sonrió a Clarissa Stamp como haciéndose perdonar—. Resumiendo, que durante un tiempo anduve a tientas, dando vueltas y más vueltas, hasta que encontré por fin la pista correcta. Por tanto, *mademoiselle*, está en su perfecto derecho de mandarme al paredón.

Gauche reparó entonces en que el *baronet* pelirrojo lo miraba fijamente sentado en su silla, con el rostro más blanco que la pared, la mandíbula desencajada y sus ojos verdes llameando como los de un basilisco.

—¿Y qué... «circunstancias» personales son esas que usted me atribuye? —comenzó a decir, ahogándose en la furia de sus propias palabras—. ¿Qué trata de insinuar usted, señor sabueso?

—Calma, calma. —Gauche alzó la mano con gesto apaciguador—. Lo más importante es que usted se tranquilice. No tiene de qué preocuparse. Sean unas u otras las circunstancias, ¿a quién le importa? Además, ya he dicho que dejé de contarle en la comparsa de sospechosos. A propósito, ¿dónde tiene usted su emblema?

—Lo tiré —repuso bruscamente el *baronet*, todavía con los ojos relampagueantes—. ¡Qué cosa tan repugnante! ¡Parecía una sanguijuela dorada! Además...

—Claro, el *baronet* Milford-Stockes consideró indigno colocarse una chapita así, como si de un nuevo rico más se tratara, ¿no es cierto? —comentó el comisario con sutileza—. Otro esnob.

Al parecer, también *mademoiselle* Stamp se sentía ofendida.

—Comisario, ha pintado usted de manera muy pintoresca los motivos por los que le resultaba sospechosa mi persona. Sin embargo, le agradezco —y adelantó su puntiagudo mentón con sarcasmo— que al final decidiera cambiar su cólera por

compasión.

—Cuando estábamos todavía en Adén pedí varios informes por telégrafo a la prefectura. No pude recibir respuesta allí porque se precisa tiempo para efectuar las consultas oportunas, pero los despachos me esperaban en Bombay. Uno de ellos trataba de usted, *mademoiselle*. Ahora sé que a los catorce años, tras la muerte de sus padres, se fue usted a vivir al campo con una tía lejana. Ella era rica pero avara, y la mantenía a usted, su señorita de compañía, en una pésima situación, prácticamente a pan y agua.

La inglesa se ruborizó y pareció arrepentirse de haber intervenido. «Te está bien empleado, querida —pensó Gauche—; así no intentarás sacarme otra vez los colores».

—Dos meses atrás la vieja murió, y resultó que le legaba a usted toda su fortuna. No tenía nada de extraño que, después de tantos años encerrada a cal y canto, sintiera usted deseos de conocer mundo, de viajar por todo el planeta. Porque lo único que usted conocía hasta entonces era lo que había leído en los libros, ¿no es cierto?

—¿Y por qué ocultó que había estado en París? —intervino *madame* Kleber sin ningún respeto—. ¿Sólo porque su hotel estaba en la misma calle donde mataron a tanta gente? Temía que las sospechas recayeran sobre ella, ¿no?

—No. —Gauche esbozó una sonrisa—. No fue por eso. Cuando se vio rica tan repentinamente, *mademoiselle* Stamp hizo lo que cualquier otra mujer en su situación habría hecho: antes de nada, visitar París, la capital del mundo. Quería admirar toda la belleza que encierra esa capital, vestirse a la última moda y también, claro está..., buscar aventuras.

La inglesa apretó las manos con fuerza y le imploró con la mirada, pero ya era demasiado tarde para detener a Gauche. ¡Ahora iba a ver aquella *milady* de pacotilla! ¡No querría volver a retar a un comisario de la policía francesa!

—Y la señora Stamp se embriagó por completo de romanticismo. En el hotel Ambassador conoció a un caballero increíblemente guapo y amable, un tal Vampiro. Al menos, con ese alias aparece fichado en los archivos de la policía. Un personaje famoso, especializado en extranjeras maduras. La pasión estalló instantáneamente y, como siempre ocurre tratándose del Vampiro, terminó sin previo aviso. Una mañana, la del trece de marzo para ser más exactos, usted, señora, se despertó más sola que la una y vio que su habitación estaba irreconocible, vacía por completo. Su amigo del alma se lo había llevado todo menos los muebles. Me enviaron un inventario de los objetos que le robaron. —Gauche hojeó su carpeta—. Con el número dieciocho aparece «un broche de oro con forma de ballena». Así que, cuando lo leí, comprendí al momento por qué la señora Stamp no quería acordarse de París.

La pobre boba daba lástima. Ocultó el rostro entre las manos y sus hombros se estremecieron.

—De *madame* Kleber nunca llegué a sospechar en serio —continuó Gauche, pasando al siguiente punto del orden del día—, a pesar de que no supo explicarme

convincientemente por qué le faltaba el emblema.

—Entonces, ¿ha ignorado usted lo que le conté sobre ella? —preguntó repentinamente el japonés—. La información era muy importante.

—¿Que si la ignoré, dice? —El comisario se volvió bruscamente hacia su interlocutor—. En absoluto. Hablé con la señora Kleber y me dio una explicación exhaustiva sobre el asunto. La primera fase del embarazo le resultó tan penosamente dolorosa que el médico decidió recetarle... determinados calmantes. Cuando esos síntomas terminaron por desaparecer, la pobre ya se había aficionado de tal manera a la medicina que la utilizaba para todo, contra los nervios, contra el insomnio... Hablé con *madame* Kleber como lo haría un padre y ella terminó arrojando en mi presencia toda esa porquería al mar. —Gauche miró con afectada severidad a Renata, que sacaba hacia fuera el labio inferior, como los niños cuando quieren hacerse perdonar—. Usted verá, querida, le dio a papaíto Gauche su palabra de honor.

Renata bajó la vista y asintió.

—¡Qué tierna delicadeza gasta usted con *madame* Kleber! —estalló Clarissa—. ¿Por qué no ha tenido conmigo los mismos miramientos, *monsieur* detective? ¡No, a mí ha preferido exponerme a la vergüenza pública!

Pero Gauche ya había acabado con ella y ahora clavaba su mirada en el japonés. Una mirada pesada, viscosa. El listillo de Jackson comprendió sin palabras: ya era hora de actuar. Su mano no emergió del bolsillo vacía: el acero inoxidable de un revólver centelleó con fúnebre brillo. El cañón apuntaba directo a la frente del asiático.

—Al parecer, ustedes, los japoneses, nos tienen por unos monos pelirrojos, ¿verdad? —preguntó Gauche con hostilidad—. He oído decir que es así como llaman ustedes a los europeos. Unos bárbaros peludos, ¿verdad? ¡Ustedes son personas inteligentes, sutiles, de elevada cultura, y los hombres blancos no les llegan a la suela de los zapatos! —El comisario infló cómicamente los carrillos y dejó escapar por un lado de la boca una exuberante bocanada de humo—. Matar a una decena de esos monos es una tontería para ustedes, no es pecado de ninguna clase.

Aono se encogió sobre sí mismo. Su rostro parecía haberse petrificado.

—¿Me está acusando usted de haber matado a «rord Rittreby» y a sus criados? ¿Con qué criterio me acusa usted?

—Con todo, querido, con el criterio de toda la ciencia criminalista en su conjunto —repuso el comisario en tono convincente, y, acto seguido, dio la espalda al japonés, porque el discurso que se disponía a pronunciar no estaba destinado a aquel perverso lagarto amarillo, sino a la Historia. ¡Pronto lo incluirían en todos los manuales de criminología!

—En primer lugar, señores, expondré las circunstancias indirectas que demuestran que este hombre pudo cometer los crímenes de los que lo acuso. —¡Ah, qué pena impartir aquella clase magistral ante un público de apenas diez personas, y no en los salones abarrotados del Palacio de Justicia!—. Y luego les presentaré las

pruebas que demuestran irrefutablemente que *monsieur* Aono no sólo pudo sino que efectivamente asesinó a once personas, diez de ellas el quince de marzo pasado en la rue de Grenelle, y una más ayer, catorce de abril, a bordo del buque *Leviatán*.

Mientras tanto, los presentes fueron separándose de Aono, a excepción del ruso, que seguía sentado junto al acusado, y del inspector, que, de pie y a su espalda, seguía con el revólver preparado.

—Espero que nadie tenga la menor duda de que la muerte del profesor Sweetchilde guarda una relación directa con el crimen de la rue de Grenelle. Como ha aclarado la investigación, el objetivo de este atroz asesinato fue el robo, pero no del shiva de oro, sino del pañuelo de seda... —Gauche arrugó el entrecejo con severidad. «Sí, sí, ha escuchado usted bien, he dicho “la investigación”, así que no haga más muecas con la cara, señor diplomático»— que resulta clave para averiguar dónde está escondido el tesoro de Bagdassar, el otrora rajá de Brahmapur. Por el momento desconocemos cómo el acusado pudo averiguar el secreto encerrado en el pañuelo. Todos sabemos que Oriente está lleno de misterios y que los caminos para desentrañarlos son desconocidos para nosotros, los europeos. Sin embargo, el fallecido profesor, un profundo conocedor de Oriente, sí que fue capaz de descifrar ese secreto. Justo cuando se disponía a compartir con nosotros su descubrimiento, comenzó aquella alarma de incendio. Seguramente el asesino debió de creer que el destino mismo le concedía aquella inmejorable ocasión para cerrar la boca a Sweetchilde. Y todo seguiría oculto, como ocurrió en la rue de Grenelle. Pero el homicida no valoró en su medida un detalle capital: que en ese momento estaba junto a él el comisario Gauche, que no se deja engañar con trucos de ese tipo. Su plan resultaba bastante arriesgado, pero tenía posibilidades de éxito. El asesino sabía que lo primero que haría el científico sería correr a su camarote para intentar salvar sus papeles, mejor dicho, sus manuscritos. Cerca de allí, en un recodo del pasillo, el criminal ejecutó su malvada acción. Y circunstancia indirecta número uno —el comisario levantó un dedo en el aire—, *monsieur* Aono salió corriendo de este salón y, por tanto, pudo cometer el asesinato.

—No sólo corrí yo —lo interrumpió el japonés—. Del «saron» huyeron otras seis personas más: *monsieur* Régnier, *monsieur* y *madame* Truffo, *monsieur* Fandorin, *monsieur* «Mirford»-Stockes y «mademoisere». Stamp.

—Cierto —estuvo de acuerdo Gauche—, pero yo sólo quería demostrarle al jurado, quiero decir, a los presentes la relación existente entre los dos crímenes, así como la posibilidad fáctica de que usted pudiera cometer el asesinato de ayer. Ahora volvamos al «crimen del siglo». En esos días el señor Aono se encontraba en París. Este hecho no admite duda alguna y está confirmado por uno de los telegramas que he recibido.

—Además de mí, en París había millón y medio de personas más —repuso el japonés.

—Pero eso no impide que esa sea nuestra prueba indirecta número dos. —El

comisario jugó a la contra con afectada ingenuidad.

—Y tan indirecta —aseveró inmediatamente el ruso.

—No lo discuto. —Gauche llenó su pipa de tabaco y volvió a mover ficha—. Pero quien aplicó la inyección mortal a los criados de lord Littleby tuvo que ser un médico. Y en París no hay millón y medio de médicos, sino muchos menos, ¿verdad?

Una afirmación de la que nadie intentó discrepar. El capitán Cliff preguntó:

—Cierto, ¿pero qué tiene que ver eso con lo que nos ocupa?

—Pues tiene que ver, *monsieur* capitán —dijo Gauche, lanzando una mirada penetrante y resplandeciente—, con que nuestro amiguito Aono no es oficial del ejército, como inicialmente se presentó ante nosotros, ¡sino cirujano y diplomado recientemente por la Facultad de Medicina de la Sorbona! De lo cual se me informó en el mismo telegrama al que ya me he referido.

El orador hizo una pausa significativa. Un murmullo de voces amortiguado se extendió por la sala del Palacio de Justicia. Los dibujantes acreditados por los periódicos garabateaban en el papel con sus lápices: «El comisario Gauche saca el as del triunfo». Vamos, vamos, queridos míos, esto no es todavía el as, el as está por venir.

—Bien, señores, pasemos ahora de las circunstancias indirectas a las pruebas en sí. ¿Nos puede aclarar *monsieur* Aono qué necesidad tenía él, un médico, un representante de una profesión tan respetada y prestigiosa, de hacerse pasar por militar? ¿Qué motivo podía tener para mentir de esa manera?

Por la sien del japonés, del color de la cera, comenzó a resbalar una gotita de sudor. Aono callaba. La pólvora parecía haberle durado bien poco.

—La respuesta sólo puede ser una: evitar que las sospechas recayeran sobre él, ¡pues era evidente que el asesino había de ser médico! —recapituló, satisfecho, el comisario—. Y ahora aquí tienen la segunda prueba. ¿Han oído hablar alguna vez, señores, de la lucha japonesa?

—Yo sí, y además la he visto con mis propios ojos —intervino de nuevo el capitán—. Una vez, en Macao, tuve ocasión de presenciar cómo un marino japonés volteaba a tres marineros americanos juntos. Parecía muy endeble, como si pudieran tumbarlo de un soplo, pero qué brincos pegaba y qué manera de golpear con los brazos y las piernas: hasta que dejó inconscientes a tres hombres, corpulentos cazadores de ballenas. A uno le dio un golpe en el brazo con el canto de la mano que le volvió el codo del revés. Le hizo añicos el hueso, ¿se imaginan? ¡Qué golpe!

Gauche asintió, complacido.

—Por lo que he escuchado, los japoneses conocen los secretos de la lucha mortal cuerpo a cuerpo, sin armas. Son capaces de matar a un hombre sin apenas esfuerzo, con un simple golpe con el dedo. Todos hemos visto a *monsieur* Aono practicar sus ejercicios gimnásticos. En su camarote, debajo de la cama, hemos encontrado los trozos de una sólida calabaza hecha pedazos, y en un saco había otras calabazas enteras. Al parecer, el acusado practicaba con ellas la precisión y la fuerza de sus

golpes. No puedo ni imaginar qué potencia hay que tener para romper una calabaza maciza con la mano y, además, partirla en trozos...

El comisario envolvió a todos los presentes en una mirada de lo más elocuente y remató su prueba número dos.

—Les recuerdo, señores, que al desgraciado lord Littleby le destrozaron el cráneo con un golpe extraordinariamente fuerte, propinado por un objeto pesado y romo. Ahora, fíjense en los bordes callosos de las manos del acusado.

El japonés apartó súbitamente sus nudosas manos de encima de la mesa.

—No le quite los ojos de encima, Jackson, es un hombre muy peligroso — advirtió Gauche—. Si hace algún movimiento sospechoso, dispárele a las piernas o a los hombros. Y ahora quiero preguntarle, señor Aono, ¿dónde tiene usted su emblema de oro? ¿No dice nada? Bueno, entonces responderé yo a esa pregunta: ¡la insignia se la arrancó del pecho lord Littleby, en el momento en que usted le asestaba un golpe mortal en la cabeza con el borde de su mano!

Aono hizo amago de abrir la boca, como si fuera a decir algo, pero se mordió el labio con sus robustos y torcidos dientes y cerró los párpados. Su rostro adquirió una expresión de extraño ensimismamiento.

—El crimen de la rue de Grenelle ocurrió así —Gauche se disponía a sacar conclusiones—: el quince de marzo por la noche, Gintaro Aono llegó a la casa de lord Littleby con la intención de matar a todos los moradores de la casa y hacerse con el pañuelo triangular de la colección del propietario. Para entonces ya había comprado un pasaje en el *Leviatán*, que tenía previsto zarpar cuatro días después desde Southampton con destino a la India. Según todas las evidencias, el acusado tenía la intención de buscar allí el tesoro de Brahmapur. Desconocemos cómo pudo convencer a los infelices criados de dejarse inyectar «la vacuna contra el cólera». Lo más probable es que el acusado les mostrara algún documento falso del Ayuntamiento. Resultaría de lo más comprensible porque, como consta en uno de los telegramas que he recibido, los estudiantes de último curso de medicina son contratados a menudo para la ejecución de medidas profilácticas de carácter masivo. Entre los estudiantes y los médicos internos de la universidad hay bastantes asiáticos, de manera que no creo que la piel amarilla del visitante nocturno alarmara a los pobres sirvientes. Lo más monstruoso de todo fue la inhumana crueldad con que fueron asesinados aquellos dos inocentes niños. Yo, señores, tengo una larga experiencia con la escoria de nuestra sociedad. Cualquiera miserable, en un arrebato, puede tirar a un niño a la chimenea, pero matarlo así, con esa sangre fría, sin que las manos le tiemblen lo más mínimo... Señores, estarán de acuerdo conmigo en que esas maneras no parecen muy francesas, ni muy europeas que digamos.

—¡Y tan de acuerdo! —exclamó un encolerizado Régnier, apoyado inmediatamente con fervor por el doctor Truffo.

—A partir de ahí, todo parecía fácil —prosiguió Gauche—. Después de cerciorarse de que las dosis de veneno inyectadas sumían a los criados en un sueño

del que no volverían a despertar nunca más, el asesino subió tranquilamente al segundo piso, a la habitación donde se guardaba la colección, y puso manos a la obra. Estaba completamente convencido de que el propietario no estaba en casa. Sin embargo, el infortunado lord Littleby no había podido viajar a Spa a causa de un acceso de gota y se encontraba en sus habitaciones. Al oír ruido de cristales rotos, entró en la sala y allí fue asesinado de la manera más brutal que se puedan imaginar. Pero aquel asesinato imprevisto hizo al asesino perder toda su diabólica sangre fría. Probablemente había planeado coger la mayor cantidad posible de objetos para que la atención no recayera en el susodicho pañuelo, mas tenía que darse prisa. No podemos asegurarlo, pero muy posiblemente el lord gritó antes de morir y el asesino temió que sus gritos hubieran sido escuchados desde la calle. Fuera como fuese, cogió el shiva de oro, que para él carecía completamente de interés, y huyó a toda prisa, sin darse cuenta de que la insignia del *Leviatán* había quedado en la mano de su víctima. Para dificultar aún más la investigación, Aono decidió escapar por la ventana del invernadero... ¡Ah, pero no, no fue por eso! —Gauche se dio un cachetazo en la frente con la palma de la mano—. ¡Cómo no he caído antes en la cuenta! ¡Claro, si su víctima había gritado, no podía escapar por el mismo sitio por el que había entrado! ¿Cómo podía estar seguro de que en la puerta no se habían congregado ya los curiosos? Por eso Aono rompió el cristal del invernadero, saltó al jardín y luego trepó por el muro. Pero sus precauciones resultaron injustificadas, pues a esa hora tan tardía la rue de Grenelle estaba desierta. De manera que nadie habría podido escuchar los gritos, en caso de que realmente se hubieran producido...

La impresionable *madame* Kleber soltó un sollozo. *Mistress* Truffo escuchó la traducción hasta el final y, conmovida, se sonó la nariz.

Todo había quedado perfectamente demostrado, de manera precisa e incontestable, pensó Gauche. Las pruebas y las hipótesis de la investigación encajaban perfectamente. Y eso no era todo, muchachos, el viejo Gustave tenía guardada otra bala en la recámara.

—Ha llegado el momento de pasar al asesinato del profesor Sweetchilde. Como con toda razón ha observado el acusado, el delito pudo ser cometido por otras seis personas además de él. ¡Tranquilidad, tranquilidad, señoras y señores! —El comisario alzó la mano con aire apaciguador—. Ahora demostraré que no fueron ustedes los que mataron al profesor, sino nuestro amigo de los ojos rasgados.

El japonés del diablo estaba completamente inmóvil. ¿Se había quedado dormido, o qué? ¿O estaba rezando a su dios japonés? «Lo mismo da, muchacho —pensó Gauche—, rezando o sin rezar, acabará en brazos de la vieja prostituta Guillotina».

De pronto, un pensamiento extremadamente desagradable acudió a la mente del comisario. ¿Y si los ingleses querían enganchar al japonés por la muerte de Sweetchilde? ¡Al fin y al cabo era ciudadano británico! Entonces lo juzgaría un tribunal inglés y no acabaría en la guillotina francesa sino en la horca británica. ¡Todo menos eso! ¿A quién le hacía falta un tribunal extranjero? ¡«El crimen del siglo»

debía juzgarse en el Palacio de Justicia y en ningún otro sitio! ¡Qué importancia tenía que Sweetchilde hubiera sido asesinado en un barco inglés! ¡En París había diez cadáveres y allí sólo uno, y el buque no era completamente de propiedad británica, sino de un consorcio bilateral!

Gauche se turbó tanto que perdió el hilo. «¡Ah, no, de eso ni hablar! —se dijo para sus adentros—. ¡No pienso entregarles a mi cliente! En cuanto acabe esta conferencia, me iré derecho al cónsul francés. Ya me encargaré yo de llevar al asesino a Francia». Y se imaginó la escena: el muelle de El Havre lleno de gente a rebosar, los mandos de la policía, los periodistas... Pero antes tenía que acabar el caso...

—Ahora el inspector Jackson les pondrá al corriente del resultado del registro llevado a cabo en el camarote del acusado.

Gauche hizo una señal a Jackson para que tomara la palabra.

El inspector, con tono seco y diligente, se dispuso a soltar su perorata en inglés, pero el comisario atajó su intención de raíz:

—La investigación está en manos de la policía francesa —dijo severamente—, así que la lengua oficial del sumario también es el francés. Además, *monsieur*, me parece que no todos los presentes comprendemos su idioma y, lo más importante, me parece que tampoco el acusado domina el inglés. Convendrá conmigo en que tiene todo el derecho a conocer el resultado de nuestra investigación.

La protesta era una completa declaración de principios: había que poner a los ingleses en su sitio desde el primer momento, para que supieran dónde estaba su lugar. El primero por la cola.

Régnier se ofreció como traductor. Se colocó de pie al lado del inspector y comenzó a traducir frase a frase, aunque adornando las cortas y escuetas oraciones del inglés con entonación dramática y gestos expresivos.

—Siguiendo las instrucciones recibidas, se ha practicado un registro. Camarote número veinticuatro. Nombre del pasajero, Gintaro Aono. Se ha actuado en consonancia con las «Reglas de ejecución de un registro en un recinto cerrado». Habitación rectangular con una extensión de unos doscientos pies cuadrados. Se ha dividido en una cuadrícula de veinte cuadrados horizontales y cuarenta y cuatro verticales. —El teniente consultó algo y su duda fue aclarada—. Al parecer, también las paredes se han dividido en pequeñas cuadrículas, porque había que golpearlas en busca de escondrijos secretos. ¡Aunque qué escondrijos secretos puede haber en un camarote de este buque! ¡La verdad es que no lo comprendo...! El registro se ha realizado por orden: primero las cuadrículas verticales, y luego, las horizontales. En las paredes no se han descubierto escondrijos de ningún tipo. —Régnier abrió los brazos con un gesto expresivo, como diciendo «¿y qué otra cosa esperaban?»—. Tras la inspección de la superficie horizontal se encontraron y adjuntaron al caso los siguientes objetos. Primero: diversas notas en escritura ideográfica; serán traducidas y estudiadas. Segundo: una especie de cuchillo de diseño oriental, largo y con una hoja extraordinariamente afilada. Tercero: un saco con once calabazas egipcias. Cuarto:

trozos de una calabaza destrozada, encontrados debajo de la cama. Y, por último, quinto: un maletín con instrumentos quirúrgicos. El espacio destinado a un escalpelo de grandes dimensiones estaba vacío.

El auditorio dejó escapar un «¡ah!» general. El japonés abrió los ojos y miró brevemente al comisario, pero de nuevo guardó silencio.

«Está a punto de derrumbarse», pensó Gauche, pero se equivocaba. Sin levantarse de la silla, el asiático se volvió bruscamente hacia el inspector, que seguía de pie a su espalda, y con un demoledor movimiento de abajo arriba le dio un golpe en la mano que sostenía el revólver. Mientras el arma describía en el aire un arco de lo más pintoresco, el ágil japonés alcanzó la puerta. La abrió bruscamente, pero su pecho tropezó de sopetón con dos Colt: los de la pareja de policías que hacían guardia en el pasillo. Un segundo después, el revólver del inspector, concluida su trayectoria, caía pesadamente en medio de la mesa y se disparaba haciendo un ruido ensordecedor. Un sonido metálico, un silbido y humo.

Gauche hizo una rápida evaluación del estado de las cosas: el detenido reculaba hacia atrás, hacia su silla, y *mistress* Truffo había sufrido un desmayo. No se advertían más víctimas. Bueno, el reloj big ben tenía un agujero un poco más abajo de su esfera y las agujas no se movían, aunque en ese momento estaba dando las horas. Las damas chillaban a pleno pulmón. Por lo demás, la situación estaba bajo control.

Después de acomodar al japonés en su sitio y de ponerle las esposas para mayor seguridad, de que la esposa del doctor recobrar el sentido y de que todos los demás tomaran asiento, el comisario sonrió y dijo, haciendo alarde de su sangre fría:

—Señores miembros del jurado, acaban de presenciar una escena de confesión sincera, aunque su ejecución no haya seguido ciertamente las pautas habituales.

Otra vez había metido la pata llamándolos «miembros del jurado», pero no hizo el menor intento de enmendar su error. Aquello era un ensayo en toda regla.

—Esta ha sido la última de las pruebas. Una prueba directa, más directa imposible —extrajo conclusiones Gauche, satisfecho—. Y usted, Jackson, se merece una amonestación. Le dije que era un individuo peligroso.

El inspector se puso más rojo que un tomate, como un cangrejo cocido. ¡Se lo tenía merecido! ¡Debía saber dónde estaba su sitio! En resumen, para Gauche todo marchaba a pedir de boca.

El japonés estaba sentado con las manos atadas sobre el pecho y tres pistolas lo apuntaban. Había cerrado de nuevo los ojos.

—Eso es todo, señor inspector, puede llevárselo. Que permanezca por ahora en su calabozo. Luego, cuando se hayan cumplimentado las formalidades necesarias, me lo llevaré a Francia. Hasta la vista, damas y caballeros. El viejo Gauche desembarca aquí. Les deseo a todos buen viaje.

—Me temo, señor comisario, que usted seguirá na-navegando con nosotros —soltó de pronto el ruso con voz serena.

Gauche pensó en un primer momento que había oído mal.

—¿Cómo dice?

—El señor Aono no es culpable de nada, así que va a te-tener usted que proseguir la investigación.

Gauche puso una cara verdaderamente estúpida: desorbitó los ojos y la sangre le incendió las mejillas.

Sin darle tiempo a estallar, el ruso continuó con un aplomo en verdad incomparable:

—Señor capitán, usted es la máxima autoridad de este barco. El comisario acaba de efectuar ante nosotros la imitación de un proceso judicial y ciertamente ha interpretado el papel del fiscal con una convicción extraordinaria. Sin embargo, en cualquier juicio del mundo civilizado después de la acusación el turno de palabra pasa a la de-defensa. Si me lo permite, quisiera hacerme cargo de esta misión.

—¿Para qué perder más tiempo? —repuso sorprendido el capitán—. En mi opinión todo ha quedado perfectamente claro. El señor comisario lo ha explicado muy bien.

—Obligar a un pasajero a dejar el barco es un asunto bastante serio. En última instancia, la responsabilidad recaerá sobre usted. Piense en la mancha que caería sobre la reputación de su na-naviera si luego se estableciera que todo fue un error. Y yo le aseguro —Fandorin subió ligeramente el tono de voz— que el comisario se equivoca.

—¡Qué tontería tan enorme! —exclamó Gauche—. Aunque no me opongo en absoluto. Además, será curioso. Hable, hable, *monsieur*, lo escucho con sumo placer.

Para eso se trataba de un ensayo general. Aquel jovencito, pensó Gauche, no tenía nada de tonto y quizá hubiera descubierto lagunas en la lógica de su acusación que le conviniera subsanar. Así, si más tarde, durante el auténtico proceso, el fiscal se equivocaba, el comisario Gauche sabría acudir en su ayuda.

Fandorin cruzó las piernas y entrelazó los dedos a la altura de las rodillas.

—Ha pronunciado usted un brillante discurso de cargo. A primera vista su argumentación parece exhaustiva y su secuencia lógica, casi del todo irreprochable, pese a que sus llamadas «circunstancias indirectas» resulten completamente impresentables. Sí, el señor Aono estaba en París el quince de marzo; no, el señor Aono no estaba en este comedor cuando mataron al pro-profesor, pero esos dos hechos por sí mismos no prueban nada. Así que los dejaré a un lado sin entrar a discutirlos.

—Como usted quiera —convino Gauche en tono burlón—. Pasemos directamente a las pruebas.

—Con su venia. He contado cinco pruebas que pueden considerarse más o menos convincentes. Primera: que *monsieur* Aono es médico y que por alguna razón prefirió ocultar ese dato. Segunda: que *monsieur* Aono puede partir de un solo golpe un objeto tan sólido como una calabaza y, quizá, hasta el cráneo de una persona. Tercera:

que el señor Aono no tiene su insignia del *Leviatán*. Cuarta: que en el maletín personal del acusado falta el escalpelo con el que posiblemente fue asesinado el profesor Sweetchilde. Y quinta y última: que hace unos momentos, y ante nuestros propios ojos, el acusado ha intentado huir, con lo que según usted ha terminado por desenmascarse por completo.

—Hay una sexta prueba —añadió el comisario—, y es que el acusado no ha podido dar una explicación convincente a ninguna de estas inculpaciones.

—De acuerdo, que sean seis —convino sin oposición el ruso.

Gauche esbozó una sonrisa.

—En mi opinión, pruebas más que suficientes para que cualquier jurado envíe a la guillotina a este angelito.

De repente, el inspector Jackson negó con la cabeza y farfulló:

—*To the gallows.*

—No, a la horca —tradujo Régnier.

¡Ah, el inglés, qué alma tan negra! ¡Cría cuervos!

—¡Un momento! —se encendió Gauche—. La investigación la ha llevado la parte francesa, ¡así que este muchacho irá a la guillotina!

—Pero la prueba decisiva, la falta del escalpelo, la ha descubierto la parte inglesa. Irá a la horca —tradujo el teniente.

—¡El crimen principal se ha cometido en París! ¡Así que a la guillotina!

—Pero lord Littleby era súbdito inglés, como lo era también el profesor Sweetchilde. ¡A la horca!

El japonés no parecía prestar la menor atención a aquella pelea, que amenazaba con desembocar en un conflicto internacional. Seguía con los ojos cerrados y su rostro no expresaba absolutamente nada. «Después de todo —pensó Gauche—, estos pieles amarillas no son como nosotros». Y deberían ocuparse de él el fiscal, el abogado defensor, los miembros del jurado, los jueces con sus togas... Naturalmente, todo como debía ser, para eso vivían en una democracia. «Pero, en realidad —pensó Gauche—, es como echarles margaritas a los cerdos».

Tras una pausa, Fandorin preguntó:

—¿Han terminado de discutir? ¿Puedo co-continuar?

—¡Sí, largue de una vez! —le respondió Gauche, malhumorado, pensando en las peleas que se le avecinaban con los británicos.

—Será mejor que no entre a discutir el asunto de las calabazas. Eso tampoco demuestra nada.

Al comisario comenzaba a fastidiarle aquella comedia.

—De acuerdo. No perdamos tiempo en minucias.

—E-estupendo. Entonces quedan cinco cuestiones: ocultó que era médico; no tiene insignia; falta el escalpelo; intentó huir y no alega nada contra las acusaciones.

—Y cada uno de esos puntos es suficiente para mandar a este individuo al... al patíbulo.

—El problema es que usted, señor comisario, piensa a la europea, pero la lógica del señor Aono es otra muy distinta, una lógica japonesa, y usted no ha tenido tiempo de penetrar en ella. Sin embargo, yo sí he tenido el honor de conversar en más de una ocasión con este hombre y conozco su condición moral mejor que usted. *Monsieur* Aono no sólo es japonés, sino samurái, y de una antigua e influyente familia, dicho sea de paso. Y en el asunto que nos ocupa, esto es muy importante. Durante quinientos años, los varones de la estirpe Aono fueron siempre guerreros, y todas las demás profesiones eran consideradas deshonorosas por los miembros de e-esta estirpe tan linajuda. El acusado es el tercer hijo de sus padres. Cuando Japón decidió abrirse a Europa, muchas familias nobles comenzaron a e-enviar a sus vástagos al extranjero. Eso fue lo que hizo también el padre del señor Aono. Envío a su hijo mayor a Inglaterra a estudiar la carrera de oficial de marina. De hecho, el principado de Satsuma, cuna de la estirpe Aono, es el principal suministrador de los cu-cuadros de la armada japonesa, y el servicio naval es la profesión más prestigiosa en Satsuma. El jefe del clan Aono mandó a su segundo hijo a Alemania, a la academia militar. Tras la guerra franco-alemana de mil ochocientos setenta, los japoneses decidieron adoptar el modelo ge-germano en la configuración de su propio ejército. Por eso todos sus consejeros militares son alemanes. Esta información sobre la familia Aono me la proporcionó personalmente el acusado.

—¿Y para qué diablos necesitamos conocer todos esos detalles aristocráticos? —preguntó Gauche, enfadado.

—Advertí que, aunque el acusado hablaba con orgullo de sus antepasados y sus he-hermanos mayores, prefería no extenderse demasiado sobre su persona. Enseguida noté también que *monsieur* Aono era bastante ignorante en asuntos militares para ser un oficial recién salido de la escuela de Saint-Cyr. Además, ¿por qué razón lo habrían enviado a estudiar a una academia militar francesa, si él mismo había reconocido que el ejército japonés se está organizando de acuerdo con el modelo alemán? La hipótesis que planteo lleva a lo siguiente. Siguiendo las tendencias de la época, el viejo Aono decidió dar a su tercer hijo una profesión puramente civil: la de médico. Por lo que he leído en los libros, en Japón está mal vi-visto discutir las decisiones del jefe familiar, de ahí que el acusado se fuese a estudiar sin ninguna queja a la facultad de Medicina. Pero eso no le impedía sentirse profundamente infeliz, incluso ofendido. ¡Él, un vástago de la belicosa estirpe de los Aono, obligado a ocuparse de vendajes y lavativas! Esta es la razón de que se hiciera pasar por militar delante de nosotros; simplemente, le resultaba ignominioso reconocer una profesión tan plebeya. Desde un punto de vista europeo, quizá esto resulte absurdo, pero intente ver las cosas con sus o-ojos. ¿Cómo se hubiera sentido su compatriota D'Artagnan si, soñando como soñaba con la capa de los mosqueteros, se hubiera visto obligado a dedicarse a la medicina?

Gauche advirtió que el japonés se transformaba rápidamente. Abrió los ojos y miró a Fandorin muy emocionado, mientras sus mejillas comenzaban a teñirse con

unas manchas purpúreas. ¿Qué era eso? ¿Se estaba sonrojando? ¡Increíble!

—¡Oh, cuánta delicadeza! —refunfuñó Gauche—. Oiga, no quiero entrar a discutir esas pequeñeces. Será mejor, *monsieur* abogado defensor, que me hable del emblema. ¿Qué hizo su tímido defendido con él? ¿También le daba vergüenza lucirlo?

—Acierta usted —asintió imperturbable el abogado voluntario—. Precisamente eso, le daba ve-vergüenza. ¿Ha visto lo que hay escrito en la insignia?

Gauche echó un vistazo a la solapa.

—Pues yo no veo nada ofensivo; sólo las tres iniciales de Jasper-Artaud Partnership.

—Exacto. —Fandorin dibujó en el aire tres grandes letras—. J-A-P. La palabra resultante es «jap»; exactamente el mote despectivo que los occidentales emplean contra los japoneses. Usted, señor comisario, ¿se prendería en el pecho sin reparos una insignia que llevase escrita la leyenda «anca de rana»?

El capitán Cliff echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Hasta el avinagrado Jackson y la grave *miss* Stamp soltaron una risita. En el rostro del japonés, sin embargo, las manchas carmesíes se hicieron aún más grandes.

A Gauche se le encogió el corazón con un mal presentimiento, y cuando habló su voz desafinó:

—¿Y eso no pudo decírmelo él antes con su boquita?

—Imposible. ¿Sabe?, por lo que he podido comprender gracias a los libros que he leído, la gran diferencia que hay entre los europeos y los japoneses reside precisamente en el fundamento moral del comportamiento social.

—¿Cómo dice? No lo comprendo —intervino el capitán.

El diplomático se volvió hacia él.

—Muy sencillo. La cultura cristiana está construida sobre el sentimiento de culpa. Lo malo del pecado es que después los remordimientos corroen al pecador. Así que un europeo normal, para evitar ese sentimiento de culpa, procurará comportarse como un buen cristiano. Un japonés también intenta respetar a toda costa las normas éticas, pero por una razón muy distinta. En su sociedad, es la vergüenza la que actúa como revulsivo moral. Lo peor que le puede ocurrir a un japonés es ser objeto de las habladurías de la gente, que su conducta sea juzgada por los demás o, peor aún, sometida a escarnio público. Eso es lo que un japonés teme cuando comete algún desliz, y puedo asegurárselo: la vergüenza es un elemento socializador mucho más efectivo que la conciencia. Para *monsieur* Aono es impensable contar sus «propias vergüenzas» en público, y mucho menos a unos extraños. Ser médico y no militar le resultaba vergonzoso; confesar que había mentado, más vergonzoso todavía, y admitir que un samurái japonés pueda sentirse afectado por un apodo ofensivo, eso sí que está excluido del todo.

—Le agradezco su conferencia sobre el terna —dijo Gauche, haciéndole una reverencia jocosa—, pero, dígame, ¿también su defendido ha intentado huir por

vergüenza?

—*That's the point* —aprobó Jackson, antes enemigo y ahora de nuevo aliado—. *The yellow bastard almost broke my wrist.*

—Acierta otra vez, co-comisario. Huir del barco resulta imposible, y además, ¿huir adónde? Considerando que se encontraba en un callejón sin salida y sospechando que por delante sólo lo esperaban humillaciones, lo que mi defendido, si ustedes me permiten llamarlo así, ha pretendido verdaderamente era re-refugiarse en su camarote y acabar allí con su vida al estilo samurái. ¿No es cierto lo que digo, *monsieur Aono*? —preguntó Fandorin, dirigiéndose por primera vez directamente al japonés.

Este no respondió, aunque bajó la cabeza.

—Pero se hubiera llevado un fiasco —le dijo suavemente el diplomático—. Probablemente no ha oído bien lo que han dicho: la policía ha requisado su pu-puñal ritual durante el registro.

—¡Ah, se refiere usted al «hirakira», al «harikari», o como se llame eso! —Gauche sonrió maliciosamente—. Un disparate. No creo que ningún hombre se abra las tripas así como así. Un cuento. Si se tiene prisa por llegar al otro barrio, lo mejor es partirse la cabeza contra la pared. Pero tampoco voy a entrar a discutir aquí con usted, porque queda otra prueba que no creo que pueda refutar: el escalpelo que falta de su sitio. ¿Qué puede decirme de eso? ¿Que el verdadero asesino ha robado el escalpelo de su defendido para cometer el crimen y hacer que la culpa recaiga sobre Aono? ¡Eso no cuadra! ¿Cómo podía saber el asesino que el profesor iba a contarnos su descubrimiento precisamente hoy, después del almuerzo? Además, el mismo Sweetchilde acababa de caer en la cuenta de dónde estaba el truco del pañuelo. ¿Acaso no recuerda el aspecto que traía cuando entró corriendo en el comedor?

—Bien, explicar la falta del escalpelo me resulta de lo más se-sencillo, y no le hablo de suposiciones, sino de un hecho co-contrastado. ¿Recuerda que después de la escala en Port Said comenzaron a desaparecer objetos de pronto, de la manera más enigmática? Luego, esa misteriosa epidemia de desapariciones cesó tan repentinamente como había surgido. ¿Sabe cuándo cesó? Justo después de la muerte de aquel po-polizón negro. He pensado mucho en por qué y de qué manera subió aquel negro al *Leviatán*, y mi conclusión es la siguiente: lo más probable es que el negro fuera atrapado en el interior de África por comerciantes árabes de esclavos y llegara a Port Said por vía fluvial. ¿Que por qué lo creo así? Pues porque después de escapar de sus amos no se le ocurrió esconderse en otro sitio que en un barco. Probablemente debió de creer que si lo habían llevado a Europa en barco, otro barco lo devolvería a casa.

—¿Y qué relación tiene todo eso con nuestro caso? —Gauche no aguantó más—. ¡Su negro murió el cinco de abril y a Sweetchilde lo mataron ayer! ¡Así que basta ya! ¡Váyase al diablo con sus cuentos! ¡Jackson, llévese al detenido!

El comisario comenzó a andar con paso decidido hacia la puerta, pero el

diplomático lo agarró de pronto fuertemente por el codo y, con una amabilidad verdaderamente repulsiva, le dijo:

—Querido *monsieur* Gauche, quisiera co-contarle mi versión hasta el final. Tenga un poco de paciencia, termino enseguida.

Gauche intentó liberarse de la presión, pero los dedos de aquel criajo parecían de acero. Tras pegar un tirón, y otro más, el policía no quiso quedar en ridículo y se volvió hacia Fandorin.

—De acuerdo, le concedo cinco minutos —masculló entre dientes, clavando su mirada con odio en los apacibles ojos azules del insolente.

—Gra-gracias. Con cinco minutos tendré tiempo de sobra para rebatir su última prueba... Bien, supuse entonces que el polizón debía de tener un escondrijo secreto en algún lugar del barco, pero a diferencia de usted, capitán, yo no empecé a buscar por las bodegas y las carboneras, sino por la cubierta superior. A fin de cuentas, al «hombre negro» sólo lo habían visto algunos pasajeros de primera clase. Parecía razonable, pues, suponer que se escondía en algún sitio cerca de aquí. Y, efectivamente, en la tercera barca de salvamento contando desde proa y del lado de estribor, encontré lo que buscaba: restos de comida y un hatillo con algunas cosas, entre ellas, unos trapos muy coloreados, un collar de abalorios y varios objetos brillantes: un espejito de mano, un sextante, unos quevedos y, además de otros objetos, un gran escalpelo.

—¿Por qué tengo que creerlo? —estalló Gauche. El caso se le deshacía en polvo ante sus propios ojos.

—Porque no tengo ningún interés directo en este asunto y porque estoy di-dispuesto a confirmar mis declaraciones bajo juramento. ¿Me deja continuar? —El ruso esbozó aquella nauseabunda sonrisa suya—. Gracias. Al parecer, el pobre negro era un hombre emprendedor y no estaba dispuesto a regresar a casa con las manos vacías.

—¡Alto! ¡Alto! —Régnier frunció el entrecejo—. Entonces, ¿por qué razón, *monsieur* Fandorin, no nos comunicó su hallazgo ni al capitán ni a mí? ¿Qué derecho tenía usted a ocultarlo?

—¡No lo oculté! Dejé el hatillo en el mismo lugar donde lo e-encontré, pero cuando al cabo de unas horas, una vez la búsqueda llegó a su fin, me acerqué al bote, el hatillo había desaparecido. Estaba convencido de que sus marineros lo habían descubierto, pero ahora ha quedado claro que el asesino del profesor se adelantó a ellos. Todos los trofeos del negro, incluido el escalpelo del señor Aono, pasaron a sus manos. Seguramente el a-asesino previó la posibilidad de... tener que tomar una decisión extrema y guardó el escalpelo por si acaso. Para, si era necesario, orientar la investigación por un camino falso. Y ahora respóndanos, *monsieur* Aono, ¿le robaron a usted el escalpelo?

El japonés tardó un tiempo en contestar y luego asintió de mala gana.

—No se lo dije antes porque no es lógico que un oficial de la armada imperial sea

propietario de un escalpelo, ¿no le parece?

—¡El sextante es mío! —exclamó el pelirrojo *baronet*—. Al principio creí que..., pero bueno, no tiene importancia. Resulta que me lo había robado ese salvaje. Si a alguno de ustedes le parten la cabeza con mi sextante, señores, sepan por adelantado que no tengo culpa alguna.

Era el desastre total. Confuso, Gauche miró de reojo a Jackson.

—Lo siento mucho, señor comisario, pero deberá usted proseguir su crucero —dijo el inspector en francés, torciendo compasivamente sus delgados labios—. *My apologies, mister Aono. If you just stretch your hands... Thank you.*

Las esposas del policía hicieron un ruido metálico y quejumbroso.

Entonces fue cuando, rompiendo el silencio, estalló sonoramente la asustada voz de Renata Kleber.

—Señores, un momento. Entonces, ¿quién es el asesino?

Tercera Parte

BOMBAY - ESTRECHO DE PALK

Gintaro Aono

*Cuarto mes, decimoctavo día
A la vista del extremo meridional
de la península del Indostán*

Hace ya tres días que zarpamos de Bombay y durante todo este tiempo no he abierto mi diario. Es la primera vez que me ocurre, ya que tomé la firme decisión de escribir diariamente, pero he hecho esta pausa a conciencia. Tenía que poner en orden los sentimientos y pensamientos que me asedian.

La mejor expresión de la esencia de la transformación experimentada en mí es este haiku, que me vino a la imaginación justo en el momento en que el inspector de policía me liberó de las esposas de hierro.

*Vuelo solitario
el de la luciérnaga en la noche.
Pero en el cielo lucen las estrellas.*

Al instante comprendí que era la mejor poesía de todas las que había escrito nunca, pero no tenía claro su sentido y exigía una explicación al margen. Cavilé durante tres días, escuché a mi corazón y, al parecer, he comprendido al fin.

En mí se ha producido ese gran prodigio con el que sueña cualquier hombre: he experimentado el *satori*, o la catarsis, como la llamaban los antiguos griegos. ¡Cuántas veces me había dicho mi maestro que el *satori* llega, si llega alguna vez, por propia iniciativa, sin estímulos ni avisos de ninguna clase! ¡Un hombre puede ser justo y sabio, permanecer sentado en posición *zazen* muchas horas al día, leer una montaña de textos sagrados y, a pesar de todo, morir sin haber sido iluminado, mientras que a un holgazán cualquiera, que ande vagando estúpidamente y sin sentido por esta vida, el *satori* se le puede manifestar de pronto en todo su magnífico esplendor y transformará de golpe su inútil existencia! Yo he tenido esa suerte. He vuelto a nacer a los veintisiete años.

La iluminación y la purgación no cayeron sobre mí en un instante de concentración física y mental, sino en un momento en que me sentía aplastado, despreciable e insignificante, cuando de mí tan sólo quedaba la envoltura, como si fuera un globo reventado. Pero bastó que tintineara aquel estúpido hierro, el instrumento de mi transformación, para percibir al punto con una viveza inexpresable que yo ya no era yo, sino... No, así no. Que yo

ya no era sólo yo, sino una incontable multitud de vidas. Que yo no era un tal Gintaro Aono, el tercer hijo del gran consejero de su excelencia el príncipe Shimazu, sino una pequeña partícula, no por eso menos valiosa, del todo. Que yo estaba en todo el universo y que todo el universo estaba en mí. ¡Cuántas veces había oído yo esas palabras! Pero sólo he llegado a comprenderlas, mejor dicho, a sentirlas, el año undécimo de la era Meiji, cuarto mes, decimoquinto día; en la ciudad de Bombay, a bordo de un enorme barco europeo. En verdad que la voluntad del Altísimo es impredecible.

¿Cuál es el sentido de este terceto que surgió de mí de manera tan intuitiva? Que el hombre es una solitaria luciérnaga en las ilimitadas tinieblas de la noche. Que su luz es tan débil, que sólo llega a iluminar un trocito diminuto del espacio, y que a su alrededor sólo hay frío, oscuridad y miedo. Pero que si apartamos nuestra asustada mirada de la oscura tierra que se extiende aquí abajo y miramos hacia arriba (¡y para ello basta tan sólo echar hacia atrás la cabeza!), veremos el cielo cubierto de estrellas. Con su luz constante, brillante y eterna. Que no estamos solos en las tinieblas. Que las estrellas son nuestras amigas, que nos ayudan y no nos abandonarán en la desgracia. Y casi al momento comprendes otra cosa más, no menos importante: que la luciérnaga también es una estrella como todas las demás. Y que las que están allá arriba en el cielo también ven tu luz, y que tú las ayudas a soportar el frío y las tinieblas del universo.

Naturalmente, mi vida no va a cambiar. Seré el mismo de siempre: vano, estúpido y a merced de las pasiones, pero ahora siempre vivirá en el fondo de mi alma un conocimiento incontestable, que me salvará y me sostendrá en los momentos difíciles. A partir de ahora, ya no seré ese pequeño charco que una violenta ráfaga de viento puede esparcir por la tierra, sino un océano, y la tempestad que estalle sobre mi superficie con sus tsunami más envolventes nunca podrá rozar mis secretas profundidades.

Cuando al final llegué a comprender todo esto y mi alma estaba rebosante de alegría, recordé que la mayor de las virtudes es el agradecimiento. La primera estrella cuyo fulgor divise en mi diminuta oscuridad fue la de Fandorin-san. Precisamente gracias a él he comprendido que yo, Gintaro Aono, no le soy indiferente al mundo, que el inmenso exterior nunca va a abandonarme en la desgracia.

Pero ¿cómo se le puede hacer comprender a un hombre de otra cultura que él será eternamente mi *onjin*? No existe una palabra equivalente a esta en las lenguas europeas. Hoy, armándome de valor, he comenzado a hablar con él sobre esto, pero me parece que la conversación no ha llegado a ningún resultado sensato.

Esperé a Fandorin-san en la cubierta de las chalupas, sabiendo de

antemano que se presentaría allí con sus pesas a las ocho en punto.

Cuando apareció, embutido en su jersey a rayas (tendré que decirle que para la práctica de ejercicios físicos la ropa ancha es más conveniente que la ceñida), me acerqué y me incliné respetuosamente ante él. «¿Qué le pasa, *monsieur* Aono? —me preguntó, sorprendido—. ¿Por qué se queda inclinado?». Como verdaderamente resultaba del todo imposible dialogar en aquella posición, decidí incorporarme, a pesar de que, naturalmente, en una situación como aquella lo correcto habría sido mantener la inclinación más tiempo. «Con esto quiero expresarle mi ilimitado agradecimiento», le respondí muy conmovido. «Déjelo, no tiene importancia», dijo él, y dio un manotazo negligente al aire. Aquel gesto suyo me gustó mucho. Con él, Fandorin-san quería restar importancia al favor que me había prestado y también liberar a su deudor de un desmedido sentimiento de gratitud. Así se habría comportado en su lugar cualquier japonés de noble educación. Le dije que a partir de entonces me sentía con una impagable deuda hacia él. «¿De qué deuda me habla? —respondió encogiéndose de hombros—. Solamente quería bajarle los humos a ese pavo engreído». (El pavo es una horrible ave americana de cómicos andares y una exagerada convicción de su propia valía. En sentido figurado, un hombre estúpido y arrogante). Aunque aprecié de nuevo la delicadeza de mi interlocutor, me sentía terriblemente obligado a explicarle lo agradecido que le estaba. «Gracias por salvar mi inútil vida —le dije, y de nuevo me incliné—. Tres veces gracias por salvar mi honor, y gracias infinitas por abrirme un tercer ojo, con el que ahora veo lo que antes nunca vi». Fandorin-san clavó su mirada en mi frente (me pareció que con cierto desasosiego), como a la espera de que de un momento a otro se abriera y otro ojo comenzara a hacerle guiños.

Le dije que él era mi *onjin* y que a partir de ese momento mi vida le pertenecía, lo cual al parecer lo asustó aún más. «¡Oh, cómo deseo que se encuentre usted en un peligro mortal para acudir a salvarlo, igual que usted me ha salvado a mí!», exclamé yo. Él se santiguó y repuso: «Preferiría que no. Si no le importa, desee cualquier otra cosa, por favor».

La conversación no se afianzaba de ninguna manera. Desesperado, grité: «¡Sepa que haré por usted lo que haga falta!». Y precisé mi juramento para evitar cualquier malentendido posterior: «Siempre que ello no menoscabe a su majestad, a mi país o al honor de mi familia».

Mis palabras produjeron en Fandorin-san una extraña reacción. ¡Se echó a reír! No, de verdad creo que nunca llegaré a comprender a estos «cabelleras pelirrojas». «Bien, de acuerdo —respondió él. Entonces me dio un apretón de manos—. Si tanto insiste, sea como dice. Seguramente navegaremos juntos desde Calcuta hasta Japón. Puede pagarme la deuda dándome clases de japonés».

¡Ay!, este hombre no me toma en serio. Yo quiero su amistad, pero él está más interesado en el marino Fox, un hombre limitado y poco inteligente, que en mí. Mi benefactor pasa bastante tiempo en compañía de ese charlatán y escucha atentamente sus fanfarronadas sobre aventuras en el mar y lances amorosos. ¡Incluso lo va a visitar al cuarto de guardia! Si he de ser sincero, eso me ofende. Hoy mismo he presenciado cómo Fox le relataba sus amores con una «aristócrata japonesa» de Nagasaki y le hablaba de sus pechos pequeños, sus labios bermejos y todas las demás características personales de aquella «muñeca en miniatura». Probablemente, alguna prostituta barata del barrio portuario. ¡Una muchacha de buena familia no intercambiaría una sola palabra con un bárbaro! Pero lo que más me ofendía era que Fandorin-san escuchara sus desvaríos con tanta atención. Yo ya estaba a punto de inmiscuirme en la conversación cuando se acercó el teniente Régnier y mandó a Fox a hacer no sé qué cosa.

¡Pero bueno! ¡Aún no he escrito sobre un suceso importante que aconteció durante la travesía! A pesar de todo, la luciérnaga se ciega con su pequeño resplandor, que le impide ver el entorno circundante en su justa proporción.

Poco antes de zarpar de Bombay ocurrió una auténtica tragedia, a cuyo lado mis emociones resultan del todo insignificantes.

A las ocho y media de la mañana, cuando el barco ya levaba anclas y se preparaba a soltar amarras, el capitán Cliff recibió un telegrama.

Yo estaba en cubierta y contemplaba Bombay, la ciudad que había desempeñado un papel tan decisivo en mi destino. Quería que aquella vista quedase impresa para siempre en mi corazón. Y esa fue la razón de que fuera testigo de lo que ocurrió.

El capitán leyó el despacho y de repente su cara se transfiguró por completo. ¡Nunca había visto nada igual! Fue como si un actor de teatro no se despojase de la máscara del Guerrero Fiero y se pusiera la del Loco Desconsolado. La tosca faz del lobo de mar, curtida por el viento, se estremeció. El capitán exhaló lo que no sé si era un lamento o un sollozo, y comenzó a moverse de un lado a otro en cubierta: «*Oh, God!* —gritó con voz ronca—. *My poor girl!*». Y bajó corriendo desde el puesto de mando para encerrarse, como se aclaró más tarde, en su camarote.

Los preparativos de salida quedaron interrumpidos. El desayuno comenzó a la hora habitual, pero el teniente Régnier se retrasó. No hablábamos más que de la extraña conducta del capitán e intentábamos imaginar cuál podía ser el contenido del telegrama. El primer oficial entró en el salón cuando el refrigerio se acercaba a su final. El aspecto de Régnier-san era de gran consternación. Al parecer, la única hija de Cliff-san (ya escribí en su día que el capitán la quería con locura) había resultado gravemente herida en un

incendio ocurrido en su internado. Los médicos temían por su vida. El teniente Régnier dijo que el capitán Cliff estaba profundamente afectado; había tomado la decisión de abandonar inmediatamente el *Leviatán* y coger el primer paquebote que saliera en dirección a Inglaterra. Aseguraba que tenía que estar al lado de su hija. El teniente repetía una y otra vez: «¿Qué pasará ahora? ¡Qué travesía tan desgraciada!». Hicimos todo lo posible por consolarlo.

He de reconocer que desaprobaba la decisión tomada por el capitán. Comprendía su dolor, pero un hombre al que se le ha confiado una misión no tiene derecho a dejarse dominar por sus sentimientos personales. Especialmente si se trata de un capitán y manda un barco. ¿Qué le ocurriría a un país si su emperador, su presidente o su primer ministro antepusieran sus asuntos personales a su deber? Sería el caos, cuando el sentido y el deber del poder consiste precisamente en luchar contra el caos y mantener la armonía.

Salí de nuevo a cubierta para ver cómo mister Cliff abandonaba la nave que le había sido confiada. Y entonces el Altísimo me dio una nueva lección, la lección de la compasión.

El capitán, completamente encorvado, medio andaba medio corría por la pasarela. Llevaba en la mano una bolsa de viaje y un marinero iba tras él con una sola maleta. Ya en el muelle el capitán se detuvo y se volvió hacia el *Leviatán*, y pude ver que tenía el rostro bañado en lágrimas. Luego, vaciló un segundo y cayó desplomado al suelo.

Yo corrí hacia el caído. A juzgar por su respiración entrecortada y las convulsivas contracciones de sus extremidades, sufría un gravísimo ataque de apoplejía. El doctor Truffo, que llegó a continuación, confirmó mi diagnóstico.

Sí, ocurre a menudo que el cerebro de un hombre no puede soportar la divergencia entre la voz del corazón y la llamada del deber. Me siento culpable ante el capitán Cliff.

El enfermo fue llevado al hospital y el *Leviatán* permaneció largo tiempo inmovilizado en el atracadero. Régnier-san, con el rostro terroso por la conmoción, fue al telégrafo para mantener consultas con la naviera londinense. No regresó hasta el crepúsculo. Las noticias eran las siguientes: Cliff-san no recobraba el conocimiento; el barco sería temporalmente capitaneado por Régnier-san y en Calcuta subiría a bordo un nuevo capitán.

Zarpamos de Bombay con diez horas de retraso.

Durante todos estos días parece que no camino, sino que vuelo. Todo me alegra: el resplandor del sol, los paisajes de la costa de la India, la acompañada y ociosa vida que hay en este buque tan inmenso. Hasta el salón Windsor, donde siempre entraba con la angustia del tormento en el

corazón, se me antoja ahora una atmósfera casi familiar. Mis vecinos de mesa me tratan de manera completamente diferente, sin el desdén y la desconfianza de antes. Todos se muestran muy amables y atentos conmigo, y también yo me comporto con ellos de otra manera. Incluso Kleber-san, a la que antes hubiera estrangulado con mis propias manos (¡pobrecilla!), no me parece ahora tan desagradable. Se trata solamente de una mujer joven que se prepara para ser madre por primera vez y que está enteramente absorbida por el ingenuo egoísmo que le produce un estado desconocido para ella. Desde que sabe que soy médico, no deja de hacerme continuas consultas y de quejarse de indisposiciones sin importancia. Si antes su víctima era sólo el doctor Truffo, ahora los dos pagamos el pato, y lo que más me sorprende es que esto no me molesta en absoluto. Al contrario, mi estatus es ahora mucho más elevado que antes, cuando me consideraban un oficial del ejército. ¡Asombroso!

En el Windsor disfruto de una condición privilegiada. Y la razón de ello no reside únicamente en que sea médico o en que, como dijo *mistress* Truffo, haya sido un *innocent martyr* de la arbitrariedad policial. El motivo fundamental es que yo no soy el asesino. Está demostrado y oficialmente confirmado. Con esto he ingresado en la casta superior, a la que también pertenecen el comisario de policía y nuestro flamante teniente (quien, dicho sea de paso, ha dejado de frecuentar nuestra compañía casi por completo: ahora está muy ocupado y el camarero le lleva la comida directamente al puesto de mando). Los tres estamos fuera de sospecha y por eso nadie nos dirige furtivamente ninguna mirada de temor.

Siento pena por los demás comensales «wind-sorianos», una auténtica pena. Con mi recientemente adquirida visión espiritual, advierto ahora con gran claridad lo que los demás no ven, ni siquiera el perspicaz Fandorin-san: que el asesino no está entre mis convecinos. Ninguno de ellos se ajusta a la personalidad de un criminal. Los observo atentamente y veo, es cierto, que tienen sus defectos, sus debilidades, pero entre ellos no se encuentra ese hombre de negro corazón que puede acabar con la vida de once almas inocentes, incluidas las de dos niños. Habría percibido ya su fétido aliento. No sé a manos de quién murió Sweetchilde-sensei, pero estoy seguro de que lo hizo algún otro. El comisario se ha equivocado notablemente en sus suposiciones: el asesino está en el barco, pero no en el Windsor. Quizá estuviera escuchando detrás de la puerta cuando el profesor comenzó a contarnos su descubrimiento.

Si Gauche-san no fuera tan terco y mirara a los «windsorianos» de manera imparcial, comprendería que está perdiendo el tiempo.

Les pasaré revista a todos.

Fandorin-san. Su inocencia es evidente. Si no fuera así, ¿habría desviado

las sospechas que recaían sobre mí, cuando todos me consideraban culpable sin dudar?

El matrimonio Truffo. El doctor: algo ridículo, pero un buen hombre. No le haría daño ni a una mosca. Su esposa: la personificación del decoro inglés. No podría matar a nadie, simplemente porque le parecería de lo más indecente.

M. S.-san. Un hombre extraño, siempre rezongando en voz baja. A veces resulta brusco, pero en sus ojos lleva impresa la huella de un profundo y sincero sufrimiento. Los asesinatos a sangre fría no se cometen con unos ojos como esos.

Kleber-san. Aquí todo está más claro que el agua. En primer lugar, porque en el género humano no está escrito que una mujer en trance de traer una nueva vida al mundo pueda acabar con tanta desenvoltura con la vida de otros. El embarazo es un misterio que enseña a tratar con sumo cuidado la vida humana. Y en segundo lugar, porque en el momento del asesinato del científico Kleber-san se encontraba al lado del comisario.

Y por último, Stamp-san. No tiene coartada, pero cómo imaginar que ella pueda acercarse furtivamente a un conocido por la espalda, taponarle la boca con una mano tan fina y delicada, y levantar con la otra mi funesto escalpelo... No, es un completo desvarío. Está excluida de toda sospecha.

Frótese los ojos, comisario-san. Está usted en un callejón sin salida.

¿Por qué esta fatiga al respirar? ¿Acaso se aproxima una tormenta?

El comisario Gauche

«Este maldito insomnio no se atiene a razones. Cinco días llevo, la vida convertida en un suplicio, y cada día que pasa todo va a peor. Y justo cuando comienzo a adormilarme al amanecer, me asaltan de pronto unos sueños, ¡que Alá me libre! Me despierto completamente destrozado, atontado por esas pesadillas nocturnas. Me vienen unas tonterías enormes a la cabeza. ¿Será verdad que ha llegado la hora de jubilarme? ¡Cómo me gustaría olvidar todo esto!, pero no puede ser. En este mundo no hay nada peor que una vejez miserable. Alguien se empeña en echarse al bolsillo un tesoro de mil quinientos millones y mientras, yo, un viejo estúpido, estoy pensando en malvivir con ciento veinticinco mezquinos francos al mes».

Al anochecer el cielo se inundó de relámpagos, el viento empezó a aullar en los mástiles y el *Leviatán* comenzó a balancearse torpemente sobre unas impetuosas olas negras. Gauche llevaba un buen rato tendido en la cama mirando el techo del camarote, que tan pronto era negro como de un blanco extraordinario cuando flameaba algún relámpago. En cubierta azotaba la lluvia, y, en la mesa, un olvidado vaso que contenía la mixtura para su hígado enfermo se mecía adelante y atrás, haciendo repicar la cucharilla en su interior.

Era la primera vez en la vida que Gauche se veía en medio de una tempestad, pero no tenía miedo. ¿Acaso podía irse a pique un mastodonte como aquel? La tempestad zarandearía lo que quisiera y tronaría un buen rato, pero después pasaría de largo. El único inconveniente era que el estrépito de los truenos no lo dejaría dormir. Empieza uno a sumirse en el sueño, cuando de pronto resuena ese ¡«tramtrararam»!..., y otra vez desvelado.

Pese a todo, debió de quedarse dormido, porque de pronto se sentó de un brinco en la cama sin comprender en un primer momento qué ocurría. El corazón le latía con fuerza, como si retumbara en todo el camarote.

Pero no, no era el corazón, era la puerta.

—¡Comisario! —«Toc-toc-toc»—. ¡Comisario! —«Toc-toc-toc»—. ¡Abra! ¡Dese prisa!

¿De quién era aquella voz? Parecía la de Fandorin.

—¿Quién es? ¿Qué desea? —gritó Gauche, apretándose la palma de la mano contra la parte izquierda del pecho—. ¿Qué le ocurre, se ha vuelto loco?

—¡Abra, que el diablo se lo lleve!

¡Ajá! ¡Qué maneras de hablar había adoptado de pronto el diplomático! Parecía que estaba en un apuro.

—¡Voy!

Gauche se quitó pudorosamente de la cabeza el gorrito con borla (se lo había tejido la vieja Blanche), se echó encima la bata y se calzó las chancletas.

Miró por la puerta entreabierta y, cierto, era Fandorin. Iba vestido con levita y corbata, y llevaba en la mano un bastón con empuñadura de hueso. Los ojos le ardían

como dos pavesas.

—¿Qué quiere? —preguntó Gauche cautamente, presuponiendo que el visitante nocturno le respondería con alguna impertinencia.

El diplomático comenzó a hablar de una manera impropia en él, entrecortadamente, comiéndose las palabras, sin tartamudear:

—Vístase. Coja un arma. Hay que arrestar al capitán Régnier. Hemos de apresurarnos. Está llevando el barco contra los escollos.

Gauche movió la cabeza. ¡No estaría soñando otra estupidez de las suyas!

—¿Qué le ocurre, *monsieur* ruso, ha estado usted fumando hachís?

—No estoy solo —le respondió Fandorin.

El comisario asomó la cabeza y vio en el corredor a dos personas más. Uno era aquel *baronet* medio loco. Y el segundo, ¿quién era? ¡Ah, el primer timonel!... ¿Cómo diablos se llamaba?... ¡Ah, sí, Fox!

—Compréndalo cuanto antes. —El diplomático seguía bombardeando con sus frases entrecortadas—. Tenemos poco tiempo. Estaba leyendo en mi camarote cuando llamaron de pronto a la puerta. Era *sir* Reginald. Acababa de medir nuestras coordenadas, a la una de la madrugada. Con su sextante. Llevábamos un rumbo distinto. Debíamos bordear la isla de Mannar por la izquierda, pero lo hemos hecho por la derecha. He despertado al timonel. Fox, hable usted.

Fox dio un paso adelante. Estaba bastante asustado.

—*Monsieur*, ahí hay bancos de arena —comenzó a chapurrear en francés— y escollos. El *Leviatán* es muy pesado, ¡dieciséis mil toneladas, *monsieur*! Si encalla en la arena, se partirá por la mitad como un pan francés, como una *baguette*, ¿entiende? ¡Si navegamos media hora más con este rumbo, se acabó todo! ¡Será imposible dar marcha atrás!

¡Aquello sí que era una novedad! ¡Ahora el viejo Gauche también tenía que ponerse al día en asuntos de la mar! ¿Qué isla de Mannar le querían meter ahora en la cabeza?

—¿Y por qué no va usted y le dice al capitán que...? ¿Cómo era eso...? ¡Ah, sí! ¿Que navega con rumbo equivocado?

El timonel miró al ruso.

—*Monsieur* Fandorin dice que no se puede.

—Está claro que Régnier ha decidido jugarse el todo por el todo —volvió nuevamente a la carga el diplomático—. Es capaz de hacer cualquier cosa. Si se le antoja, puede arrestar al timonel. Por insubordinación. Incluso puede utilizar sus armas, para eso es el capitán. En el barco su palabra es ley. Aparte de nosotros tres, nadie está al corriente de lo que ocurre. Necesitamos a un representante del poder y ese es usted, señor comisario. ¡Subamos a cubierta!

—¡Un momento, un momento! —Gauche se llevó la mano a la frente—. Me ha hecho usted un lío en la cabeza. Entonces, ¿qué le pasa a Régnier? ¿Se ha vuelto loco?

—No, pero está dispuesto a hundir el barco y con él a todos los que viajamos a bordo.

—Pero ¿por qué? ¿Con qué objetivo?

No, aquello no podía estar ocurriendo realmente. Era un sueño, una maldita pesadilla.

Fandorin debió de comprender que no iba a ser fácil poner a Gauche en movimiento, porque comenzó a hablar en tono más claro y amenazador.

—Sólo se me ocurre una cosa, algo horrible. Que Régnier quiera hundir el buque y a todos los que navegamos en él para borrar las huellas de su delito, para destruir las pruebas bajo el agua. Sí, literalmente en el agua. ¿Qué? ¿No le cabe en la cabeza que exista alguien dispuesto a acabar tan fácilmente con la vida de mil personas? Pues acuérdesese de la rue de Grenelle, acuérdesese de Sweetchilde. Comprenderá entonces que en la búsqueda del tesoro de Brahmapur las vidas humanas valen bien poco.

Gauche tragó saliva.

—¿La búsqueda del tesoro, dice?

—Exacto. —Fandorin intentaba contenerse—. Régnier es el hijo del rajá Bagdassar. Yo lo sospechaba, pero no estaba seguro. Ahora no tengo ninguna duda.

—¿Cómo que su hijo? ¡Vaya tontería! Si el rajá era indio y Régnier es francés de pura cepa...

—¿No se ha dado cuenta de que no come carne de ternera ni de cerdo? ¿Sabe por qué?, por una costumbre de la infancia. La vaca se considera en la India un animal sagrado y los musulmanes no comen cerdo. El rajá era indio, pero de religión musulmana.

—Eso no significa nada. —Gauche se encogió de hombros—. Régnier dijo que estaba a dieta...

—¿Y su tez aceitunada?

—Se ha bronceado en estos mares del sur.

—Durante estos dos últimos años Régnier sólo ha realizado las rutas Londres-Nueva York y Londres-Estocolmo. Pregúntele a *monsieur* Fox... No, Gauche. Régnier es medio indio. La esposa del rajá Bagdassar era francesa, y durante el motín de los cipayos, los padres enviaron a su hijo a educarse a Europa. A Francia lo más probable, al país de la madre. ¿Ha estado alguna vez en el camarote de Régnier?

—Sí, me invitó a visitarlo, como a otros pasajeros...

—¿Vio la fotografía que tenía sobre la mesa? «Navega con buen viento. Françoise B.».

—Sí, la vi. Es su madre.

—Y si es su madre, ¿por qué una «B» y no una «R»? El apellido de una madre y de su hijo debe ser el mismo.

—Puede que ella se haya casado por segunda vez.

—Es posible, no he podido comprobarlo. Pero ¿y si «Françoise B.» significara en

realidad «Françoise Bagdassar»? Los rajás indios no tienen apellidos como los entendemos nosotros a la manera europea.

—¿Y de dónde ha sacado el apellido Régnier?

—No lo sé. Supongamos que, al naturalizarse francés, escogiera el apellido de soltera de su madre.

—Sólo conjeturas —cortó secamente Gauche—. No tiene ninguna prueba firme. Nada más que «y si...» y «supongamos que...».

—De acuerdo, pero ¿acaso no le resultó sospechosa la conducta de Régnier cuando se produjo el asesinato de Sweetchilde? ¿Recuerda cómo Régnier se ofreció a ir a por el chal de *madame* Kleber? Y también le pidió al profesor que no comenzara su relato hasta que estuviera de vuelta. Supongo que durante esos minutos de ausencia, Régnier tuvo tiempo de prenderle fuego a la papelera y acercarse a su camarote para coger el escalpelo.

—¿De dónde saca usted que el escalpelo lo tenía precisamente él?

—Ya le dije que el hatillo que llevaba el negro desapareció de la chalupa justo después del registro del barco. ¿Quién dirigió el registro? ¡Régnier!

Gauche movió la cabeza con aire escéptico. De pronto, el barco dio un bandazo tan fuerte que se hizo daño en el hombro al golpearse contra el marco de la puerta. Su humor no mejoró nada con ello.

—¿Recuerda cómo empezó Sweetchilde su relato? —continuó Fandorin, sacando el reloj del bolsillo y avivando el ritmo de su discurso—. Dijo: «Ahora sí que encaja todo. Lo del pañuelo y lo del hijo. Basta mirar en las listas de la École Maritime para encontrarlo». Con ello quería decir que no sólo había descubierto el enigma del pañuelo, sino que también había averiguado algo importante sobre el hijo del rajá. En concreto, que había estudiado en la École Maritime de Marsella, en la Escuela Náutica. Donde, dicho sea de paso, también se diplomó nuestro Régnier. El profesor habló de un telegrama que le había enviado a un conocido suyo del Ministerio de Interior francés. Quizá Sweetchilde quería aclarar la suerte que había corrido el niño y parece que averiguó algo, aunque no creo que llegara a descubrir que Régnier era precisamente el heredero de Bagdassar. De haber sido así, se habría conducido con mayor cautela.

—¿Y qué averiguó sobre el pañuelo? —preguntó Gauche con voraz interés.

—Creo que puedo responder a su pregunta, pero no ahora, más tarde. ¡El tiempo se acaba!

—Entonces, en su opinión, ¿fue Régnier el que provocó el incendio de la papelera para cerrarle la boca al profesor, aprovechándose del pánico? —volvió a preguntar Gauche, pensativo.

—¡Exactamente, así fue! ¡Váyase al diablo! ¡Hombre, reflexione un poco! Hay pocas pruebas, lo sé, pero veinte minutos más ¡y el *Leviatán* entrará en el estrecho sin remedio!

El comisario dudaba todavía.

—El arresto del capitán de un barco en alta mar equivale a un motín. ¿Por qué se ha creído usted tan a pies juntillas la información de ese señor? —Y movió la barbilla en dirección al *baronet* chiflado—. Al fin y al cabo siempre está diciendo tonterías.

El inglés pelirrojo sonrió con desprecio, mirando a Gauche como si fuera una pulga o una cucaracha, pero no se dignó responder.

—Pues porque hace tiempo que sospechaba de Régnier —respondió Fandorin rápidamente— y porque la historia del capitán Cliff me pareció de lo más sospechosa. ¿Por qué pasó el teniente tanto tiempo pidiendo instrucciones por telégrafo a la naviera? ¿O es que nadie en Londres tenía noticias de la desgracia que le había ocurrido a la hija de Cliff? Entonces, ¿quién envió el telegrama a Bombay? ¿La dirección del internado? No creo que estuviera tan al tanto de la ruta que seguía el *Leviatán*. Podría haberlo enviado el mismo Régnier... Mi guía turística dice que en Bombay hay como mínimo una docena de oficinas de telégrafos. ¡Resulta muy fácil mandar un telegrama de una oficina a otra dentro de los límites de la ciudad!

—¿Y para qué diablos necesitaba él mandar un telegrama de ese tipo?

—Para hacerse con el mando del barco. Sabía de antemano que Cliff, al recibir una noticia como esa, no continuaría la navegación. Pregúnteme mejor esto otro: ¿por qué Régnier decidió arriesgarse tanto? Naturalmente, no por un capricho tan estúpido como capitanear durante una semana el barco y luego esperar a ver qué ocurre. Sólo hay una explicación: porque quería hundir el *Leviatán* y, con él, a todos los pasajeros y la tripulación. La investigación le estaba rozando los talones, el cerco se estrechaba cada vez más; tenía muy claro que la policía continuaría vigilando a los sospechosos. Pero si ocurría un naufragio y moríamos todos, desaparecerían las pruebas, y él podría largarse tranquilamente a buscar el cofre con las piedras.

—¡Pero él también moriría con nosotros!

—No, no habría muerto. Acabamos de comprobarlo: la lancha del capitán está lista para ser lanzada al agua. Es un bote pequeño pero fuerte, resistiría una tormenta en alta mar sin problemas. Dentro hay provisiones de agua y de comida y, lo más conmovedor de todo, hasta un bolso de viaje con ropa. Seguramente Régnier decidiría abandonar el barco justo después de enfilear el angosto estrecho, de donde el *Leviatán* ya no saldría. El barco no podría dar la vuelta y, aunque se pararan las máquinas, la corriente lo llevaría de todas formas contra las rocas. Quizá pudiera salvarse alguien, pues la costa no está lejos, pero los desaparecidos serían dados por muertos.

—¡No se puede ser tan zoquete, *monsieur* policía! —intervino el timonel—. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Cuando el señor Fandorin me ha despertado diciéndome que la nave llevaba otra dirección, yo quería dormir y he tenido ganas de mandar al señor Fandorin al diablo. Pero me hizo una apuesta: cien libras contra una a que el capitán había cambiado el rumbo, y pensé que a lo mejor el ruso se había vuelto loco, ya sabe que los rusos son muy excéntricos, y que igual ganaba dinero de la manera más fácil. Así que he subido al puente. Todo estaba en orden. El capitán, en

el puesto de guardia, y el timonel, junto al timón. Pero había cien libras en juego, así que he comprobado el rumbo sin que nadie lo haya notado y... ¡he sentido un escalofrío! No le he dicho nada al capitán. El señor Fandorin me había advertido que no podía decirle nada, o sea, que me he callado. Les he deseado buena guardia y me he marchado. De eso hace —el marinero miró su reloj— veinticinco minutos.

Y añadió en inglés algo nada halagador para los franceses en general y para los policías franceses en particular. Gauche sólo pudo distinguir la palabra *frog*.

El detective dudó un segundo más y al fin tomó una decisión. Se transformó al instante. Sus movimientos se hicieron rápidos e impetuosos. Papá Gauche no era de los que arrancan al momento, pero cuando cogía carrera ya no había quien lo alcanzara.

Mientras se ponía la chaqueta y los pantalones a toda prisa, ordenó al timonel:

—Fox, vaya a la cubierta superior con dos marineros. Armados con carabinas. Que acuda también el ayudante del capitán. No, no hace falta: no tenemos tiempo que perder en más explicaciones.

Se metió en el bolsillo su fiel Lefauchaux y ofreció al diplomático una Mariette de cuatro cañones.

—¿Sabe usarla?

—Ya tengo la mía, una Herstal Agent —respondió Fandorin, y le enseñó un bello revólver compacto que Gauche nunca había visto—. Y también esto otro.

Y con un movimiento fulminante sacó del bastón una fina hoja de acero afilado.

—Entonces, adelante.

Gauche decidió no dar ninguna arma al *baronet*. ¡Cualquiera sabía lo que un psicópata como él podía hacer!

Los tres echaron rápidamente a andar por el largo y solitario pasillo. Entonces la puerta de uno de los camarotes se entreabrió y por ella asomó Renata Kleber, con un chal echado por encima de un vestido marrón.

—Señores, ¿por qué pisan ustedes de esa manera, como una manada de elefantes? —Y exclamó con despecho—: ¡Como si no tuviera bastante con esta tempestad para no poder dormir!

—Cierre la puerta y no salga a ningún sitio —le ordenó Gauche con severidad. Y, sin detenerse, empujó a Renata hacia el interior del camarote. No era momento para ceremonias.

Al comisario le pareció que la puerta del camarote número veinticuatro, el de *mademoiselle* Stamp, también se movía y se entreabría. Pero no venía al caso dar importancia a cosas tan baladíes en un instante tan decisivo como aquel.

La lluvia y el viento golpearon sus rostros en cubierta. Tuvieron que gritar, porque no había otra manera de oírse los unos a los otros.

Allí estaba la escalerilla que conducía al cuarto de derrota y al puesto de mando. En el primer peldaño los esperaba Fox, acompañado de dos marineros de la guardia.

—¡Le había dicho que trajeran carabinas! —gritó Gauche.

—¡Están guardadas en la armería! —le gritó el marino a la oreja—. ¡Y la llave la tiene el capitán!

—No importa, subamos —indicó Fandorin con un gesto. La cara le brillaba por las gotas de lluvia.

Gauche miró a su alrededor y sintió un escalofrío: la noche centelleaba con aquellos hilos de lluvia de color acero, blanqueaba con aquellas crestas de espuma, enseñaba los dientes con sus relámpagos. ¡Qué horror!

Treparon por la escalerilla de hierro, produciendo un auténtico estrépito con los tacones de las botas y entornando los párpados a causa de los cortantes chorros de lluvia. Gauche subía en cabeza. En ese momento era el hombre más importante en aquel inmenso *Leviatán*, que con su cuerpo de doscientos metros avanzaba confiadamente hacia el desastre. El detective resbaló en el último peldaño, pero logró asirse al pasamanos. Se enderezó y cobró aliento.

Ya habían llegado. Más arriba sólo quedaban ya las chimeneas, que escupían chispas, y los mástiles, que apenas se distinguían en la oscuridad. Junto a la puerta ribeteada con remaches de acero, Gauche levantó un dedo en señal de advertencia: ¡silencio! La precaución parecía del todo innecesaria. El mar rugía con tanta fuerza que nadie podría escuchar nada desde el cuarto de derrota.

—¡Ahí está la entrada al puesto de mando y al cuarto de derrota! —gritó Fox—. ¡Pero no se puede entrar sin el permiso del capitán!

Gauche sacó el revólver del bolsillo y movió el gatillo. Fandorin hizo lo mismo.

—¡Usted, estese quieto! —ordenó el detective al diplomático, que, como siempre, mostraba demasiado celo—. ¡Lo haré yo! ¡Ah, he hecho mal en seguir sus indicaciones! —Y empujó la puerta con decisión.

Pero, para su sorpresa, esta no cedió.

—Se ha encerrado con llave —constató Fandorin—. ¡Fox, hable usted!

El marinero golpeó la puerta y gritó con voz estentórea:

—*Captain, it's me, Jeremy Fox! Please open! We have an emergency!*

La voz de Régnier llegó amortiguada desde detrás de la puerta:

—*What happened, Jeremy?*

Pero la puerta seguía cerrada.

El marinero miró a Fandorin confuso. Este señaló al comisario, luego hizo una pistola con la mano, apoyó un dedo en su sien y simuló que bajaba el percutor. Gauche no comprendió qué significaba aquella pantomima, pero Fox asintió con la cabeza y gritó, rompiéndose la garganta:

—*The french cop shot himself!*

Entonces la puerta se abrió inmediatamente y Gauche mostró con satisfacción al capitán su cara empapada por la lluvia, pero vivita y coleando. Y con ella el agujero negro del cañón de su Lefauchaux.

Régnier lanzó un grito y retrocedió como si lo hubieran golpeado. Aquello sí que era una prueba evidente. Ningún hombre con la conciencia limpia se asusta así de la

policía. De manera que Gauche, ya sin vacilación alguna, cogió al marino por el cuello de su chaqueta impermeable.

—Me alegro de que la noticia de mi muerte le produzca una impresión tan grande, señor rajá —masculló el comisario en voz baja, antes de soltar su grito de guerra, famoso en todo París—. ¡Arriba las manos! ¡Queda usted detenido!

Solía ocurrir que incluso a los más redomados bandidos de París les daba un patatús al oír aquellas palabras.

El timonel se quedó completamente inmóvil al lado del timón, vuelto a medias hacia ellos, y también alzó los brazos, de manera que la rueda del timón comenzó a girar lentamente hacia la derecha.

—¡Coge el timón, idiota! —le gritó Gauche—. ¡Eh, tú! —apuntó con el dedo a un marinero de la guardia—. Trae rápido al primer ayudante del capitán para que asuma el mando de la nave. Mientras tanto disponga usted, Fox, y vamos ¡dese prisa! ¡Ordénele a la sala de máquinas «paren máquinas» o, no sé, «atrás toda»! ¡Lo que sea, pero no se quede ahí parado como un pasmarote!

—Tengo que mirar —dijo el contramaestre, inclinándose sobre la carta marítima—, quizá todavía no sea tarde para girar completamente a babor.

Con Régnier todo estaba claro. El sinvergüenza ni siquiera había intentado mostrarse indignado. Se había quedado allí de pie, quieto, con la cabeza gacha, las manos alzadas y los dedos temblando ligeramente.

—Bien, y ahora vamos a hablar —le dijo Gauche con cordialidad—. ¡Ah, qué buena charla vamos a tener!

Renata Kleber

Renata llegó más tarde que los demás al desayuno y por eso fue la última en conocer los sucesos de la noche anterior. Todos competían por ponerla al corriente de unas noticias sorprendentes y terribles.

Que el capitán Régnier ya no era capitán.

Que Régnier no era ningún Régnier.

Que era el hijo del famoso rajá.

Que había sido el autor de todos los asesinatos.

Que el barco había estado a punto de irse a pique la noche anterior.

—Así que, mientras dormíamos un apacible sueño en nuestros camarotes —le susurró Clarisa Stamp, con los ojos abiertos como platos a causa del horror—, ese hombre conducía el barco derecho contra las rocas. ¿Se imagina lo que habría ocurrido después? ¡Un chirrido desgarrador, una sacudida, el crujido de las chapas deshaciéndose! El golpe nos lanza de la cama al suelo y en un primer momento no se entiende nada. Luego, gritos, la gente corriendo de un lado para otro, el suelo inclinándose más y más a un lado, y lo peor de todo: ¡el barco, que siempre avanzaba, ahora se detiene! Todos salimos corriendo a cubierta, desnudos...

—*Not me* —intervino *madame* Truffo, resuelta.

—... los marineros intentan echar al mar las lanchas de salvamento —continuó la impresionable Clarissa con la misma entonación dramática y apagada, sin hacerle el más mínimo caso a la réplica de la esposa del doctor—, pero los pasajeros corren desordenadamente por la cubierta y obstaculizan sus movimientos. A cada golpe de mar el barco se inclina cada vez más. Ya resulta difícil mantenerse en pie, hay que agarrarse a algo. La noche es siniestra, el mar ruge, la tormenta restalla en el cielo... Al fin logran bajar una chalupa al agua, pero tanta gente enloquecida por el terror se agolpa en ella, que termina por volcar. Los niños pequeños...

—Quizá ya sea suficiente. —Fandorin interrumpió el relato, en tono suave pero decidido.

—*Madame*, debería usted dedicarse a escribir novelas sobre el mar —observó el doctor con reprobación.

Renata se había quedado inmóvil, con una mano sobre el corazón. Si había dormido mal y ya estaba pálida de por sí, con aquellas noticias su rostro adquirió un aspecto absolutamente verdoso.

—¡Ay! —exclamó, y repitió—: ¡Ay! —A continuación, reprendió severamente a Clarissa—: ¿Por qué me cuenta usted todos esos horrores? ¿Acaso no sabe que en mi estado no se deben escuchar cosas de ese tipo?

Chucho no estaba a la mesa. ¡Y no era habitual en él sacrificar un refrigerio!

—¿Dónde está *monsieur* Gauche? —preguntó Renata.

—Está todavía «interrogando» al capitán —le respondió el japonés. En los últimos días había abandonado su mohína cara habitual y también había dejado de mirar a

Renata como un perro rabioso.

—Pero ¡no es posible que *monsieur* Régnier reconozca todas esas barbaridades! —se sorprendió ella—. ¡Que se calumnie a sí mismo de esa manera! Debe de habersele perturbado la razón. ¿Saben?, ya noté hace tiempo que estaba un poco raro. ¿Ha dicho él que es el hijo del rajá? Menos mal que no es el hijo de Napoleón Bonaparte. ¡El pobre ha perdido el juicio, está claro!

—Eso también, señora, eso también. —A sus espaldas sonó la cansada voz del comisario Gauche.

Renata no lo había oído entrar. Y no era extraño. El mar seguía revuelto, el barco se mecía a merced de las fuertes olas y siempre había algo que crujía, repicaba o chirriaba. El big ben, herido de bala, no movía ya su péndulo sino que se movía todo él por entero. Tarde o temprano, aquel engendro de roble terminaría por derrumbarse estrepitosamente, pensó Renata de pasada, antes de dirigirse a Chucho.

—¡Bueno, qué ha pasado, cuéntenos! —lo apremió con voz urgente.

El policía se acercó tranquilamente a su silla y se sentó. Luego hizo una seña al camarero para que le sirviera café.

—¡Uf, estoy hecho polvo! —se quejó—. ¿Y los pasajeros? ¿Están al corriente?

—Todo el barco murmura, pero pocos conocen los detalles —respondió el doctor—. A mí me lo ha contado todo mister Fox y yo he considerado un deber informar a los presentes.

Chucho miró a Fandorin y al Psicópata pelirrojo, y movió la cabeza sorprendido.

—Tengo que reconocer, señores, que no son ustedes muy parlanchines.

Renata comprendió la indirecta, pero en ese momento consideró que procedía y la pasó por alto.

—¿Y Régnier? —volvió a preguntar—. ¿Es posible que se haya confesado autor de todos esos crímenes?

Chucho sorbió con placer su primer trago de café. Esa mañana no parecía el mismo. Había dejado de ser aquel perro viejo y ladrador que nunca mordía, y el de ahora era muy capaz de lanzar un mordisco. Una sola distracción y podía arrancarte un trozo de carne. Renata decidió cambiarle de apodo: el comisario se llamaría «Bulldog».

—¡Qué café tan sabroso! —alabó Bulldog—. Ha confesado, por supuesto que ha confesado. No tenía escapatoria. Me ha costado mi tiempo, como es natural, pero el viejo Gauche tiene demasiada experiencia. Su amigo Régnier está escribiendo ahora su confesión y está absorto en la tarea, no hay manera de pararlo. He salido para no molestar.

—¿Por qué «mi amigo»? —se alarmó Renata ante sus palabras—. ¡No diga eso! Es solamente un hombre educado, siempre dispuesto a servir a una mujer embarazada. ¡Sigo sin poder creer que se trate de un monstruo!

—En cuanto termine de escribir la declaración, se la dejaré para que la lean —les prometió Bulldog—. Por nuestra vieja amistad, por todas las horas que hemos pasado

juntos en esta mesa. Ya se ha acabado todo; la investigación ha terminado. ¡Supongo, *monsieur* Fandorin, que esta vez no se ofrecerá como abogado defensor de mi cliente! ¡A este no lo salva ya nadie de la guillotina!

—Querrá decir del manicomio, con más probabilidad —repuso Renata.

El ruso también quiso decir algo, pero se contuvo. Renata lo miró con atención. Estaba tan fresco y tan guapo como si se hubiera pasado la noche durmiendo tranquilamente en su cama. Y tan bien vestido como siempre, recién cambiado y flamante: una chaqueta blanca y un chaleco de seda con estrellitas. Un individuo muy particular. Renata nunca había conocido a otro como él.

Justo en ese momento, la puerta se abrió tan bruscamente que poco faltó para que saliera volando de las bisagras. En el umbral apareció un marinero que se puso a mirar nerviosamente en todas direcciones. Cuando divisó a Gauche, corrió hacia él y comenzó a susurrarle algo mientras agitaba los brazos desesperadamente.

Renata aguzó el oído, pero sólo pudo distinguir las palabras *bastard* y *by my mother's grave*.

¿Qué otra cosa podía haber ocurrido?

—Doctor, salga conmigo al pasillo —dijo Bulldog, apartando de mala gana el plato con su huevo frito—. Tradúzcame usted lo que farfulla este muchacho.

Salieron los tres juntos.

—¡Cómoooo! —Del corredor llegó el bramido del comisario—. ¿Y tú hacia dónde mirabas, animal?

Ruido de pasos que se alejaban. Silencio.

—Pues yo no voy a moverme de aquí hasta que regrese *monsieur* Gauche —dijo Renata con firmeza.

Los demás parecían tener la misma opinión.

Una tensa quietud cayó sobre el salón Windsor.

El comisario y Truffo regresaron a la media hora. Los dos mostraban un rostro de lo más sombrío.

—Ha ocurrido lo que se podía esperar —declaró solemnemente el pequeño doctor sin esperar a que le preguntaran—. Punto final a esta trágica historia. Y lo ha puesto el asesino en persona.

—¿Ha muerto? —preguntó Renata, que saltó de su asiento y se puso en pie.

—¿Se ha suicidado? —inquirió Fandorin—. ¿Cómo? ¿Acaso no tomó usted medidas preventivas?

—¡Cómo no iba a hacerlo, claro que las tomé! —Gauche abrió los brazos, desesperado—. En el calabozo del buque donde lo he interrogado sólo hay una mesa, dos sillas y un camastro, y las patas de los muebles están atornilladas al suelo. Pero si un hombre está decidido a morir, no hay manera de impedirselo. Régnier se ha abierto la cabeza golpeándose contra un borde de la pared, contra un saliente que hay

en un rincón del cuarto... Y lo ha hecho con tanta habilidad que el centinela no ha oído un solo ruido. Cuando han abierto la puerta para darle el desayuno, lo han encontrado tirado en el suelo sobre un charco de sangre. He ordenado que no lo toquen, así que sigue en el mismo sitio.

—¿Me permite echar un vistazo? —pidió Fandorin.

—Hágalo. Curioseee cuanto quiera mientras me acabo el desayuno. —Y Bulldog se acercó tranquilamente el huevo frito, que ya estaba frío.

Fueron a ver al muerto cuatro personas: Fandorin, Renata, el japonés y, cosa harto extraña, la esposa del doctor. ¿Quién podía esperar esa curiosidad en aquella cabra tan cursi?

A Renata le castañeaban los dientes cuando miró al interior del calabozo por encima de los hombros de Fandorin. Vio aquel cuerpo de anchos hombros que le resultaba tan familiar tirado en diagonal, con la cabeza de negra cabellera situada junto a la protuberancia del ángulo de la pared. Régnier estaba tendido boca abajo, con el brazo derecho torcido de una manera poco natural.

Renata prefirió no entrar, ya tenía bastante con lo que había visto. Los demás sí entraron y se acuclillaron sobre el cadáver.

El japonés levantó ligeramente la cabeza del muerto y, por alguna razón, tocó la frente ensangrentada con el dedo. ¡Ah, claro, al fin y al cabo era médico!

—*Oh Lord!, have mercy upon this sinful creature* —exclamó piadosamente *madame Truffo*.

—Amén —respondió Renata, que se volvió para dejar de ver aquel penoso espectáculo.

Regresaron al salón en silencio.

Y llegaron justo a tiempo. Bulldog acabó su refrigerio, se limpió los labios grasientos con una servilleta y acercó su carpeta negra.

—Les he prometido leerles las declaraciones de nuestro antiguo vecino de mesa —dijo imperturbable. Colocó ante sí tres hojas de papel rellenas con una escritura compacta, dos enteras y una cortada por la mitad—. Vistos los acontecimientos, al final no se trata tanto de una mera confesión como de una carta de última voluntad. Pero eso no cambia la esencia del asunto. ¿Desean escuchar?

No tuvo que repetir la propuesta, pues todos rodearon al comisario conteniendo la respiración. Bulldog cogió la primera hoja, la apartó un poco de sus ojos y comenzó a leer.

Al representante de la policía francesa,
señor comisario Gustave Gauche

19 de abril de 1878, seis y cuarto de la mañana
A bordo del *Leviatán*

Yo, Charles Régnier, hago la confesión que sigue por propia voluntad y sin coacción alguna, con el único deseo de aliviar mi conciencia y dar a conocer los motivos que me incitaron a cometer graves delitos.

El destino siempre fue cruel conmigo...

—¡Bah, ya he escuchado esta canción mil veces! —comentó el comisario, interrumpiendo la lectura—. Todavía no ha nacido el asesino, el ladrón o el corruptor de menores que afirme delante del juez que el destino le concedió todos los dones y que fue él, el muy hijo de perra, quien no se hizo merecedor de ellos. Está bien, continuemos.

El destino siempre fue cruel conmigo y si me acarició en los albores de mi vida, lo hizo para golpearme después con más dureza. Mis primeros años transcurrieron inmersos en un lujo indescriptible. Era el único hijo y heredero de un rajá fabulosamente rico, un hombre muy bueno, conocedor de la sabiduría tanto de Oriente como de Occidente.

Hasta los nueve años no supe lo que era la maldad, el miedo, la ofensa o un deseo insatisfecho. Mi madre, que sentía nostalgia en un país ajeno, siempre me hablaba de la magnífica Francia y de la alegre París, donde ella había crecido. Mi padre la había visto por primera vez en el club Bagatelle, donde era la primera bailarina, y se había enamorado locamente de ella. Françoise Régnier (así se llamaba mi madre de soltera; yo tomé su apellido cuando recibí la ciudadanía francesa) fue incapaz de resistirse a las tentaciones que suponía la boda con un soberano oriental y se convirtió en su esposa. Pero el matrimonio no le reportó la felicidad, y eso que ella siempre respetó sinceramente a mi padre y le ha guardado fidelidad hasta el día presente.

Cuando la India se vio sumida en la ola de un motín sangriento, mi padre advirtió el peligro y envió a su esposa y a su hijo a Francia. El rajá sabía que los ingleses ambicionaban su cofre secreto desde hacía tiempo y que cometerían cualquier ruindad para conseguir los tesoros de Brahmapur.

Al principio mi madre y yo vivimos a todo lujo en París, en una villa privada con multitud de sirvientes. Estudié en un colegio para privilegiados junto con los hijos de monarcas reinantes y de millonarios, pero después todo cambió bruscamente y me vi obligado a beber del cáliz de la necesidad y la humillación más extremas.

Nunca olvidaré aquel infausto día en que mi madre me comunicó que había perdido para siempre a mi padre, mi título y mi patria. Tuve que esperar un año a que la embajada británica en París me hiciera entrega de la única herencia legada por mi padre: un pequeño ejemplar del Corán. Por entonces, mi madre ya me había bautizado y acudía a misa regularmente, pero me juré

que aprendería árabe para leer las anotaciones hechas por la mano de mi padre en los márgenes del Libro Sagrado. Muchos años después cumplí mi propósito, pero de eso escribiré luego.

—Paciencia, paciencia —pidió Gauche, sonriendo con picardía—. Ya llegaremos a ese capítulo. Por el momento continúa la lírica.

Nada más recibir la dolorosa noticia abandonamos nuestra villa. Primero nos mudamos a un hotel caro, luego a un hostel más humilde y, por último, a unas habitaciones de alquiler. Cada vez teníamos menos criados y al final nos quedamos solos. Mi madre nunca había sido una mujer práctica, ni en los años de su juventud ni después. Las joyas que llevó consigo a Europa pudieron mantenernos sólo dos o tres años, y después caímos en la más auténtica necesidad. Me cambié a una escuela pública, donde mis compañeros me pegaban y me llamaban «moreno». Aquella vida me enseñó a ser reservado y rencoroso. Escribía un diario secreto, en el que apuntaba los nombres de mis ofensores para vengarme de ellos cuando se me presentara la ocasión. Y, tarde o temprano, la ocasión se presentaba siempre. A un enemigo de mi infeliz adolescencia lo encontré en Nueva York muchos años después. Él no me reconoció —por entonces yo ya había cambiado de apellido y no me parecía en nada a aquel delgado y acorralado «indito», como me llamaban para burlarse de mí en la escuela—. Una noche abordé a mi antiguo conocido cuando regresaba borracho de la taberna. Me presenté a él con mi nombre de entonces y atajé en seco su exclamación de sorpresa con un navajazo en el ojo derecho, un golpe que había aprendido en los garitos de Alejandría. Confieso ahora este asesinato, porque no creo ya que agrave la suerte que me espera.

—Eso, seguro —confirmó Bulldog—. Lo mismo daba ya un cadáver más que menos.

Cuando tenía trece años, nos mudamos de París a Marsella porque allí la vida era más barata y mi madre tenía parientes en esa ciudad. A los dieciséis años, después de cometer un delito que ahora no quiero recordar, me marché de casa y me enrolé como grumete en una goleta. Durante dos años navegué por el Mediterráneo. Fue una experiencia dura pero muy útil. Me hice fuerte, cruel y maleable. Más tarde eso me permitió convertirme en el mejor alumno de la École Maritime de Marsella. Terminé los estudios con medalla y desde entonces he navegado en los mejores barcos de la flota comercial francesa. Cuando a finales del año pasado se anunció el concurso para el puesto de primer teniente en el gran buque *Leviatán*, mi hoja de servicios y mis

excelentes recomendaciones me permitieron ganarlo. Pero para entonces yo ya había encontrado mi objetivo.

Gauche tomó la segunda hoja y anunció:

—Ahora empieza lo más interesante.

Durante mi infancia me habían enseñado árabe, pero mis profesores eran demasiado condescendientes con el príncipe heredero y aprendí poco. Mis clases se interrumpieron más tarde, cuando mi madre y yo fuimos a Francia, y muy pronto olvidé lo poco que había aprendido. Durante muchos años aquel Corán con las anotaciones paternas me pareció un libro mágico, cuya misteriosa caligrafía le resultaba imposible de descifrar a cualquier simple mortal. ¡Cómo agradecí después a la Fortuna que no hubiera dado a leer a ningún conocedor del árabe aquellas notas de los márgenes! No, me costara lo que me costara, yo debía penetrar solo en el secreto. Me dediqué de nuevo al estudio del árabe cuando comencé a navegar por el Magreb y el Levante. Poco a poco, el Corán comenzó a hablar conmigo con la voz de mi padre. Pero pasaron largos años antes de que las anotaciones manuscritas —coloristas sentencias de sabios, fragmentos de poesías y consejos para la vida de un amante padre a su hijo— me sugirieran que encerraban un código. Si las notas se leían en un orden determinado, adquirirían el significado de una instrucción precisa y detallada, pero su total comprensión sólo estaría al alcance de aquel que aprendiera las anotaciones de memoria, meditara largamente sobre ellas y las imprimiera para siempre en su corazón. Me devané los sesos, en especial, sobre esta estrofa de una poesía completamente desconocida:

*El enviado de la muerte te llevará
el pañuelo empapado en sangre paterna.*

Hasta el año pasado, cuando leía las memorias de un general inglés que se jactaba de sus «hazañas» durante la Gran Rebelión (mi interés sobre este tema era muy comprensible), no supe del regalo póstumo que el rajá de Brahmapur le había hecho a su joven hijo. ¡El Corán iba envuelto en un pañuelo! Sentí que caía un velo de mis ojos. Unos meses después, lord Littleby exponía su colección en el Louvre. Me convertí en el visitante más asiduo de la exposición. Cuando vi el pañuelo de mi padre, comprendí el significado de estos versos:

Y con su forma puntiaguda

se asemeja al dibujo y ala montaña.

Y de estos otros:

*Pero el ojo insondable del pájaro del paraíso
será capaz de penetrar en el secreto.*

¿Deberé explicar que en todos aquellos años de exilio sólo había soñado con aquel cofre de arcilla donde se guardaba toda la riqueza del mundo? ¡Cuántas veces soñé que la tapa se abría bruscamente y, como en mi más lejana infancia, veía aquel resplandor de otro mundo inundando de nuevo el universo!

Aquel tesoro me pertenecía por derecho, yo era su heredero legítimo. Los ingleses me lo habían arrebatado, pero no habían sabido explotar los frutos de su perfidia. La infame ave carroñera de Littleby, que tanto se jactaba de sus «raros objetos», era un vulgar acaparador de objetos robados. No albergaba la menor duda sobre la legitimidad de mis derechos y sólo temía una cosa: no ser capaz de cumplir la tarea que me había impuesto.

La verdad es que cometí una serie de errores terribles, imperdonables. El primero, la muerte de los criados y, en especial, de aquellos pobres niños. De veras que no quería matar a esas personas, completamente inocentes. Como ustedes correctamente adivinaron, me hice pasar por médico y les suministré una solución de opio. Sólo quería adormecerlos, pero, por falta de práctica y por temor a que el somnífero no tuviera efecto, calculé mal la dosis.

El segundo sobresalto me esperaba en el piso de arriba. Tras romper el cristal de la vitrina, cuando, con las manos temblorosas de emoción, apretaba el pañuelo paterno contra mi rostro, se abrió de repente una de las puertas y el dueño de la casa entró cojeando en la habitación. Según mis informaciones, el lord debía estar de viaje, pero de pronto lo tuve allí delante, ante mí, y por si fuera poco, ¡con una pistola en la mano! No tenía elección. Cogí la estatuilla de Shiva y golpeé al lord en la cabeza con todas mis fuerzas. No cayó hacia atrás, se derrumbó hacia delante, me cogió las manos y me salpicó la ropa de sangre. Debajo de la bata blanca llevaba el uniforme de desfile, compuesto por esos pantalones azul oscuro con ribete rojo de los marinos, tan parecidos a los pantalones de los funcionarios del servicio de sanidad municipal. Estaba muy orgulloso de esa ocurrencia, pero al final fue la causa de mi perdición. En los estertores de la muerte, el infeliz lord me arrancó del pecho, por la bata abierta, el emblema del *Leviatán*. No reparé en la pérdida hasta regresar al barco. Aunque pude reemplazar el emblema, no cabía duda de que había dejado una pista funesta.

No recuerdo cómo escapé de la casa. No me atrevía a salir por la puerta, así que salté la tapia del jardín. Recuperé la calma a orillas del Sena. En una mano llevaba la ensangrentada estatuilla, y en la otra, la pistola: ni yo mismo sabía por qué la había cogido. Temblando de asco, arrojé al agua lo uno y lo otro. El pañuelo lo llevaba en el bolsillo de la casaca, debajo de la bata blanca, y me calentaba el corazón.

Al día siguiente supe por los periódicos que yo era el asesino no sólo de lord Littleby, sino de otras nueve personas más. Omitiré la impresión que sentí en ese momento.

—Ya, ya. —El comisario movió la cabeza—. ¡Qué sensible es este chico! Parece que se esté defendiendo ante el tribunal: «¡Señores, juzguen ustedes mismos! ¿Acaso podía actuar de otra manera? Ustedes, en mi lugar, habrían hecho lo mismo». ¡Qué sinvergüenza! —Y continuó la lectura.

El pañuelo me sacó de quicio. Aquel pájaro mágico con un agujero en el lugar del ojo ejercía sobre mí un extraño poder. No actuaba a mi voluntad, sino doblegándose a una voz oculta, que me ha llevado y dirigido hasta la hora presente.

—Vaya, ahora tira la caña para ver si pesca la atenuante de irresponsabilidad psíquica —sonrió Bulldog con condescendencia—. Ya conocemos esas triquiñuelas, las hemos oído bastante.

Cuando navegábamos por el canal de Suez, el pañuelo desapareció de mi secreter. Me sentí abandonado a mi suerte. Ni se me pasó por la cabeza que me lo hubieran robado. A esas alturas, estaba bajo el poder de aquel sentimiento místico hasta tal punto, que el pañuelo me parecía un ser vivo y animado. Pensé, por tanto, que el pañuelo me había considerado indigno de él y me había abandonado. Me sentía desconsolado, y si no intenté suicidarme fue sólo por la esperanza de que el pañuelo se apiadara de mí y volviera conmigo. ¡Qué esfuerzo tan enorme me costó ocultar esa desesperación ante ustedes y mis compañeros de trabajo!

Pero luego, en la víspera de nuestra llegada a Adén, ¡ocurrió el milagro! Cuando oí el grito de terror de *madame* Kleber, salí corriendo hacia su camarote y vi de pronto a aquel negro, que había aparecido de no se sabía dónde y llevaba anudado al cuello mi pañuelo desaparecido. Naturalmente, ahora sé que todo fue muy sencillo, que el salvaje había entrado en mi camarote dos días antes y se había llevado aquel trozo de tela brillante, pero en aquel momento sentí una especie de horror sagrado. ¡Como si el ángel de

las tinieblas surgiera en persona del infierno mismo para devolverme mi tesoro!

Maté al negro en la lucha que siguió y, aprovechándome del estado medio inconsciente de *madame* Kleber, lo despojé del pañuelo sin que nadie se diera cuenta. Desde entonces lo he llevado en el pecho, sin quitármelo ni un momento.

El asesinato del profesor Sweetchilde, en cambio, sí que lo cometí con toda la sangre fría del mundo, con una precisión que me admira a mí mismo. La sobrenatural providencia y la rapidez de reacción que mostré entonces se las achaco por entero a la influencia mágica del pañuelo. Cuando oí aquellas primeras palabras caóticas de Sweetchilde, comprendí que había logrado desentrañar el secreto del pañuelo y que se había puesto tras la pista del hijo del rajá, tras mis huellas. Había que silenciar al profesor y así lo hice. El pañuelo estaba orgulloso de mí: lo sentía por la forma en que aquella tela de seda calentaba y acariciaba mi atormentado corazón.

Pero eliminar a Sweetchilde sólo me proporcionó un aplazamiento. Usted, comisario, me tenía rodeado por todas partes. Antes de llegar a Calcuta, usted, y sobre todo su perspicaz ayudante Fandorin...

Gauche farfulló contrariado mientras miraba de reojo al ruso:

—Lo felicito, *monsieur*. Se ha ganado usted un cumplido del asesino. También le agradezco yo a él que lo haya considerado mi ayudante, y no al revés.

Resultaba fácil imaginar la satisfacción con que Bulldog tacharía esa frase del escrito para que no pudieran leerla sus jefes de París. Pero de una canción no se puede quitar una sola palabra, como dice el refrán, pensó Renata observando al ruso. Este se limitó a estirarse la delgada punta del bigote y a hacerle al policía un gesto para que continuara.

... ayudante Fandorin, habrían ido excluyendo uno a uno a todos los sospechosos, hasta quedar solamente yo. Un simple telegrama al Departamento de Extranjería del Ministerio de Interior bastaría para averiguar el apellido francés que había adoptado el hijo del rajá Bagdassar. Incluso en los registros de la École Maritime se ve claramente que ingresé con un apellido y me licencié con otro.

Y comprendí que el ojo vacío del ave del paraíso no me conducía hacia la dicha terrenal, sino hacia la nada eterna. Entonces tomé la decisión de hundirme en el abismo, pero no como un pobre fracasado sino como un gran rajá. Mis nobles antecesores nunca habían muerto en soledad. Sus criados, esposas y concubinas habían sido entregados detrás de ellos a la pira funeraria. No había vivido como un soberano, pero sí que moriría como correspondía a un auténtico señor. Así lo decidí. En mi último viaje, no

tomaría conmigo a criados y siervos, sino a la flor y nata de la sociedad europea. ¡Mi carroza fúnebre sería una nave gigantesca, un portento del progreso técnico europeo! La magnificencia y grandeza de ese plan se adueñaron de mí. ¡Eso todavía resultaba más grandioso que poseer una riqueza incalculable!

—Aquí miente —se interrumpió Gauche—. Lo que quería era hundimos en el mar mientras él escapaba en su bote.

El comisario se dispuso a leer el último folio, o, mejor dicho, la mitad del folio que quedaba.

El truco que empleé con el capitán Cliff fue muy cobarde, lo reconozco. Para justificarme en lo que pueda, les diré que no esperaba ese triste desenlace. Yo sentía por Cliff un sincero respeto; no sólo pretendía apoderarme del *Leviatán*, también quería salvar la vida a ese excelente anciano. Pensé que sufriría unos días temiendo por su hija, pero que luego descubriría que aún gozaba de buena salud. ¡Ah, siempre ese funesto destino que me persigue! ¿Podía suponer yo que el capitán sufriría aquel ataque? ¡Maldito pañuelo! ¡Él es el culpable de todo!

El día en que el *Leviatán* abandonó el puerto de Bombay, quemé ese abigarrado triángulo de seda. Corté mis amarras.

—¿Que lo ha quemado? —exclamó Clarissa Stamp— Entonces, ¿el pañuelo de seda ya no existe?

Renata clavó los ojos en Bulldog. El policía se encogió de hombros con indiferencia y dijo:

—Gracias a Dios que haya sido así. ¡Que ese maldito tesoro suyo se vaya al diablo! Eso es lo que opino, señoras y señores, así estaremos más seguros.

¡Menudo Séneca habían encontrado!, se dijo Renata, frotándose pensativamente el mentón.

¿Les cuesta creerlo? Entonces, como prueba de mi sinceridad, les contaré el secreto que esconde el pañuelo. Ya no es necesario que siga ocultándolo.

El comisario interrumpió la lectura y miró con picardía al ruso.

—Si mal no recuerdo, *monsieur* Fandorin, anoche se ufanó usted de haber desentrañado ese secreto. Háganos partícipes de sus conjeturas y comprobaremos si es usted tan perspicaz como pensaba el suicida.

Fandorin no se turbó lo más mínimo.

—Es mu-muy sencillo —dijo sin darle importancia. «Le gusta presumir —pensó

Renata—, ¡pero qué guapo es! ¿Será posible que lo haya adivinado?».

—Bien, ¿qué sabíamos ya de ese pañuelo? Uno: que es triangular y, además, tiene un lado recto, y los otros, ligeramente sinuosos. Dos: que en el pañuelo aparece dibujado un pájaro, con un agujero en el lugar que debía ocupar el ojo. Y tres: naturalmente, ustedes recordarán la descripción del palacio de Brahmapur, en especial la de su piso superior: una cadena de montañas en el horizonte y su cristalino reflejo en los frescos.

—Sí que lo recordamos, pero ¿qué tiene que ver eso? —preguntó el Psicópata.

—¡Pero cómo, *sir* Reginald! —simuló extrañeza el ruso—. ¡Si nosotros dos vimos juntos el dibujo de Sweetchilde! Allí estaba todo lo necesario para dar con la solución: el pañuelo triangular, la línea en zigzag y la palabra «palacio».

El ruso sacó su pañuelo del bolsillo, lo dobló diagonalmente y quedó hecho un triángulo.

—El pañuelo es la clave que indica el lugar donde está escondido el tesoro. Su forma se corresponde con el perfil de una de las montañas representadas en los frescos. Bastará con hacer coincidir el ángulo superior del pa-pañuelo con la cima de esa montaña. Así, de esta manera que les muestro. —Colocó el pañuelo sobre la mesa y pasó un dedo por los bordes—. Entonces, el ojo del pájaro *kalavinka* indicará el punto exacto donde hay que buscar el tesoro. No en el fresco, naturalmente, sino en la montaña de verdad. Allí debe de haber una cueva o algo por el estilo. Y bien, comisario, ¿estoy en lo cierto o me equivoco?

Todos se volvieron hacia Gauche. El policía infló el hocico, frunció sus espesas cejas y entonces sí que tuvo todo el aspecto de un viejo bulldog con cara de malas pulgas.

—La verdad, no sé cómo lo consigue —masculló entre dientes—. He leído la carta en el calabozo, y desde entonces no la he perdido de vista un solo momento... Bueno, está bien, escuchen...

En el palacio de mi padre hay cuatro salas, donde se celebraban las ceremonias oficiales. Durante el invierno, en la sala septentrional; en verano, en la meridional; en primavera, en la oriental, y en otoño, en la occidental. Si recuerdan, el fallecido Sweetchilde ya nos habló de eso. Allí, es cierto, hay un mural que representa el horizonte montañoso que se divisa desde las altas ventanas de palacio, que se alzan del suelo al techo. Aunque han pasado muchos años, me basta cerrar los ojos para ver ante mí ese paisaje. ¡He viajado mucho y he contemplado muchas cosas, pero nada en el mundo puede compararse con un espectáculo tan maravilloso como ese! Mi padre enterró el cofre debajo de una gran piedra parda situada en una de esas montañas. ¿En cuál, en concreto, de aquella multitud de montañas? Eso sólo puede saberse acercando el pañuelo a cada una de las montañas representadas en los frescos. Aquella cuyo perfil coincida perfectamente con el de la tela es la que esconde

el tesoro. El ojo vacío del ave del paraíso indica el sitio exacto en el que hay que buscar la piedra. Está claro que incluso la persona que conozca el lugar donde hay que buscar necesitará muchas horas, incluso días, para dar con la piedra, porque la zona de búsqueda puede alcanzar cientos de metros. Pero no puede haber confusión posible. En las montañas hay muchas rocas pardas, mas en esa parte de la falda de esa montaña en concreto sólo hay una. «Como una mota de polvo en el ojo se mostrará la piedra parda, ella sola entre piedras grises», dice una de las notas manuscritas en el Corán. ¡Cuántas veces me he imaginado montando la tienda de campaña en la montaña secreta y vagando, sin prisa alguna, con el corazón en un puño, por la falda, en busca de esa «mota de polvo!». ¡Pero el destino lo había dispuesto todo de otra manera!

¡Qué le vamos a hacer! Está claro que todos esos zafiros, esmeraldas, rubíes y diamantes, todas esas piedras están condenadas a reposar allí hasta que un terremoto empuje la roca hacia abajo. Aunque eso ocurriera dentro de cien mil años, no constituiría ningún problema para las piedras preciosas. Son eternas.

En lo que a mí se refiere, ya ha llegado el fin. Ese maldito pañuelo ha absorbido todas mis fuerzas, incluso mi seso. Mi vida ya no tiene sentido. Estoy destrozado, sumido en la locura.

—En eso tenía toda la razón —concluyó el comisario, apartando el medio folio—. Y eso es todo, ahí se acaba la carta.

—A fin de cuentas, Régnier-san hizo lo que debía —dijo el japonés—. Vivió con deshonra, pero ha muerto con honor. Eso le ganará el perdón de muchas de sus «maras» acciones, y cuando renazca, en su nueva vida, tendrá la oportunidad de «coregir» sus fechorías.

—Yo no sé si renacerá o no —respondió Bulldog colocando cuidadosamente las hojas y metiéndolas en la carpeta negra—, pero mi investigación, gracias a Dios, sí que ha terminado. Ahora descansaré unos días en Calcuta y luego volveré a París. El caso está cerrado.

Pero el ruso tenía preparada una sorpresa para Renata.

—¿Cómo puede usted decir que está cerrado? —preguntó en voz alta—. Otra vez se está usted dando demasiada prisa, señor comisario. —Y se volvió hacia Renata, apuntándola con los dos acerados cañones de sus ojos azules—. ¿O es que *madame Kleber* no tiene nada que contarnos?

Clarissa Stamp

La pregunta cogió a todos por sorpresa. Aunque no, no a todos. Clarissa advirtió con estupor que la futura madre no se había desconcertado lo más mínimo. Ciertamente palideció casi imperceptiblemente y durante un segundo se mordió el carnoso labio inferior, pero respondió con firmeza, en voz alta y casi sin pausa:

—Tiene razón, *monsieur*, tengo algo que contar. Pero no a usted, sino al representante de la ley.

Con aire impotente miró al comisario y dijo en tono de súplica:

—Por amor de Dios, señor, quisiera hacer mi confesión a solas.

Al parecer, los acontecimientos tomaban para Gauche un rumbo completamente imprevisto. El detective agitó las pestañas, miró con desconfianza a Fandorin y, adelantando su doble papada con aires de importancia, respondió estentóreamente:

—Está bien, vayamos a mi camarote, si es tan urgente.

Clarissa tuvo la impresión de que el policía no tenía ni idea de qué era aquello de lo que *madame* Kleber quería confesarse.

Pero resultaba difícil culpar de ello al comisario. Tampoco Clarissa podía seguir el ritmo tan acelerado que tomaban los acontecimientos.

Apenas se había cerrado la puerta detrás de Gauche y su acompañante, cuando Clarissa miró inquisitiva hacia Fandorin, el único que, al parecer, sabía exactamente lo que estaba ocurriendo. Por primera vez en todo el día ella tuvo el valor de mirarlo así, abiertamente, y no de reojo o a través de sus pestañas entrecerradas.

Nunca antes había notado a Erast (sí, sí, en la intimidad sí que lo podía llamar por su nombre) tan amilanado. Tenía arrugada la frente, en sus ojos había una señal de alarma y tamborileaba los dedos sobre la mesa. ¿Acaso aquel hombre, con tanta fe en sí mismo y una capacidad de reacción tan relampagueante, había perdido el control sobre el desarrollo de los acontecimientos? La noche anterior Clarissa ya lo había visto confuso, pero aquello sólo fue un instante. Entonces supo recobrase rápidamente.

Y ocurrió así.

Después de la catástrofe de Bombay, ella permaneció tres días enclaustrada en su camarote. A la doncella le dijo que no se sentía bien, comía allí mismo y salía a pasear sólo al amparo de la noche, como una ladrona.

Su salud estaba en orden, pero ¿cómo podía mostrarse a los ojos de los que habían sido testigos de su oprobio y, sobre todo, de los de él? Aquel canalla de Gauche la había entregado al escarnio público, la había humillado, vilipendiado. Y lo peor de todo era que ni siquiera podía acusarlo de mentiroso. Todo era verdad, de la primera palabra a la última. Sí, justo después de haber tomado posesión de la herencia se lanzó hacia París, de la que había leído y oído decir tantas cosas. Como una mariposilla nocturna hacia el fuego. Y allí se había achicharrado las alas. No era suficiente con que aquella vergonzosa historia la hubiera despojado de la última

migaja de autoestima. Ahora, además, todos lo sabían: *miss Stamp*, ¡una pecadora, una tontaina confiada, la despreciable víctima de un gigoló profesional!

Dos veces la visitó *mistress Truffo* para interesarse por su salud. Lo que quería, naturalmente, era deleitarse en la humillación de Clarissa: aquellas fingidas exclamaciones suyas, sus quejas sobre el sofocante calor, cuando en realidad sus ojillos incoloros brillaban con aires de victoria, como si le preguntaran: ¿y ahora qué me dices, palomita? ¿Quién de las dos es una auténtica *lady*?

Luego se pasó el japonés y dijo que en su país estaba bien visto «hacer visitas de condolencia» si alguien caía enfermo. Le ofreció sus servicios médicos. La miró con simpatía.

Por fin llamó a la puerta Fandorin. Clarissa habló con él en tono cortante, sin llegar a abrirle la puerta con la excusa de que tenía jaqueca.

Paciencia, se dijo a sí misma mientras, triste y en completa soledad, se comía un bistec en su camarote. Debía aguantar otros nueve días hasta Calcuta. ¡Vaya cosa estar nueve días encerrada bajo llave! ¡Una fruslería si se comparaba con los casi veinticinco años que había pasado en reclusión! Además, allí se estaba mucho mejor que en la casa de su tía. Sola, en ese comfortable camarote, con buenos libros... Y cuando estuviera en Calcuta desembarcaría a hurtadillas, y entonces ¡sí que podría abrir una nueva página, sin mancha alguna!

Pero al tercer día, hacia la tarde, comenzaron a dominarla unos pensamientos de índole completamente distinta. Oh, cuánta razón tenía el Bardo cuando escribió:

*¡Queda la dulzura de la libertad
cuando perdiste todo lo que apreciabas!*

Y lo cierto era que no tenía nada que perder. Así que ya muy tarde (pasada la medianoche). Clarisa se arregló el peinado con aire decidido y se empolvó ligeramente la cara. Luego se puso aquel vestido parisino que tan bien le sentaba, el de color marfil, y salió al pasillo. El balanceo de las olas la mandaba de una pared a otra.

Intentando no pensar en nada, se detuvo ante la puerta del camarote dieciocho. La mano que había alzado se quedó paralizada en el aire —pero fue un instante, tan solo un instante— y Clarissa llamó a la puerta.

Erast abrió casi inmediatamente. Vestía una bata húngara de color azul con cordones y una camisa que le blanqueaba el amplio escote.

—Tengo que hablar con usted —declaró perentoriamente Clarissa, que se olvidó incluso de saludar.

—¡Bu-Buenas noches, *miss Stamp*! —respondió él rápidamente—. ¿Le ocurre algo? —Y, sin esperar respuesta, le pidió—: Le ruego que espere un minuto. Ahora me vi-visto.

Cuando le franqueó la entrada, ya se había puesto la levita y anudado

cuidadosamente la corbata. Con un gesto la invitó a sentarse.

Clarissa tomó asiento y, mirándolo a los ojos, le dirigió estas palabras:

—Sólo le pido que no me interrumpa. Si pierdo el hilo, será aún peor... Sé que soy bastante mayor que usted. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinticinco? ¿Menos? No importa. Después de todo no voy a pedirle que se case conmigo. Pero usted me gusta. Estoy enamorada de usted. Toda la educación que me inculcaron estaba encaminada a no poder decirle estas palabras a ningún hombre, nunca y bajo ninguna circunstancia. Pero ahora me da igual. No quiero perder más tiempo. Ya he malgastado inútilmente los mejores años de mi vida. Me marchito sin haber florecido. Si a usted le gusta, aunque sólo sea un poquito, dígamelo. Si no le gusta, dígamelo también. Después de la vergüenza que he sufrido, poco me puede resultar ya más amargo. Y quiero que sepa que aunque mi... aventura parisina terminó en una pesadilla, no lamento haberla vivido. Mejor una pesadilla que aquel soñador atontamiento en el que estuve sumergida durante buena parte de mi vida. ¡Y bien, respóndame, no se quede callado!

Dios, pero ¿era posible que ella hubiera pronunciado en voz alta una declaración de ese tipo? Desde luego, era un motivo para sentirse orgulloso.

Fandorin, en un primer momento, se quedó confuso, incluso batió de manera poco romántica sus largas pestañas. Luego comenzó a hablar, lentamente, tartamudeando mucho más de lo habitual:

—Miss Stamp... Cla-Clarissa... Usted me ca-cae bien. Muy bien. La a-admiro. La e-envidio.

—¿Que me envidia? ¿Qué me envidia? —se sorprendió ella.

—Su valentía. El que u-usted no te-tema recibir una negativa y que-quedar en una posición ridícula. ¿Sa-sabe?, en realidad yo soy un hombre muy tímido, con muy poca confianza en sí mismo.

—¿Usted? —se sorprendió Clarissa aún más.

—Sí. Y sobre todo te-temo estas dos cosas: caer en una situación ridícula o absurda y... bajar la guardia.

No, ella no lo comprendía en absoluto.

—¿Pero qué guardia?

—Verá usted, conocí muy pronto lo que es pe-perder a un ser querido y me asusté profundamente, al parecer, para toda mi vida. Mientras estoy solo, sé defenderme muy bien del destino. No temo a nada ni a nadie. Para un hombre de mi disposición, lo mejor es que viva solo.

—Mister Fandorin, ya le he dicho a usted —respondió ella con sequedad— que no pretendo ocupar en absoluto un lugar en su vida ni en su corazón. Mucho menos poner a prueba su «guardia».

Y se calló, porque todas las palabras ya estaban dichas.

Pero tuvo que ocurrir en aquel preciso instante que tamborilearan en la puerta. Desde el pasillo les llegó la alterada voz de Milford-Stockes:

—¡Mister Fandorin, *sir!* ¿Duerme usted? ¡Abra! ¡Dese prisa! ¡Se trata de un

complot!

—Quédese aquí —susurró Erast—. Volveré pronto.

Salió al corredor. Clarissa escuchaba sus voces en sordina, pero no podía distinguir las palabras.

Fandorin regresó a los cinco minutos. De un cajón sacó un pequeño pero pesado objeto y se lo metió en el bolsillo, y cogió también, a saber por qué, su elegante bastón. Luego le dijo con aire preocupado:

—Espere aquí un momento y luego regrese a su camarote. Parece que el desenlace está próximo.

¿A qué desenlace se refería?... Luego, ya en su camarote, Clarissa oyó pasos ruidosos en el corredor y también voces alteradas, pero, naturalmente, ella no podía pensar de ninguna manera que sobre los mástiles del orgulloso *Leviatán* se cernía la muerte.

—¿Qué querrá confesar *madame* Kleber? —preguntó nerviosamente el doctor Truffo—. Díganos, *monsieur* Fandorin, ¿qué es lo que ocurre? ¿Qué tendrá ella que ver en este asunto?

Pero Fandorin no respondió, aunque su gesto era cada vez más preocupado e inquieto.

Meciéndose con el cadencioso balanceo de las olas, el *Leviatán* avanzaba a todo vapor en dirección norte, hendiendo las turbias aguas del estrecho de Palk tras la tempestad. A lo lejos se divisaba la franja verde de la costa de Ceilán. La mañana estaba nublada, pero hacía un calor sofocante. Por las abiertas ventanas de barlovento, un aire caliente y húmedo penetraba en el salón y, al no encontrar salida, se marchitaba debilitado, agitando apenas las cortinas.

—Creo que he co-cometido un error —barbotó Erast, que dio un paso hacia la puerta—. Siempre estoy a un paso, a medio paso por detrás de...

Cuando sonó el primer disparo, Clarissa no comprendió lo que era aquello, le pareció un crujido como cualquier otro. Como si fueran pocas las cosas que pueden crujir en un barco que navega por un mar inquieto. Pero acto seguido el crujido volvió a repetirse.

—¡Son disparos de revólver! —exclamó *sir* Reginald—. Pero ¿dónde?

—¡En el camarote del comisario! —respondió rápidamente Fandorin, y se lanzó hacia la puerta.

Todos lo siguieron precipitadamente.

Luego sonó un tercer disparo, y cuando apenas quedaban veinte pasos para llegar al camarote de *Gauche*, se escuchó el cuarto.

—¡Quédense aquí! —gritó Erast sin volverse, sacando un pequeño revólver de su bolsillo trasero.

Los demás ralentizaron el paso, pero Clarissa no tenía miedo y no estaba

dispuesta a separarse de Erast.

Él empujó la puerta del camarote y apuntó hacia delante la mano en la que llevaba el arma. Clarissa se puso de puntillas y miró por encima de su hombro.

Una silla derribada, eso fue lo primero que vio. Después reparó en el comisario Gauche. Estaba en el suelo, boca arriba, al otro lado de la pulida mesa redonda que ocupaba el centro de la habitación. Clarissa torció el cuello para contemplar mejor al hombre tirado y entonces sintió un espasmo: el rostro de Gauche estaba monstruosamente desfigurado, y una sangre negra le borbotaba del centro de la frente y manaba en dos hilos hasta el suelo.

En el rincón opuesto, pegada a la pared, estaba Renata Kleber. Tenía la cara mortalmente pálida y sollozaba histéricamente castañeteando los dientes. En su mano se balanceaba un gran revólver negro con el cañón humeante.

—¡Aahh! —aullaba *madame* Kleber, señalando hacia el cadáver con un dedo tembloroso—. ¡Lo he matado!

—Ya veo —repuso secamente Fandorin.

Sin dejar de apuntarla con el revólver, se acercó y con un rápido movimiento le arrebató el arma a la suiza. Ella no opuso ninguna resistencia.

—¡Doctor Truffo! —gritó Erast, vigilando cada movimiento de Renata—. ¡Acérquese!

Con una curiosidad refrenada por el temor, el pequeño médico asomó la cabeza en el camarote, que seguía envuelto en humo de pólvora.

—Examine el cuerpo —dijo Fandorin.

Lamentándose en italiano a media voz, Truffo se arrodilló junto al fallecido Gauche.

—Una herida mortal en la cabeza —informó—. La muerte ha sido instantánea. Pero eso no es todo... Tiene un disparo en el codo derecho. Y también aquí, en la muñeca izquierda. Tres heridas en total.

—Siga buscando. So-sonaron cuatro disparos.

—No veo nada más. Una de las balas no debió de alcanzarlo. Aunque... ¡no, espere! ¡Aquí está, en la rodilla derecha!

—Lo contaré todo —balbuceó Renata, estremeciéndose entre sollozos—. ¡Pero, por favor, antes sáquenme de esta horrible habitación!

Fandorin guardó el revólver pequeño en el bolsillo y el grande lo dejó sobre la mesa.

—Bien, salgamos. Doctor, informe al jefe de guardia de lo ocurrido y dígame que coloque un centinela en la puerta. Luego vuelva enseguida. A excepción de nosotros, ya no hay nadie que pueda llevar la investigación.

—¡Qué crucero tan funesto! —exclamó Truffo, mientras trotaba a saltitos por el corredor—. ¡Pobre *Leviatán*!

En el Windsor se colocaron de la siguiente manera. *Madame* Kleber se sentó a la mesa cara a la puerta, mientras que los demás, sin ningún acuerdo previo, se dispusieron al otro lado, enfrente de ella. Sólo Fandorin ocupó una silla al lado de la asesina.

—Señores, no me miren de esa manera —rogó *madame* Kleber con tono lastimero—. Lo he matado, sí, pero no ha sido culpa mía. Ahora les cuento todo, todo, y comprenderán... Pero antes, por amor de Dios, denme agua.

El compasivo japonés le sirvió una limonada. Aún no habían quitado la mesa del almuerzo.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Clarissa.

—*Translate everything she says* —ordenó *mistress* Truffo con severidad a su marido, que había regresado justo a tiempo—. *Everything, word by word.*

El doctor asintió mientras se secaba con un pañuelo la frente, que le sudaba copiosamente después de un recorrido tan apresurado.

—No tema nada, señora. Díganos toda la verdad —animó *sir* Reginald a Renata—. Este señor no es un *gentleman*, no sabe comportarse como es debido con las señoras, pero yo le garantizo el máximo respeto.

Estas palabras fueron acompañadas por una mirada dirigida hacia Fandorin. Una mirada cargada de un odio tan vivo, que Clarissa sintió un escalofrío. ¿Qué podía haber ocurrido entre Erast y Milford-Stockes desde el día anterior? ¿A qué se debía aquella hostilidad?

—Gracias, querido Reginald —sollozó Renata.

Se tomó su tiempo para beber la limonada, sin dejar de sollozar y sonarse la nariz. Después envolvió a sus interlocutores con una implorante mirada y comenzó:

—¡Gauche no era ningún agente de la ley! ¡Era un loco, un criminal! ¡Ese asqueroso pañuelo nos ha hecho perder a todos la cabeza! ¡Incluido el comisario de policía!

—Usted dijo que quería hacerle una confesión —le recordó Clarissa con hostilidad—. ¿Cuál?

—Sí, yo había ocultado un dato... Un dato importante. Lo habría confesado absolutamente todo, pero antes quería acusar al comisario...

—¿Acusarlo? ¿De qué? —preguntó *sir* Reginald con interés.

Madame Kleber dejó de llorar y declaró con aire solemne:

—Régnier no se suicidó. ¡El comisario Gauche lo mató! —Y, como advirtió la conmoción que producían sus palabras entre los presentes, añadió apresurada—: ¡Es tan evidente! ¡Intenten partirse la cabeza tomando carrerilla contra la esquina de una habitación de seis metros cuadrados! ¡Es sencillamente imposible! Si Charles hubiera querido suicidarse, se habría quitado la corbata, la habría anudado en la rejilla de ventilación y habría saltado de la silla. ¡No, lo mató Gauche! Le golpeó la cabeza con

algo pesado y después simuló un suicidio, golpeándole ya muerto contra el saliente.

—Pero ¿qué necesidad tenía el comisario de matar a Régnier? —Clarissa sacudió escéptica la cabeza. *Madame Kleber* no decía más que disparates.

—¡Ya se lo he dicho, se había vuelto loco de avaricia! ¡Toda la culpa la tiene el pañuelo! *Gauche* montó en cólera con él porque había quemado el pañuelo o porque no lo creía, no estoy segura. Pero que *Gauche* lo mató, eso sí que está claro. Cuando se lo dije a la cara, el comisario no intentó siquiera negar los hechos. Sacó su pistola y comenzó a moverla y a amenazarme con ella. Me dijo que si no mantenía la boca cerrada terminaría como Régnier... —Renata volvió a sollozar y (¡ah, maravilla de maravillas!) el *baronet* le tendió inmediatamente su pañuelo.

¿A qué se debería aquella extraña metamorfosis? ¡Él, que hasta entonces tanto había evitado a Renata!

—... Y bien, después dejó la pistola sobre la mesa y comenzó a sacudirme por los hombros. ¡Yo estaba tan asustada, tan asustada!... Ya ni recuerdo cómo lo empujé y cogí el arma de la mesa. ¡Oh, ha sido horrible! Yo trataba de huir corriendo alrededor de la mesa mientras él me perseguía. De pronto me di la vuelta y apreté el gatillo, no recuerdo ahora cuántas veces. Por fin cayó al suelo... Entonces fue cuando entró *monsieur Fandorin*.

Renata estalló en sollozos. *Milford-Stockes* le acarició los hombros con cautela, como si estuviese tocando una serpiente de cascabel.

—¡Bravo! —sonrió irónicamente *Fandorin*, y se puso a aplaudir—. ¡Bra-bravo, *madame Kleber*! ¡Qué gran actriz es usted!

—Pero ¡cómo se atreve! —exclamó *sir Reginald* atragantándose de indignación. Sin embargo, *Erast* lo detuvo con un gesto.

—Siéntese y escuche. Yo le contaré lo que ha pasado. —*Fandorin* estaba completamente tranquilo y parecía no tener la más mínima duda de su certeza—. *Madame Kleber* no es sólo una fabulosa actriz. También es una persona extraordinaria y de mucho talento... en todos los sentidos. Con muchas tablas, con fantasía. Pero por desgracia sólo emplea sus grandes dotes en la actividad criminal. *Madame*, usted es cómplice de una larga serie de asesinatos. Para ser más exactos, no la cómplice, sino su inspiradora, la actriz principal. Régnier sí era el cómplice de usted.

—Ya lo ve —se dirigió Renata compungida hacia *sir Reginald*—. También él se ha vuelto loco. Un muchacho tan dulce, tan tranquilo...

—Y lo más sorprendente en usted es esa inhumana capacidad de reacción —continuó *Erast* como si nada—. Nunca actúa a la defensiva: siempre es usted la primera en asestar el golpe, señora *Sansfond*. Porque espero que me permita llamarla por su verdadero nombre, ¿no es cierto?

—¿*Sansfond*? ¿*Marie Sansfond*? ¡Ella! —exclamó el doctor *Truffo*.

Clarissa se quedó sentada y con la boca abierta. *Milford-Stockes* retiró rápidamente la mano del hombro de Renata. Por su parte, esta miró a *Fandorin*

conmiserativamente.

—Sí, señores, tienen ante ustedes a Marie Sansfond, la legendaria, la genial, la despiadada aventurera internacional. Su estilo: desmesura, imaginación, te-temeridad. También, cómo no, esa habilidad suya para no dejar huellas ni testigos. Y, *last but not least*, su absoluto desprecio por la vida humana. La confesión de Charles Régnier, a la que volveremos más adelante, está construida a partes iguales con la verdad y con me-mentiras. Señora, no sé cuándo y en qué circunstancias se encontró por primera vez con ese hombre, pero dos cosas están fuera de toda duda. La primera, que Régnier la amaba sinceramente y que siempre, hasta el último minuto de su vida, intentó librarla de cualquier sospecha. Y la segunda, que fue precisamente usted quien indujo al hijo del Rajá de las Esmeraldas a emprender la búsqueda de su herencia, porque, de no ser así, no se comprende que esperara ta-tantos años. Usted conoció a lord Littleby, consiguió la información necesaria y elaboró su plan. Por lo visto, al principio usted confiaba en obtener el pañuelo con engaños, empleando la seducción, ya que el lord desconocía el valor de ese pedazo de tela. Pero pronto se convenció de que esa posibilidad resultaba imposible, porque Littleby estaba loco por su colección y jamás se habría separado de ninguno de sus objetos. Tan imposible como robar el pañuelo, porque la vitrina estaba continuamente vigilada por guardianes armados. Y entonces usted se decidió por un golpe seguro, que no tuviera el mínimo riesgo y no dejara huellas. Díganos, ¿sabía usted que esa funesta tarde el lord no iría a ningún sitio y se quedaría en casa? Estoy seguro de que lo sabía. Pero usted necesitaba atar a Régnier con la sangre derramada. Porque no fue él quien mató a los criados: los mató usted.

—¡Eso es imposible! —exclamó el doctor Truffo levantando la mano—. ¿Está diciendo que una mujer sin formación ni experiencia médicas fue capaz de poner nueve inyecciones en tres minutos? Eso queda completamente excluido.

—En primer lugar, puede que las nueve jeringuillas con sus dosis fueran preparadas con antelación. Y en segundo lugar... —Con un gesto elegante, Erast cogió una manzana de la bandeja y se cortó un trozo—. Cierto que el señor Régnier no tenía ninguna experiencia con las inyecciones, pero Marie Sansfond sí que la tiene. No olvide que se educó en un convento de las hermanas de san Vicente de Paúl, las madres grises. Y todos sabemos que uno de los objetivos de esa orden es prestar auxilio médico a los pobres. Las hermanas se preparan desde muy jóvenes para servir en hospitales, leproserías y asilos. Todas esas monjas son unas enfermeras muy cualificadas, y la joven Marie, como recordarán, era entonces una de sus mejores novicias.

—Ah, cierto, lo había olvidado. ¡Tiene usted razón! —Y el doctor inclinó la cabeza con aire contrito—. Pero continúe. Ya no volveré a interrumpirlo más.

—Y bien, París, rue de Grenelle, tarde del quince de marzo. A la villa de lord Littleby llegan dos pe-personas: un médico joven y moreno y una hermana de la caridad con los ojos ocultos bajo un gris capuchón de monja. El médico enseña un

do-documento con el sello del ayuntamiento y exige que todos los habitantes de la casa se reúnan de inmediato. Seguramente añadiría que ya era tarde y que aún les quedaba mucho trabajo por hacer. Las inyecciones las puso la monja: con habilidad, rapidez y sin causar dolor. De hecho, el patólogo-analista no observó después ni un solo hematoma en las zonas de inoculación. Marie Sansfond no había olvidado las lecciones de su piadosa juventud. Lo que ocurrió a continuación está muy claro y no entraré en más de detalles. Los criados se duermen, los asesinos suben al primer piso y se produce la breve refriega entre Régnier y el dueño de la casa. Los criminales no se dan cuenta de que la mano del lord se queda con la insignia de oro del *Leviatán*. Después, señora, tuvo que prestarle la suya a su cómplice, porque a usted le resultaba más fácil evitar cualquier sospecha que al primer ayudante del capitán. Y supongo que también porque usted confiaba más en sí misma que en él.

Clarissa, que hasta entonces había estado contemplando embelesada a Fandorin, miró a Renata de manera fugaz. Ella escuchaba con atención, con un gesto de ofensa y sorpresa impreso en el rostro. Si realmente era Marie Sansfond, por el momento nada en ella lo delataba.

—Empecé a sospechar de ustedes el mismo día en que, al parecer, los atacó aquel pobre africano —le confió a Renata el narrador, mientras mordía un trozo de manzana con sus blancos y parejos dientes—. De eso, naturalmente, tuvo la culpa Régnier: lo dominó el pánico, se le fue la mano. Si hubieran inventado alguna explicación más convincente voy a reconstruir el desarrollo de los acontecimientos. Si me equivoco en los detalles, haga el favor de corregirme. ¿De acuerdo?

Renata agitó desolada la cabeza y apoyó en la mano su redonda mejilla.

—Régnier la acompañó hasta su camarote. Tenían de qué hablar, pues según reconoce su cómplice en su confesión, poco antes el pañuelo había desaparecido de una manera misteriosa. Usted entró en su habitación, vio a aquel enorme negro rebuscando entre sus cosas y, en un primer momento, se asustó... Bueno, eso suponiendo que usted conozca ese sentimiento llamado miedo. Pero un instante después su corazón se puso a palpar de alegría: porque descubrió el famoso pañuelo en el cuello de aquel salvaje. En ese momento todo quedó claro: registrando el camarote de Régnier, el esclavo fugitivo se había sentido atraído por aquel trozo de tela de color tan abigarrado y había decidido adornar su poderoso cuello con él. A los gritos de usted acudió Régnier, quien al ver el pañuelo no pudo dominarse y echó mano de su puñal... Luego tuvieron que representar aquella farsa de la famosa agresión: tirarse al suelo y dejarse aplastar por el cuerpo pe-pesado y aún caliente del muerto. Naturalmente, aquello no debió de resultarle muy agradable, ¿no es cierto?

—¡Perdone, pero eso no son más que conjeturas! —protestó acaloradamente *sir* Reginald—. ¡Que el negro atacó a *madame* Kleber es más que evidente! ¡Está usted fantaseando otra vez, señor diplomático ruso!

—En absoluto —repuso mansamente Erast, que miró al *baronet* con tristeza y compasión al mismo tiempo—. Les dije que había tenido la oportunidad de ver

esclavos de la tribu ndanga anteriormente, durante mi cautiverio turco. ¿Saben ustedes por qué los valoran tanto en el mercado de Oriente? Pues porque, a pesar de su enorme fuerza y resistencia, poseen un carácter dócil y apacible, porque son poco propensos a la agresividad. Es una tribu de agricultores, no de cazadores, que nunca ha guerreado con nadie. El ndanga no pudo atacar a *madame* Kleber de ninguna manera, por muy asustado que estuviera. A *monsieur* Aono también le ex-extrañó que en su delicado cu-cuello no hubiera quedado ninguna marca de los dedos del salvaje. ¿No le parece extraño?

Renata agachó pensativa la cabeza, como si ella misma estuviese sorprendida por ese caso tan inaudito.

—Recordemos ahora el asesinato del profesor Sweetchilde. Cuando tuvo claro que el arqueólogo estaba a punto de desentrañar el secreto, usted, señorita, le pidió que no se apresurara y lo contara todo desde el principio. Mientras tanto simuló enviar a su cómplice a por su chal, cuando en realidad lo hizo para que preparase el crimen. ¡Su compañero la comprendió al vuelo, sin mediar palabra!

—¡No es cierto! —exclamó Renata con voz sonora—. ¡Señores, ustedes fueron testigos! ¡Fue Régnier quien se ofreció!, ¿recuerdan? ¿A que digo la verdad, *monsieur* Milford-Stockes? Al principio se lo pedí a usted.

—Cierto —confirmó *sir* Reginald—. Fue como usted dice.

—Un tru-truco para tontos —repuso Fandorin, agitando en el aire el cuchillo de la fruta—. Usted, señora, sabía perfectamente que el *baronet* no la aguantaba y que nunca se prestaría a sus caprichos. Usted ideó la operación tan hábilmente como siempre, pero esta vez no salió perfecta. No consiguió que las culpas recayeran sobre *monsieur* Aono, aunque estuvo muy ce-cerca de su objetivo. —Al llegar aquí, Erast bajó la mirada con modestia, dándoles a sus oyentes la posibilidad de recordar quién había sido precisamente el que había destruido toda aquella cadena de pruebas contra el japonés.

«No es insensible a la vanidad», pensó Clarissa. Pero ese defecto le pareció extraordinariamente simpático y, por muy extraño que fuera, no hizo más que aumentar el atractivo del joven ante sus ojos. A resolver esa paradoja vino a ayudar, como siempre, una cita poética:

*Incluso la debilidad, de la criatura dilecta
resulta adorable a los ojos del enamorado.*

«¡Ay, señor diplomático, qué mal conoce usted a las mujeres inglesas! Presumo que en Calcuta hará usted una parada prolongada».

Fandorin hizo una pausa y, sin sospechar que era una «criatura dilecta», ni que llegaría a su puesto de destino más tarde de lo que suponía, continuó su discurso:

—Entonces sí que su situación comenzaba a ser realmente preocupante. Régnier lo expresó con su-suficiente elocuencia en su carta. Y en ese momento tomaron

ustedes una decisión terrible, aunque genial en cierto sentido: la de hundir el barco junto con el meticuloso comisario de policía, los testigos y otras mil personas más de propina. ¿Qué significaba para usted la vida de un mi-millar de seres, si resultaban ser un estorbo para que se convirtiera en la mujer más rica del mundo? Peor aún: si ellos representaban una amenaza para su vida y su libertad.

Clarissa miró a Renata con un pavor supersticioso. Pero ¿en verdad era posible que esa joven mujer, ciertamente algo infame, pero en general de lo más ordinaria, fuera capaz de cometer un crimen tan monstruoso? ¡No podía ser! Pero, por otra parte, cómo no creer a Erast. ¡Tan seguro de sí, tan guapo!

Por la mejilla de Renata comenzó a resbalar una lágrima del tamaño de una alubia. En sus ojos se había dibujado un mudo ruego: pero ¿por qué me tortura de esta manera? ¿Qué le he hecho yo a usted?... La mano de la mártir resbaló hasta su regazo y su rostro quedó deformado por el sufrimiento.

—No merece la pena que se desmaye —le aconsejó Fandorin con fría tranquilidad—. El mejor medio para que recuperase el ánimo sería un buen masaje de bofetadas en la cara. Y no finja debilidad ni desamparo. El doctor Truffo y el doctor Aono aseguran que está usted más sana que un búfalo. Pero ¡síéntese, *sir* Reginald! —La voz de Erast adquirió un tono acerado—. Ya tendrá oportunidad más adelante de terciar en favor de su hermosa dama. Después, cuando yo termine... Aunque, a propósito, damas y caballeros, precisamente a *sir* Reginald debemos agradecerle la salvación de nuestras vidas. Si no hubiera sido por... su insólita costumbre de medir cada tres horas las coordenadas del barco, hoy el desayuno no habría tenido lugar aquí, sino en el fo-fondo del mar. Y, por cierto, la comida habríamos sido nosotros.

—«¿Dónde está Polonio? —se echó a reír bruscamente el *baronet*—. En una cena, pero no en una en la que él come, sino en una en la que es comido». Qué divertido.

Clarissa se encogió sobre sí misma. Una ola más fuerte golpeó el costado del barco. La vajilla tintineó sobre la mesa y el voluminoso big ben se tambaleó otra vez de aquí para allá.

—Para usted, señora, las personas no son más que comparsas, y usted nunca ha sentido lástima por los comparsas. Especialmente si se representa una obra de cincuenta millones de libras esterlinas. Es difícil resistir la tentación. El pobre Gauche, por ejemplo, vaciló. ¡Qué torpeza esa de asesinar a un virtuoso de la investigación! Usted, ciertamente, tenía razón: el infortunado Régnier no se suicidó. Hasta yo mismo me habría dado cuenta, si usted no me hubiese desconcertado momentáneamente con su táctica ofensiva. ¡Bastaba con analizar esa «carta de despedida»! El tono empleado no parecía el de alguien que ha decidido morir. Régnier parecía confiar en ganar algo de tiempo haciéndose pasar por loco. Y sobre todo contaba con usted, señora Sansfond. Estaba acostumbrado a confiar enteramente en usted. Gauche cortó tranquilamente la tercera hoja justo por el sitio que, en su opinión, más se parecía a un final. ¡Qué torpe! Nuestro comisario perdió

completamente la cabeza por el tesoro de Brahmapur. ¡Y cómo podía ser de otro modo, si equivalía a su sueldo durante trescientos mil años! —Fandorin sonrió con tristeza—. ¿Recuerdan con qué envidia contaba Gauche la anécdota de aquel jardinero que tan ventajosamente vendió al banquero su irreprochable reputación?

—Pero ¿qué necesidad tenía de matar al señor Régnier? —preguntó el japonés—. Si había quemado el «pañuero»...

—Régnier estaba muy interesado en que el comisario lo creyera, y para parecer más convincente hasta lo puso al corriente del enigma del pañuelo. Pero Gauche no lo creyó. —Fandorin hizo una pausa y luego añadió tranquilamente—: Y tenía razón en no creerlo.

Un mortal silencio se abatió sobre el salón. Clarissa incluso se olvidó de respirar. En un primer momento no comprendió a qué se debía aquella presión que sentía en el pecho, hasta que de repente cayó en la cuenta y volvió a tomar aire.

—Entonces, ¿el pañuelo está a salvo? —preguntó el doctor con cuidado, como si temiera espantar a un pájaro raro—. ¿Y dónde está ahora?

—Ese pedazo de fina seda ha cambiado de dueño tres veces a lo largo de la mañana. Al principio lo tenía el arrestado Régnier. El comisario no creyó su carta, así que registró al prisionero y le encontró el pañuelo. Fue entonces cuando la riqueza que pasaba a sus manos lo volvió loco y cometió el asesinato. No pudo resistir la tentación. ¡Todo parecía ponerse de cara! ¡En la carta se decía que el pañuelo había sido quemado; el asesino se confesaba culpable de todo y el barco navegaba hacia Calcuta, desde donde Brahmapur queda a un paso! Y entonces Gauche decidió jugarse el todo por el todo. Golpeó la cabeza del prisionero, que no se lo esperaba, con un objeto pesado, simuló a toda prisa el escenario de un su-suicidio y regresó de nuevo aquí, al salón, a la espera de que el centinela descubriera el cadáver. Pero después la señora Sansfond intervino en el juego y nos ganó a los dos, al policía y a mí. ¡Es usted una mujer sorprendente, señora mía! —se dirigió Erast a Renata—. Yo esperaba que usted comenzara a justificarse y a descargar todas las culpas en su cómplice, que ya estaba muerto. ¡Habría sido tan sencillo! Pero no, usted procedió de otra manera. Comprendió por la conducta del comisario que él tenía el pañuelo, y... entonces usted no se decidió por una táctica defensiva. ¡No, eso nunca! ¡Usted quería recuperar la llave del tesoro y la recuperó!

—¡Pero por qué tengo que escuchar yo todas estas tonterías! —exclamó Renata con voz lloriqueante—. ¡Usted, señor, no es nadie! ¡Es sólo un extranjero! ¡Así que exijo que un oficial superior del barco se ocupe de mi caso!

Inesperadamente el pequeño doctor adoptó un aire importante, se alisó el poco pelo que le quedaba en su calva olivácea y declaró con aire grave:

—*Madame*, aquí tiene usted a un oficial superior del barco. Considere su interrogatorio sancionado por el mando de la nave. Continúe, *monsieur* Fandorin. ¿Ha dicho usted que esta mujer consiguió quitarle el pañuelo al comisario?

—Estoy seguro. No sé cómo pudo hacerse con el revólver de Gauche. Es posible

que el pobre no temiera nada de ella. De un modo u otro, encañonó al comisario y le exigió que le devolviera inmediatamente el pa-pañuelo. Cuando el viejo rehusó, ella le disparó primero a una mano, después a la otra, luego a la rodilla. ¡Lo torturó! ¿Dónde aprendió a disparar así, *madame*? Cuatro balas, y todas exactamente en el blanco. Perdóneme, pero re-resulta difícil de creer que Gauche se pusiera a correr detrás de usted alrededor de la mesa con una pierna herida y las dos manos lisiadas. Al tercer disparo, cuando ya no pudo soportar el dolor, le entregó el pañuelo y usted remató al pobre desgraciado, metiéndole una bala justo en el centro de la frente.

—*Oh my God!* —fue el comentario de *mistress* Truffo.

Pero a Clarissa le preocupaba ahora otra cosa.

—Entonces, ¿el pañuelo lo tiene ella?

—Sí —asintió Erast.

—¡Es absurdo! ¡Un disparate! ¡Están todos locos! —se echó a reír histéricamente Renata (¿o Marie Sansfond?)—. ¡Oh, Señor, qué barbaridad!

—Eso es fácil de averiguar —dijo el japonés—. Bastará con registrar a *madame* «Kreber». Si el «pañuelero» no está en su poder, entonces el señor Fandorin estaba en un error. En «tares» casos, en Japón la gente se abre el vientre.

—¡Nunca permitiré que unas manos masculinas se atrevan en mi presencia a registrar a una dama! —declaró *sir* Reginald, y se puso en pie con aspecto amenazador.

—¿Y si son femeninas? —preguntó Clarissa—. A esta mujer la registraremos *madame* Truffo y yo.

—*Oh yes, it would take no time at all* —aceptó de buen grado la esposa del doctor.

—Hagan conmigo lo que quieran —dijo Renata cruzándose de brazos con aire de víctima—. Pero después se avergonzarán de ello...

Los hombres salieron del salón, mientras *mistress* Truffo comenzaba a palpar a la acusada con una destreza increíble. Al encontrarse su mirada con la de Clarissa, agachó la cabeza.

Clarissa estaba preocupada por el pobre Erast. ¿Y si estaba en un error?

—El pañuelo es muy fino —dijo ella—. Deje que lo busque yo.

Palpar el cuerpo de otra mujer resultaba extraño y vergonzoso, pero Clarissa, mordiéndose el labio, examinó a conciencia cada costura, cada pliegue, cada volante de la ropa interior. No, allí no había ningún pañuelo.

—Tendrá que desnudarse —manifestó con decisión. Aquello era terrible, pero más terrible resultaba suponer que el pañuelo no apareciera. ¡Qué golpe para Erast! ¡No, no lo soportaría!

Renata levantó obedientemente los brazos para que fuera más fácil quitarle el vestido y pidió tímidamente:

—Por lo más sagrado, *mademoiselle* Stamp, no le haga daño a mi hijito.

Apretando los dientes, Clarissa comenzó a desabrocharle el vestido. Pero cuando

iba por el tercer botón, llamaron a la puerta y se oyó la alegre voz de Erast:

—¡*Mesdames*, no registren más! ¿Podemos entrar?

—¡Sí, sí, entren! —gritó Clarissa abrochando rápidamente los botones.

Los hombres tenían una expresión enigmática. Se quedaron de pie y en silencio junto a la mesa, y Erast, con el movimiento de un prestidigitador, colocó sobre el mantel un trozo triangular de tela, que relucía con todos los colores del arco iris.

—¡El pañuelo! —gritó Renata.

—¿Dónde lo han encontrado? —preguntó Clarissa, que no comprendía nada en absoluto.

—Mientras registraban a la se-señora Sansfond, nosotros no hemos perdido el tiempo —aclaró con aire satisfecho Fandorin—. Se me ha ocurrido que una mujer tan previsora bien podía haber escondido una prueba tan reveladora en el camarote del comisario. Apenas dispuso de unos segundos para hacerlo, de manera que no pudo esconder el pa-pañuelo muy lejos. De hecho lo hemos encontrado inmediatamente. Lo había doblado y metido debajo de la alfombra. Así que, vean, admiren ahora al famoso pájaro *kalavinka*.

Clarissa se acercó a la mesa y clavó su mirada como todos los presentes en aquel trozo de tela que tantas vidas humanas había cercenado.

La forma del pañuelo recordaba a un triángulo isósceles. A ojo, cada uno de sus lados no tendría más de medio metro. El dibujo impresionaba por su inhumana vistosidad: sobre un fondo de árboles y frutos de variopintos colores abría sus alas una delgada figura, medio mujer, medio pájaro, muy parecida a las antiguas sirenas. Tenía la cara vuelta de perfil, y sus largas y curvadas pestañas enmarcaban el pequeño agujero del ojo, cuidadosamente adornado con un delgadísimo hilo de oro. Clarissa pensó que en su vida había visto nada más bonito.

—Sí, sin duda se trata del pañuelo —dijo *sir* Reginald—. Pero ¿demuestra su hallazgo la culpabilidad de *madame* Kleber?

—¿Y qué me dice de la bolsa de viaje? —preguntó Fandorin con suavidad—. ¿Recuerda usted la bo-bolsa de viaje que descubrimos ayer en la lancha del capitán? Dentro, entre otras cosas, estaba esa capa que hemos visto más de una vez sobre los hombros de *madame* Kleber. La bolsa de viaje se ha adjuntado a las demás pruebas materiales del caso. Con toda seguridad dentro de ella encontrarán otros objetos personales de nuestra querida amiga.

—¿Qué puede alegar usted a todo esto, señora? —preguntó el doctor dirigiéndose hacia Renata.

—La verdad —respondió ella, y en un segundo su cara se transformó hasta hacerse casi irreconocible.

Reginald Milford-Stockes

... y en su rostro se produjo un cambio que me dejó estupefacto. Como si aquella desamparada, débil ovejita abatida por la desventura, se hubiera convertido en una loba por el encanto de una varita mágica. Sus hombros se enderezaron, su barbilla se levantó, sus ojos se encendieron con un fuego amenazante y las aletas de su nariz comenzaron a palpar, como si tuviéramos delante a una depredadora. No, una loba no, una especie de felino, como una pantera o una leona que acabara de captar el olor de la sangre fresca. Sin querer di un paso atrás. ¡Oh, allí ya nadie necesitaba por más tiempo de mi ayuda!

La transmutada *mistress* Kleber lanzó a Fandorin una mirada tan cargada de odio que hasta ese señor tan imperturbable se puso a temblar.

Comprendo perfectamente cómo debió de sentirse esa extraña mujer. También yo he cambiado mi opinión sobre ese infame ruso. Es un hombre terrible, malvado, insensato, dotado de una monstruosa y perversa fantasía. ¿Cómo pude sentir confianza y respeto hacia él? ¡Ahora me parece increíble!

Sencillamente no sé cómo escribirle sobre esta cuestión, querida Emily. La pluma me tiembla en la mano de indignación... En un principio quise ocultárselo a usted, pero tendré que contárselo, ya que de otra manera le resultaría imposible comprender por qué mi actitud hacia Fandorin ha experimentado una metamorfosis tan radical.

Ayer noche, después de todos los desasosiegos y conmociones que ya le he descrito anteriormente, entre Fandorin y yo se produjo una conversación extrañísima, que me condujo a un estado de ira y dolorosa perplejidad. El ruso se me acercó, me agradeció la salvación de la nave y, con afectado interés, tartamudeando en cada palabra, comenzó a soltar un inconcebible y monstruoso disparate. Textualmente dijo lo siguiente —recuerdo cada palabra—: «Conozco su pena, *sir* Reginald. El comisario Gauche me la contó hace tiempo. Naturalmente, no es asunto que me concierna y he tardado en decidirme a hablar con usted de ello. Pero veo cuánto sufre y no puedo mostrarme indiferente por más tiempo. Si me atrevo a inmiscuirme ahora es porque también yo sufrí una desgracia parecida. Como usted ahora, también yo corrí el riesgo de volverme loco. Conservé la razón, incluso la agudicé, pero pagué por ello con un gran trozo de mi corazón. Créame, en su situación no le queda otra salida. No se aleje de la verdad, por muy espantosa que sea, no se haga ilusiones. Y, lo más importante, no se castigue a sí mismo. No fue culpa suya que los caballos se desbocaran y que su esposa, que estaba embarazada, cayera del coche y muriera. El destino quiso ponerlo a prueba, lo sometió a un atroz examen. No sé quién necesita exponer al hombre a tan cruel infortunio ni para qué. Pero lo que sí sé es lo siguiente: que hay que

superar esa prueba. Si no lo hace, será el final, la desintegración de su alma».

Al principio no comprendí a qué se refería aquel miserable, ¡mas después caí en la cuenta! ¡Cree que usted, mi querida Emily, ha muerto! ¡Que la embarazada que salió despedida del carruaje y se hirió mortalmente es usted! ¡Si no me hubiera indignado tanto, me habría reído a carcajadas de ese loco ante sus propias narices! ¡Decirme eso a mí! ¡Y precisamente ahora, cuando usted está esperándome con impaciencia bajo el cerúleo cielo de esas islas paradisíacas! Cada hora que pasa estoy más cerca de usted, mi tierna Emily. Ahora ya nadie ni nada puede detenerme.

Sólo que, qué cosa tan rara, me resulta imposible recordar por qué razón y para qué fue usted a Tahití. Y además sola, sin mi compañía. Naturalmente, tuvieron que ser razones de peso. Pero no importa. Pronto nos encontraremos y entonces usted, mi querida amiga, me lo contará todo.

No obstante, volveré a mi relato.

Levantándose y haciendo gala de toda su estatura, que de pronto no pareció tan reducida (resulta sorprendente cuánto depende eso del porte y la postura en que se coloque la cabeza), *mistress* Kleber dijo, dirigiéndose especialmente hacia Fandorin:

«Todo lo que usted ha dicho aquí es una completa estupidez. Ni una sola prueba, ni un solo indicio directo. Tan sólo suposiciones y conjeturas sin el más mínimo fundamento. Sí, mi verdadero nombre es Marie Sansfond, pero ni un solo tribunal del mundo ha podido hasta ahora inculparme de nada. Es cierto que me han calumniado con bastante frecuencia, que mis numerosos enemigos intrigaron contra mí, que más de una vez el mismo destino se ha puesto en mi contra... Pero mis nervios son fuertes y no resulta nada fácil quebrantar a Marie Sansfond. Mi única culpa es haber amado hasta la locura a un criminal, a un demente. Nos casamos en secreto y llevo su hijo bajo mi corazón. Fue él, Charles, quien insistió en que mantuviéramos nuestro matrimonio en secreto. Si mi acción es un delito, qué le vamos a hacer, estoy dispuesta a presentarme ante un jurado. Pero puede estar seguro, *monsieur* detective diletante, que cualquier experto abogado desvanecerá sus quimeras como si fueran humo. En realidad, ¿de qué se me puede acusar? ¿De que durante mi juventud viviese en un convento de las madres grises y aliviara los sufrimientos de los enfermos? Sí, puse muchas inyecciones, ¿y qué pasa con eso? Ciertamente, a causa del suplicio moral provocado por una conjura contra mi persona y del difícil desarrollo de mi embarazo me aficioné a la morfina, pero ahora he reunido las fuerzas suficientes para liberarme de esa perniciosa costumbre. Mi marido secreto, aunque, no se olvide, completamente legal, insistió en que me embarcara en este crucero con nombre ficticio. Así fue como nació el mítico banquero Kleber. Esa mentira me atormentaba mucho, pero ¿acaso podía negarme a mi amado? ¡Yo no sabía nada de su segunda

vida, de su nefasta pasión, de sus locos planes!

Charles me dijo que, como primer ayudante del capitán que era, no podía llevar a su esposa en el barco, pero que tampoco podría soportar nuestra separación, que estaba preocupado por la salud de nuestro querido pequeñín y que, por todo ello, era mejor que me embarcara en el crucero bajo un nombre ficticio. Y yo le pregunto, ¿qué tiene eso de criminal?

Sabía que Charles estaba fuera de sí, que unas pasiones desconocidas por mí lo dominaban. ¡Pero ni en sueños podía imaginar que fuera él el autor del horrible asesinato de la rue de Grenelle! Como tampoco sabía que fuera hijo de un rajá indio. Para mí resulta un verdadero disgusto que mi futuro hijo tenga una cuarta parte de indio. Pobre niño, el hijo de un loco. Estoy completamente segura de que en sus últimos días Charles ya no era responsable de sus acciones. ¿Puede acaso un hombre psíquicamente sano intentar hundir un barco? Esa actitud es claramente la de un hombre enfermo. ¡Por supuesto, también yo desconocía ese delirante plan!».

Aquí Fandorin la interrumpió y con una sonrisa abyecta le preguntó: «¿Y qué me dice de esa capa suya primorosamente doblada en el bolso de viaje?».

Mistress Kleber, no, *miss Sansfond*, quiero decir, *madame Régnier*... ¿O *madame Bagdassar*? La verdad, no sé cómo sería más correcto llamarla. Bueno, que sea *mistress Kleber*, al menos resulta más familiar. En fin, que ella le respondió con gran dignidad a su inquisidor: «Parece evidente que mi marido lo había preparado todo para la huida y que pensaba despertarme en el último momento».

Pero Fandorin no se daba por vencido. «Pero usted no dormía —repuso con actitud altiva—. La vimos cuando caminábamos por el pasillo. Estaba usted completamente vestida, hasta llevaba el chal sobre los hombros».

«Sí, tiene razón. Un incomprendible desasosiego no me dejaba dormir —respondió *mistress Kleber*—. Al parecer mi corazón presentía ya que algo iba mal... Un extraño escalofrío no me dejaba entrar en calor..., así que me eché el chal. ¿Es eso un crimen?».

Sentí alegría al ver a nuestro voluntario fiscal sumido en la confusión, mientras la acusada proseguía con aquella tranquila seguridad suya: «Y eso de que yo martirizara a ese otro loco, a *monsieur Gauche*, sobrepasa los límites de lo concebible. Le he dicho toda la verdad. Ese viejo estúpido enloqueció de codicia y me amenazó de muerte. Ni yo misma sé cómo pude acertar con los cuatro disparos. Fue pura casualidad. Debió de ser que la misma Providencia guio mi mano. No. Tampoco aquí, señor, tiene usted nada que hacer».

De la insolente vanidad de Fandorin no quedaba ni rastro. «Perdóneme —dijo casi en tono de súplica—, pero ¡hemos encontrado el pañuelo! ¡Y fue usted quien lo escondió debajo de la alfombra!».

«Otra afirmación sin prueba alguna —lo interrumpió *madame Kleber*—.

Es evidente que el pañuelo lo escondió Gauche después de quitárselo a mi pobre marido. Y a pesar de todas sus despreciables insinuaciones, le estaría agradecida si me devolviera lo que en verdad me pertenece».

¡Y dichas estas palabras se levantó tranquilamente, se acercó a la mesa y cogió el pañuelo!

«Soy la legítima esposa del legítimo heredero del Rajá de las Esmeraldas —declaró la sorprendente mujer—. Tengo en mi poder el certificado matrimonial. Y en mi seno llevo al nieto de Bagdassar. Cierto que mi marido cometió una serie de graves delitos, pero ¿qué relación guarda eso conmigo o con nuestro heredero?».

En ese momento *miss* Stamp se levantó de un salto e intentó arrebatárle el pañuelo a *mistress* Kleber.

«¡Los bienes y las propiedades del rajá de Brahmapur están confiscados por el gobierno británico! —declaró resueltamente mi compatriota, y era imposible negar que tenía toda la razón—. ¡Eso significa que el tesoro pertenece a su alteza, la reina Victoria!».

«¡Un momento! —se levantó nuestro querido doctor Truffo—. ¡Aunque italiano de nacimiento, soy ciudadano de Francia y represento aquí sus intereses! ¡El tesoro del rajá era propiedad personal de su familia y no del principado de Brahmapur, por lo que la confiscación es ilegítima a todas luces! Charles Régnier se convirtió en ciudadano francés por su propia voluntad. En su país de adopción cometió un gravísimo delito. Y un crimen de estas características, perpetrado además con ánimo de lucro, está castigado en la república francesa con la confiscación de las propiedades personales del delincuente en beneficio del Estado. ¡Entréguenme el pañuelo, *mesdames*! Pertenece a Francia». Y con el mismo ánimo belicoso se aferró a otro borde del pañuelo.

La situación parecía estar en tablas y el taimado Fandorin se aprovechó de ello. Con esa astucia bizantina característica de su país, dijo en voz alta: «Esta es una cuestión muy seria y por tanto exige una investigación. Permítanme, como representante de una potencia neutral, que me haga temporalmente depositario del pañuelo y así evitar que ustedes lo hagan trizas. Lo pondré aquí, a cierta distancia de las partes en conflicto».

Y con estas palabras cogió el pañuelo y lo dejó en una mesita lateral, situada junto a la pared de sotavento, cuyas ventanas estaban cerradas. Después comprenderá usted, querida Emily, por qué le doy todos estos detalles.

Así que el pañuelo, la manzana de la discordia, aquel triángulo multicolor quedó en la pequeña mesa lateral refulgiendo con sus brillos dorados. Fandorin estaba de pie, de espaldas al pañuelo, dándose aires de ser su guardia de honor o su cancerbero. Todos nosotros, los demás, estábamos reunidos

alrededor de la mesa central. Añádale a eso el susurro de las cortinas de la pared de barlovento, la luz sombría de aquel día nublado y el balanceo desigual del suelo bajo nuestros pies... Y así tendrá el panorama completo de aquella escena final.

«¡Nadie osará arrebatarse al nieto del rajá Bagdassar lo que le pertenece por derecho! —anunció *mistress* Kleber, poniendo los brazos en jarras—. Soy ciudadana belga y la investigación judicial tendrá lugar en Bruselas. Bastará que prometa que la cuarta parte de la herencia se destinará a las necesidades de la beneficencia belga para que el jurado resuelva el litigio a mi favor. Un cuarto de la herencia supone once mil millones de francos belgas, ¡los ingresos de todo el Reino de Bélgica en cinco años!».

Miss Stamp se rio en su cara: «Usted infravalora a la Gran Bretaña, querida. ¿O es que piensa usted que va a permitir a su insignificante Bélgica que resuelva el destino de cincuenta millones de libras esterlinas? ¡Con ese dinero construiremos otro centenar de acorazados y triplicaremos el poder de nuestra flota, ya de por sí la más poderosa del mundo! ¡Impondremos el orden en todo el planeta!».

Qué mujer tan sabia *miss* Stamp. En verdad que el mundo entero saldría ganando si esa suma tan fantástica engrosara nuestra Hacienda. Al fin y al cabo Gran Bretaña es el país más avanzado y libre de todo el globo terráqueo. Todos los pueblos resultarían beneficiados si comenzaran a vivir a la manera británica.

Pero *mistress* Truffo era de otra opinión. «Estos mil quinientos millones de francos franceses le permitirán a Francia no ya reponerse de las trágicas consecuencias de su guerra contra Alemania, sino crear también el ejército más moderno y mejor pertrechado de toda Europa. Ustedes, los ingleses, nunca han sido europeos. ¡Son isleños! Ustedes desconocen y rechazan los intereses de Europa. *Monsieur* De Perrier, hasta hace muy poco segundo ayudante del capitán y ahora comandante provisional del *Leviatán*, no permitirá que ese pañuelo caiga en manos inglesas. ¡Haré llamar inmediatamente al señor De Perrier para que guarde el pañuelo en la caja fuerte del camarote del capitán!».

Luego los tres se pusieron a hablar al mismo tiempo, el uno más fuerte que el otro, y el encolerizado doctor hasta se atrevió a empujarme por el pecho y *mistress* Kleber le arreó una patada a *miss* Stamp en el tobillo.

Entonces Fandorin cogió un plato de la mesa y lo estrelló con estruendo contra el suelo. Todos lo miramos como aletados, y acto seguido el astuto bizantino dijo: «Así no resolveremos nuestro problema. Estamos demasiado exaltados, señoras y señores. Les propongo abrir las ventanas. Aquí no hay quien respire».

Así que se acercó a las ventanas de sotavento y comenzó a abrirlas una

tras otra. Cuando Fandorin abrió de par en par la ventana situada sobre la mesita lateral en la que se encontraba el pañuelo, ocurrió algo imprevisto: atrapada por la corriente de aire, la ligerísima tela se onduló, se agitó convulsivamente y de pronto se puso a volar por los aires. Ante la sorpresa general, el triángulo de seda flotó sobre cubierta, se balanceó dos veces sobre la barandilla de la borda, como si nos estuviera haciendo unas señas de despedida, y luego, descendiendo suavemente, se perdió en la lejanía. Todos acompañamos con la mirada, encandilados, aquel tranquilo vuelo hasta que concluyó allá, entre las perezosas crestas de espuma de las olas.

«¡Ah, qué torpe he sido! —resonó la voz de Fandorin sobre el fúnebre silencio que se hizo a continuación—. ¡Cuánto dinero se ha ido a pique! Ahora ni Gran Bretaña ni Francia podrán imponer su voluntad sobre el resto del mundo. Qué desgracia para nuestra civilización. A fin de cuentas se trataba de quinientos millones de rublos. Suficiente para que Rusia saldara toda su deuda externa».

Y entonces ocurrió lo siguiente.

Mistress Kleber emitió un sonido extraño, mitad silbido, mitad gruñido, que me provocó hormigueo por toda la piel. Luego cogió de la mesa el cuchillo de la fruta y con una agilidad indescriptible se abalanzó contra el ruso. Aquel inesperado ataque lo sorprendió. La roma hoja de plata rasgó el aire y se clavó un poco más abajo de la clavícula de Fandorin, pero, al parecer, no demasiado profundamente. La blanca camisa del diplomático se tiñó de sangre. Mi primer pensamiento fue: «A pesar de todo Dios existe y castiga a los canallas». Confundido, el infame bizantino se echó hacia un lado, pero aquella encolerizada Furia no se quedó satisfecha con el golpe asestado y, agarrando la empuñadura todavía con más fuerza, levantó la mano para clavarlo de nuevo.

Y fue justo entonces cuando el japonés, que no había participado en la discusión y había pasado completamente desapercibido, nos asombró a todos. Pegó un salto casi hasta el techo y, emitiendo un grito gutural y salvaje como de ave rapaz, sin tocar aún el suelo, golpeó la muñeca de *mistress Kleber* con la punta de su bota. ¡Qué número, eso no se ve ni en el circo italiano!

El cuchillo de la fruta voló hacia un lado, el japonés aterrizó en cuclillas y *mistress Kleber*, con el rostro retorcido, retrocedió cogiéndose la muñeca contusa con la mano izquierda.

¡Ah, pero ella no estaba dispuesta a abandonar su sanguinario propósito así como así! Después de golpearse la espalda contra el reloj de pared (ya le describí a usted ese monstruo), se agachó repentinamente levantándose los bajos del vestido. Si yo ya estaba pasmado con aquel rápido cambio de escena, ¡lo que siguió fue indescriptible! Llegué a verle (perdone, querida Emily, que le cuente estos detalles) el tobillo, que tenía ceñido por una media

negra de seda, y los volantes de sus *culottes* color rosa. Pero un instante después *mistress* Kleber se irguió de nuevo y en su mano izquierda apareció una pistola que habría cogido Dios sabe de dónde. Era de dos cañones, muy pequeña, con revestimiento de nácar.

No me atrevo a repetirle palabra por palabra lo que le soltó la señora a Fandorin, aparte de que, naturalmente, los significados de esos términos le resultarían a usted completamente desconocidos. Pero en líneas generales, su discurso, muy enérgico y expresivo, vino a decir que aquel «inmundo pervertido» (aquí utilizo un eufemismo, porque *mistress* Kleber se expresó de una manera mucho más soez) pagaría con su vida ese juegucito de manos. «¡Pero antes terminaré con este venenoso reptil amarillo!», gritó la madre en ciernes, y, dando un paso hacia delante, disparó contra mister Aono, que cayó al suelo de espaldas y emitiendo un gemido ahogado.

Mistress Kleber dio otro paso y apuntó su pistola directamente al rostro de Fandorin. «Ahora estoy segura de que no fallaré el tiro —masculló ella entre dientes—. Te voy a meter el plomo entre esos ojos tan bonitos».

El ruso estaba de pie, apretando con una mano la mancha roja que se le iba extendiendo por la camisa. No puedo decir que temblara de miedo, aunque pálido sí que estaba.

Pero entonces el barco dio un bandazo más fuerte de lo habitual —una gran ola golpeó la borda—, ¡y vi cómo aquel horrible trasto de big ben se inclinaba, se inclinaba cada vez más hacia un lado, y se derrumbaba justo sobre *mistress* Kleber! Un golpe sordo de la dura madera contra su nuca, y aquella turbulenta mujer se desplomó en el suelo boca abajo, aplastada por la torre de roble.

Todos se abalanzaron hacia mister Aono, que yacía con el pecho agujereado. No había perdido el conocimiento y seguía intentando levantarse, pero el doctor Truffo se puso en cuclillas a su lado y obligó al herido a tenderse a la fuerza cogiéndolo de los hombros. El médico desgarró su ropa, examinó el agujero de entrada de la bala y puso mala cara.

«No es nada —musitó quedamente el japonés apretando los dientes—. Apenas me ha rozado el “purmón”».

«¿Y la bala? —preguntó Truffó alarmado—. ¿La siente usted, colega? ¿Dónde está?».

«Me parece que la “bara” se ha incrustado en el “omóprato” derecho —respondió mister Aono, y, con una sangre fría que me dejó admirado, añadió—: En su parte inferior izquierda. Tendrá que perforar el hueso por la “espada”. Una operación muy difícil. Le pido que me “discurpe” la “morestia”».

En ese momento, Fandorin pronunció una extraña frase. Incliniéndose sobre el herido, le dijo en voz baja: «Aono, al final se ha cumplido su deseo.

Ahora usted es mi *onjin*. Lamentablemente las clases de japonés quedan suspendidas».

Mister Aono, sin embargo, pareció comprender perfectamente aquel galimatías y estiró sus pálidos labios en una sonrisa.

Cuando los marineros se llevaron al noble japonés, vendado y en camilla, el doctor comenzó a atender a *mistress* Kleber.

Para gran sorpresa nuestra, aquel tronco de madera no había llegado a romperle el cráneo, tan sólo le había hecho un chichón. Como pudimos, sacamos a la aturdida asesina de debajo del *souvenir* londinense y la sentamos en un sillón.

«Me temo que el feto no sobrevivirá al golpe —suspiró *mistress* Truffo—. El pobre bebé no tenía culpa alguna de los pecados de su madre».

«No, al bebé no le pasará nada —la tranquilizó su marido—. Esta... fémina tiene una vitalidad tan grande que seguramente dará a luz a un niño completamente sano, sin problemas y en el plazo fijado».

A lo que Fandorin añadió con un cinismo que me pareció ofensivo: «Aunque hay fundadas esperanzas de que el parto tenga lugar en el hospital de una prisión».

«Da miedo pensar qué nacerá de unas entrañas como las suyas», dijo *miss* Stamp, que tembló como si la recorriera un escalofrío.

«En cualquier caso, el embarazo la salvará de la guillotina», observó el doctor.

«O de la horca», se sonrió *miss* Stamp, recordando la encarnizada discusión que habían sostenido el comisario Gauche y el inspector Jackson.

«Lo máximo que podría caerle sería una corta pena de cárcel por el intento de homicidio del señor Aono —sentenció amargamente Fandorin—. Pero hasta en eso tendrá sus atenuantes: acceso de furia, conmoción anímica y también su estado de gravidez. Nada más se podrá demostrar. Ya lo ha expuesto ella de forma brillantísima. Pueden estar seguros de que muy pronto Marie Sansfond estará de nuevo en libertad».

Puede parecer extraño, pero ninguno de nosotros mencionó el pañuelo. Era como si nunca hubiera existido, como si el viento, además de aquel abigarrado trozo de seda, se hubiera llevado también no sólo ya los cien acorazados británicos y el propósito francés de *revanche*, sino aquel morboso narcótico que había aturdido nuestras mentes y conciencias.

Fandorin se detuvo junto al derribado big ben, cuyo destino ya no podía ser otro que el vertedero. Tenía el cristal destrozado, el mecanismo estropeado y el panel de madera de roble rajado de arriba abajo.

«Un reloj maravilloso —dijo el ruso, y así confirmó una vez más el dicho, universalmente reconocido, de que los eslavos carecen completamente de gusto artístico—. Haré que lo reparen sin falta y me lo llevaré conmigo».

La sirena del *Leviatán* ululó con fuerza, al parecer saludando al barco que iba a su encuentro, y yo me puse a pensar que pronto, muy pronto, dentro de dos o tres semanas, llegaría a Tahití y nosotros nos veríamos de nuevo, adorada esposa mía. Eso es lo único que tiene para mí sentido y valor. Todo lo demás no es más que vapor, niebla, quimera.

Estaremos juntos y seremos felices. Allí, en la isla del paraíso, donde siempre brilla el sol.

A la espera de ese feliz día, la deja el que tiernamente la quiere,

Reginald Milford-Stockes